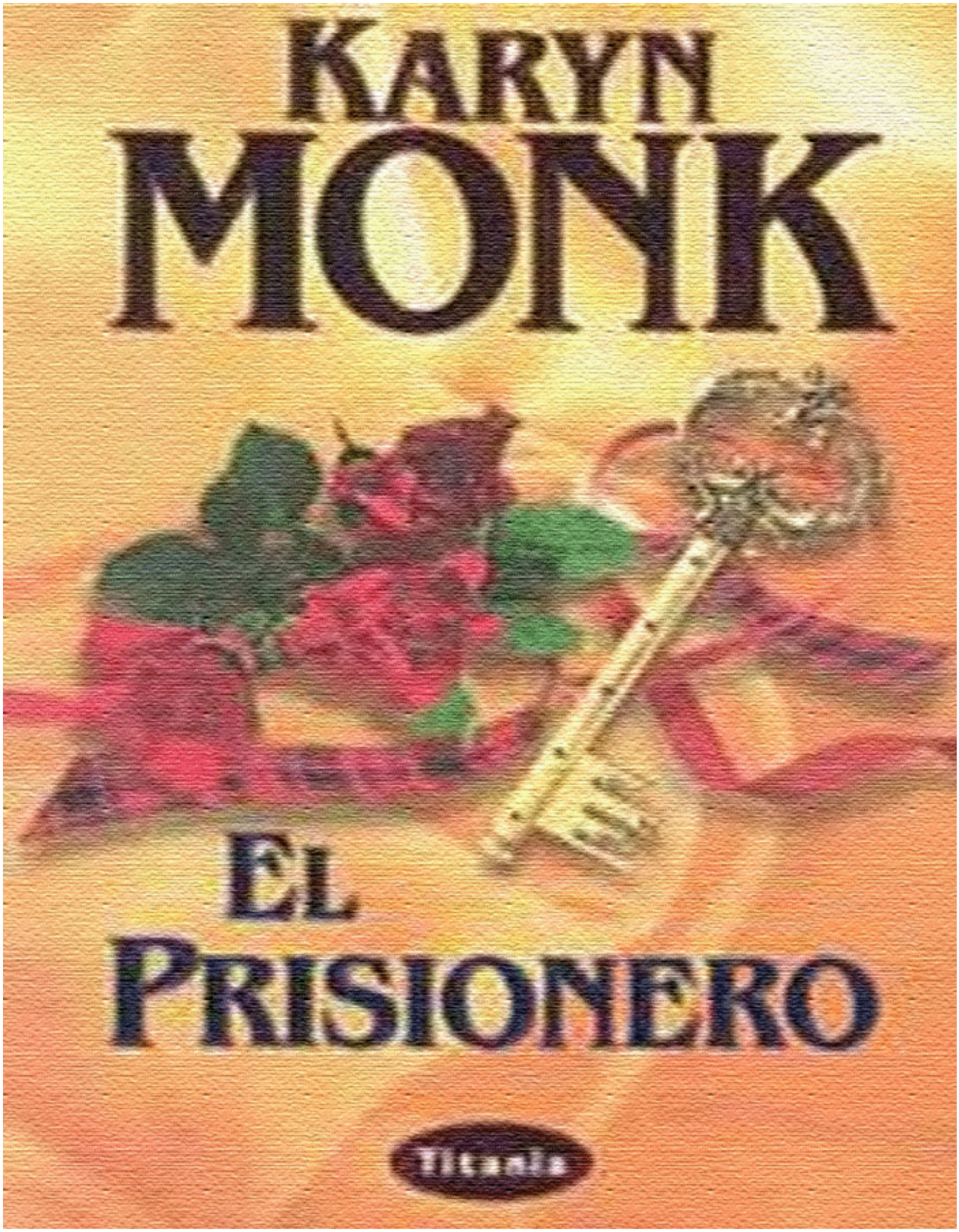
Karyn Monk

El Prisionero



LIBRO dot.com
http://www.librodot.co

Capítulo 1

Inveraray, Escocia, invierno de 1861

Despego un ojo con gran fatiga y la visión aún borrosa a causa del dolor y la fiebre.

—Buenas noches, su señoría. —El pesado juego de argollas de hierro que colgaba, de la mano mugrienta del carcelero no presagiaba nada bueno—. ¿Cómo estamos esta noche?

Haydon lo contempló con recelo y sin decir nada.

El carcelero se rió dejando al descubierto una hilera irregular de dientes picados.

—Una noche tranquila, ¿verdad? —Con la bota llena de barro empujó ligeramente el plato de gachas secas abandonado a los pies de la cama de madera de Haydon—. ¿Qué es esto? ¿La cena no estaba de su gusto, milord?

—Puede tomársela el muchacho. —Haydon indicó con la cabeza la figura escuálida que estaba sentada enfrente, con el cuerpo doblado sobre el gélido suelo—. Yo no tengo hambre.

El huesudo muchacho no se molestó en alzar la mirada. Continuó hecho un ovillo, agarrándose las rodillas con sus delgados brazos en un intento vano de entrar en calor.

—¿Y tú que dices, Jack? —preguntó el carcelero, desviando hacia él su atención—. ¿Quieres llenar la tripa con la cena que ha dejado su señoría?

El chico alzó la vista y en sus ojos grises destelló una dura mirada con manifiesta hostilidad. Una fina cicatriz blanca estropeaba la piel de su mejilla izquierda, por lo demás lisa.

—No.

El carcelero se rió. Las raciones que servían en la prisión no sólo eran repugnantes, sino que también se caracterizaban por lo escasas, y sabía que el muchacho tenía que tener hambre.

—Un granujilla terco, eso es lo que eres. No necesitas nada de nadie. Aparte de lo que robas, por supuesto. El hábito de robar corre por tus venas igual que por las de tu madre corría sangre de fulana, ¿o no, mozalbete?

El delgado cuerpo del chico se puso en tensión. Haydon observó cómo rodeaba sus rodillas aún con más fuerza con sus flacuchos brazos, luchando por dominar su rabia.

—Ese es el problema con vosotros, los hijos bastardos de fulanas —continuó el carcelero—. Habéis nacido con mala sangre y moriréis con ella, y entretanto no hacéis otra cosa que apestar y hacernos la vida más miserable a los demás. Pues bien, hoy voy a comprobar —dijo arrastrando las sílabas y haciendo resonar las argollas de forma amenazadora delante del rostro del chico— si puedo sacarte a golpes un poco de esa mala sangre tuya.

Una vislumbre de miedo se coló en la fría mirada de Jack.

Haydon apretó la mandíbula mientras se incorporaba lentamente sobre uno de los codos, combatiendo una oleada de dolor y náuseas. La paliza que había recibido hacía unas dos semanas le había roto varias costillas, y la

fiebre había mermado buena parte de sus fuerzas. Incluso así, la preocupación por el muchacho le obligó a erguirse hasta adoptar una posición sentada.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber.

—Han condenado a treinta y seis azotes de látigo a nuestro joven Jack. —El carcelero disfrutó perversamente viendo cómo el sucio rostro del joven se quedaba sin sangre a causa del espanto—. ¿Pensabas que me había olvidado de eso, mozalbete? —Se rió, luego escupió en el suelo—. El juez del distrito ve con malos ojos qué escoria como tú robe objetos valiosos a la gente honrada. Piensa que alguna que otra paliza y unos pocos años en un reformatorio en Glasgow tal vez podrían curarte de tus viles costumbres. Aunque nosotros sabemos que no, ¿verdad, Jack? —Hundió su fornida mano en el pelo del muchacho y lo puso en pie sin el menor reparo—. Sabemos que una pequeña hez apestosa como tú sólo puede acabar muerto, bien a manos de los que son como tú, o bien ahorcado por asesinato, como su señoría aquí al lado. —Empujó a Jack con fuerza contra la pared—. O sea que yo sospecho que el hecho de amarrarte a la mesa de latigazos con las muñecas maniatadas y el culo al aire sangrando bajo el azote de mi látigo no va a curarte de tus infames costumbres. Da lo mismo, quiero que lo sepas —concluyó riéndose—. Pero de todos modos voy a disfrutar como un cabrán.

La rabia, intensa y abrasadora, desbordó de repente al muchacho. Con rapidez y fuerza que a Haydon le parecieron sorprendentes en un joven medio famélico, Jack estrello su puño huesudo en plena barriga del carcelero. Un aliento agrio salió de la boca carnada del guardián, en parte gemido, en parte maldición. Antes de que el hombretón pudiera recuperarse, Jack había echado el puño hacia atrás y lo había clavado en la mandíbula de su torturador. La cabeza del carcelero se fue hacia atrás de forma brusca, provocando un crujido escalofriante cuando sus dientes decrépitos se juntaron rechinando.

—¡Te voy a matar! —bramó el carcelero. Dejó caer los grilletes y lanzó contra el muchacho un pesado puño. Jack se encogió justo a tiempo y esquivo con destreza el golpe—. ¡Ven aquí, asqueroso gilipollas!

Volvió a lanzar un puñetazo torpe, y Jack se giró limpiamente hacia atrás, haciendo evidente una habilidad poco común para evadir los ataques. El carcelero, cuya furia aumentaba con la fustración, cargó contra el muchacho como un toro furioso, embistiendo contra él con todo el poder de un contundente ariete. Jack salió volando contra la pared, su cuerpo delgado y su cabeza chocaron contra la gélida superficie de piedra. El dolor le dejó los ojos vidriosos y, por un momento, permaneció en pie indefenso, luchando por recuperar la fuerza y el enfoque.

—¡Ya te enseñaré a levantar la mano a tus superiores! —vociferó el carcelero, sujetando al muchacho contra la pared mientras se preparaba para aplastar su rostro con el puño.

De pronto, unas manos poderosas sujetaron con fuerza brutal los hombros del carcelero. Con un movimiento rápido, el guardián fue apartado de Jack y salió volando por la celda. Se estrelló contra la cama de madera de Haydon, haciendo añicos la estructura bajo su considerable peso. Con un gruñido, el hombretón consiguió levantarse entre los restos y luego se quedó mirando fijamente a Haydon con igual cantidad de sorpresa y de furia.

—Vuelve a tocar al muchacho —entonó Haydon quedamente— y te mato.

Se obligó a calmar su fatigosa respiración y hacerla más superficial, en un intento de controlar el dolor que le destrozaba el costado. El mero hecho de mantenerse en pie era un esfuerzo sobrehumano, pero Haydon no podía dejar que el carcelero se diera cuenta de eso o estaría acabado. Por consiguiente permaneció en pie, estirado, y plantó firmemente las piernas tras el vigilante, confiando en Dios para que la náusea que zarandeaba su cerebro cesara antes de verse obligado a sucumbir a ella.

El carcelero vaciló. Haydon era un hombre de estatura imponente y aparte estaba condenado por asesinato. Era evidente que, antes de dar el siguiente paso, el guardián estaba evaluando sus posibilidades de superarle.

Una gota de sudor febril descendió por la mejilla de Haydon.

La boca del carcelero se abrió dibujando una fea sonrisa.

—No se encuentra demasiado bien, ¿verdad que no, milord? —Con un bufido, se puso en pie.

—Me siento lo bastante bien como para machacarte el cráneo —aseguró Haydon.

—¿De veras que sí? —Su oponente parecía ponerlo en duda—. No sé por qué, me cuesta creerlo.

Tras decir aquello agarró un pesado tablón de madera de la cama rota y lo descargó con toda su potencia contra el costado herido de Haydon.

Fue un golpe que habría debilitado a cualquier hombre, pero para Haydon, con sus costillas rotas y la fiebre que le producía náuseas, resultó insoportable. Se hincó de rodillas, luchando contra el dolor agonizante de los músculos y huesos de su caja torácica. Antes de poder protegerse del siguiente trastazo, el carcelero volvió a golpear. El pesado palo crujió contra su columna y lo tumbó sobre el suelo. Vencido, Haydon fue incapaz de protegerse, mientras el carcelero empezaba a patearle salvajemente con su pesadas botas cubiertas de una costra de barro.

—¡Para! —gritó Jack, saltando de un brinco sobre la espalda del carcelero y aporreándolo con sus puños—. ¡Vas a matarle!

El guardián abandonó el ataque a Haydon para intentar sacarse a Jack de la espalda. Embistió hacia atrás contra la pared y se libró de manera eficaz del asimiento del muchacho.

—¡Voy a matarte a ti también, apestoso hijo de perra! —lo puso en pie de una sacudida, le rodeó la garganta con las manos y empezó a estrangularlo.

—Quítele las manos de encima —ordenó la voz indignada de una mujer—. ¡Ahora!

Sorprendido, el carcelero dejó de estrujar a Jack.

—Santo cielo, Sims —exclamó con un resuello el director de la prisión—. ¿Qué diablos está pasando aquí?

Con un esfuerzo atroz, Haydon consiguió volver la cabeza. El director Thomson era un hombre bajo y redondo como una manzana, con entradas muy pronunciadas. Compensaba la falta de pelo de su cabeza alzando con orgullo la mata hirsuta de pelo gris que brotaba de su barbilla, que mantenía pulcramente recortada con la forma precisa de una pica de jardinería. Iba vestido de pies a cabeza de negro riguroso, y Haydon supuso que era el atuendo apropiado para un hombre que pasaba sus días dentro de los muros prohibidos de una prisión. En cierto modo, reflexionó, el director Thom-

son estaba tan condenado por su profesión como aquellos a los que él encerraba para toda su patética vida.

—¡Estos dos prisioneros intentaban matarme! —aulló el carcelero.

—Director Thomson, ¿es su política permitir el uso de la fuerza bruta con simples niños?

La mujer situada tras el director de la prisión era una aparición en gris con el rostro protegido por un sombrero y el cuerpo delgado perdido en algún lugar entre los pliegues del manto oscuro que la envolvía. Y no obstante, había una seguridad en ella innegable, una confianza digna y una furia apenas contenida que llenaron la pequeña y gélida celda de convincente energía.

—Por supuesto que no, señorita MacPhail —la tranquilizó el director Thomson, sacudiendo la cabeza nerviosamente de un lado a otro para dar más énfasis a su aseveración—. Todos nuestros prisioneros son tratados con ecuanimidad y dignidad, a menos que, por supuesto, —corrigió lanzando una mirada a Haydon en el suelo— alguno represente una amenaza para los demás. En situaciones como ésa, como sin duda entenderá, el señor Sims aquí presente está obligado a contenerlos.

—¡Intentaban matarme! —chillo el carcelero, haciendo todo lo posible para dar la impresión de que se había librado por los pelos de la muerte—. Me han atacado como un par de animales salvajes, eso es lo que han hecho. Será una suerte que no me hayan roto nada. —Se frotó el codo, evidentemente con la esperanza de provocar cierta compasión.

—¿Y por qué supone que han hecho tal cosa? —quiso saber la mujer con tono gélido.

El carcelero se encogió de hombros.

—Estaba a punto de llevarme al muchacho para que recibiera su tanda de azotes cuando, de pronto, se puso como loco y…

—¿Iba a azotar a este muchacho?

Haydon no podía determinar qué era mayor, si el horror o la furia de aquella mujer.

—El juez lo ha condenado a recibir latigazos —explicó el gobernador Thomson, como si, en cierto modo, eso les absolviera a él y al carcelero de cualquier responsabilidad en el asunto—. Treinta y seis azotes, además de cuarenta días de encarcelamiento aquí. Luego pasará otros dos años en un reformatorio.

—¿Por qué delito?

—El chico es un ladrón —informó el director Thomson.

—Y sigue siéndolo, ¿eh? —El tono de la mujer era cáustico a todas luces.

Se volvió para acercarse a Haydon y mientras lo hacía se aflojó las cintas del sombrero. El oscuro tocado se escurrió hacia atrás sobre su espalda y dejó a la vista a una mujer de mucha más juventud y belleza de lo que en un principio él había sospechado. Su pálido rostro resaltaba contra una masa de cabello color miel con matices rojos, que se escapaba traviesamente de las horquillas que había empleado para contenerlo. Tenía ojos grandes y oscuros que destacaban sobre la piel lechosa, sus rasgos eran pequeños, elegantemente tallados. Su belleza era tan luminosa que parecía fuera de lugar en la oscuridad viciada de la celda, como si una flor espléndida de pronto hubiera florecido entre una de las grietas del mugriento suelo. Sin inquietar-

se ante la perspectiva de ensuciarse la ropa, se arrodillo al lado de Haydon con las cejas fruncidas debido a la preocupación mientras estudiaba el rostro marcado por el dolor de él.

—¿Está malherido, señor?

Haydon la contempló sumido en una fascinación silenciosa. Al fin y al cabo, no era tan joven; la fina tela de líneas en torno a sus ojos y sobre su frente era el testamento de una vida vivida como mínimo veinticinco años, tal vez más. Había encontrado problemas en esos años, las débiles ojeras y los surcos entre las cejas lo dejaban bastante claro, pero percibió que también había habido mucha risa. En aquel momento, lo único que ansió fue verla sonreír, observar la luz cálida de la diversión recorrer su encantador rostro y ver arrugarse de placer las dulces líneas alrededor de sus ojos.

—No —murmuró con voz pastosa. Por lo que él sabía, por dentro se estaba desangrando lentamente. Apenas importaba. Morir en el suelo con esta soberbia criatura mirándole con aquella ternura e inquietud era muy preferible a acabar en la horca a la mañana siguiente ante una multitud vociferante. La miró de hito en hito y deseó que se quedara cerca de él. Temió que, con sólo pestañear, ella desapareciera de su lado. Y él se quedaría allí a solas, a acabar lo que le quedara de esta miserable vida.

La mujer acercó su mano a la áspera barba de varios días de la mejilla de él, luego la apoyó ligeramente sobre su frente enfebrecida. El contacto de su mano era suave, fresco y seguro. En cierto modo, le llenó a él de una especie de frágil esperanza.

—Este hombre está gravemente enfermo —anunció sin apartar en ningún momento la mirada—. Está ardiendo de fiebre y ha recibido una terrible paliza. Ordene que venga un médico de inmediato.

El carcelero soltó una risotada.

El director Thomson fue ligeramente más cortés, no más, y la contempló como si fuera una persona absolutamente cándida en estos asuntos de los que los hombres sabían ocuparse mucho mejor.

—Me temo, señorita MacPhail, que este hombre ha sido declarado culpable de asesinato y está condenado a morir en la horca mañana por la mañana. Puesto que se trata de un delito de la naturaleza más grave y apenas quedan horas para su castigo, me temo que no sería justificable molestar al cirujano de la prisión con objeto de un examen; teniendo en cuenta, sobre todo, que no vivirá lo suficiente como para experimentar los beneficios de cualquier tratamiento que pudiera recetarse.

El cuerpo de ella se puso tenso, pero se las arregló para mantener una expresión serena. Estaba claro que la mención del asesinato y la horca habían afectado la opinión previa que se había formado de él, fuera la que fuera. Retiró la mano y Haydon se sintió de pronto perdido, como si el delicado hilo de compasión que le unía a ella se hubiera partido.

—No —protesto, cogiéndola de la muñeca y tirando otra vez de ella.

La aprensión centelleó en la mirada de la joven, y Haydon comprendió su error. Podía imaginarse perfectamente la impresión que habría provocado en ella: un prisionero apaleado, tirado en el suelo de una celda fría y húmeda, mugriento y sin afeitar, y tal vez enloquecido por la fiebre, intentando retenerla contra su voluntad. Cerró los ojos lleno de desesperación, aferrándose aún a esa delgada muñeca, pero entonces lo hizo con comedimiento y de forma que si ella hubiera querido, se habría soltado.

Continuó donde estaba, la piel de su muñeca seguía limpia y fresca bajo los dedos tiznados de él.

—No soy ningún asesino —murmuro Haydon, incapaz de entender por qué iba a importar que ella supiera esto.

La joven vaciló por un momento, estudiándole con gesto grave.

—Lo siento, señor —dijo finalmente con voz suave— pero ahora eso es una cuestión entre usted y Dios. —Se soltó con delicadeza de su asimiento—. Jack, ¿serías tan amable de ayudarme a llevar a este hombre hasta esa cama?

—Yo lo moveré —gruñó el carcelero.

—Gracias, pero creo que será mejor que lo hagamos el muchacho y yo —respondió con firmeza.

Jack se acercó obedientemente al lado de Haydon. Juntos él y la mujer lo ayudaron a incorporarse y a echarse en la cama que aún quedaba.

—Si no llama al médico, entonces tal vez permita que envíe a mi propia doncella para que atienda a este hombre esta noche —dijo ajustando sobre aquel hombre los ásperos pliegues de una manta apestosa—. No veo el motivo de que no pueda permitírsele cierto bienestar en su última noche.

El director Thomson se acaricio la espesa barba gris lleno de incertidumbre.

—La verdad, no es necesario...

—Difícilmente dará una buena imagen de usted o de su prisión que mañana por la mañana este prisionero no se encuentre en condiciones de mantenerse en pie durante la ejecución —indicó la señorita MacPhail—. Sólo dará lugar a especulaciones sobre el trato recibido mientras estuvo confiado a sus cuidados. —Lanzó una mirada acusadora al carcelero.

—Pero de todas formas, no veo ningún daño en que vuestra doncella le haga una visita —transigió el director Thomson.

—Muy bien. —Satisfecha tras haber hecho todo lo que estaba en su mano para ayudar a Haydon, volvió su atención —a Jack—. Permíteme que me presente, Jack. Me llamo Genevieve MacPhail, y me gustaría hablar contigo...

—Nunca he robado nada —soltó con vehemencia.

—No me importa si lo has hecho o no.

La sorpresa titiló en la mirada del chico, pero fue lo bastante rápido como para disimularla con una huraña indiferencia.

—Entonces ¿qué quiere?

—Vivo en una casa en Inveraray con otros niños que, como tú, han pasado por momentos bastante difíciles...

—No soy un niño —interrumpió con rudeza.

—Perdóname. Por supuesto que no lo eres. Debes de tener... cuántos... ¿quince?

La postura del muchacho se relajó, complacido de que ella le hubiera echado más años.

—Más o menos.

La mujer asintió como si le impresionara mucho aquello.

—Bien, me estaba preguntando, Jack, si en vez de quedarte aquí en la prisión y luego pasar al reformatorio no estarías dispuesto a venir a vivir conmigo durante el tiempo que te quede de sentencia.

Jack entrecerró los ojos.

—¿Quiere usted decir como criado? —Su tono no disimulaba el desdén.

—No —contestó ella, sin inmutarse por la actitud hostil del chico—. Pero tendrás tareas que hacer, igual que todo el mundo en la casa.

El la miró con escepticismo.

—¿Qué tipo de tareas?

—Se esperará de ti que ayudes en las labores de cocina y también en la limpieza y lavado, y todas las demás cosas que son necesarias para llevar una casa con un ritmo tan ajetreado. Y se te pedirá que dediques parte del día a aprender a leer y escribir, y estudiar un poco de cálculo. No sabes leer, ¿verdad?

—Me las apaño —le aseguró lacónicamente.

—No lo dudo. Pero mi esperanza, Jack, es que cuando haya concluido tu estancia en mi casa, seas capaz de apañártelas mucho mejor que ahora.

El muchacho se quedó un momento en silencio, reflexionando sobre todo aquello.

—¿Podré entrar y salir a mi antojo?

—Por desgracia, no. Si decides venir conmigo, entonces estarás bajo mi responsabilidad. Eso significa que tendré que saber en todo momento dónde estás. Me temo que tendré que insistir en que accedas a esto —añadió al observar cómo una expresión ceñuda desdibujaba los rasgos afilados del muchacho—. Y tendrás los días organizados, de modo que no se te permitirá vagar sin más y hacer lo que te venga en gana. Puedo asegurarte, de cualquier modo, que encontrarás tu situación mucho más tolerable que la que te espera en el reformatorio. Recibirás buenos cuidados y alimentación. Los demás jóvenes que han venido a vivir conmigo, de hecho, la encuentran bastante agradable.

—Bien.

Su respuesta resulto una pizca demasiado rápida para ser sincera, pensó Haydon. Para él era evidente que el muchacho había decidido que irse con la señorita Genevieve MacPhail era infinitamente preferible a llevarse las palizas del carcelero y pasar más tiempo en la prisión. En cuanto le sacara una muda de ropa abrigada y una comida decente, robaría lo primero que encontrara y se largaría, mañana mismo, como muy tarde. Haydon deseó disponer de tiempo para hablar con el muchacho a solas, para hacerle entender la oportunidad increíble que se le presentaba.

—¿Puede sacarlo también a él? —Jack inclinó la cabeza hacia Haydon.

Haydon miró al muchacho con sorpresa.

—Me... me temo que no —contestó Genevieve balbuceante, sorprendida por la pregunta.

Los ojos oscuros de la mujer se cubrieron de lo que parecía pesar. A Haydon aquello le resultó bastante prodigioso, teniendo en cuenta que lo único que ella sabía de él era que le habían condenado por asesinato. Difícilmente era el tipo de referencia que inspiraba las sensibilidades más tiernas de una mujer de buena familia como la señorita MacPhail.

—Excelente —dijo el director Thomson, complacido de que ambos hubiera llegado a un entendimiento—. Retirémonos a mi despacho y solventemos los detalles necesarios de este acuerdo, ¿le parece? —Se rascó la barba lleno de expectativas.

Así que se trataba de eso, se percató Haydon. Esta señorita MacPhail se ocupaba de la liberación de Jack a cambio de algún tipo de pago al director de la prisión. No llevaba joyas, y en una inspección más atenta se dio cuenta de que su manto carecía de ornamento, y el tejido era barato y estaba un poco gastado. Pagara lo que pagara por el privilegio dudoso de aceptar la tutela de este pilluelo medio famélico, mentiroso y ladrón, era evidente que no estaba en condiciones de permitírselo. La certeza de que Jack planeaba aprovecharse de sus intenciones bienhechoras para luego abandonarla hizo que sintiera una gran tristeza por los dos.

El director Thomson ya estaba cruzando la puerta, evidentemente ansioso por completar la transacción.

Pero la preciosa señorita MacPhail vaciló un momento.

—Enviaré lo antes posible a mi doncella para que le atienda —prometió a Haydon—. ¿Hay algo especial que desee?

—No le quite los ojos de encima al muchacho hasta que esté segura de que se queda con usted; de otro modo, habrá desaparecido por la mañana.

Ella lo miró con un gesto de asombro.

Obviamente había esperado que él le pidiera algo sencillo, algún capricho con que obsequiarse, como whisky, o tal vez que le prepararan algún plato especial.

—Y una cosa más...

Ella esperó con expectación.

—Me gustaría que creyera que soy inocente.

El carcelero refunfuñó con gran divertimento.

—Todos los asesinos quieren que el mundo piense que son dulces y puros como recién nacidos, especialmente antes de acudir a que les retuerzan el pescuezo.

—¿Qué importa lo que yo crea? —preguntó ella pasando por alto la mofa del carcelero.

Haydon la miró con los ojos fijos en ella.

—Tan sólo importa.

La mujer se quedó callada por un momento, considerando aquella petición.

—Me temo que desconozco los detalles de su caso, señor, y por lo tanto no puedo emitir ningún juicio. —Su voz era suave, cargada de remordimiento, como si de verdad hubiera preferido poder decir que le creía.

Haydon asintió, sintiendo de repente un cansancio inmensurable.

—Por supuesto. —Cerró los ojos.

—Vamos, entonces, señorita MacPhail —dijo el director Thomson, quien la esperaba con impaciencia en la puerta de la celda—. Resolvamos este asunto del muchacho.

—Pediré a mi doncella que le prepare algo especial —prometió Genevieve a Haydon, con la esperanza tal vez de que aquello lo consolara en cierto modo.

—No tengo hambre.

—Entonces, hará todo lo posible por procurar su bienestar —insistió.

—Bien. Gracias.

Haydon intuyó más cuando vio la vacilación en ella, como si aún hubiera algo que la joven quisiera decirle.

Y luego ella salió de la celda, dejándolo a solas para que hiciera frente a sus horas finales en la gélida oscuridad.

—El contrato es igual al que ha aceptado en ocasiones previas, excepto, por supuesto, que he incluido en este caso los detalles de la sentencia del chico —dijo el director Thomson, colocando una hoja de papel ante ella sobre el escritorio—. Estoy seguro de que lo encontrará todo correcto. —Quedaba claro que estaba sumamente ansioso por conseguir la firma del documento lo antes posible y por recibir su pago.

—Estoy segura de que así es —replicó Genevieve—. Pero sentaría un ejemplo poco aceptable que lo firmara sin antes leerlo. Uno siempre debe leer un documento en su totalidad antes de estampar su firma en él —instruyó a Jack. Con aquello empezó a leer cuidadosamente el contrato.

—Y bien, mozalbete, hoy es un día venturoso para ti, ¿verdad que sí? —preguntó el director Thomson, en un intento poco convincente de llenar un incómodo silencio.

Jack no dijo nada.

Genevieve alzó la vista para mirar al muchacho, que miraba con atención al corredor que quedaba detrás de la puerta de entrada al despacho del director, aparentemente absorto en la visión del carcelero Sim, ocupado en apilar cuencos con restos de gachas en una pesada bandeja. Posiblemente, reflexiono Genevieve, el muchacho estaba considerando lo cerca que había estado de morir a palos, a manos de aquel horrible hombre.

—Jack, debes responder cuando alguien te hace una pregunta —le indicó con amabilidad.

Jack la miró pestañeando con confusión.

—¿Qué?

—En una conversación educada no decimos «qué», decimos «perdón» —corrigió Genevieve, decidiendo que era un momento tan bueno como cualquier otro para empezar a pulir los modales del muchacho.

El la miró como si estuviera loca.

—¿De qué está hablando?

—El director Thomson te estaba hablando —explicó ella, y decidió dejar a un lado por el momento la cuestión del uso del «qué» en lugar del «perdón».

—¿Y qué ha dicho? —preguntó, sin molestarse en mirar al director de la prisión.

Más tarde le explicaría que era de mala educación hablar de alguien presente como si no se encontrara allí.

—Él te ha preguntado si te parecía una suerte irte de este sitio conmigo —explicó ella, comprendiendo que a lo mejor no entendía la palabra «venturoso».

Jack se encogió de hombros.

—Cualquier cosa es mejor que esta cloaca repugnante.

Las cejas grises del director Thomson se alzaron bruscamente y su rostro se enrojeció de indignación.

—Vaya, condenado ingrato…

—Tienes bastante razón —intercedió Genevieve, sin inquietarse por la hosca indiferencia del muchacho ni por su elección subida de tono del vocabulario. En todo caso, tenía que admitir que era sincero.

—Cualquier cosa es mejor que esto. —Le sonrió, luego procedió a estudiar el contrato.

Jack, con aspecto de estar hastiado, se dejó caer pesadamente sobre la silla y empezó a dar golpes contra las patas elegantemente talladas con los talones de sus botas cubiertas de barro.

—¡Pero, bueno, para ya, vas a marcarme la madera! —protestó el director.

Jack se encogió de hombros.

—No es más que una silla.

—¡Tal vez para ti sólo sea una silla, cochino rufián, pero es caoba maciza y costó más de lo que tú ganarás honradamente en toda tu vida! —soltó el gobernador con rudeza.

Jack, lleno de rebeldía, volvió a dar una patada a la silla.

—¿Por qué no vas a esperar al pasillo, Jack? —sugirió Genevieve, en un intento de evitar un altercado entre los dos—. El director y yo habremos terminado nuestro asunto en un momento.

Sin que hiciera falta que lo apremiaran más, Jack salió pisando muy fuerte y empezó a andar inquieto pasillo arriba y abajo.

—Este le va a dar trabajo, recuerde mis palabras —dijo enfurruñado el director Thomson—. Apuesto a que volverá a andar desmandado, con sus raterías, y que regresará aquí dentro antes de que acabe el mes. Mi recomendación, señorita MacPhail, es que adopte una postura firme con él, con azotes regulares, sólo para que se mantenga sumiso.

—No tengo la costumbre de pegar a mis niños, gobernador Thomson —le informó Genevieve con frialdad.

—El Señor nos dice que hay que pegar a los niños —argumentó el director Thomson—. «¡Quien no usa la vara es que odia a su hijo, mas quien le quiere es diligente a la hora de disciplinarlo!» Haga saber sin vacilaciones al muchacho que ahora le pertenece a usted. Al primer ápice de problema, enviémelo de vuelta aquí.

—¿Qué robo?

—¿Perdón?

—Mencionó en la carta que me envió que el muchacho fue declarado culpable del delito de robar. ¿Qué robó?

El director Thomson sacó unas gafas de su chaqueta y las colocó sobre su nariz antes de abrir el expediente que tenía sobre el escritorio.

—Irrumpió en una casa y se llevó un par de zapatos, una manta, un queso y una botella de whisky —informó con gravedad—. Posteriormente lo encontraron durmiendo bajo la manta en la cochera de un vecino. Del whisky y el queso casi no quedaba nada, tenía los zapatos puestos en sus pies y estaba completamente borracho. —La miró con semblante serio por encima

de la montura de las lentes—. Me temo que en ningún momento se puso en duda su culpabilidad en el asunto.

—Y por el delito de tener frío, hambre y de no tener unos zapatos decentes, tenían que meterlo en la cárcel, azotarlo y enviarlo al reformatorio. —El tono de Genevieve no disimulaba la amargura.

—Vivimos en una sociedad sin ley, señorita MacPhail. ¿Adónde iríamos a parar si todo el que tiene frío y hambre decidiera que puede meterse sin más en la casa o la tienda del vecino y se quedase con lo que le viniera en gana?

—Ningún niño debería estar tan desesperado —discutió ella—. Lo que necesitamos son leyes para proteger a nuestros niños y evitar que pasen hambre y que tengan que recurrir a robar alimentos y ropa para sobrevivir.

—Mientras ha estado aquí no ha pasado hambre, ni tampoco habría pasado hambre en el reformatorio —señaló el director Thomson—. Independientemente de que usted decidiera acogerlo o no, su arresto fue lo mejor que pudo sucederle. Normalmente es lo mejor para los descarriados como él. El muchacho afirma que sus padres murieron y que no tiene un hogar ni ningún familiar que pueda llevárselo con él. Al menos en un reformatorio tendrá un techo sobre la cabeza, una manta con la que taparse de noche y tres comidas al día.

—Los muchachos no pueden vivir a base de gachas y agua. Y robar un poco de queso y un par de zapatos difícilmente se merece el castigo de ser azotado y encerrado en una gélida celda con un asesino —replicó Genevieve—. En cuanto a nuestros reputados reformatorios —continuo con. soma— son poco más que un lugar donde se abusa de los niños, a quienes se obliga a hacer de esclavos en condiciones intolerables. Si, de algún modo, encuentran la voluntad y fuerza necesarias para sobrevivir, luego los dejan en la calle sin dinero y sin ninguna aptitud de provecho, y les dicen con gran crueldad que continúen con sus vidas. Lo que, por supuesto, los lleva directamente al robo y a la prostitución una vez más.

—Lamentablemente, es poco más lo que podemos hacer quienes trabajamos dentro del sistema, señorita MacPhail respondió el director Thomson—. Al llamar su atención sobre el caso de este muchacho, espero haber contribuido en una pequeña parte a sus posibilidades de salvación. A los otros niños que he puesto bajo su tutela, les va razonablemente bien, ¿no es cierto?

—Les va extremadamente bien —le aseguro Genevieve—. Mucho mejor de lo que les podría haber ido en otro caso.

—Y no dudo de que hará todo lo posible para ayudar a Jack a superar sus instintos más abyectos y, tal vez, finalmente, lleve una vida honrada que a la vez sea productiva. Esperemos que así sea, a cualquier coste, por su propio bien. —Cerró la carpeta—. Un altercado más con la ley y me temo que no podremos hacer otra cosa que dejar que sufra toda la duración de su condena. —Se levantó del escritorio y la miró con expectación, indicando que el asunto estaba prácticamente acabado.

Tras cerciorarse de que los detalles de su acuerdo estaban en orden, Genevieve firmó el documento, luego sacó el dinero que llevaba en el bolsillo interior de su capa y se lo tendió al director Thomson.

—Gracias, señorita MacPhail —dijo él, sonriendo mientras lo contaba a toda prisa—. Espero de corazón que este arreglo sea satisfactorio para usted.

—No tengo duda de que así será. —Genevieve se levantó y se fue hacia la puerta, dispuesta a decirle a Jack que ya se iban.

Y se quedó petrificada.

El voluminoso carcelero Sims, una vez acabada su tarea de recoger toda la loza sucia de cada una de las celdas, se esforzaba ahora por colocarse la pesada bandeja sobre el hombro. Estaba de espaldas a Jack, con lo cual no se daba ni cuenta de que el muchacho se había puesto a su altura y, a hurtadillas, estaba sacando el juego de llaves del cinturón del guardián.

—Pero, bueno, ¿qué diablos te piensas que estás haciendo? —gruñó de repente el carcelero al tiempo que se giraba en redondo.

—Nada —dijo Jack, apartándose de él al tiempo que intentaba no darle importancia.

—Ábrete la chaqueta y déjame ver qué tienes ahí —ordenó el carcelero Sims— antes de que te arranque el pellejo a tiras con mis propias manos.

El pánico invadió a Genevieve. Si pillaban a Jack robando antes siquiera de que hubiera abandonado la prisión, el director Thomson no tendría otra opción que suspender el acuerdo. Jack sería azotado y arrojado otra vez a la celda, donde medio se moriría de hambre antes de padecer años de malos tratos en un reformatorio.

—¡Señor Sims, cuidado! —gritó ella de pronto, con un tono estridente que casi rompe sus tímpanos al reverberar contra los fríos muros de piedra—. ¡Tiene una rata enorme a los pies!

El horror hizo palidecer al carcelero.

—¿Dónde? —gritó, saltando con torpeza sobre un pie y luego sobre el otro, mientras intentaba valientemente mantener la bandeja en equilibrio —. ¿Dónde?

—¡Justo ahí! —aulló ella, señalando hacia sus tobillos.

Lo siguiente que vio Genevieve fue a Sims volando por los aires, chillando de miedo, antes de aterrizar estrepitosamente en medio de un barullo de cuencos pegajosos y gachas grumosas.

—¡Quítenmela de encima! —aulló el hombrachón, intentando levantarse tambaleante. Luego se precipitó hacia ella con los brazos estirados, como si esperara que la mujer fuera a salvarle. Su pie se metió en un cuenco caprichoso que resbaló sobre las gachas, disparándole directamente hacia el interior del despacho del director Thomson donde, por fortuna, la preciosa silla de caoba ayudó a parar la caída.

La silla no salió tan bien parada.

—Por el amor de Dios, Sims, ¿qué diablos te ocurre? —bramó el director Thomson lleno de furia—. ¡Mira lo que has hecho con mi silla!

—¿Ya se ha ido? —gimió el carcelero, mirando frenéticamente a su espalda— ¿Sí?

—No estoy segura —dijo Genevieve, buscando entre las sombras del corredor a Jack, que había desaparecido.

—No veo ninguna rata —informó con calma el muchacho mientras salía de la oscuridad por el recodo del pasillo —. Supongo que se habrá marchado.

Entró parsimoniosamente en el despacho del director pasando junto a Genevieve.

—¡Qué lástima lo de la silla! —comentó con la voz llena de sarcasmo. Se inclinó para recoger un trozo del mueble destrozado—. A lo mejor se puede arreglar.

Cuando la silla volvió a quedar enderezada precariamente sobre las tres patas que quedaban, las llaves de la prisión del señor Sims estaban tiradas inocentemente sobre el suelo, como si se le hubieran caído al desplomarse de forma tan estrepitosa.

—¡Mi silla! —se lamentó el director Thomson, y se giró a mirar la pata de caoba rota—. ¡Ha quedado inservible!

—Lo siento, señor —se disculpó el carcelero Sims, con aspecto triste y desesperado—. Es que... no aguanto las ratas.

—Si no queda nada más, Jack y yo tenemos que marcharnos —añadió Genevieve, ansiosa por sacar al chico de allí antes de que intentara robar alguna otra cosa.

—Bien, de acuerdo —dijo el director Thomson, quien parecía indeciso sobre si llorar por su silla o romper la pata destrozada en la cabeza del carcelero Sims —. En cuanto a ti, jovencito, —agregó mirando a Jack con severidad —asegúrate de que abandonas tus costumbres desmandadas y haces todo lo que te diga la señorita MacPhail. Un paso en falso y estarás de vuelta en esta cárcel, de camino al reformatorio, ¿has oído? —Sacudió la pata fracturada de la silla.

—Estoy segura de que Jack entiende su situación —replicó Genevieve rápidamente, temerosa de dejar hablar al muchacho, no fuera que ofendiera al director Thomson una vez más—. Buenas tardes, director Thomson, carcelero Sims —añadió resueltamente, saludando con la cabeza al abatido guardián, quien aún tenía pegotes grises de gachas adheridos a su uniforme.

Puso con firmeza una mano sobre el hombro de Jack y lo encaminó hacia la puerta, intentando no pensar en qué travesura querría hacer el chico con las llaves del carcelero.

La prisión estaba envuelta en una negrura fría y húmeda, y en silencio a excepción de los sonidos descorazonadores de las miserias humanas. Largos ataques de horribles toses flemosas se entremezclaban con gemidos de dolor y un lloriqueo quedo, lastimoso, se filtraba a través del aire desde una de las celdas del segundo piso en la que se encontraba una atribulada mujer. Eran los débiles sonidos de la desesperanza, la sentencia a muerte de personas destrozadas que habían sido repudiadas y casi olvidadas.

Excepto por el innoble carcelero Sims, quien se esforzaba por no olvidar a ninguno de sus prisioneros.

Desde su punto de vista bastante limitado, las circunstancias que habían ocasionado que estos hombres, mujeres y niños acabaran en prisión, fueran cuales fueran, era enteramente obra de ellos. Y ahora que estos desechos de la sociedad habían sido relegados a sus tiernos cuidados, estaba decidido a que pagaran por sus crímenes con cada minuto de sus existencias. Aún más, tendrían que entender que él, y no el necio director Thomson, era el hombre en cuyas manos estaban sus miserables vidas. Sólo entonces habría orden en la prisión. Y para ser del todo honesto, lo cual sucedía en raras ocasiones, tenía que admitir también que de hecho disfrutaba con el acto de acosar y martirizar a quienes estaban a su cargo.

Era uno de los incentivos de ser guardián de prisión.

Esta necesidad de afirmar su posición de gobernante de su territorio fue lo que lo llevó de regreso a la celda de Haydon poco después de que el director Thomson se retirara a sus aposentos a pasar la velada, lamentando aún la destrucción de su estimada silla. Quedaban unos cuantos temas sin resolver entre este prisionero y él, y el carcelero Sims no tenía intención de dejar pasar el asunto, no, teniendo en cuenta que su señoría tenía programado acudir a la horca a la mañana siguiente. Aquella escoria asesina se había atrevido a ponerle las manos encima. Aunque Sims había conseguido hacerle cierto daño antes de que aquel condenado infeliz saltara sobre su espalda, el asunto no estaba para nada zanjado. Tampoco había ayudado lo más mínimo a su estado de ánimo el verse atacado por una rata enorme que le había hecho resbalar sobre un cuenco de pegajosas gachas y entrar disparado al despacho del director. Lo indigno de aquel momento, junto con la humillación de tener que soportar la ira del director mientras limpiaba el estropicio, había servido únicamente para avivar su deseo de aporrear más a este asesino.

Sobre todo teniendo en cuenta que su señoría no estaba en condiciones de devolver los golpes.

Abrió la estrecha mirilla corredera de la puerta y observó a través de ella. La celda estaba oscura, sólo iluminado por un halo vaporoso de luz de luna que se filtraba a través de los barrotes de las ventanas. Los restos de la cama descalabrada yacían esparcidos sobre el suelo de un extremo de la estancia. La rabia se encendió otra vez en él mientras pensaba en sí mismo arrojado contra el lecho. Su señoría pagaría muy caro por eso. Sus músculos se pusieron en tensión a causa de la expectación y desplazó su mirada al otro lado de la celda.

Y la encontró vacía, aunque aquello era imposible.

—¿Qué diablos…?

Mientras buscaba torpemente su juego de llaves agarró la manilla de la puerta, pero se quedó perplejo al ver que la pesada puerta de roble se abría de par en par sin necesidad de llave. Cogió una lámpara encendida de la pared y entró con cautela en la celda, estudiando las sombras vacías con coraje. Durante un momento prolongado permaneció de pie, escudriñando con fervor, como si aún pudiera encontrar a su prisionero si miraba lo bastante bien, tal vez debajo de la estrecha cama de madera o escondido detrás del orinal.

Finalmente la lámpara chisporroteo y se apagó, dejándolo a solas en la oscuridad de la celda, intentando pensar desesperadamente cómo iba a comunicar al director Thomson que su más ilustre y peligroso prisionero había escapado.

Capítulo 2

Haydon no podría aguantar mucho rato más.

Sólo el hecho de seguir hasta allí a la señorita MacPhail y al chico había exigido todas sus fuerzas. Inicialmente no había sido su intención ir tras ellos. Pero en el momento en que Haydon se encontró en el exterior de los muros de la prisión, agarrándose el costado malherido, con respiración entrecortada, comprendió que no tenía ningún sitio donde ir. No conocía a nadie en Inveraray, estaba sin dinero y llevaba un desastrado uniforme de prisión. Aparte, entre su enfermedad y las heridas, sabía que no llegaría muy lejos.

La visión de la compasiva señorita MacPhail con el joven Jack caminando a cierta distancia por delante de Haydon había representado su única esperanza. No obstante, no se hacía ilusiones de que ella estuviera dispuesta a ayudarlo. Aunque aparentemente era generosa y tenía un tierno corazón, lo consideraba un asesino. Aparte del temor a que él pudiera hacerle daño, existía también la amenaza real de ser acusada de ayudar a un criminal si descubrían a Haydon bajo su protección. Sin embargo, el muchacho era otra cuestión. Al robar temerariamente las llaves del carcelero y abrir la puerta de la celda de Haydon, Jack había demostrado que al menos él sí estaba preocupado en cierto sentido por el destino de Haydon. Por mucho que detestara pedir aquello al muchacho, en estos momentos necesitaba ayuda desesperadamente. Sólo con que pudiera ocultarse en el cobertizo o la cochera de la señorita MacPhail durante unos pocos días, con un poco de comida y agua que le trajeran de vez en cuando, podría recuperar las fuerzas.

Entonces se largaría de Inveraray e intentaría limpiar su nombre.

El hecho de que no hubiera carruaje alguno esperando a la señorita MacPhail en el exterior de la prisión, unido a la relativa sencillez de su atuendo, sugería que su situación financiera era modesta. Por lo tanto, Haydon se quedó sorprendido cuando les siguió los pasos hasta una calle elegante y los vio entrar en una casa grande y distinguida de lisa piedra gris con numerosas ventanas y una puerta de entrada tallada con buen gusto. La casa no era suntuosa para el nivel de Haydon, pero denotaba refinamiento y bienestar económico, al igual que las casas a su alrededor. Jack daba muestras de total indiferencia ante su nueva residencia. Entró al edificio y subió a zancadas las escaleras sin dedicar una sola mirada de interés. Para Haydon estaba claro que el muchacho no tenía la menor intención de quedarse aquí. Tal vez cuando tuvieran ocasión de hablar fuera capaz de hacer entender aijoven la oportunidad tan excepcional que se le estaba concediendo.

Alguien había corrido los cortinajes de la casa, lo cual permitía que tan sólo un relumbre suave, mantecoso, se filtrara a través de la tela. Casi vencido por el agotamiento, Haydon se obligó a permanecer a la espera entre las sombras de una casa vecina. Tras una hora o más, las cortinas de una ventana del piso superior se habían separado un poco y un rostro pálido había mirado abajo a la calle. Haydon se escondió aún más en la oscuridad y observó. El rostro vaciló un momento, luego desapareció de nuevo detrás de los cortinajes.

Haydon no podía estar seguro de que fuera Jack. Le había parecido que era él. ¿Sospechaba el mozalbete que Haydon les había seguido? Era posible. Jack había pasado buena parte de su vida en las calles, sin duda sentía la necesidad de reconocer el entorno en mayor medida que las personas que han disfrutado de una existencia bajo cobijo. Por otro lado, era posible que el mozalbete simplemente hubiera sentido curiosidad por su nuevo territorio, y se tomara un momento para estudiar su ubicación antes de meterse en una cama limpia y confortable.

Haydon se llevó una mano a la frente, luchando contra el mareo que amenazaba con apoderarse de él.

Una a una, las lámparas de la casa se fueron apagando hasta que todas las ventanas se convirtieron en láminas negras. Temblando de fiebre y agotado hasta lo indecible, Haydon salió lentamente de las sombras.

Finalmente, comprendiendo que no tenía otra opción, recogió un puñado de piedras y empezó a arrojarlas a la ventana del muchacho.

—¡Hay un hombre tirando piedras a nuestra ventana! —chilló Annabelle, la pequeña de diez años que entró corriendo en la habitación de Genevieve con su pelo rubio claro ondeante tras ella. De un salto se subió a la cama llena de excitación.

—Lleva unos minutos haciéndolo —añadió Grace, quien, con torpeza se dio contra la mesilla de noche de Genevieve antes de unirse a Annabelle sobre el colchón. Grace era dos años mayor que su hermanastra, pero pese a su nombre, carecía de las maneras encantadoras de las que Annabelle hacía gala con tal naturalidad.

—¿Qué creéis que querrá? —se preguntaba Charlotte entrando renqueante tras ellas. Una niña tranquila, seria, de once años, con un sedoso pelo caoba y grandes ojos color avellana. Por desgracia, poca gente se fijaba en otra cosa aparte de en su cojera.

—Tal vez sea un admirador secreto de Genevieve, que ha venido a profesarle su amor eterno —recitó extasiada Annabelle con ojos soñadores.

Grace frunció el ceño.

—¿Y por qué no iba venir a profesarle su amor durante el día, cuando Genevieve está despierta?

—Porque entonces todos estaríamos despiertos y lo veríamos, y dejaría de ser una admirador secreto —explicó Annabelle.

—Pero ahora también estamos despiertas —indicó Charlotte.

De hecho, Genevieve estaba sólo medio despierta mientras intentaba encender a tientas la lámpara de aceite que había junto a su cama. De todos modos, la observación de Charlotte parecía válida.

—¿Hay un hombre tirando piedras? —murmuró un poco aturdida, observando llena de desconcierto aquellos tres rostros inquietos.

—¡Y es muy guapo! —agregó Annabelle con respiración entrecortada, llevándose sus delicadas manos al pecho—. ¡Parece un príncipe!

—Eso no lo sabes —replicó Grace—. Apenas lo has visto.

—Lo he visto lo suficiente —protestó Annabelle—. La luz de la luna brillaba sobre su hermoso rostro, y parecía tener el corazón roto.

—Sí que parecía un poco triste. —Charlotte se instaló con cuidado en el borde de la cama de Genevieve y se frotó su pierna rígida.

—No llevaba sombrero —reflexionó Grace con el ceño fruncido—. ¿No lo llevan siempre los príncipes?

—Los príncipes llevan coronas —corrigió Annabelle.

—Pensaba que eran los reyes quienes llevaban coronas —replicó Charlotte.

—Los reyes llevan coronas más grandes —informó Annabelle con gran autoridad—. Por eso los príncipes quieren convertirse en reyes, entonces pueden llevar las coronas más grandes.

—¿Estáis seguras, niñas, de que hay un hombre ahí? —Lo único que quería Genevieve era volver a dormir. La mañana llegaba temprano sin ninguna tregua en esta ajetreada casita, y apreciaba cualquier descanso que pudiera tomarse.

—¡Ven y compruébalo por ti misma! —chilló Annabella tirándole del brazo.

—¡Rápido, antes de que se vaya y decida arrojarse al río! —Estaba claro que Grace intuía que Genevieve necesitaba algún incentivo más.

A su pesar, Genevieve se levantó de la cama con gran esfuerzo y siguió a las tres niñas que corrían de regreso a su habitación.

—Quédate ahí para que no pueda verte —aconsejó Charlotte, indicando el rincón junto a la ventana.

—¿Por qué no puede verla? —se preguntó Annabelle—. Está un poco despeinada, pero por otro lado está muy guapa… como una princesa.

—No sabemos quién es, Annabelle —amonestó Grace—. Por lo que sabemos, podría ser un criminal sanguinario.

Los ojos azules de Annabelle se abrieron como platos.

—¿De verdad piensas eso? —Esta nueva posibilidad parecía llenarla de verdadero júbilo.

—Sólo me refería a que un desconocido no debería ver a Genevieve en camisón —explicó Charlotte con impaciencia. No es lo correcto, ¿no es así, Genevieve?

—No, no lo es —admitió Genevieve—. Y bien, ¿os importaría bajar la voz antes de que despertemos a toda la casa?

Las tres niñas se quedaron calladas obedientemente. Genevieve descorrió lentamente parte de la cortina y luego escudriñó con cautela a través de la raja de ventana que había dejado al descubierto.

—¡Dios me libre! —soltó en un resuello, cerrando de una sacudida la cortina.

—¿Lo has visto? —preguntó Grace atropelladamente.

—¿No es guapo? —chilló Annabelle.

—No te ha visto en camisón, ¿eh que no? —se inquietó Charlotte.

Jamie entró dando saltos en la habitación, con su pelo rubio rojizo alborotado y ojos sorprendentemente despiertos para un muchacho de sólo ocho años de edad que se suponía tenía que estar durmiendo.

—¿Qué pasa?

—¿Alguien se ha puesto enfermo? —preguntó con voz aguda Simon, quien era tres años mayor pero no mucho más alto, e intentaba hacerse un hueco detrás del pequeño.

Jack seguía a los dos muchachos y entró con el ceño fruncido.

—¿Cómo puede uno dormir un poco aquí?

—Genevieve tiene un admirador secreto esperándola afuera —informó Annabelle.

—Creemos que es un príncipe —añadió Grace.

—O tal vez un asesino —finalizó Charlotte.

Jamie y Simon no necesitaban más incentivos. Antes de que Genevieve pudiera detenerles, cruzaron velozmente la habitación y descorrieron de golpe la cortina para echar un vistazo al misterioso extraño apostado abajo en la calle.

—¡Lo veo! —chillo Jamie, extasiado—. ¡Mira!

Los otros niños se arremolinaron en torno a la ventana, empujándose, pegándose unos a otros, intentando conseguir una vista mejor.

—¡Hola, el de ahí abajo! —gritó Simon alegremente. Apretó su nariz llena de pecas contra el vidrio y saludó, animando a los otros niños a hacer lo mismo.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¡Hola!

Genevieve se quedó mirando a Jack con horror mientras su mente volvía a funcionar. De pronto vio con claridad pasmosa qué era lo que pretendía el muchacho al quitarle las llaves al carcelero Sims. Jack se acercó como si tal cosa a la ventana y echó una mirada veloz a Haydon. Luego la miró a ella.

—No pensaba que fuera a venir aquí. —Se encogió de hombros.

—¿Lo conoces? —exclamó Simon, estudiando a Jack lleno de sobrecogimiento.

—¿Es un príncipe? —preguntó Annabelle entusiasmada.

Jack soltó un resoplido.

—No creo. Es un...

—¡Se va! —interrumpió Grace, desviando la atención de todos de nuevo.

—¡Oh, cielos! —murmuró Charlotte con voz suave, compasiva—. Apenas puede hablar.

—¿Qué le sucede? —preguntó Jamie con preocupación.

—Recibió una terrible paliza del carcelero de la prisión por intentar ayudarme —Jack se quedó mirando a Genevieve con expresión desafiante.

—¡Tenemos que detenerlo! —dijo Simon—. ¡Vamos!

—¡Esperad! —gritó Genevieve mientras los niños se dirigían ruidosamente hacia la puerta.

Los críos, a su pesar, se detuvieron y la miraron con impaciencia.

—No estoy segura de que sea una buena idea —aventuro mientras intentaba ganar un momento para pensar.

—Vamos a ayudarle, ¿verdad que sí? —preguntó Charlotte.

—Por supuesto que sí —le aseguro Jamie—. Genevieve siempre ayuda a la gente.

—Y si él ha ayudado a Jack, nosotros debemos ayudarlo a él —razonó Grace.

—Tenemos que impedir que se vaya, ahora, —declaró Annabelle, enlazando las manos con gesto dramático— ¡antes de que desaparezca para siempre!

Genevieve miró con desesperación a Jack.

El la miró con frío desprecio, como si su vacilación fuera lo único que hubiera esperado de ella.

Luego se volvió y se marchó hacia las escaleras.

Los niños no necesitaba más ánimo. Corrieron tras él y bajaron volando las escaleras con sus pálidos camisones de algodón inflándose tras ellos como si fueran alas.

—¡Quedaos ahí! —ladró Oliver, quien salió de sopetón de la cocina esgrimiendo un hacha con brazos temblorosos—. Hay un bribón con muy mala pinta ahí fuera. Voy a hacerle picadillo y entregárselo a Eunice para que haga albóndigas.

—¡Vaya, Ollie, no se te ocurre nada mejor que asustar a los chavales con tantas monsergas! —reprendió Doreen, mientras las abundantes líneas de su rostro delgado, poco agraciado, se arrugaban con reproche—. ¿Cómo voy a conseguir que luego coman si constantemente les llenas las cabecitas de paparruchas?

—Además, yo no tengo ninguna intención de hacer albóndigas con un pobre miserable medio muerto de hambre agregó Eunice, haciendo un hueco para sus abundantes carnes en el abarrotado vestíbulo—. Seguro que es todo nervio y pellejo.

—Oh, Oliver, no debes matarlo —rogó Charlotte de todo corazón—. ¡Está herido!

—Y es amigo de Jack —añadió Grace.

—Vamos a invitarlo a entrar —explicó Annabelle.

—Entonces, ¿podremos tomar un poco de té? —preguntó Simon con expectación—. Me muero de hambre.

—¿A esta hora? —Eunice miró a Genevieve con alarma—. No es que se pueda decir que estemos preparados para recibir visitas, señorita Genevieve: ¡estamos todos en pijama!

—No le importará —la tranquilizó Charlotte.

—¡Viene de la prisión! —dijo Jamie alegremente, como si esto fuera un aval maravilloso.

Jack abrió la puerta de entrada de par en par. Los niños fueron los primeros en adelantarse, pero se encontraron con que la figura de Haydon retrocedía lentamente por la calle.

—¡Eh, hola! —gritó Simon.

—¡Vuelva! —chillo Charlotte.

—¡No dejaremos que Oliver lo haga picadillo para albóndigas! —prometió Annabelle.

Al percatarse de que aquello tal vez no hubiera sonado especialmente tranquilizador para Haydon, Jack salió corriendo con los pies desnudos a través de la gélida oscuridad y alcanzó a Haydon justo antes de que desapareciera por la esquina.

—No pasa nada —le dijo Jack—. Puede entrar.

Haydon se le quedó mirando lleno de confusión. Su visión estaba empañada por la fiebre y cada paso que daba requería un esfuerzo penosísimo. Incluso así, no tenía deseos de poner en peligro a la señorita MacPhail y al tropel de niños vestidos de blanco que la llamaban desde los peldaños de entrada. Esto no era lo que había planeado.

—No.

—Debe entrar —insistió con impaciencia jack—. Está demasiado débil para andar, y pronto todo Inveraray estará buscándole.

—No quería que ella lo supiera —la lengua de Haydon, pastosa y torpe, formo las palabras con dificultad—. No quería que ella se viera involucrada en esto.

—No le importa —mintió Jack. Rodeó a Haydon con un brazo delgado para servirle de apoyo—. Quiere que entre.

Haydon miró a Genevieve. Iba ataviada tan sólo con una bata cremosa. Su figura se alzaba alta y delgada, por encima de los entusiasmados niños que agitaban los brazos, agrupados en torno a ella. La visión de Haydon era demasiado vaga como para distinguir su expresión.

En ese momento, ella era lo más parecido a un ángel que podía esperar ver.

—Sólo esta noche —farfulló él—. Más no.

Apoyándose pesadamente en Jack, empezó a regresar tambaleando hacia la casa. Jack lo ayudó a cruzar la puerta para entrar en el vestíbulo, donde Haydon se quedó mirando con expresión ausente a la fascinada audiencia que lo rodeo.

Y luego cayó desplomado en el suelo.

—¿Qué le ha pasado a tu amigo, mozalbete? —Oliver miraba a Haydon con ceño fruncido, por encima de la cuchilla de su hacha—. No tiene muy buen aspecto, que digamos.

—Le pegaron cuando intentó ayudarme —explicó Jack—. Y está enfermo.

—¿Enfermo, dices? —se mofó Doreen—. Parece listo para su entierro.

Jamie alzó la vista a Genevieve, abriendo los ojos con preocupación.

—¿Va a morirse?

—Por supuesto que no —respondió fingiendo más seguridad de la que sentía. Aunque consiguiera su recuperación mediante sus atenciones, el hombre echado en el suelo de su vestíbulo era un asesino convicto. Si le atrapaban, como sucedería casi con toda certidumbre, lo llevarían a la horca.

Desecho aquel pensamiento de su mente. Lo único que importaba en aquel momento era que aquella persona estaba malherida y necesitaba su ayuda.

—Oliver, por favor, ayuda a Jack a subir a su amigo a mi habitación y a meterlo en la cama —ordenó con viveza—. Eunice, si eres tan amable, calienta un poco del caldo que has hecho antes y llévalo arribajunto con una tetera de té caliente. Doreen, por favor, vete a buscar una jarra de agua caliente, otra jarra de agua fría, un poco de jabón y un pote de ungüento. Simon y Jamie, subid madera a mi habitación y ponerla en el fuego. Annabelle, Grace y Charlotte, intentad encontrar una sábana vieja y limpia, y rasgarla en tiras para hacer vendas.

Todo el mundo salió precipitadamente en todas direcciones para cumplir sus mandados.

Genevieve tomo lentamente una bocanada de aire antes de salir escaleras arriba hacia su habitación.

—Mejor le quitamos la ropa —comentó Oliver después de dejar a Haydon en la cama—. ¿Querrá que las queme? —Miró a Genevieve elocuentemente.

Ella asintió. Oliver conocía bien aquella chaqueta de molesquina, los pantalones la camisa de algodón y los tirantes que componían el uniforme de la prisión local que tan mal quedaba. Evidentemente, su intención era que nadie fuera de la casa reconociera la procedencia de la ropa, ni siquiera si la arrojaba a la basura.

—Ven, muchacho, ayúdame a sentarlo para que podamos quitarle estas cosas —dijo Oliver a Jack.

El paciente era un hombre inusualmente grande, requería la colaboración de los tres para levantarlo y darle la vuelta mientras le retiraban las capas mugrientas del uniforme de la prisión. Finalmente lo dejaron desnudo hasta la cintura.

—Dios bendito. —Genevieve se quedó mirando horrorizada las feas magulladuras púrpuras y negras que marcaban su torso musculoso—. ¿Hizo todo esto aquel horrible carcelero?

Jack sacudió la cabeza.

—Ya estaba herido cuando llegó a la prisión. Dijo algo acerca de un ataque. Por eso Sims le pegó en la caja torácica. —Acabó con voz cargada de aborrecimiento—: Sabía que empeoraría su estado.

—Qué gente tan despreciable, los carceleros. —La expresión de Oliver era lúgubre—. Ya he conocido a unos cuantos, y son todos iguales. Y bien, muchachita, mejor aparta la vista mientras Jack y yo le quitamos los pantalones.

—Iré a ver qué es lo que está entreteniendo a Doreen —dijo Genevieve, azorada de repente.

Regresó con una pila de toallas delgadas unos pocos minutos después y encontró su habitación en un completo tumulto.

—No podéis poner troncos en el fuego como si fueran ladrillos —estaba diciendo Oliver a Simon y a Jamie mientras atizaba con violencia el hogar, que escupía alegremente un espeso humo gris por toda la habitación—. Hay que dejarlos respirar, si no, más tarde te arrepentirás.

—Chicas, ¿no podéis encontrar otro sitio para hacer eso? —Eunice chasqueó la lengua a punto de tropezar con Annabelle, Grace y Charlotte, que estaban sentadas sobre una enorme sábana como si hubieran organizado una comida campestre.

—Creo que tendremos que quitamos de encima de la sábana si queremos rasgarla —reflexiono Charlotte.

—Tonterías —dijo Grace, esforzándose por empezar a desgarrar por una esquina—. Será mucho mejor si todas nos sentamos encima, para que no se mueva.

—Miradme, ¡soy una princesa árabe! —Annabelle se puso en pie extendiendo cierta longitud de tela de la sábana deshilachada delante de su rostro—. ¿Dónde, oh, dónde está mi apuesto jeque del desierto?

—Es una pena que no podamos meterle en a la bañera —comentó Doreen mientras miraba a Haydon atentamente, con sus manos enrojecidas en jarras sobre sus caderas—. Es la mejor manera de dejar a un hombre limpio de veras.

—O de ahogarlo —Oliver hizo un chiste. Dio una última estocada al fuego, luego tendió el atizador a Simon, quien inmediatamente empezó a sacudirlo como si fuera una espada—. Especialmente en este estado.

—Os ayudaré a lavarlo —se ofreció Jamie y sacó un paño empapado del cuenco, que goteó agua sobre toda la cama. Sé hacerlo.

—No hará falta. —Genevieve dejó las toallas y cogió el paño chorreando de las manos de Jamie—. Oliver, Doreen y yo nos ocuparemos del amigo de Jack. Los demás podéis iros a la cama.

Simon dejó de manejar la espada para mirarla con ojos alicaídos.

—Pero, queremos ayudar.

—No haremos ruido —le aseguró Grace.

—Y no nos meteremos en medio —añadió Charlotte.

—Por favor —canturreó Annabelle desde detrás de su velo improvisado.

Genevieve suspiró.

—Agradezco vuestras ganas de ayudar. Pero hay demasiada gente en esta habitación, y la mejor manera de ayudar es volver a la cama y descansar bien. Habrá mucho que hacer mañana por la mañana.

—¿Cómo qué? —preguntó Jamie con impaciencia.

—Te lo diré mañana. Eunice, por favor, lleva a los niños de vuelta a sus habitaciones y asegúrate de que se queden bien arropados.

—Pues, vamos, tesoros. —Eunice abrió sus brazos rollizos y reunió a los niños como una bandada de pájaros—. Si os portáis bien, es posible que por la mañana tengáis un dulce especial en el plato.

Entusiasmados ante aquella maravillosa posibilidad, los niños dejaron de entretenerse al instante y se fueron corriendo hacia sus habitaciones.

—Jack, tu también puedes volver a la cama —dijo Genevieve, mojando el paño en el agua caliente—. Nos arreglaremos solos.

—¿Y va a denunciarlo a la policía? —Su voz sonó grave y dura.

Los ojos ancianos de Doreen se agrandaron llenos de conmoción mientras estudiaba al hombre extendido sobre la cama.

—Por todos los santos —dijo con un resuello—. ¿Es el que fui a ver, verdad? ¿El asesino que ha escapado esta noche de la cárcel?

Genevieve escurrió el paño y empezó a lavar con calma el rostro de Haydon.

—Si no fuera por él, Jack habría recibido hoy una paliza brutal —afirmó con tranquilidad—. ¿No es cierto, Jack?

—No tenía por qué ayudarme. —Su voz sonaba grave y furibunda, como si pensara que tal vez ella cuestionara el asunto—. Pero lo hizo. Pese a estar enfermo y herido, me quitó de encima a aquel carcelero hijo de perra. Le dijo que lo mataría si volvía a tocarme. Y entonces fue él quien recibió la paliza.

Genevieve pasó el paño con suavidad por el contorno esculpido de la mejilla de Haydon. El rostro tenía barba de una semana o más, y unas oscuras ojeras amorataban la piel debajo de los ojos. Incluso así, era un hombre

de apostura poco común. Un hombre condenado por asesinato, se recordó con inquietud.

Capaz de levantarse y defender a un muchacho indefenso, cuando él mismo apenas podía mantenerse en pie.

—¿Tienes idea de quién es, mozalbete? —preguntó Oliver, frunciendo sus blancas cejascon preocupación—. ¿O a quién asesinó?

Jack sacudió la cabeza.

—Compartimos la celda durante sólo unos pocos días. No hablaba demasiado. Pero es de familia de dinero, a juzgar por su manera de hablar. El carcelero solía llamarlo «su señoría».

—Eso no quiere decir nada —comento Doreen con desdén, cogiendo el paño para ayudar a Genevieve a lavar a Haydon—. Los carceleros siempre se divierten a costa de sus prisioneros. Es parte de su entretenimiento.

Jack la miró con curiosidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he estado en la cárcel —contestó con total naturalidad.

—Todos hemos estado en la cárcel, chaval —agregó Oliver al percibir la sorpresa del muchacho—. Excepto la señorita Genevieve, por supuesto — soltó una risita.

—Pero la señorita Genevieve conoce muy bien los negros caminos de la prisión, no te confundas. —Doreen dedicó a Genevieve una sonrisa de adoración, luego reanudo su celoso restregado de una de las manos de Haydon.

—Las autoridades estarán buscándole en estos momentos —musitó Genevieve, apenas rozando con el paño la came caliente y magullada del pecho de Haydon—. Y puesto que Jack y yo fuimos las últimas personas que lo vimos en la celda, sin duda querrán hacernos preguntas después de esta noche de búsqueda infructuosa.

—No hablaré con ellos —escupió Jack con furia.

—Me temo que tendrás que hacerlo, Jack. Los dos tendremos que hacerlo. —Vaciló mientras estudiaba el rostro de Haydon.

No soy un asesino, le había dicho él, con una mirada que la perforó con dolorosa intensidad. Y en aquel momento, mientras la retenía con aquel asimiento desesperado, ella casi le creyó. Desconocía por completo los hechos del caso, no sabía nada de él. A excepción de que en sus últimas horas en la tierra se había preocupado más por el destino de un muchacho hosco, un ladronzuelo, que por él mismo.

Y cuando el muchacho estaba a punto de recibir una salvaje paliza había intervenido y se había ofrecido en su lugar.

—No obstante, lo que contaremos a las autoridades —acabó con voz suave y decidida— será otra cosa totalmente diferente.

Haydon se sentía como si estuviera ardiendo.

Se meneó de un lado a otro en un intento desesperado de sofocar las llamas o tal vez simplemente de encontrar una pizca de aire fresco con que aliviar aquel terrible ardor. Y no obstante tiritaba, sus dientes rechinaban como guijarros sueltos, su mandíbula se cerraba con tal fuerza que pensó que iban a partírsele los huesos. Aparte estaban los dolores que lo azotaban cada vez que se movía, un tormento profundo, convulsivo, que surgía de cada centímetro de su cuerpo. No podía moverse ni permanecer quieto, ya que ambas cosas eran espantosas, y la frustración de todo aquello le parecía que

lo volverle loco. Intentó gritar una súplica ronca, desesperada, pues quería el fin de aquello, aunque significara la muerte. Sin duda, ni el dios más cruel esperaría de él que soportara una agonía así.

Y luego se le ocurrió que tal vez estuviera muerto Si que aquello no era más que el infierno abominable al que había sido condenado.

Su grito se ahogó en su garganta.

—Shhh —lo calmó una voz suave y dolorosamente femenina—. Ahora todo está bien.

Un paño frío y húmedo se deslizó con delicadeza sobre su rostro, sofocando las llamas que encontraba a su camino. Se despegó de su piel por un momento y luego regresó, deslizándose sobre su abrasada carne, refrescando el terrible fuego devastador. El frío del líquido rezumaba goteos plateados por los lados de su rostro, por su cabello, a través de sus labios apergaminados, hasta el pellejo reseco de su boca. Oyó la salpicadura de agua en un cuenco, y el paño volvió, con movimientos lentos, seguros, sobre el campo de batalla de su cuerpo destrozado, dando vueltas acariciantes, como olas delicadas chapoteando sobre él. Poco a poco, el fuego que llameaba a través de él comenzó a menguar. Finalmente, él se hundió en la profundidad de aquella suavidad sobre la que estaba tendido, su respiración superficial se fue haciendo constante, sus escalofríos casi se desvanecieron.

Tal vez no estaba muerto después de todo.

Dormitó un rato, consciente vagamente del dulce frotamiento del paño frío sobre su piel ardiente. Se movía a lo largo de su pecho, luego descendió por su estómago y, con cautela, se desplazó por los costados de su cintura y costillas. El contacto era firme, pero aun así de una ternura extraña, como si percibiera las heridas ocultas debajo, como si supiera cuánta presión podía soportar él. Una y otra vez lo cruzaba, lo arrullaba con las rítmicas caricias, consiguiendo que se sintiera fresco, limpio y mimado, aunque no podía imaginarse quién podría pensar que él era digno de esas atenciones. Un susurro musical llenaba el aire, frágil, canturreado como si se supusiera que él no fuera a oírlo. Se obligó a permanecer tendido completamente inmóvil, intentó acallar incluso el débil suspiro de su respiración para poder oír aquel encantador cántico que como una pluma se desplazaba por el aire que lo rodeaba. Lo llenó de placer, lo envolvió en un abrazo eterno, tierno, absoluto, indulgente.

El sueño se hizo más profundo.

El tiempo transcurrió poco a poco. Cuando se despertó lo hizo gradualmente, las capas brumosas de confusión y desgaste fueron desprendiéndose lánguidamente. El aire fresco, limpio, llenó sus cavidades nasales, con un toque del aroma humeante, dulce, de madera quemándose en el fuego. El colchón debajo de su cuerpo era blando, las sábanas que lo cubrían estaban limpias. El débil tictac de un reloj le arrullaba, su canción tranquila, perpetua, tamborileaba ligeramente sobre sus sentidos, le hablaba de razón, orden y lógica. Suspiró, experimentando una inmensa comodidad hasta en la tranquilidad que destilaba todo aquel entorno. No podía recordar dónde estaba o cómo había venido aquí, pero había una cosa totalmente clara.

Ya no se estaba pudriendo en una repugnante celda con la muerte al acecho.

Con enorme esfuerzo, abrió los ojos.

Sombras oscuras nublaban la habitación, lo cual indicaba que aún era de noche. Un fuego bajo proyectaba ondulaciones de luz albaricoque en la oscuridad, se derramaba sobre el suelo cubierto por un alfombra y oscilaba sobre la manta arrugada de cuadros escoceses que cubría su cama. Siguió las cintas cambiantes hasta el sillón situado a su lado, donde danzaban sobre un camisón blanco y luego moteaban la pálida piel cremosa de la señorita MacPhail que se encontraba allí profundamente dormida.

Se había hecho un ovillo como mejor había podido entre las contenciones almohadilladas del sillón, con las piernas metidas debajo del cuerpo, apoyada en su delgado brazo como almohada. Su cabello oro y coral se derramaba magníficamente sobre el lino blanco como la nieve de su camisón, iluminándolo con hebras de color sedoso. Tenía las mangas enrolladas hasta los codos y el vestido estaba arrugado y manchado copiosamente de agua. Era ella quien lo había cuidado a lo largo de la noche, se percató Haydon al alcanzar a ver el cuenco de porcelana yios paños abandonados que descansaban en la mesa situada junto a ella. Las líneas de su frente estaban profundamente cinceladas, unas sombras color vino manchaban la delicada piel bajo el fleco de sus pestañas. El agotamiento la había arrastrado a un sueño profundo, demasiado absoluto como para permitir que la despertara la fresca brisa que soplaba a través de la ventana, o lo incómodo de su postura, o el hecho de que su paciente hubiera despertado. La estudió con fascinación reverente, observando el lento subir y bajar de sus pechos de dulce redondez, el leve movimiento de su delgado cuerpo, la sutil acentuación de las líneas entre sus cejas mientras enterraba cada vez más la mejilla en su brazo.

No podía recordar que ninguna mujer hubiera permanecido a su lado para cuidarlo de este modo.

Tampoco estaba acostumbrado a encontrarse indefenso; especialmente ante una mujer que apenas conocía. Y parecía que se encontraba de verdad indefenso. La salvaje paliza que había recibido a manos de sus asaltantes hacía unas dos semanas, seguida de la enfermedad que se había apoderado de él en la prisión y luego el apaleamiento final del querido carcelero Sims hacía tan sólo unas horas, se habían combinado para reducirlo hasta convertirlo en un ser inválido, débil y tembloroso. No tenía idea de cómo había conseguido llegar desde la prisión a este hogar. Lo único que podía recordar era a Jack que lo guiaba y la visión de la encantadora señorita MacPhail de pie en medio de un grupo de niños que lo saludaban y lo llamaban.

Intuyendo tal vez que estaba siendo observada, ella se agitó y pestañeó abriendo los ojos. Lo estudio por un momento con sus enormes ojos marrones vacíos de sospecha o temor, como si meramente estuviera intentando recordar cómo un hombre apaleado y medio desnudo había acabado tumbado en su cama.

Y luego se enderezó a toda prisa y tanteó a su alrededor en busca de algo con que taparse.

Estaba claro que había recordado.

—Buenas noches —se esforzó Haydon en hablar ásperamente, con la garganta dolorosamente seca.

Genevieve agarró el chal de lana que había caído al suelo y se lo echó apresuradamente sobre los hombros y el pecho. ¿Cuánto tiempo llevaría él mirándola de esa manera?, se preguntó nerviosa. ¿Y en qué estaba pensando ella, quedándose dormida al lado de un desconocido desnudo? Y con el pelo suelto y descalza, cuando se suponía que tenía que estar vigilándolo. Cogió

lajarra que descansaba sobre la mesilla y le sirvió un vaso de agua, aprovechando esa simple tarea para recuperar la compostura.

—Tenga —dijo, sujetándose con recato el chal para taparse mejor con una mano mientras le llevaba el vaso a los labios—. Intente dar un pequeño sorbo.

El agua goteó por el interior de su boca y garganta. Haydon dio un trago, luego otro y otro, hasta que finalmente el vaso quedó vacío. Era un hombre que se permitía gozar de los mejores vinos y licores con frecuencia, no obstante no podía recordar que una bebida le hubiera parecido tan enormemente satisfactoria.

—Gracias.

Genevieve dejó el vaso en la mesa y se ajustó el chal con timidez.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor.

Ella echó una mirada rápida a la bandeja que había subido Eunice muchas horas antes.

—¿Le gustaría probar un poco de caldo? Ya está frío, pero podría bajar rápidamente y calentarlo...

—No tengo hambre.

Genevieve asintió y se quedó callada, sin saber qué hacer o decir a continuación.

Lo había cuidado toda la noche, pese a las firmes protestas de Oliver y Doreen argumentando que ya habían hecho por él todo lo que estaba en sus manos. Que el paciente sucumbiera a sus heridas y a la fiebre o que las superara era algo que entonces estaba sólo en manos de Dios. Pero hacía años que Genevieve no dejaba sólo en manos de Dios los asuntos que ella consideraba que estaban en cierta medida a su alcance. Independientemente de quién fuera este hombre o lo que hubiera hecho, no podía retirarse sin más y dejarlo sufrir a solas durante toda la noche.

Y por lo tanto se había quedado con él.

Había pasado largas horas limpiando su cuerpo magullado y ardiente con paños frescos para bajar la temperatura, alternativamente cubriéndolo con más mantas y luego retirándoselas, presionando con la suavidad de sus palmas sobre su frente abrasadora y sobre su mandíbula de áspera barba en un intento de determinar si ganaba su desesperada batalla contra la fiebre. Conocía cada contorno cincelado de su pecho, hombros y vientre, el duro calor de la piel estirada tersamente sobre los pectorales, los rizos oscuros de vello que formaban una línea misteriosa por debajo del ombligo antes de desaparecer bajo el delgado lino de las sábanas. Sabía que cuando le invadía el frío se movía e intentaba doblarse sobre su costado, y sacudía brazos y piernas cuando padecía un calor insoportable. Sabía exactamente cuánta agua podía rociar desde el borde del paño entre sus labios sin que se atragantara y sin que el agua se escurriera por los lados del rostro y cuánta presión podía ejercer con su mano para calmarlo sin hacerle daño. Estaba familiarizada con cada magulladura, rasguño y moratón de él, y se sentía razonablemente segura de qué costillas estaban rotas y cuáles con contusión, pero firmes. Aquel conocimiento íntimo le permitía estar a sus anchas en presencia de él mientras dormía, como si le conociera hacía años y no tuviera motivos para sentirse amenazada o tímida.

Sin embargo, ahora que él estaba despierto, no se sentía para nada relajada.

—¿Lo ha... ayudado?

Ella lo miró sin comprender.

—El chico —continuó él, esforzándose por articular las palabras—. ¿Usted lo ayudó a... liberarme?

El impulso inicial de ella fue asegurarle que desde luego no había sido así. Pero no era del todo cierto, se percato. Había visto a Jack coger clandestinamente las llaves del cinturón del carcelero. En vez de detenerle, había provocado un enorme revuelo para distraer al carcelero y que no se diera cuenta. En la consiguiente refriega, no había salido rauda y veloz en busca de Jack para traerlo de vuelta al despacho del director Thomson como debería haber hecho. En vez de ello, había esperado nerviosa a que acabara el asunto que se traía entre manos y a que reapareciera en la oficina.

¿No había sospechado siquiera sus intenciones, especialmente después de la insistencia de Jack en que se llevara con ella a este hombre condenado?

—No tengo por costumbre sacar de la prisión a criminales convictos. —No estaba segura de si estaba intentando convencerse a sí misma o a él.

—Sacó a Jack.

—Pero por medios completamente legales, con el conocimiento y consentimiento del director Thomson —replicó—. Es más, Jack es sólo un muchacho, y para empezar nunca debería haber ido a la prisión.

—Yo tampoco. —Sólo hablar era un esfuerzo enorme. Cerro los ojos con gesto agotado.

Su frente estaba surcada de arrugas, y apretaba la mandíbula, lo cal indicaba el dolor que estaba experimentando. Genevieve humedeció un paño y lo presiono levemente contra su frente en un intento de aliviar su malestar. Un gemido contenido escapo de los labios de él. Ella aparto el paño, lo mojó en agua fresca una vez más y empezó a rozarle el rostro con sumo cuidado.

¿Qué clase de hombre iba a alzarse en defensa de un joven ladronzuelo, cuando él mismo sufría dolores tan atroces y una fiebre tan alta que apenas podía mantener el equilibrio de pie?, se preguntó. Jack le había dicho que este hombre estaba gravemente enfermo y herido, y aun así se levantó de su lecho, aparto al carcelero de Jack y lo arrojó al otro lado de la celda. Sin duda tenía que saber que en su estado no era posible librar una batalla contra Sims. Y ni siquiera era amigo del muchacho. Según Jack, apenas habían intercambiado media docena de palabras el uno con el otro en todo el tiempo en que habían compartido la celda.

Para ser un asesino convicto, mostraba una compasión y nobleza destacables.

La cabeza de Haydon se cayó a un lado, y la respiración se hizo cada vez más profunda, lo que indicaba que se había quedado dormido. Genevieve se inclinó por encima y le puso con delicadeza la mano en la frente. Seguía demasiado caliente, pero la intensidad no era la misma de una hora antes. De todos modos, su experiencia, tras atender durante años a niños con fiebre, le había enseñado que la temperatura del cuerpo podía bajar considerablemente en un momento y a continuación empeorar con velocidad alarmante. Tendría que vigilar le con atención para intentar asegurarse de que aquello no sucedía.

Ajustó las mantas alrededor de él y luego cogió la bandeja que Eunice había preparado, con intención de devolverla a la cocina y traer un poco de agua fresca.

—Quédese.

Su voz sonaba áspera, lo que hizo que pareciera más una orden que un ruego. Pero sus ojos azules estaban empañados por la fiebre y la desesperación, y sabía que no intentaba intimidarla.

—Me iré tan sólo unos momentos —le tranquilizó.

El sacudió la cabeza.

—Mañana vendrán a por mí temprano y me ahorcarán. Hasta entonces, quédese. Por favor.

—Vendrán, y yo los despacharé —replicó ella con énfasis—. No tienen por qué saber que se encuentra aquí.

El abrió levemente los ojos lleno de sorpresa. Luego los ojos se cerraron, como si ya no tuviera fuerza para mantenerlos abiertos.

Genevieve vaciló.

Y a continuación dejó la bandeja y volvió a su sillón, disponiéndose a quedarse a su lado durante el resto de la noche.

Capítulo 3

—¡Ya vale de dar golpes! —gritó Oliver lleno de irritación—. ¡No puedo ir más deprisa!

De hecho, aquello era discutible, pero, en cualquier caso, quienquiera que llamara con tal insistencia a la puerta principal pareció tomarse en serio sus palabras, de modo que los fuertes golpes cesaron.

—¿Es que ya no se enseña la virtud de la paciencia? —refunfuñó Oliver mientras agarraba el pasador con sus manos nudosas—. ¿No os ha enseñado vuestra madre que no está bien dar esos golpes en la puerta de un anciano? Abrió la puerta de par en par mientras concluía con enojo—: Tenéis los mismos modales que un apestoso y peludo... Oh, le pido perdón, director Thomson.

—Sea tan amable de informar a la señorita MacPhail de que el agente de policía Drummond y yo tenemos que hablar con ella de inmediato de un asunto de suma urgencia —dijo el director Thomson con impaciencia.

Oliver se apoyó en la puerta y se rascó la blanca barba con aire despreocupado.

—Vaya. ¿Cuál es el problema? ¿Finalmente alguien ha cogido una antorcha y la ha arrojado contra esa horrible pila de escombros a la que llama cárcel?

La indignación casi vuelve de color rosa las raíces de la áspera barba del inspector Thomson.

—Para su información, dirijo una prisión respetable que cumple con todas las recomendaciones vigentes del Inspector de Prisiones de Escocia. En segundo lugar, lo que yo quiera comentar a la señorita MacPhail no es asunto suyo. Y tercero, si hubiera aprendido alguna cosa sobre las obligaciones de un mayordomo desde que dejó mi prisión, abriría la puerta en este mismo instante y nos acompañaría al agente y a mí hasta el salón para esperar a que nos atienda las señorita MacPhail.

Oliver juntó las cejas formando un ceño blanco como la nieve.

—¿Así están las cosas? Pues bien, apuesto a que la lista de recomendaciones de su apreciado inspector sería muy diferente si le hubieran obligado a permanecer en esa cloaca una semana. En segundo lugar, no tengo la costumbre de dejar entrar a nadie en esta casa sin que primero comunique el motivo de su visita. Y tercero, como la señorita MacPhail es mi señora, dejaré que sea ella quien decida si se sientan en su salón o se quedan aquí fuera en la puerta a esperar que los reciba. —Cerró la puerta de golpe en sus rostros pasmados.

—Dejémoslos que sufran un poco por eso. —Soltó una risita—. ¿Está lista, entonces, muchachita?

—Casi —dijo Genevieve, levantándose las faldas para bajar apresuradamente la escalera. Había estado cuidando de su paciente, quien seguía durmiendo, y le había llevado un momento adecentar su aspecto para enfrentarse a las autoridades—. Puedes llevarlos al salón, Oliver—. Entró apresuradamente en la estancia y ocupó su asiento.

Oliver esperó otro momento, sólo para enojar un poco más al director Thomson, antes de abrir finalmente la puerta.

—La señorita MacPhail los recibirá en el salón. —Alzó un brazo artrítico e hizo un gesto majestuoso en dirección a la sala decorada muy modestamente.

El director, mirándolo con irritación, se quitó el abrigo y el sombrero y se los tendió para que los cogiera.

—Es muy amable al ofrecerlos, pero no puedo decir que el negro me guste especialmente —le dijo Oliver—. Me da aspecto de cadáver, director, si se me permite decirlo. Aparte, los necesitará cuando vaya a marcharse.

El director Thomson se enfurruñó lleno de exasperación y se dirigió a buen paso hacia el salón, cargando con su vestimenta rechazada. El agente Drummond se quitó a su vez el sombrero y siguió tras él, con la delgada boca apretada formando una línea de repugnancia, como si la rudeza de Oliver fuera justamente lo que él esperaba.

—Buenos días, director Thomson —dijo Genevieve con amabilidad—. Agente Drummond. Por favor, tomen asiento. ¿Puedo ofrecerles algún refresco?

—No será necesario —contestó el agente Drummond antes de que el director Thomson pudiera aceptar.

—Perdónenos por molestarla esta mañana, señorita MacPhail, —se disculpó el director Thomson, dejando caer su corpulento trasero en un sillón— pero me temo que ha sucedido algo terrible. Lord Redmond se ha escapado.

Genevieve lo miró con expresión de no entender nada.

—¿Quién?

—El asesino que compartía la celda con el chico que se trajo usted a casa anoche, señorita MacPhail —explicó el agente Drummond—. Era lord Haydon Kent, marqués de Redmond. Creo que intercambió algunas palabras con él antes de marcharse de la cárcel.

El agente Drummond era un hombre alto, adusto, de unos cuarenta años, con un pelo largo muy poco en boga que caía en una melena escasa por debajo de su cuello. A ambos lados de su rostro, dos franjas de pelo oscuro formaban unas largas patillas, lo cual sólo servía para acentuar la delgadez de su rasgos sombríos. Genevieve le había visto por primera vez hacía un año, cuando fue a rescatar a Charlotte a la prisión, y de inmediato le había caído mal. Era él quien había arrestado a la pobre niña, con diez años recién cumplidos por entonces, por el delito de robar un nabo y dos manzanas de una huerta. El agente Drummond tenía la convicción obstinada de que los individuos que no cumplían con la ley se merecían asumir las consecuencias más severas, fueran adultos o niños, y se había mostrado contrario a que Genevieve acogiera a Charlotte bajo su tierna custodia.

—Por supuesto. No estaba al corriente de su nombre. —De algún modo, Genevieve consiguió mantener una expresión indefinida. El carcelero solía llamarlo «su señoría», había dicho Jack. Su propio padre había sido vizconde y su anterior prometido era un conde, de modo que no se dejaba impresionar fácilmente por los títulos aristocráticos y la implicación absurda de superioridad social, moral e intelectual que los acompañaba.

De cualquier modo, en cierto sentido era desconcertante pensar que el hombre desnudo cuyo cuerpo apaleado y dolorido había lavado por entero la noche anterior fuera un marqués.

—Mi doncella me dijo anoche, cuando regresó de la prisión, que el prisionero de la celda de Jack ya no estaba allí. Frunció el ceño y fingió preocupación—. Había confiado en que le hubieran encontrado ya.

—Puede estar tranquila, no puede haber ido muy lejos —dijo el director Thomson, cambiando de postura en su asiento con incomodidad. El chaleco tiraba con presión de los botones, que parecían a punto de saltar volando en cualquier momento—. No en su estado.

Parecía intentar convencerse a sí mismo tanto como a ella. Era evidente que la fuga de un asesino peligroso de su prisión justo la noche anterior a su ejecución no daba una buena impresión de su capacidad. A Genevieve se le ocurrió pensar que el puesto del director podía correr serio peligro como consecuencia de un error tan garrafal. La posibilidad era inquietante. Fueran cuales fueran los errores del director, a lo largo de los años ella había cultivado celosamente una valiosa asociación con este hombre. Con el director Thomson al frente de la prisión estaba informada cada vez que un niño era condenado a languidecer tras sus repugnantes muros. No tenía la certeza de que un nuevo director fuera tan complaciente o que se dejara sobornar con tal facilidad.

—Lo encontraré —manifestó el agente Drummond con una resolución ruda que sonó inquietante—. No debe temer nada. Confío en tenerlo encerrado otra vez antes de que caiga la noche y ahorcado a primera hora de la mañana.

Genevieve consiguió esbozar lo que esperó fuera una sonrisa lo suficientemente animada.

—¡Qué tranquilizador! Oyéndole decir eso me siento mucho mejor. Como estoy segura de que podrá apreciar, una mujer con niños se pone muy nerviosa ante la noticia de que un asesino peligroso acecha en las calles. Hasta que consigan capturarlo, me aseguraré de no quitar ojo a toda mi familia. Gracias a ambos por tomarse la molestia de venir aquí a advertirme. Ha sido muy amable de su parte. —Se levantó, como si diera por supuesto que la conversación había concluido.

—De hecho, ése no es el único propósito de nuestra visita. —El director Thomson volvió a cambiar de postura con incomodidad. Genevieve pensó que parecía un huevo gigante bamboleándose adelante y atrás—. Queríamos hablar con el muchacho.

Genevieve arqueó las cejas con gesto de confusión.

—¿Se refieren a Jack? ¿Por qué?

—Es posible que su nuevo... —el agente Drummond apretó los labios mientras buscaba un nombre aceptable protegido pueda proporcionarnos alguna pista sobre dónde ha podido ir lord Redmond. —La palabra «protegido» estaba cargada de desprecio.

—¿Qué les hace pensar que él tenga conocimiento de algo así?

El agente Drummond se inclinó hacia atrás y formo un triángulo consus largos dedos mientras la estudiaba. Genevieve la miró con calma crispada.

—De alguna cosa tienen que haber hablado, señorita MacPhail. —Sus modales eran de una condescendencia indignante, como si intentara explicar lo obvio a un zopenco—. Lord Redmond no es de Inveraray y fue detenido por su brutal crimen poco después de su llegada aquí. Eso nos deja escasas pistas sobre dónde podría haberse escondido. Dado su estado gravemente

debilitado en el momento de la fuga, no creemos que pueda haber viajado muy lejos. Sabemos que no ha regresado a la posada donde estaba alojado antes de su arresto ni a la taberna en la que se embriagó la noche del asesinato. Necesitamos descubrir a través del muchacho si lord Redmond hizo mención en algún momento de sus relaciones en Inveraray o si comentó alguna cosa sobre algún lugar donde pudiera ir en caso de fugarse.

—Hace muy poco que conozco a Jack, pero puedo decirles que no es un muchacho muy dado a la conversación. Adopto un tono despreocupado para concluir amablemente—: No obstante, si creen que puede ofrecerles alguna ayuda, por supuesto que deben halar con él. Oliver, ¿serías tan amable de ir a buscar a Jack y pedirle que se reúna con nosotros?

Oliver asomó la enjuta cabeza blanca por la puerta que daba al salón.

—Sí.

Desapareció y regresó un momento después con Jack siguiéndolo de mala gana.

El chico que entró en la habitación se parecía bien poco al pillo mugriento que había salido de la prisión la noche anterior. Le habían restregado la piel con jabón fragante y un cepillo, hasta dejarla bien limpia, y su grasienta maraña de pelo estaba lavada, cortada y pulcramente peinada. Iba vestido con una chaqueta entallada, camisa blanca y pantalones oscuros, y en los pies llevaba un par de zapatos gastados, pero bien lustrosos. La chaqueta le iba tal vez un poco grande a su delgada constitución, y el pelo más corto formaba pequeños rizos que se habían resistido por completo a los esfuerzos de Doreen por domarlos. A primera vista parecía un perfecto caballerete, si bien daba la impresión de encontrarse un poco incómodo.

Sólo la salvaje animosidad que ardía en sus ojos grises y la cicatriz en su mejilla izquierda sugerían otra cosa.

—Jack, seguro que recuerdas al director Thomson —dijo Genevieve.

Jack echó una rápida mirada al director.

—Y éste es el agente de policía Drummond —continuó, haciendo caso omiso de la hostilidad que irradiaba el muchacho. Le enseñaría modales más tarde. Por el momento, le preocupaba más que no perdiera los nervios o dijera algo que diera motivos de sospecha a sus visitas.

—En realidad, Jack y yo somos viejos conocidos. —El agente Drummond miró al chico con obvio desprecio—. ¿No es cierto, Jack?

Jack dedicó al agente un solo gesto cortante de asentimiento.

—A estos caballeros les gustaría hacerte unas pocas preguntas sobre lord Redmond —continuo Genevieve—. Es el hombre con quien compartías celda en la cárcel —explicó, comprendiendo que Jack tampoco estaba familiarizado con el título—. Como comentó Doreen al volver de la prisión anoche, se ha escapado.

Jack no dijo nada.

—Dinos, muchacho, ¿mencionó en algún momento lord Redmond algo sobre sus planes de fuga? —preguntó el director Thomson esperanzado.

—No.

El agente Drummond lo miró con desdén apenas contenido. Estaba convencido de que Jack era un mentiroso y un ladrón, y por consiguiente no se podía confiar en él.

—¿Te habló alguna vez de que tuviera conocidos en Inveraray?

—No.

—¿Mencionó por algún motivo algún lugar de Inveraray, alguna taberna que conociera o una posada donde pudiera haber comido? —instó el director Thomson.

—No.

El agente Drummond dio unos golpecitos en la silla con aire pensativo.

—¿Habló en algún momento de su familia o amigos? Jack sacudió la cabeza.

—Bien, entonces, ¿de qué hablasteis? —preguntó el director Thomson perplejo.

El chico se encogió de hombros.

—Debíais de hablar sobre algún tema— la voz del agente Drummond era vagamente amenazadora—. Tantas horas juntos…

Jack le lanzó una mirada de aversión pura y llana.

—Estuvo enfermo casi todo el tiempo, tendido en la cama sin más. Y yo no estaba allí para hacer migas con un maldito asesino —acabó con amargura.

Hubo un momento de silencio tenso.

—Sí, bueno. Pues bien, entonces, —dijo el director en cierto modo apesadumbrado porque le recalcaran el hecho de que había puesto a un simple muchacho en la misma celda que un asesino sanguinario— supongo que eso es todo. —Miró al agente Drummond esperanzado—. ¿No?

—Eso es todo en cuanto al muchacho… por ahora. —El agente Drummond miró fijamente a los ojos iracundos del muchacho con frío desdén, ni convencido, ni impresionado por su declaración de no saber nada—. De todos modos, me gustaría hacer unas pocas preguntas a la señorita MacPhail.

—Gracias, Jack —Genevieve dedicó al muchacho una mirada de ánimo—. Puedes marcharte.

El chico vaciló, como si quisiera quedarse a oír lo que iba a decir ella. Era obvio que no estaba convencido de que pudiera confiar en la mujer. Genevieve sospechó que había habido demasiadas traiciones en su vida como para creer que ella fuera a cumplir su palabra y proteger al hombre tendido indefenso en su habitación.

—Vámonos pues, mozalbete —Oliver puso su mano en el hombro huesudo del chico—. Veamos si podemos convencer a Eunice para que nos dé un trozo de ese bizcocho mantecoso que acaba de sacar del horno.

Jack lanzó a Genevieve una dura mirada por última vez antes de permitir que lo guiaran fuera de la habitación.

Los estrechos labios del agente Drummond se torcieron con disgusto.

—Ese crío es un mentiroso y un ladrón, y siempre lo será, por mucho que intente reformarlo. Sería mejor que lo devolviera a la cárcel, señorita MacPhail, y que el puño de hierro de la ley se ocupara de él.

—Jack lleva apenas unas horas bajo mi techo y ya está siendo interrogado por la policía, pese a que no ha hecho nada —contestó Genevieve sin alterarse—. Lo difícil sería que no estuviera enfadado y a la defensiva.

—Incluso así, apuesto a que el muchacho sabe más de lo que cuenta. —El director Thomson se acaricio la barba gris, intentando parecer astuto—.

Debe vigilarlo en todo momento y comunicamos si sospecha que algo no va bien. Cualquier cosa...

—Puedo asegurarle que mi intención es cuidar de Jack con suma atención. Y no tengo la menor intención de devolverlo al sistema carcelario ni permitir que sufra ningún daño. ¿Qué piensa hacer ahora para encontrar a lord Redmond? —preguntó cambiando de tema.

—En este momento tenemos hombres visitando todas las tabernas, posadas, tiendas y otros negocios de Inveraray, preguntando si alguien lo ha visto —contestó el agente—. Estamos registrando las cocheras y cobertizos de todas las casas de los alrededores y estamos preguntando a la gente si ha notado algo extraño, especialmente si ha echado en falta alguna ropa o comida. También estamos vigilando estrechamente los carruajes que salen de Inveraray, en concreto los que se dirigen a Edimburgo y a Glasgow. Los criminales peligrosos a menudo huyen a las ciudades para buscar trabajo y desaparecer en medio de los miles de personas que hay allí. Por supuesto, hemos mandado aviso a las autoridades de Inverness para que lo arresten de inmediato en caso de que aparezca por ahí. El marqués tiene una finca justo al norte de esa ciudad.

—Un asunto muy feo, el asesinato que cometió —comento el director Thomson. Rindiéndose finalmente a la presión que le ceñía, se soltó uno de los botonos de los tirantes de su chaleco—. Ciertamente horrible.

El agente Drummond miró a Genevieve de forma intencionada.

—El asesinato más brutal que he visto en más de veinte años.

Genevieve no quería oír esto. Estaba convencida de que no quería. Al fin y al cabo, no podía creer que el hombre que estaba echado tan indefenso en el piso de arriba en su propia cama fuera capaz de tal cosa.

Incluso así, no pudo evitar preguntar.

—¿Qué sucedió?

—Le partió la cabeza a un tipo con una roca. —El director Thomson sacudió la cabeza lleno de incredulidad—. Pero eso lo hizo por compasión, porque lord Redmond antes ya le había pegado casi hasta matarlo.

La bilis empezó a inundar la parte posterior de la garganta de Genevieve. ¿Era posible que el hombre al que había permitido entrar en su casa y al que estaba intentando proteger, en realidad fuera un asesino sanguinario? Quisiera que creyera que soy inocente. Quería creerle. Pero había un hombre muerto, y un jurado había decidido que él era responsable.

—¿A quién mato?

—Las autoridades fueron incapaces de identificar al hombre. —Los ojos oscuros del agente Drummond parecieron perforarla cuando concluyó—: Su cara casi había desaparecido.

Unas manos llenaron su mente. Grandes, poderosas, de formas elegantes. Con largos dedos que podía imaginar rozando las teclas de un piano o quizá acariciando la suave mejilla de una mujer llena de adoración. Había lavado y secado con cuidado aquellas manos, las había limpiado de todo resto de mugre de la prisión y luego las había hecho reposar sobre el fresco lino que lo cubría. En aquel momento había pensado en ellas como las manos protectoras que habían acudido al rescate de Jack.

¿Eran también las manos salvajes que habían matado a golpes a un hombre?

—¿Lo vio alguien hacerlo? —De repente, tenía la boca seca, le costaba articular las palabras.

—No hubo testigos del asesinato en sí —admitió el agente Drummond— Pero varias personas vieron a lord Redmond huir corriendo de los muelles donde se encontró el cuerpo. Sus manos y ropas ensangrentadas dejaban más que claro que había estado implicado en un ataque brutal. Estas personas sirvieron de testigos en su juicio.

Genevieve fingió distraerse con un diminuta pelusa imaginaria en su vestido, intentando no dejar ver más que una moderada curiosidad.

—¿Y cuál fue la explicación de lord Redmond?

—Exactamente lo que podría esperarse. Que había sido agredido por varios hombre y que, lamentablemente, había matado a uno de ellos. Afirmó no tener conocimiento de quiénes eran o qué motivo podía haberles llevado a intentar matarlo, aparte del simple robo. El jurado no aceptó su explicación.

Genevieve alzó la vista.

—¿Por qué?

—No había nadie para corroborar su afirmación de que había sido atacado por cuatro hombres, en vez de sólo uno. Si fueron cuatro los asaltantes, ¿cómo era posible que saliera victorioso? Durante este supuesto robo no le quitaron nada. Y si había actuado en justa defensa propia, entonces ¿por qué no se puso en contacto posteriormente con las autoridades, como habría hecho cualquier persona inocente, en vez de salir huyendo? Finalmente, fue incapaz de conseguir que alguien testificara a favor de su buen carácter.

—Sin duda tendría algún familiar que hablara a su favor… o tal vez algún amigo íntimo.

—Nadie, a excepción de su abogado, quien vino desde Inverness para el juicio. Por su parte, la acusación fue capaz de presentar testimonios de numerosos conocidos que afirmaban que lord Redmond es notorio por un mal genio peligrosamente imprevisible, que normalmente enciende su desmedida afición a la bebida. Algunos testigos declararon que había estado bebiendo copiosamente en una taberna la noche del asesinato, y que casi había iniciado una pelea con el propietario antes de que lo echaran del local.

—Qué vergüenza —dijo el director Thomson, quien se había acomodado hacia atrás en su sillón y enlazaba sus rechonchos dedos sobre su prominente barriga—. Contar con el privilegio de un título y una fortuna, y tener tan poco autocontrol. —Daba la impresión de que pensaba que él debería ser el agraciado por tales bendiciones.

—Desde luego. —Una espiral nauseabunda de temor se estaba desplegando en el estómago de Genevieve. Si el hombre que se encontraba echado arriba en su habitación era tan peligroso como sugerían estos hombres, entonces debía comunicarlo de inmediato, para que pudieran arrestarlo al instante y llevárselo de regreso a la prisión. Pero si confesaba haberle ayudado, no tendrían otra opción que arrestarla también a ella. ¿Qué sería de los niños?, se preguntó con desesperación. Oliver, Eunice y Doreen se quedarían a cuidar de ellos de buena gana, pero según lo acordado con el director Thomson no estaba permitido ejercer la custodia a ninguna otra persona aparte de ella misma. Seguro que no conseguía convencer a la corte de que la tutela fuera transferida a tres delincuentes de cierta edad.

—Puesto que el muchacho no nos es de ayuda y la señorita MacPhail no ha advertido nada anormal, deberíamos continuar con nuestras consultas —

sugirió el director Thomson, balanceándose hacia delante en su sillón. Miró al agente Drummond con incertidumbre—. ¿No cree?

—Aún no —el agente Drummond no le quitaba los ojos a Genevieve—. Con su permiso, señorita MacPhail, me gustaría llevar a cabo una inspección de este lugar.

El terror se propagó por la columna vertical de Genevieve.

—Más en concreto, deseo inspeccionar vuestras cocheras —aclaro, obviamente al detectar la repentina alarma en ella—. Aunque no es probable que encontremos ahí a nuestro prisionero, como he mencionado, estamos inspeccionando todos los edificios de este tipo, con la esperanza de encontrar algún indicio de dónde ha podido pasar la noche lord Redmond.

Genevieve dejó ir una respiración superficial atrapada en su pecho.

—Por supuesto, Oliver les puede acompañar a hacerlo.

—No será necesario —dijo el agente Drummond al tiempo que se levantaba—. Estoy seguro de que podemos encontrar el lugar.

—De todos modos, les indicaré el camino hasta la parte posterior. —Oliver apareció de pronto en la puerta—. No permitiré que trajinen por mi huerta mientras andan por ahí: puede que las plantas estén hibernando en esta época, pero no les gusta que les molesten. Iré a buscar mi abrigo. —Desapareció.

—Ese es otro que nunca cambiará —comentó el agente Drummond, pasando su dedo índice por la tira oscura de pelo de su mejilla—. Espero, señorita MacPhail, que sea prudente y tome las precauciones que considere apropiadas en cuanto a sus objetos valiosos… con todos estos delincuentes viviendo bajo el mismo techo. Sería una pena que le robaran después de tanta generosidad mostrada hacia ellos.

—Los únicos objetos verdaderamente valiosos que tengo, agente Drummond, son mis niños —respondió Genevieve sin alterarse—. Todo lo demás es por entero reemplazable. Y nadie en esta casa, incluido Oliver, soñaría siquiera con llevarse algo de aquí… o de cualquier otra casa para el caso.

—Confiemos en ello. —Se puso el sombrero—. Por su bien tanto como por el nuestro. Buenos días. —Hizo una inclinación con la cabeza a Genevieve antes de salir de la habitación dando zancadas.

Un gélido viento se introdujo en el vestíbulo cuando abrió la puerta.

—Buenos días, señorita MacPhail —añadió el director Thomson, forcejeando con su abrigo y sombrero mientras se apresuraba tras él.

—¡Un momentito, no van a salir ahí sin mí! —Oliver se ajustó un maltrecho sombrero de fieltro en la cabeza y salió arrastrando los pies todo lo rápido que sus ancianas piernas le permitieron.

Genevieve cerró la puerta y se apoyo pesadamente en ella, intentando calmar los latidos nerviosos de su corazón.

Y luego se levantó las faldas y empezó a ascender lentamente las escaleras.

La luz del sol vertía cintas color limón sobre él, empapándolo de calor balsámico. Impregnaban la limpia manta que lo tapaba, filtrándose a través su piel hasta sus músculos y huesos seriamente contusionados. Dulce como una caricia, el suave calor parecía licuar la rigidez del cuerpo y penetrar en cada fibra, articulación y costilla, aliviando el terrible pálpito que lo había atormentado toda la noche. Un velo de agotamiento cubría su mente, que

hacía que su vigilia atravesara fases letárgicas. El reloj seguía marcando el tiempo a intervalos precisos, nítidos. En algún lugar en la distancia había gente hablando, pero sus voces quedaban demasiado amortiguadas como para que él pudiera oír lo que decían. Aquello no parecía importar. La dulce fragancia de pan en el horno vagaba perezosamente a su alrededor, entremezclándose con el aroma intenso a carne y verdura cocinándose a fuego lento. Se sentía reacio a abrir los ojos, por miedo a que, con un solo movimiento insensato de sus párpados, volviera a encontrarse en la miseria fétida de su celda, sin nada por delante, a excepción de su ejecución.

La puerta se abrió y oyó el susurro sedoso de unas faldas que atravesaban la habitación. Un aroma cítrico flotó en el aire, una mezcla tentadora de naranja, jabón y algunos capullos deleitablemente exóticos que no era capaz de nombrar. Permaneció perfectamente quieto, pese a que, con la entrada de la encantadora señorita MacPhail, su mente se había despejado repentinamente con claridad cristalina. Pese a su debilidad y lesiones, su cuerpo empezó a despertar. Ansiaba sentir la suavidad de la fresca palma de su mano presionando contra su piel, la percepción dolorosa de sus pechos generosos mientras se reclinaba sobre él para ajustarle las mantas o tal vez incluso la rotación agonizante del paño húmedo mientras formaba lentos círculos sobre su came hambrienta, ardiente.

No lo tocó. En vez de ello se mantuvo a distancia, quieta y en silencio. Percibiendo que había pasado algo, Haydon abrió los ojos.

Y vio que entre ellos todo había cambiado.

—Buenos días, lord Redmond.

Su voz era fría. No obstante, fue su expresión lo que más lo alarmó. La dulce aflicción que llenaba sus ojos la primera vez que los miró, echado en el suelo de la prisión, ya no estaba ahí. No podía recordar con precisión cómo le había mirado la noche pasada, pero casi podía asegurar que no lo había hecho con esta tensa animosidad. ¿Cómo podía haber cuidado de él con tal devoción silenciosa todas esas largas horas y dedicarle ahora una mirada con tal desprecio hostil y cautela?

—¿Qué ha sucedido? —exigió saber con voz ronca.

—Voy a hacerle una pregunta, lord Redmond —empezó, pasando por alto su pregunta—. Y me dará su palabra de que contestará con sinceridad, sin tener en cuenta cuáles sean las consecuencias. Es decir, creo que es lo mínimo que puede hacer por mí, dados los riesgos extremos que he asumido para ayudarle. ¿Tengo su palabra?

Una fría desesperación empezó a empaparlo. Por un momento, en algún lugar dentro del velo brumoso, engañoso, de su sueño profundo, se había confiado, llegando a pensar que estaba casi a salvo. Pero no lo estaba. Se encontraba demasiado débil como para moverse, y si esta mujer encantadora y preocupada lo decidía, podía ser entregado a las autoridades y ser ejecutado antes de la puesta de sol. No era un hombre acostumbrado a debilidades o vulnerabilidades, y el hecho de que su vida pendiera de forma tan precaria ante él mismo lo llenaba de una rabia impotente.

—Tiene mi palabra. —No tenía sentido mentirle, decidió Haydon. De todos modos, estaba claro que ya estaba informada de su delito.

Genevieve vaciló. Pareció librar una batalla con su pregunta, como si le diera miedo plantearla.

—¿Mató a aquel hombre? —espetó de pronto.

—Sí.

Había que decir en favor de ella que no salió corriendo de la habitación, sino que permaneció firme donde se encontraba. De todos modos, él podía reconocer por la manera en que fluctuó su postura que la respuesta la había afectado profundamente y lamentó aquello muchísimo.

—¿Por qué? —su voz puso en evidencia su angustia.

—Porque estaba intentando clavarme un cuchillo en el pecho y no me apetecía mucho la idea.

Ella lo miró con escepticismo.

—¿Por qué quería él matarle?

—Si supiera eso, quién era él y sus tres amigos, podría haber conseguido una veredicto más aceptable en el juicio. Por desgracia, los hombres que me atacaron no se tomaron la molestia de entrar en las sutilezas de una presentación formal. —Hizo un gesto de dolor al cambiar de posición en un intento de sentarse.

Genevieve no dio ningún paso para ayudarle.

—El agente Drummond dijo que no había pruebas de que hubiera más atacantes.

—El agente Drummond es un hombre frustrado y malintencionado, detestable, cuya falta personal de placer y bienestar en la vida le lleva a arremeter de un modo ultrajante y excesivo contra casi todos los individuos que se cruzan en su camino. —Haydon reaccionó con tribulación—. Es una inmensa suerte que no sea juez o todo Inveraray estaría encerrado en la prisión.

Genevieve lo miró llena de sorpresa. No era frecuente oír a alguien que no fuera miembro de su propio personal expresar pensamientos similares sobre el policía. El hecho de que el agente Drummond fuera un bruto malévolo no volvía inocente al hombre echado ante ella. No obstante, le recordó que aún no había oído su versión de esta sórdida historia.

—Tal vez pudiera contarme con exactitud qué sucedió aquella noche, lord Redmond —sugirió ella, agarrándose las manos con expectación.

Haydon suspiró. Había pasado por esto incontables veces y, sin excepción, nadie lo había creído, ni siquiera el caro abogado que había mandado buscar nada menos que hasta Inverness. Incluso él mismo estaba empezando a cuestionar qué había ocurrido exactamente aquella noche infernal.

La señorita MacPhail estaba observándolo desde el otro lado de la habitación, con la espalda rígida y expresión prudente. Era obvio que no confiaba en él lo suficiente como para acercarse demasiado. Después de atenderlo durante toda la noche, después de lavar y cuidar casi cada centímetro de su cuerpo con pasadas deliciosamente calmantes, después de colmar sus sentidos con cánticos y palabras suaves y con el aroma penetrante a jabón y capullos, en cierto modo era insoportable que ahora le diera miedo incluso permanecer cerca de él. Apenas la conocía, se recordó con impaciencia.

Incluso así, la pérdida de su afable confianza lo hería profundamente.

Cerró los ojos, combatiendo la terrible palpitación que se apoderaba de su cráneo. ¿Era así como iba a acabar su miserable vida?, se preguntó sombríamente. ¿Como un infame asesino convicto cuya sola presencia suscitaba miedo en los corazones de mujeres y niños? Justo cuando pensaba que ya no podía ser un ser más detestable, había ido y le había clavado un cuchillo

en el pecho a alguien, sumando con esto el asesinato a su letanía de pecados.

En aquel momento casi se alegro de que Emmaline hubiera muerto. Le pareció que su hermosa y atribulada hija no hubiera podido soportar esta angustia adicional a su vida ya miserable.

—¿Lord Redmond?

No tenía escapatoria, comprendió con hastío. Tendría que contar a la señorita MacPhail su interpretación de los acontecimientos que le habían llevado a la prisión en espera de su ejecución.

Y ella, o le creería, o lo echaría de aquí para enviarlo de vuelta a la cárcel.

—Justo acababa de llegar a Inveraray aquella tarde —empezó con voz inexpresiva, resignada—. Había venido a investigar la posibilidad de invertir en una nueva destilería de whisky que iba a construirse justo al norte de aquí. Puesto que me encontraba un poco cansado tras el largo viaje, decidí tomar algún refrigerio en una de sus tabernas locales. Tras hacerlo, de pronto me vi atacado por cuatro hombres que conocían mi nombre, aunque yo no reconocí a ninguno de ellos. Por lo visto no tenían ningún interés en robarme, meramente querían acabar conmigo. Mientras intentaba defenderme, uno de ellos resultó muerto y los otros salieron huyendo. Como consecuencia de esto me arrestaron, me acusaron de asesinato y me condenaron, pese al hecho de que no había ningún motivo aparente para que yo quisiera matar a un perfecto desconocido.

—¿Estaba borracho? —Un gesto de reprobación estiraba la boca de Genevieve.

A Haydon, la petulante superioridad moral de ella le resultó extremadamente irritante. ¿Qué derecho tenía a juzgarlo? La solterona de rostro remilgado, vestida de gris, que tenía delante sin duda llevaba una vida plácida y protegida, una vida de castidad y bienestar monótono. ¿Qué podía saber ella de los desafíos y agonías de la vida, de las crueldades que podían atormentar el alma de un hombre hasta que se sintiera incapaz de continuar un solo momento más sin el fortalecimiento del alcohol?

—Mucho —soltó con brusquedad—. Pero he estado borracho en numerosas ocasiones antes, señorita MacPhail, y por lo que yo sé, he conseguido contenerme y no matar a nadie.

—El agente Drummond dijo que tuvo un altercado con el propietario de la taberna y que lo echaron.

—Eso es verdad.

—También dijo que... —De repente se detuvo, insegura de si era prudente continuar.

Haydon alzó una ceja interrogadora.

—¿Sí?

—Dijo que el hombre al que mató fue golpeado hasta el punto de que resultaba imposible reconocerlo. —El estómago de Genevieve se retorcía cuando añadió con voz titubeante—: Dicen que le aplastó el cráneo.

La pura y fría rabia endureció los rasgos de él, dándole un aspecto verdaderamente temible. En aquel momento, Genevieve no albergó ninguna duda de que era capaz de asesinar.

—Eso —logró pronunciar con furia apenas contenida— es una mentira indecente.

Genevieve se quedó mirándolo, agarrándose las manos con tal fuerza que empezaron a dolerle. Quería desesperadamente creerle. Al fin y al cabo, había salvado a Jack de una paliza terrible, lo que le había procurado un apaleamiento. Y su nuevo pupilo, que miraba a todo el mundo con desconfianza y desprecio, aparentemente lo apreciaba y confiaba en él, hasta el punto de que estaba dispuesto a arriesgar su única posibilidad de libertad por ayudar a lord Redmond a conseguir la suya. Pero en aquel momento, la furia de aquel hombre llenaba la habitación con una terrible oleada oscura, y no pudo evitar sentirse asustada. El instinto le advertía que ante las provocaciones, este hombre podría ser extremadamente peligroso, pese a su enfermedad y heridas.

—Apuñalé al hombre, señorita MacPhail —dijo Haydon con brusquedad—. Con su propio cuchillo. El cuchillo que intentaba clavarme a mí. Y en el transcurso de nuestra pelea conseguí endosarle algún puñetazo en la cara. También conseguí hacer daño a los otros tres. Y después de apuñalar a su amigo, saqué el cuchillo de su cuerpo y arremetí contra ellos. Salieron corriendo, más que por miedo a mí, sospecho que fue porque oyeron voces acercándose y no quisieron que los atraparan allí. Cuando bajé la vista y vi que mi asaltante estaba muerto, dejé caer el cuchillo y me largué del lugar lo más rápido que pude.

—¿Si simplemente actuó en defensa propia, por qué salió huyendo? ¿Por qué no alertó a la policía?

—Porque, debido a mi experiencia, señorita MacPhail, las autoridades siempre buscan las respuestas más fáciles contestó lacónicamente—. Yo era un desconocido en Inveraray. Estaba borracho. Acababa de matar a un hombre. Mis atacantes no aparecían por ningún lado, y entre la oscuridad y mi embriaguez, no habría sido capaz de ofrecerles una descripción útil. Y no había testigos. Estoy seguro de que admitirá que mi posición no era la más prometedora. En aquel momento sólo quería encontrar una habitación, meterme en la cama y dormir la mona. Supongo que en mi estado beodo, imaginé que tendría suficiente tiempo para acudir a las autoridades por la mañana, en cuyo momento ya explicaría la situación con un mínimo de credibilidad sobria. Dada la manera en que las cosas se desenvolvieron, difícilmente discutirá que mis inquietudes no estuvieran fundadas. Su tono era cínico.

Un silencio se prolongó entre ellos durante un momento largo y glacial.

—No tiene motivos para creerme —reconoció finalmente.

—No lo conozco…

—Tampoco serviría de nada que me conociera —interrumpió con brusquedad—. En ese caso no dudaría, pensaría aún peor de mí.

Genevieve volvió la mirada hacia la ventana, incapaz de soportar la furia herida que ardía en la expresión de él.

Haydon cerró los ojos, deseando como un loco que todo fuera diferente.

—Lo siento —murmuró—. Nunca pretendí ponerlo en peligro. Pensaba que podría pasar una o dos noches en su cochera y luego marcharme. No habría hecho falta siquiera que se enterara de que había estado ahí.

—Pero entonces el agente Drummond lo habría encontrado y lo habría arrestado a primera hora de la mañana —le dijo Genevieve—. En estos mo-

mentos, la policía está realizando una inspección por todas las cocheras y cobertizos de Inveraray: buscándolo.

—Jesucristo. —Se agarró con una mano las costillas que punzaban de dolor y apartó torpemente las mantas con la otra—. Si deciden empezar a registrar las casas y me encuentran aquí, la acusarán. Supongo que le costará explicar cómo he acabado aquí desnudo en su cama si su intención supuestamente era la de entregarme a la policía. Apretando la mandíbula para contener la náusea y el dolor, se puso en pie, completamente desnudo.

Genevieve abrió los ojos.

Consideraba que estaba suficientemente familiarizada con la anatomía humana pues había cultivado su afición a la pintura y a la escultura desde que era una niña. Pero, aparte de los modelos inanimados de pintura y escultura, sus experiencias con el cuerpo humano se limitaban estrictamente al aspecto angelical de los niños. Aunque había tenido sobradas oportunidades de estudiar cada plano duro como el mármol y cada curva cincelada del físico de lord Redmond, se había contenido recatadamente y había evitado echar un solo vistazo ahí.

Ahora que de pronto tenía ante ella esta sorprendente exhibición de masculinidad, parecía no tener otro sitio donde mirar.

Haydon estaba demasiado absorto en el esfuerzo extraordinario que le estaba costando levantarse como para advertir la repentina fascinación de Genevieve por él.

—¿Sabe dónde está mi ropa?

El decoro volvió a ella en la forma de un frígido apuro. Jadeó y empezó a dar vueltas por la habitación, intentando en vano olvidar la imagen de lo que acababa de ver.

Haydon se la quedó mirando lleno de confusión, preguntándose qué diantres le pasaba.

Y entonces, su cerebro embebido en la fiebre fue consciente de que estaba de pie completamente desnudo delante de una mujer virgen.

—Perdóneme. —Tiró precipitadamente de una manta escocesa que cubría la cama y se la echó con torpeza alrededor de la cadera—. No tenía intención de asustarla.

Su voz sonaba áspera, pero su remordimiento parecía sincero. A Genevieve le resultó paradójico que le preocupara más asustarla con su desnudez que con el hecho de que hubiera matado a un hombre a puñaladas. Había un fervor en su disculpa que la emociono en cierto modo. Estaba claro que lord Redmond al menos era un hombre de cierta sensibilidad.

—Ya estoy presentable. Puede volverse si quiere.

La verdad, le hubiera gustado disponer de otro momento para recuperarse, ya que estaba segura de que sus mejillas ardían de azoramiento. Pero difícilmente podía quedarse ahí mirando la pared después de que él la invitara a volverse; parecería una ridícula mojigata, algo que ciertamente no era. Adoptando una expresión de lo que esperaba pareciera relativa serenidad, se volvió lentamente.

Haydon estaba apoyado pesadamente en el poste de la cama, que utilizaba como soporte mientras se sujetaba una tira arrugada de tela escocesa alrededor de la cintura. La luz del sol resplandecía sobre su magnífico cuerpo, realzando cada hendidura y curva de su pecho poderosamente tallado,

de sus brazos y piernas de amplia musculatura. Había en él una belleza salvaje, sin pulir, mientras permanecía ahí ante ella, todo ondulaciones nervudas y planos duros, con el cuerpo apaleado y magullado, pero emanando aún fuerza y temple. En aquel momento le recordó a un guerrero medieval, fiero, inculto, peligroso. Sintió la necesidad imperiosa de estirar los brazos y colocar las manos sobre la amplitud poderosa de sus hombros, abrir las palmas sobre la sólida sección lisa de su vientre, sentir su sangre de guerrero pulsando con calor bajo sus dedos mientras se apretaba contra él.

Sobrecogida por la dirección que tomaban sus pensamientos, aparto la vista.

—Mi ropa —repitió Haydon, precisando hasta el último resto de fuerzas que le quedaban sólo para permanecer erguido, sin dar muestras de enterarse del efecto que causaba en ella—. La necesito.

—Oliver la quemó —consiguió decir ella con voz débil—. No podíamos arriesgarnos a que alguien encontrara aquí un uniforme de la prisión.

—Entonces necesito alguna otra cosa que ponerme.

Genevieve se volvió. El apretaba la frente contra el poste de la cama en un esfuerzo por aguantarse en pie, con el rostro demacrado por el dolor. La preocupación se apoderó de ella, sofocó al instante el ardor y el miedo. Había cuidado de este hombre durante toda la noche, con la preocupación constante de que pudiera sucumbir de repente a sus heridas. Aún se encontraba extremadamente débil y enfermo. Era muy posible que se produjera algún derrame en las profundidades de su cuerpo mientras permanecía allí de pie.

¿Como podía siquiera considerar la posibilidad de obligarle a marcharse en tal estado, especialmente si era él mismo quien se mostraba dispuesto a hacerlo movido por su preocupación por ella?

—Por favor, regrese a la cama, lord Redmond.

Haydon la miró con cautela.

—¿Para que pueda llamar otra vez al agente Drummond y me saque a rastras de aquí?

—Porque parece que vaya a desmayarse en cualquier momento y no creo que yo sola pueda levantarlo.

—No puedo quedarme aquí.

—Tiene razón, no puede. Pero tampoco puede marcharse en su estado actual. A estas alturas, apenas puede permanecer en pie, de modo que me cuesta trabajo imaginar que se encuentre lo bastante bien como para andar solo. Lo cual nos deja una única opción lógica, que vuelva a meterse en la cama.

El sacudió la cabeza.

—Si la policía entra aquí…

—No hay motivos para pensar que la policía vaya a regresar —indicó Genevieve—. El agente Drummond quería hablar con Jack y no sacó nada de esa conversación, aparte de confirmar que Jack desprecia a todo el mundo y no tiene ningún deseo de ayudar a las autoridades. Puesto que no había nada en la cochera y quedan muchos lugares por registrar, sospecho que la policía estará demasiado ocupada como para volver por aquí.

Haydon se apoyó pesadamente contra el poste de la cama, obligándose a dar bocanadas cortas, comedidas. Su cráneo parecía a punto de partirse a causa del dolor, la náusea revolvía su estómago como un torbellino, y cada

respiración ejercía una presión dolorosísima sobre sus costillas contusionadas y rotas. Si de algún modo lograba salir renqueando por la puerta de esta casa, no tenía ni idea de cómo se las apañaría siquiera para recorrer la calle, mucho menos sabría adónde ir teniendo en cuenta que toda la ciudad lo buscaba en aquellos momentos.

La idea de hundirse simplemente en un blando colchón y cerrar los ojos era extremadamente atractiva.

—Por favor, lord Redmond. —Genevieve dio un paso hacia delante, retiró las mantas arrugadas de la cama y luego alisó las sábanas con pasadas rápidas y expertas. Cuando las líneas quedaron arregladas a su gusto, lo miró con gravedad—. Aquí estará a salvo. Le doy mi palabra.

—¿Cómo sé que no va a ir directamente a traer de vuelta al agente Drummond para que me arreste mientras estoy durmiendo?

—Le doy mi palabra de que no será así.

El no hizo ningún movimiento para echarse.

—¿Por qué iba a querer ayudarme?

No podía culparle por no confiar en ella. Ninguno de sus niños había confiado en ella cuando llegaron por primera vez a su hogar, a excepción de Jamie, por supuesto, que no era más que una criatura. Genevieve había aprendido que la confianza era algo delicado, elusivo, que nadie podía reclamar ni dar simplemente porque alguien lo pidiera.

—Ayudó a Jack, y ahora Jack forma parte de mi familia —explicó ella—. Considérelo una deuda de gratitud.

El sacudió la cabeza, sin convencimiento.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Se equivoca —su voz sonaba tensa—. Para la mayoría de gente de por aquí, Jack no es otra cosa que un ladrón común y un hijo bastardo que se merece cada uno de los treinta y seis agonizantes latigazos, y todo el hambre y la miseria que pueda soportar en la prisión. Muchos incluso desearían que desaparecieran los dos juntos. No hay otro hombre en todo Inveraray que soñara siquiera con luchar en defensa de él; especialmente un caballero con título como usted. —Se le quedó mirando durante un prolongado momento, estudiando la belleza dura de su cuerpo maltrecho y las líneas de agotamiento grabadas en su rostro—. Pero usted eligió poner en riesgo su vida sólo para ayudarlo —continuó con calma—. Y por ese motivo, lord Redmond, yo elijo ayudarlo.

—Se está poniendo en peligro al hacerlo —le recordó.

—Lo sé.

Los ojos de ella eran grandes y aterciopelados, sus pálidas mejillas lucían un encantador sonrojo. La boca que momentos antes formaba una línea rígida de desaprobación ahora se curvaba con gesto suplicante. Su belleza lo alcanzó como una caricia dulce, lo atrajo aún más hacia ella.

—Sólo me quedaré el tiempo necesario para recuperar las fuerzas —accedió finalmente.

—Por supuesto.

Haydon se movió lentamente para acercarse a ella, sosteniendo con torpeza la franja de tela escocesa alrededor de su cintura. Genevieve estiró la mano y se la colocó en el brazo, pensando únicamente en aguantarlo mientras se colocaba sobre la cama. El calor de su carne traspasó su palma, sus-

citando de nuevo un rubor en ella. En cuanto él estuvo echado soltó el brazo.

—Debe descansar un rato —ordenó, con cuidado de no rozar ni tan siquiera su piel mientras le arreglaba las mantas con viveza—. Le diré a Eunice que le prepare una bandeja con algo de comer.

—No tengo hambre.

—Incluso así, tiene que comer.

Haydon cerró los ojos.

—Tal vez más tarde.

Tenía la frente surcada por líneas de agotamiento y dolor, y apretaba la mandíbula. Genevieve se dio media vuelta y corrió las cortinas. Le resultaría más fácil descansar a oscuras. En cuanto le dejara, bajaría al piso inferior y le diría a Eunice que preparara un poco de caldo y pan tostado, decidió. Tal vez no quisiera comer, pero la falta de alimento sólo serviría para debilitarlo aún más…

—Nunca le haría daño.

Genevieve se volvió y lo observó con sorpresa.

—Ni a usted, ni a ninguno de los niños —él continuó mirándola con gesto serio—. Le doy mi palabra, señorita MacPhail. —Sin esperar una respuesta, cerró los ojos una vez más.

Genevieve se quedó donde estaba, observando cómo se sumía él en un sueño profundo e inquieto.

Y entonces salió apresuradamente de la habitación, pues sabía que pese a las garantías febriles de lord Redmond, su sola presencia ya les había puesto a ella y a los niños en grave peligro.

Capítulo 4

—Por la reliquia de San Andrés, no hay peor trabajo en el mundo que limpiar las tripas a un pescado pestilente y escurridizo —protestó Oliver, arrugando la nariz con disgusto.

—Si te quejaras menos y limpiaras más, el trabajo ya estaría hecho —le reprendió Eunice. Tiró a un cubo de agua fría un montón resbaladizo de cabezas de pescado de fría mirada, luego hundió su brazos hasta los codos y empezó a limpiar aquellos rostros que se meneaban en el agua.

—Dificilmente puedes esperar que un hombre no se queje cuando se ve obligado a hacer faenas de mujer —replicó Oliver al tiempo que cortaba con fiereza la cabeza de una indefensa merluza—. Estoy seguro de que tú también tendrás algo que decir si te mando a la parte de atrás a cortar una pila de troncos, o a preparar el fuego, o a limpiar la plata.

—No has cortado un solo trozo de leña en tres días, no desde que descubriste que ésa era la única tarea que Jack estaba dispuesto a hacer sin poner mala cara —comentó Doreen, mientras raspaba con vigor la piel de una zanahoria—. Tienes a Jamie y a Simon peleándose por ver quién de ellos es el siguiente en darse el gusto de preparar el fuego, y justo ayer convenciste a los chavales de que si se ponen a pulir las pocas piezas de plata que la señorita Genevieve no ha limpiado ya, sin duda invocarán a uno de esos magos que salen en los cuentos de Annabellle. Nunca he visto la plata tan reluciente. —Le lanzó una mirada burlona de desaprobación.

—Sólo intento que los pequeños se diviertan un poco —protestó Oliver con inocencia.

—Lo que intentas es que ellos hagan tu trabajo —replicó Eunice—. No es que me oponga a que enseñes a los niños a hacer sus tareas, pero al ver que hoy tienes poco que hacer, y que yo estoy hasta el moño de cabezas de pescado y asaduras de cordero, no veo por qué no puedes ayudarnos a Doreen y a mí a servir tres comidas a la mesa y aparte llevar algo de comer a su señoría en el piso de arriba. ¡San Columba bendito, nunca he conocido un hombre que coma tanto como él! —exclamó maravillada, arrojando las relucientes cabezas de pescado a una enorme cacerola sobre el fuego —. Sólo lleva tres días y ya se ha acabado dos pucheros de caldo, cuatro barras de pan, una doce de bollos de maíz, tres fuentes de patatas con cebollas y una cazuela entera de asadura de cordero. —Remojó las cabezas con un jarro de agua fría.

—Es buena señal que tenga hambre —comentó Doreen, arremetiendo contra una zanahoria más—. Quiere decir que se está poniendo bueno.

—Si come de ese modo estando pachucho, no quiero ni pensar lo que comerá cuando se encuentre bien. —Eunice dejó caer unos ramilletes de perejil en el puchero de sopa y lo tapó, luego echó un vistazo a la cazuela en la que se hacían a fuego lento los pulmones, el corazón, el hígado y una tráquea de cordero. Satisfecha al comprobar que todo iba bien, se fue hasta la mesa y continuo dando forma a las galletas de avena que tenía previsto hornear sobre la plancha de hierro que se estaba calentando encima de la lum-

bre—. Entre su señoría y Jack, para el fin de semana no quedará nada en la despensa.

—Demontre, Eunice, tú sabes que es sólo porque acaban de salir de prisión —dijo Oliver—. Todos hemos pasado por eso, sabemos lo que es sentir cómo el hambre te roe las tripas en ese repugnante sitio. Aún puedo recordar cuando la señorita Genevieve me trajo por primera vez aquí. —Su boca formó una sonrisa de afecto—. Me sentó a esta misma mesa y me sirvió un plato de tu estupendo estofado de conejo con pelotillas de masa. Os juro por mi alma que pensé que me había muerto y que estaba entrando por las puertas del cielo. —Quitó las tripas púrpuras y grises a otro pescado.

—Y así era —continuo Eunice, dándole con el rodillo a la masa del pan—. Pocos podrían resistirse a mis estofados. Lord Dunbar siempre decía que, gracias a mi cocina, las cenas que a él y a su esposa tanto les gustaba ofrecer se encontraban entre las invitaciones más ansiadas de todo Inveraray.

—Sí, estoy segura de que era así. —La voz de Doreen tenía un matiz de enojo—. Una pena que no supiera pagarte un salario decente por todos los años de duro trabajo.

—Bien, ahora está pagando las consecuencias —comentó Eunice, aporreando la masa hasta formar una delgada película—. La señorita Genevieve me dijo que había oído decir que lord Dunbar ya había despedido a otra cocinera, por lo visto por servir un pollo en mal estado que hizo que a todos sus elegantes invitados les entraran unas ganas violentas de vomitar. La pobre lady Barclay ni siquiera consiguió llegar a la puerta y devolvió toda la comida descompuesta encima de los relucientes zapatos nuevos de lord Dunbar.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Perdónenme por interrumpir.

Sorprendidos, alzaron la vista y descubrieron a Haydon de pie en el umbral de la puerta, desnudo a excepción de la manta a cuadros de la cama.

Era una combinación de inquietud y aburrimiento lo que finalmente le había llevado a levantarse. Una vez desaparecida la fiebre y con sus heridas sanándose, había empezado a encontrar los confines de la agradable alcoba de Genevieve, tan ordenada y arreglada, casi tan sofocantes como su celda de la prisión. Aunque requirió cierto esfuerzo levantarse del blando colchón e incorporarse sobre sus doloridas piernas, una vez mitigado el mareo inicial, se dio cuenta de que, al fin y al cabo, no se sentía tan débil.

Animado, se había acercado al vestuario en busca de su ropa. Al no descubrir nada aparte de unos cuantos vestidos modestos y algunas pilas de ropa interior femenina cuidadosamente plegada, había determinado que la manta escocesa de la cama tendría que servirle. Se envolvió toscamente la cintura con ella y luego, sin saber muy bien qué hacer con la tela que sobraba, se la echó descuidadamente sobre el hombro, pensando que sería suficiente hasta que encontrara algo mejor.

—Mis disculpas, señoras —dijo al comprender por los ojos abiertos de las dos mujeres que las había escandalizado su falta de atavío—. Me temo que no he podido encontrar mi ropa.

—Porque las quemamos, chaval —le informó Oliver alegremente—. La señorita Genevieve no quería arriesgarse a que alguien encontrara un uniforme de prisión tirado por aquí.

Haydon recordaba vagamente que Genevieve había mencionado algo de esto. Sus sentidos se vieron de pronto invadidos por las dulces y penetrantes fragancias que flotaban en el aire de la cocina. Miró con anhelo los pucheros que humeaban a fuego lento encima de la cocina. Hacía ya dos horas que había acabado el pan y el caldo que Genevie ve le había subido, y tenía un hambre voraz.

—¿Es carne lo que están cocinando?

—Son asaduras de cordero —contestó Eunice—, pero aún no están hechas. Las picaré muy finitas y, una vez hervida la mezcla desmenuzada, la dejaré enfriar y haré el pastel. Estará listo para la noche.

—¿Y en el otro puchero? —Le gustaba el pastel de asaduras, sí, pero Haydon buscaba algo un poco más sustancioso.

—Manténgase alejado de él, joven, —advirtió Oliver con una risita— a menos que pueda tolerar la imagen de un montón de ojos brillantes y redondos fijos en usted.

A Haydon se le revolvió el estómago. ¿Qué diantres llevaría toda la sopa que había consumido desde que había venido aquí?

—¿Está cocinando ojos?

—Son cabezas de pescado —explicó Eunice mientras lanzaba a Oliver una mirada contrariada—. Le estoy preparando un sopa de pescado deliciosa. Pensaba que le apetecería cambiar.

—Muy considerado por su parte. —Haydon estaba casi seguro de que si le ponían delante otro cuenco de caldo le entrarían arcadas—. ¿Por casualidad no tendrá un poco de asado de vacuno o tal vez algo de pollo glaseado? —Su boca empezó a salivar ante la expectativa.

—Me temo que no —contestó Eunice, sacudiendo la cabeza—. Es jueves.

Haydon estaba perplejo.

—¿Jueves?

—Los jueves ya no queda carne —explicó Doreen—. Excepto, por supuesto, las asaduras.

—Ya veo —dijo Haydon, aunque de hecho no entendía nada.

—Esta noche tenemos merluza frita y pastel de asaduras con patatas y guisantes —detallo Eunice, intuyendo su confusión—. Y mañana a la noche tendremos mi sopa de pescado. El sábado veré si puedo encontrar alguna pieza de vacuno decente a buen precio para meterla en la cacerola con chirivías, coles y patatas. El domingo, con todo lo que haya quedado, prepararé estofado con tropezones de pasta, y el lunes habré convertido ese estofado en una rica sopa. El martes iré a comprar otra vez un trozo de carne y tal vez encuentre algunas chuletillas de cuello de cordero o tal vez un rabo de buey que el carnicero esté dispuesto a dejar a buen precio. Sea lo que sea, tendrá que servir para alimentar a diez personas, once incluido usted, durante tres días.

Y por eso no queda carne el jueves por la noche: en el almuerzo de este día siempre damos cuenta de lo que haya empezado a cocinar el martes.

Haydon no estaba en absoluto familiarizado con el funcionamiento de su propio personal y cocina, más bien estaba acostumbrado a que le sirvieran tres veces al día una selección de platos de carne y pescado recién com-

prado. La idea de tener que comprar cortes baratos de carne y luego aprovechar la comida para varios días era algo totalmente ajeno a él.

Eunice sintió lástima cuando vio su bello rostro mohíno por la decepción.

—Pero eso no quiere decir que vaya a pasar hambre, milord: de aquí a diez minutos tendremos galletas de avena recién hechas, y le sacaré un poco de dulce mantequilla y queso curado para acompañarlas. Eso debería bastarle hasta la hora de cenar.

—¿Por qué no se sienta en esa silla mientras espera, joven? —sugirió Oliver, quien había terminado de decapitar la última víctima en aquel momento—. Aparte, parece que vaya a desplomarse en cualquier momento.

Haydon se ajustó la manta mientras se sentaba. Tendría que conformarse con queso y galletas de avena, supuso, hasta que las asaduras y la merluza estuvieran listas.

—¿Dónde está la señorita MacPhail?

—Ha llevado a los niños a ver cuadros —dijo Doreen—. Le gusta llevárselos al museo de arte una vez a la semana.

—La muchacha piensa que les sienta bien ver obras de arte. —Oliver frunció sus blancas cejas lleno de perplejidad mientras limpiaba los restos de pescado en una cuba—. Dice que les ayuda a ver el mundo que les rodea o alguna paparrucha por el estilo.

—No sé por qué va a hacer falta mirar cuadros para eso —dijo Eunice, untando la superficie de la plancha con un trozo de sebo envuelto en una gasa. Luego, con una sacudida, fue depositando las galletas de avena una a una sobre la reluciente superficie de la plancha—. Lo único que tienen que hacer es abrir los ojos. Estarían mejor aquí, aprendiendo a hacer una pasta decente para la sopa o ayudando a lavar ropa blanca.

—Dices eso porque tú viviste un tiempo en una casa distinguida que estaba llena de cuadros, Eunice —replicó Doreen—. Pero hasta que la señorita Genevieve me llevó a ese museo, yo apenas sabía que existían esas cosas tan bonitas. La señorita Genevieve quiere que los niños vean que hay más cosas en el mundo aparte de las que van a encontrarse por aquí: como grandes barcos y ángeles y batallas y cosas por el estilo.

—Sobre todo ángeles —se enfurruñó Eunice mientras observaba cómo empezaban a dorarse y tostarse sus galletas de avena—. Andar por ahí volando medio desnudo con el trasero al aire para que lo vea todo el mundo es algo vergonzoso según mi manera de pensar, y ciertamente no es una imagen apropiada para los niños.

—¿Cuántos niños tiene la señorita MacPhail? —preguntó Hay, don con curiosidad.

—Ahora son seis niños, incluido Jack —contestó Doreen—. Tres chicos y tres chicas.

—¿Alguno de ellos es de verdad suyo? —Aunque Genevieve no estaba casada e irradiaba un aura de inocencia sexual, a Haydon se le ocurrió pensar que de todos modos podría tener al menos uno propio.

Los ojos de Oliver se arrugaron llenos de regocijo.

—Bien, joven, si le hace esa pregunta a ella, le contestará que todos son suyos y nada más que suyos. Pero si está preguntando cuántos de hecho ha dado ella a luz, la respuesta es que ninguno.

—Bien podría haber dado a luz a Jamie —comento Eunice, dejando sonoramente delante de Haydon un plato con tres doradas galletas de avena y un queso—. Lo ha cuidado desde que la criatura tenía apenas unas horas.

—Sí, y además lo ha hecho muy bien —declaró Doreen con lealtad—. Si no fuera por ella, el pobre chiquito estaría muerto, y a nadie le habría importado un carajo.

Haydon se cortó un trozo de queso y lo colocó sobre una galleta caliente.

—¿Y eso por qué?

—Jamie es el hijo bastardo del difunto padre de la señorita Genevieve, el vizconde Brynley, y una de sus doncellas —explicó Oliver—. Por aquí, los bastardos de las criadas no le preocupan a nadie.

—Sin duda, al padre de Genevieve sí le preocuparía —protestó Haydon.

—Murió mucho antes de que la criatura naciera —replicó Eunice—. Supongo que si hubiera vivido, podría haber tomado medidas para ayudar a Cora y al pequeño James.

—O podría haberla echado a la calle con unas libras diciéndole que no era su problema —espetó Doreen enojada—. Los hombres saben ser todo palabras y besos cuando intentan meterse bajo las faldas de una mozuela, pero cambian de canción en cuanto se enteran de que han dejado algo creciendo ahí.

—Era una preciosidad de muchacha, Cora, —recordó Eunice— con pelo como fuego y ojos risueños. Yo trabajaba para lord Dunbar entonces y solía verla en el mercado de vez en cuando. No me sorprende que el vizconde se la llevara a la cama.

—Sospecho que para la madrastra de Genevieve fue una pequeña sorpresa enterarse de que su doncella llevaba una criatura de su marido después de que él muriera —caviló Doreen—. La puso de patitas en la calle, eso es lo que hizo, la dejó sola con una barriga hinchada y un fardo a la espalda.

—Fue todo un escándalo en su momento —dijo Eunice, poniendo más galletas sobre la plancha—. No se hablaba de otra cosa en todo Inveraray. Por supuesto, ninguna casa respetable podía aceptar a la pobre moza. Así que se fue. Casi todo el mundo pensó que tendría algún familiar a quien acudir, pero si lo tenía, no le permitió quedarse con ellos ya que pocas semanas después había vuelto por aquí, gorda como un melón, sin trabajo y sin dinero. Y entonces robó unas manzanas y un bollo, y la condenaron a dos meses de cárcel.

Haydon hizo una pausa mientras comía, consternado.

—¿Metieron en la cárcel a una muchacha embarazada por robar unas manzanas?

—A eso llaman justicia, ¿qué le parece, joven? —Oliver sacudió la cabeza asqueado.

—¿Qué sucedió entonces?

—Bien, Cora sabía que la señorita Genevieve tenía un buen corazón y entonces le mando un recado desde la cárcel —continuó Eunice—. Y cuando la señorita Genevieve fue a visitarla, Cora le suplicó que la perdonara y le preguntó si sería capaz de encargarse del niño cuando naciera.

—¿Cómo podía encargarse Genevieve del niño si ella dependía de la caridad de su madrastra? —se preguntó Haydon.

—No podía hacerlo, y eso es lo que le dijo a la pobre Cora. La señorita Genevieve apenas tenía dieciocho años por entonces y estaba prometida al conde de Linton. Su padre había arreglado la boda antes de morir y, puesto que creía que su futuro estaba garantizado, no había tomado la precaución de dejarle ningún dinero. Sí que le dejó esta casa y unos cuantos cuadros y cosas así, tal vez con la esperanza de que los heredaran sus futuros nietos. La madrastra de la señorita Genevieve se quedó con todo el dinero.

—La señorita Genevieve le dijo a Cora que en cuanto saliera de la, cárcel la ayudaría a encontrar un puesto de trabajo —explicó Oliver» quien ahora estaba cortando las zanahorias de Doreen a tajos irregulares —, y entonces Cora sería capaz de trabajar y cuidar del niño ella misma.

—No hay que olvidar que por entonces la señorita Genevieve era joven y sabía poco de cómo vivía la gente que no era de su misma posición —explicó Doreen, preocupada por excusar la inexperiencia de su señora—. Ni tampoco tenía el menor conocimiento de cuánto trabajo podía llegar a dar una criatura. Probablemente pensaba que el bebé dormiría todo el día mientras Cora se ocupaba de algunas tareas sencillas.

—Pero cuando la señorita Genevieve fue a visitarla la siguiente vez, descubrió que la pobre Cora había muerto en su celda al dar a luz al bebé. —Oliver dejó de dar tajos—. El carcelero le dijo que el bastardo era un enclenque enfermizo que ni siquiera aguantaría aquella noche, lo cual les ahorraría las molestias de mandarlo al orfanato, donde de todos modos acabaría muriendo. La señorita Genevieve exigió ver a la criatura. Cuando lo sacaron, cogió al pequeño Jamie en sus brazos y dijo, «Este es mi hermano y me lo llevo a casa», así mismo. —El rostro arrugado de Oliver se iluminó de placer, como si pudiera imaginarse a Genevieve haciendo aquello.

—¿Qué pensó su prometido de aquello? —se preguntó Haydon.

—Al principio pensó que ella debía de estar sufriendo algún mal de mujeres que le había afectado la cabeza —se mofo Doreen—. Pensó que estaba afectada por la muerte de su padre. Trajo a un doctor desde Edimburgo para que la examinara y procurara se recuperación. Tras una semana, el médico presentó una gran factura a su señoría y le dijo que a su prometida no le pasaba nada, excepto que, como la mayoría de mujeres que acaban de ser madres, estaba muy cansada.

Eunice soltó una risita.

—Incluso insistió en que el conde considerara la posibilidad de contratar de inmediato a alguien para que la ayudara a cuidar de la criatura, ya que parecía no saber nada sobre cuidado de niños, aparte de lo que él mismo le enseñó.

Haydon se sorprendió a sí mismo sonriendo. Desde el momento en que ella había aparecido en su celda como un ángel indignado, había sabido que Genevieve era una mujer de fuerza y convicción inusuales. Incluso así, que una muchacha de buena cuna, sin experiencia ni ingresos aparentes, se ocupara de un bebé bastardo ante la oposición de su madrastra y su prometido demostraba una compasión y valor destacables.

—¿Y contrató a alguien el conde?

—No —la expresión de Oliver se ensombreció—. Ese cerdo miserable rompió el compromiso y se marchó. Le dijo a todo el mundo que ella había perdido la cabeza y que no era responsabilidad suya cómo pudiera acabar la muchacha.

—Luego la vizcondesa hizo las maletas y también se marchó —añadió Doreen—. Que era lo mejor, a no ser porque se llevó todo el dinero del padre de la señorita Genevieve y despidió a los sirvientes que quedaban, dejando a la señorita Genevieve sin otra cosa que la vieja casa y un montón de deudas.

—Fue duro para ella, aquel primer año —dijo Eunice, dejando una nueva hornada de galletas delante de Haydon—. Vivir completamente sola en esta casa, sin nadie que la ayudara o le enseñara a cuidar de la criatura. Las personas que habían fingido ser sus amigas en el pasado dejaron de visitarla, invitarla a fiestas y esas cosas, porque no querían verse salpicados por el escándalo. Hasta que finalmente yo me vine a vivir aquí; la pobre muchacha apenas se las apañaba, tan sola como estaba...

—¿Cómo es que vino empleada aquí? —preguntó Haydon.

—Pues bien, me temo que ése fue otro pequeño escándalo. —Las mejillas rollizas de Eunice, ya sonrosadas por el calor del fuego, se enrojecieron por el azoramiento—. La señorita Genevieve había oído que yo estaba a punto de salir de la prisión, ya ve, después de cumplir una temporada por robar un broche a mi anterior jefe, lord Dunbar.

—Porque no le pagaba un salario decente como para poder ahorrar alguna libra de cara a cuando fuera demasiado vieja para trabajar —apuntó Doreen, quien quería dejar claro que Eunice tenía un buen motivo para robar—. Pero, ya ve, ellos sin embargo, esperaban que hiciera de esclava desde que rayaba el alba hasta la noche. Luego, cuando ya no la necesitaran, la echarían a la calle como un trasto viejo sin ni siquiera dar las gracias.

—La señorita Genevieve envolvió al pequeño Jamie en una manta y se fue para la prisión. Allí preguntó si podía hablar conmigo —continuó Eunice, sonriendo con afecto a Doreen—. Fue muy dulce y amable, no se parecía en nada a la demás gente rica que yo había conocido hasta entonces. Y después de hablar un rato, me preguntó si tenía planes para cuando saliera de la cárcel. Le dije que no, pues estaba segura de que nadie me contrataría ya que era culpable de robar a mi antiguo jefe y por lo tanto sería considerada siempre una delincuente peligrosa poco digna de confianza. Y me preguntó si podía considerar la posibilidad de venirme a vivir con ella y con Jamie, y recalcó que esperaba que así fuera porque necesitaba en serio mi ayuda para tirar para adelante. Hizo que sonara como si yo le hiciera un favor maravilloso. Explicó que no me podría pagar mucho, pero que tendría un techo sobre mi cabeza, un hogar caliente y buena comida, y que si alguna vez necesitaba algo más sólo tendría que pedírselo y ella vería si podía ofrecérmelo. Y aquí estoy, agradeciendo cada día al buen Dios que me enviara a la señorita Genevieve, porque si no lo hubiera hecho, no sé que habría sido de mí. —Buscó un pañuelo enorme en el bolsillo de su mandil y se secó los ojos, luego se sonó ruidosamente la nariz.

—Y luego llegamos el resto de nosotros —Doreen tomó la palabra, continuando donde Eunice lo había dejado—. La señorita Genevieve se preocupaba por cualquier niño que no tuviera donde ir después de pasar un tiempo en la prisión. Primero vino Grace, luego Annabelle, luego Simon y Charlotte. A mí me pidió que viniera aquí cuando me metieron en la cárcel por afanar un poco de dinero a los clientes de la taberna donde solía trabajar por un salario de esclava. —Soltó con desprecio, como si fuera incomprensible que hubiera estado en la cárcel por una insignificancia así—. Me dijo que yo podría serle de gran ayuda ya que sabía de servir y limpiar para una multitud de gente y todo eso.

Haydon miró a Oliver.

—¿Y usted?

—Bien, joven, me enorgullezco de decir que soy el único profesional auténtico entre todos nosotros, descendiente de un largo y distinguido linaje —declaró Oliver con altivez.

—¿Su padre era mayordomo? —preguntó Haydon, un poco sorprendido.

—Ladrón —le corrigió Oliver, divertido—. Y uno de los mejores del condado de Argyll, puedo añadir. Empezó a enseñarme el negocio familiar cuando yo era un mocoso de apenas siete años. Era capaz de acercarme a un caballero y preguntarle, «¿Qué hora es, señor?», y birlarle el reloj y la billetera antes de que acabara de contestar se jactó entre risas—. Puesto que yo demostraba un talento poco común para ello, mi padre me hacía entrar en las casas y robar en los carruajes a edad muy temprana. Por supuesto que ya no queda honor en este negocio hoy en día —concluyó rascándose la blanca cabeza con añoranza—. Los ladrones de ahora van por ahí con una pistola o una navaja y aterrorizan a la gente para que les dé todo lo que tiene. Digo yo, ¿qué diversión hay en eso?

—¿Y la señorita MacPhail lo contrató también en la prisión?

La expresión de Oliver se suavizó.

—Era un ángel precioso —dijo—. El frío se me había metido en los huesos en aquel lugar miserable y un horrible resfriado me estaba castigando hasta el punto de que yo estaba convencido de que ya me faltaba poco para estirar la pata. Y ella entró airosamente en la celda y me preguntó una única cosa: si me gustaban los niños.

Haydon meditó en silencio. ¿Cómo una chiquilla así encontraba la fuerza y los recursos para rescatar las vidas desbaratadas de esta gente?, se preguntó. ¿Y cómo se las arreglaba para mantenerlos a todos ellos?—Era evidente que el dinero escaseaba, como quedaba claro por los planteamientos económicos de Eunice para la preparación de la comida. Era más que probable que estos tres no cobraran mucho, pero aun así, mantener un hogar y alimentar, vestir y proporcionar todo lo demás a diez personas tenía que ser muy costoso. Y aquel coste se veía agravado ahora por su presencia, comprendió de repente. Una punzada de culpabilidad perturbo sus reflexiones. La poco común preocupación de Genevieve por el prójimo era lo que le había permitido pasar los últimos tres días temblando en su cama, a un paso de caer en manos de la justicia.

Era preciso que abandonara pronto la casa, antes de que su presencia la pusiera a ella y a su familia en una situación aún más peligrosa.

—Bien, muchacho, si ya ha comido bastante como para aguantar hasta la cena, mejor piense en volver a la cama —sugirió Oliver—. Si la señorita Genevieve aparece en casa y lo encuentra dando vueltas desnudo con una manta alrededor de la cintura, estoy seguro de que tendrá algo que decir al respecto.

—¿A qué hora regresarán ella y los niños?

—Normalmente los lleva a un salón de té tras la visita al museo para que tengan ocasión de cuidar sus modales, sentarse quietos y aprender a comportarse en público —explicó Doreen, dejando pesadamente sobre el fuego el puchero de zanahorias mutiladas—. Lo más seguro es que aún estén fuera otras dos horas o más.

Haydon se froto la oscura barba de varios días que cubría su mandíbula.

—Parece que me hace falta un buen afeitado y también algo de ropa. —Alzó una ceja interrogadora a Oliver—. ¿Cree que podría tener algo de mi talla?

—Sólo si no le importa que la camisa le quede por el codo y los pantalones por la espinilla —bromeó, divertido ante aquella idea—. Creo que tendremos que buscar algo mejor si no queremos que lo arresten por indecencia.

—¿Qué tal las ropas del vizconde? —sugirió Doreen—. Hay dos baúles llenos en el ático. Cosas muy buenas, además, me atrevería a decir. La señorita Genevieve las ha estado guardando para que los muchachos puedan ponérselas algún día, siempre que las modas no cambien demasiado para entonces.

—Bien, pues eso podría servir —comento Oliver estudiando con ojo crítico a Haydon—. Según mis cálculos, el vizconde no era tan alto como usted y llevaba cierta cantidad de relleno en la ropa, pero con un retoque aquí y otro allá... es posible que su aspecto quede pasable. Tanto Eunice como Doreen le dan bastante bien a la aguja, y yo puedo sacar brillo a sus botas hasta que parezcan cristal.

—Estoy pensando que un buen baño también haría mucho —continuó diciendo Eunice—. ¿Por qué no lo llevas arriba y lo preparas, Ollie, mientras Doreen y yo vamos a ver qué encontramos entre las ropas del vizconde? Si todos nos esforzamos tendremos a su señoría limpio y presentable para cuando la señorita Genevieve vuelva a casa con los niños.

—De acuerdo, entonces, chaval —dijo Oliver, encantado de tener una tarea que lo liberara de sus labores en la cocina—. Vamos a ver si conseguimos que recupere el aspecto de caballero que tenía antes de que empezara toda esta lamentable historia del asesinato.

La puerta de entrada se abrió abruptamente y un tropel alborozado de niños irrumpió a gritos en la casa.

—¡He ganado! ¡He llegado el primero! —declaró Jamie triunfante.

—Sólo porque me has empujado para echarme a un lado —protestó Simon, empujándolo a su vez con fuerza—. Has hecho trampa.

Grace olisqueó el aire.

—Huelo a galletas de jengibre.

—No es jengibre, es pimienta de Jamaica —dijo Annabelle arrugando la nariz con disgusto—. Eunice está preparando asaduras otra vez.

—Tal vez esté preparando galletas y asaduras —la expresión de Charlotte era esperanzada cuando entró cojeando por la puerta.

—Aunque sea así, no te dejará tomar ninguna galleta ahora —le dijo Jamie con convicción—. Te dirá que falta poco para la cena.

—Dile que hoy has visto señoras desnudas en los cuadros,—sugirió Annabelle—, entonces te dará una galleta para que lo olvides todo.

—Me parece muy bien que quieras explicarle a Eunice los cuadros que has visto hoy —dijo Genevieve, entrando a su vez por la puerta—, pero acabas de tomar té y bollos, y eso bastará hasta la cena.

—Sólo he tomado una taza de té, y Simon ha tomado dos —se quejó Grace—. No es justo.

—Está bien, el próximo día tú tomarás dos tazas —le tranquilizó Genevieve, intentando recuperar el equilibrio de la justicia—. Entonces estaréis empatados.

—¿Puedo sentarme al lado de Jack la próxima vez? —preguntó Jamie, sonriendo a Jack mientras él entraba como si tal cosa.

—Creo que tendrás que preguntar eso a Jack.

Jamie miró al muchacho de mayor edad con ojos fervorosos.

—¿Puedo, Jack?

Jack se encogió de hombros y apartó la mirada.

Genevieve lo estudió, se fijó en su postura de indiferencia y mirada distante. A lo largo de la tarde, se había mantenido frío y apartado de los niños, colocándose justo detrás del grupo que ella les había ordenado mantener. Había contestado con escasas palabras cada vez que uno de los pequeños le planteaba alguna pregunta lleno de emoción. Era como si la obvia fascinación que los demás críos sentían hacia él le hiciera sentirse incómodo, y estaba intentando mantener las distancias. Seguía planeando escaparse, comprendió Genevieve, inquieta ante aquella idea. Jack había venido a vivir con ella con más edad que los demás en el momento de su llegada a la casa y, por lo tanto, era más consciente de su propia independencia y madurez.

A Genevieve sólo le quedaba confiar en que se diera cuenta de que las ventajas de quedarse con ella eran superiores a la libertad y autonomía que tanto anhelaba.

—Bien, atención todo el mundo, dejemos los abrigos y sombreros en el armario y luego vayamos al salón para seguir leyendo los Viajes de Gulliver —dijo mientras se soltaba las lazadas del sombrero y de su capa—. Simon, ¿me harás el favor de colgar esto?

El menudo muchacho dio un brinco hacia delante para cogerle la pesada capa, que prácticamente lo enterró entre los voluminosos pliegues. Sus delgados bracitos ya no podían llevar nada más, de modo que Genevieve le colocó el sombrero en la cabeza, para deleite de todos los demás.

—¡Miradme, soy Genevieve! —chilló él mientras daba vueltas para que todos pudieran verle.

—Ten cuidado, no vayas a pisar la tela —advirtió Genevieve fingiendo severidad—. Bien, ¿todo el mundo está listo? Vamos allá —Abrió la puerta para entrar la primera en el salón.

Y soltó un jadeo cuando un hombre alto, elegantemente ataviado se levantó de la silla en la que había estado cómodamente instalado con intención de saludarla.

—Buenas tardes, señorita MacPhail —dijo Haydon inclinándose levemente hacia delante con un ademán cortés—. Confío en que tanto usted como los niños hayan tenido un día agradable.

Había desaparecido el guerrero de belleza salvaje, oscuro pelo en enmarañado y mejillas cubiertas por una espesa barba, a quien le costaba incluso mantenerse erguido. El mentón de Haydon había quedado limpiamente rasurado y perfilaba una línea fuerte, cincelada, digna de las manos de un escultor renacentista. Su cabello espeso, negro como el carbón, estaba lavado y cortado, formando rizos al final del cuello. Una levita gris marengo se ceñía a su cuerpo musculoso, con chaleco gris perla, camisa perla, pantalones de corte flojo y un corbatín anudado con manos expertas en torno al cuello.

Eran las ropas de su padre, se percató Genevieve mientras las estudiaba, pero habían conseguido ajustárselas de algún modo para que se adaptaran al cuerpo inmenso de su paciente creando líneas largas y fluidas. Su porte era alto y seguro, y sus movimientos ya no estaban entorpecidos por el dolor. De hecho, parecía de arriba abajo el prototipo de caballero elegante y refinado, preparado para ofrecer una cena a treinta invitados, o tal vez simplemente para salir a pasar el rato en su club favorito.

O en su hogar cerca de Inverness.

Una desconcertante noción de pérdida la inundó, como si de pronto le arrebataran algo que empezaba a apreciar de forma considerable.

—Genevieve nos ha llevado a ver unos cuadros de gente desnuda —informó Jamie pasando de un salto junto a Genevieve y dejándose caer en un sillón junto a la chimenea, donde ardía un alegre fuego. Como todos los niños, Jamie había entrado y salido innumerables veces de la habitación de Haydon mientras él yacía convaleciente los días anteriores, pero no daba muestras de sentirse afectado en absoluto por su transformación.

—¿De veras? —Haydon alzó una ceja divertida mirando a Genevieve ¿Y os han gustado?

Jamie se encogió de hombros.

—Los cuadros de los barcos estaban mejor.

—La mejor parte ha sido cuando hemos ido a tomar el té —decidió Simon—. Me he tomado dos tazas con leche y miel y me he acabado uno de los bollos rellenos de grosella de Charlotte, que ella decía que no iba a comer.

Charlotte dedicó a Haydon una mirada tímida.

—Para mí, con uno es suficiente.

—Y yo me voy a tomar dos tazas de té la próxima vez —añadió Grace— para que sea justo.

—Y yo voy a sentarme al lado de Jack la próxima vez —dijo Jamie, claramente ilusionado ante la perspectiva—. ¿No es así, Jack?

Jack estaba repantingado junto a la puerta, preparado para escaparse en cuanto Genevieve lo permitiera.

—Supongo que sí.

—Los desnudos eran preciosos —declaró Annabelle, adoptando un aire sofisticado mientras se colocaba cuidadosamente los pliegues de la falda sobre el sofá.

—No sé cómo podían tumbarse ahí sin ropa esas mujeres —comentó Simon frunciendo el ceño—. ¿No tenían frío?

—Sólo posan así en verano —explicó Grace con gran autoridad—. Con el aire caliente no pasan frío.

—Es su amor por el artista lo que les da calor —canturreó Annabelle, agarrándose las manos sobre el corazón—. Eso y el conocimiento de que están haciendo grandes obras de arte.

Haydon sintió que poco a poco una sonrisa tensaba las comisuras de su boca.

—Un punto de vista fascinante. ¿Qué opina del tema, señorita MacPhail?

Genevieve pestañeó, intentado sin resultados apartar la vista de aquellas formas irresistiblemente atractivas en las que se había convertido lord Redmond.

—¿Qué?

—En una conversación cortés no decimos «qué», decimos «perdón» —dijo Jamie alegremente.

Los niños se rieron.

—Sí, por supuesto, quería decir perdón —dijo Genevieve, aturullándose levemente. ¿Qué demonios le sucedía? Alzó la mano para alisarse un mechón suelto y sintió que se había sonrojado—. ¿Qué era lo que estaba diciendo, lord Redmond?

—La señorita Anabelle sugiere que una mujer siente calor gracias a la euforia del amor —explicó Haydon en mayor detalle, divertido por el hecho de que Genevieve pareciera estar tan desconcertada por su cambio de aspecto—. ¿Está de acuerdo? —Su mirada era impenetrable y un poco guasona.

—La verdad, no lo sé —consiguió decir con lo que esperaba pareciera un atisbo de frivolidad—. Supongo que sí.

—¿Alguna vez has estado enamorada? —preguntó Charlotte.

Genevieve la miró con gesto de impotencia, totalmente desprevenida ante una pregunta así.

—Por supuesto que sí —contestó Haydon acudiendo a su rescate—. Al fin y al cabo, os quiere a todos vosotros.

—Me parece que no es lo mismo —el pequeño ceño de Jamie se frunció con concentración—. Quiero decir, no es el tipo de amor que te hace estar tirado desnudo delante de un hombre, como esas damas de los cuadros.

—Creo que, francamente, por hoy ya hemos hablado bastante de las damas desnudas —dijo Genevieve, desesperada por cambiar el tema de conversación.

—Si no les hubiera enseñado tantas indecencias, ahora no estarían diciendo tonterías al respecto —reprendió Eunice, entrando con andares de pato y una fuente de galletas en las manos—. Aquí tenéis, tesoros, coged un pequeño dulce y haced un esfuerzo por olvidarlo.

Los niños formaron un remolino feliz en torno a ella, sus ansiosos brazos se estiraron para atrapar las galletas.

—Tened cuidado de no derribar a la pobre Eunice —les regañó Doreen cuando entró en la sala con Oliver.

—Benditos, os comportáis como si os murierais de hambre —dijo Oliver—. ¿No os ha llevado la señorita Genevieve a tómar el té?

—Eso ha sido hace horas —replicó Jamie.

—Yo sólo he tomado una taza —explicó Grace.

—He dejado que Simon se comiera mi segundo bollo —añadió Charlotte.

—Los bollos eran muy pequeños —recalcó Simon.

—Y apenas llevaban grosella dentro —acabó Annabelle.

—Bien, tesoros, esta noche vamos a tener merluza frita y sabroso pastel de asaduras con patatas y guisantes, de modo que eso llenará suficientemente vuestras barrigas —anuncio Eunice, bajando la fuente para que los niños se sirvieran otra galleta—. Eso, por supuesto, a menos que su señoría

se nos coma todo antes de que Doreen consiga llevarlo a la mesa. ¡Vaya apetito! ¡Creo que pronto tendremos que esconder el mobiliario!

—De hecho, estaba pensando que el sillón de Simon podría resultar bastante sabroso —caviló Haydon, mirando el mueble con anhelo— especialmente si le rociamos por encima un poco de la salsa de carne de Eunice.

Los niños estallaron en risas.

—Perdón, señorita MacPhail. No queríamos interrumpir.

El júbilo que colmaba la habitación se desintegró de inmediato. Todos los ojos se llenaron de horror ante la visión del agente Drummond, el director Thomson y el conde de Linton, el antiguo prometido de Genevieve, quienes aparecieron de pie en la entrada del salón.

—La puerta estaba abierta de par en par y nadie oía nuestras llamadas —explicó el director Thomson, con aspecto de cierto azoramiento por la libertad que se habían tomado.

—Y aseguré al director y al agente que no te importaría que nos tomáramos la libertad de entrar —añadió Charles con amabilidad.

El atractivo y rubio conde observaba a Genevieve con mirada de superioridad, ligeramente apenado, como si pusiera objeciones a la escena de ella riéndose junto a los sirvientes y los niños. Iba vestido a la más última moda, con una casaca negra de corte exquisito sobre unos pantalones a cuadros muy ajustados y botas color caobas de brillo inmaculado. Y encima del conjunto llevaba un pesado abrigo gris marengo de la mejor lana escocesa, cuyas solapas iban ribeteadas en terciopelo ébano. A sus treinta y ocho años, empezaba a mostrar señales de su próspero estilo de vida ya que su cintura y muslos se curvaban a causa de la dieta constante de comida excesivamente opulenta y mínimo ejercicio físico, y su pelo dorado se estaba aclarando tristemente en lo alto de su frente. Después de estudiar críticamente a Genevieve, recorrió con una mirada rápida a niños y mayores.

Luego su mirada se unió a la del agente Drummond, quien observaba a Haydon con fascinación depredadora.

Todo había acabado, comprendió Haydon, quien sintió que su pecho se encogía. No podía escapar. Aunque quedara una vía libre hasta la puerta, nunca se arriesgaría a hacer algo que pudiera poner en peligro a Genevieve y a los niños. Y por consiguiente, se quedó allí inmóvil, mientras la desesperación caía estrepitosamente sobre él como una ola grande y oscura. ¿Por qué Dios le había concedido este breve aplazamiento?, se preguntó con amargura. ¿Por qué había prolongado su tormento con esta fugaz degustación de la libertad para arrebatársela luego con tal crueldad?

Por sus muchos pecados, se recordó con dureza pesarosa. Tal vez hubiera matado a su atacante en defensa propia, pero tenía una larga lista de transgresiones que mancillaban su alma y desbarataban cualquier esperanza de perdón. La peor, por supuesto, era el abandono de su hija, Emmaline. No tenía derecho ni a una sola migaja de compasión después de lo que le había hecho a ella.

Era mejor que abandonara esta casa en silencio, sin provocar una escena.

Echó una rápida mirada a Genevieve, quien parecía paralizada, con sus enormes ojos marrones abiertos llenos de ansiedad. De repente fue mucho lo que quiso decirle, pero ya nunca podría. Quería darle las gracias, no sólo por sus tiernos cuidados y cobijo, sino por mucho más. Por mostrarle que había

gente en el mundo que era genuinamente buena. Aquello había sido una revelación extraordinaria para él y se sentía contento de haberlo sabido antes de su inminente muerte. También quería darle las gracias por haber rescatado a Jack de esa cloaca de cárcel y por ofrecerle la posibilidad de una nueva vida. Y por creer, por muy brevemente que fuera, que dentro del alma maltrecha de Haydon podía haber algo que mereciera la pena redimir.

Se la quedó mirando, ocultando sus emociones con fría indiferencia para evitar que los demás detectaran algún indicio de sus sentimientos hacia ella. No estaba dispuesto a implicar en este asunto a la señorita MacPhail más de lo absolutamente necesario. Contaría al agente Drummond que había entrado en esta casa a la fuerza. Diría que había amenazado con la muerte más atroz a todos sus miembros si no hacían lo que les ordenaba. Mientras formulaba rápidamente este plan, la miró de hito en hito con expresión dura y con la confianza de que de algún modo percibiera lo que ya nunca podría expresar.

Luego apartó la mirada y observó con calma a sus captores, sin que su actitud relajada ofreciera el menor indicio del pesar agonizante que recorría sus venas.

—Le ruego me disculpe, señor, —dijo Charles con forzada cortesía mientras seguía mirando a Haydon— ¿nos han presentado?

—No —tercio Genevieve con firmeza antes de que Haydon pudiera responder—. No les han presentado.

El corazón de Genevieve latía desenfrenadamente contra el muro de su pecho, dificultando su respiración. Hasta aquel instante, la conmoción y el miedo la habían dejado demasiado abrumada como para pensar con claridad una manera de manejar la situación. Pero el hecho de que Charles no supiera realmente quién era Haydon la sacó de su aturdimiento. Charles nunca había visto a lord Redmond, se percató. Una rápida mirada tanto al director Thomson como al agente Drummond reveló que ellos tampoco estaban del todo seguros de que el hombre elegantemente ataviado que se encontraba de pie ante ellos, con perfecta compostura y seguridad, fuera el peligroso asesino que estaban buscando. Fue esta leve incertidumbre, esta débil posibilidad de que el aspecto, actitud y atuendo de Haydon fueran suficientemente diferentes, lo que la alentó a actuar. Cuando momentos antes había visto a lord Redmond levantarse del sillón en el salón, los cambios en su aspecto y porte le habían parecido impresionantes, y ella había tenido oportunidad de estudiarlo a fondo mientras permanecía echado en el piso de arriba, en su habitación relativamente bien iluminada. Sólo podía esperar que el director Thomson y el agente Drummond, quienes habían visto a aquel hombre como un borracho apestoso, con fiebre, con el pelo enmarañado y barba de muchos días, tirado con su uniforme raído en una celda con pésima iluminación, encontraran la diferencia aún más pasmosa.

Todo el mundo la estaba mirando con expectación, incluido Haydon, quien no podía imaginar qué cuento estaría a punto de urdir. Su mente consideró y descartó rápidamente una lista de posibilidades sobre quién podría ser Haydon. Primo. Tío. Amigo. Conocido.

En última instancia, sólo había un papel que en su opinión podía ofrecerle toda la protección que necesitaba de forma tan desesperada.

—Caballeros, me gustaría presentarle al señor Maxwell Blake… mi esposo.

Genevieve no sabría decir quién en el concurrido salón mostró más conmoción: sus hijos, los recién llegados sin invitación o Eunice, Doreen y Oliver, quienes pestañeaban llenos de asombro.

—¿Casada? —farfullo Charles, con sus ojos grises, lacrimosos, a punto de salirse de las órbitas—. ¿Te has casado?

—Sí. —Se puso al lado de Haydon y lo miró con una sonrisa radiante, rogándole subrepticiamente que le siguiera el juego en aquella treta. Haydon se la quedó mirando, con cuidado de mantener una expresión serena mientras evaluaba este giro inconcebible en los acontecimientos.

Y entonces, comprendiendo que no tenía otra opción, llevó su mano sobre la espalda de Genevieve en un gesto que claramente daba a entender los derechos de propiedad de un marido. Ella tembló bajo su contacto, y a él le dolió profundamente pensar en el enorme miedo que su protectora estaba experimentando en ese momento.

—Sí —dijo él, atrayéndola con firmeza contra el muro sólido de su cuerpo—, me temo que nos hemos casado.

La rodeó con su poderoso brazo como si fuera un escudo de protección, y el calor de su carne penetró a través del delgado tejido del vestido de Genevieve, ayudándola a calmar su estremecimiento. Sabia que les acababa de meter en un sendero peligroso, pero en aquel momento no se le ocurría otra manera de salvarle. Tomando fuerzas de la dureza de su contacto, respiró a fondo y continuó con el engaño.

—Maxwell —continuó cordialmente—, éste es lord Linton, un viejo amigo que estoy segura que querrá que le llames Charles, y el director Thomson, el apreciado director de nuestra prisión, quien en el pasado tanto me ha apoyado en mis esfuerzos por ayudar a los niños Y éste es el agente de policía Drummond, quien trabaja duro para mantener las calles de Inveraray seguras para todos nosotros.

—Es un placer conocerles finalmente, caballeros. —Haydon tendió su mano a cada uno de ellos—. Especialmente a usted, Charlie. —Haydon disfrutó con el centelleo de irritación que tensó la boca de Charles—. Mi esposa me ha hablado de cada uno de ustedes largo y tendido.

—Pero... ¿cómo ha sucedido? —quiso saber Charles, cuyo rostro se había enrojecido hasta adquirir un extraordinario tono escarlata—. ¿Cuándo?

—De hecho, nos casamos hace pocos meses —informó Genevieve, estrujándose la mente en un esfuerzo por elaborar una sucesión creíble de acontecimientos—. Tal vez recuerdes, Charles, que tuve que viajar a Glasgow para supervisar unos asuntos relacionados con la finca de mi padre. Maxwell y yo nos conocimos en una galería de arte de aquella ciudad.

—Mi esposa y yo compartimos una pasión similar por el arte. Haydon le sonrió con afecto.

—Me temo que nuestro noviazgo fue más bien breve —añadió Genevieve, intentando frenéticamente dar con todos los detalles en su mente.

—Pedí su mano el mismo día en que nos conocimos —continuó Haydon con soltura—. Como sin duda, caballeros, podrán apreciar, su belleza me dejó por completo sobrecogido, y tomé la firme decision de no permitir que se me escapara. —Lanzó un mirada totalmente ufana a Charles, con la que indicaba que estaba del todo al corriente de la anterior relación de su esposa con él.

«Al principio no me aceptó —confesó con una risita—. Por suerte, no soy un hombre que se amilane fácilmente ante los desafíos; especialmente cuando la recompensa promete ser tan espléndida. —Le acaricio levemente la mejilla con el dorso de los dedos, luego sonrió con diversión de cónyuge al ver el sonrojo que afloró en la piel de ella.

—Bien, creo que hay que felicitarlos a los dos en tal caso —consiguió decir el director Thomson, quien todavía parecía totalmente asombrado.

—Gracias, director —dijo Haydon—. Acepto sus buenos deseos.

—Me desconcierta que no mencionara su reciente matrimonio cuando la visitamos hace pocos días. —La mirada del agente Drummond perforó a Genevieve en un intento de ahondar más allá de la superficie de su pasmosa actuación.

—Me temo que la responsabilidad es mía —manifestó Haydon sin perder la calma—. Diversos asuntos de negocios me han mantenido en Londres y han impedido hasta ahora que me reúna con mi nueva familia, y mi esposa y yo habíamos decidido que no comunicaríamos a nadie nuestro enlace hasta que yo de hecho estuviera un poco instalado aquí en Inveraray. Nos preocupaba en concreto que los niños pudieran inquietarse en exceso por mi inminente llegada si lo sabían con demasiada antelación. Puesto que sólo llevo unos días, y aún no lo hemos dado a conocer, mi esposa se ha mostrado reticente a anunciar nuestra unión. La mañana que se presentaron de forma tan inesperada —continuó, poniendo sólo un leve énfasis en el hecho de que nadie les hubiera invitado— aún no había acabado de vestirme y por lo tanto, no pude bajar y ser presentado adecuadamente. Por último, creo que mi esposa aún no se ha acostumbrado del todo a su nuevo estado de mujer casada... ¿es así, señora Blake? —Le lanzó una encantadora sonrisa de efecto demoledor, que consiguió de inmediato ruborizar de nuevo las mejillas de Genevieve—. Estoy seguro de que ustedes, caballeros, pueden comprender nuestro deseo de intimidad después de una separación tan prolongada —concluyó con una amplia sonrisa.

—Ah, sí, por supuesto —dijo el director Thomson, con aspecto totalmente incómodo ante un tema tan delicado. Se aclaró la garganta—. Absolutamente.

Charles lanzó a Haydon una mirada de acritud a duras penas disimulada.

—Por supuesto —soltó con frialdad.

Su desprecio le resulto palpable a Haydon. Estaba claro que el conde había albergado muchísimas dudas acerca de su decisión de romper el compromiso con Genevieve. Probablemente había calmado su ira durante mucho tiempo convenciéndose de que en el futuro nadie más la querría. Aquella idea indignó a Haydon. Se encontró preguntándose quién sería la chica frívola y servil que Charles habría encontrado para casarse con ella en el lugar de Genevieve.

El sonido de los retortijones de un estómago infantil llenó el incómodo silencio.

—¿Cenaremos pronto? —preguntó Simon, frotándose la barriga—. Me muero de hambre.

—¡Por todos los santos, me he olvidado de las asaduras! —soltó Eunice—. Así estamos, casi es la hora de cenar y aún no he triturada las patatas. Discúlpeme señorita Genevieve y, por supuesto, también usted, señor Bla-

ke... sir. Hizo una rápida y torpe inclinación a los dos, luego salió precipitadamente de la habitación.

—Oh, Dios bendito, no me he percatado de que fuera tan tarde —añadió Doreen, mirando al reloj sobre la repisa de la chimenea—. Vamos, mis niñas, podéis ayudarme a poner la mesa para la cena. —Se encamino hacia la puerta, luego se detuvo de pronto—. Siempre que, por supuesto, les parezca bien a ustedes, señor y señora Blake—. Sus rodillas crujieron como ramas secas cuando se hundió con torpeza ante sus supuestos señores.

—Muy bien, Doreen. —Genevieve se sintió agradecida de que Eunice y Doreen dejaran claro a sus indeseadas visitas que era tarde y que su encuentro debía concluir—. El señor Blake y yo estaremos en el comedor enseguida.

—Entonces, en marcha, chicos —dijo Oliver—. Veamos si podemos quitamos la porquería de las manos antes de empezar a manosear todos esos platos y tenedores.

Los niños vacilaron.

—Venga a ver lo bien que doblo las servilletas, señor Blake —rogó Jamie, cogiendo a Haydon de la mano—. He estado practicando.

—Y yo quiero mostrarle el brillo que he sacado a la tetera. —Charlotte se acercó cojeando a Haydon y le agarró la manga con cierta vacilación.

Estaba temblando, se percató Haydon. Algo le decía que el miedo de la niña no respondía únicamente al destino de él, sino también al de ella misma. Un rápido examen a sus visitas reveló que el agente Drummond la observaba con particular disgusto. Un sentimiento ae protección poco habitual se apoderó de Haydon. Soltando a Genevieve, atrajo a Charlotte para colocarla entre ellos, luego puso su mano sobre el delgado hombro de la frágil niña, tranquilizándola con cariño.

—Me encantaría ver eso, Charlotte —murmuro con voz grave y segura.

—Oliver nos dijo que saldría un genio de la tetera si sacábamos brillo a la plata durante suficiente rato, aunque no pasó nada —se quejo Annabelle, rodeando la cintura de Genevieve con un brazo—. ¿Cree en los genios, señor Blake?

—Todo el mundo sabe que no existen —se mofo Simon. Ocupó su lugar junto a Jamie, completando así el anillo protector de niños en torno a Genevieve y Haydon—. No hay pruebas científicas que lo demuestren.

Aunque, durante los últimos días, cada uno de los niños había hecho migas con él dejándose caer por su habitación para ver cómo evolucionaba su estado, Haydon sabía que esta demostración de protección era para Genevieve, a quien adoraban todos ellos. Genevieve intentaba desesperadamente ampararlo a él, y los niños hacían todo lo posible por ayudarla a ella. Pese al hecho de que no actuaban por afecto a él, Haydon se sintió profundamente conmovido por sus actos. Incluso Jack, quien se había escabullido a un rincón con la llegada de las inesperadas visitas, ahora se apoyaba en la pared con los puños apretados, como si tuviera intención de atacar al agente Drummond si de pronto decidía arrestar a Haydon.

—Ya nos perdonarán, caballeros, pero me temo que la cena es por aquí todo un deber familiar —dijo Haydon en tono de disculpa—. ¿Necesitaban a mi esposa o a mí mismo para alguna cosa? —Su pregunta dejó claro que, como esposo de Genevieve, él necesitaría tener conocimiento de cualquier discusión que pudieran mantener.

—Queríamos hacer unas pocas preguntas más al muchacho. —El agente Drummond fijó en Jack su intimidadora mirada.

Jack se puso tenso.

—¿Sobre qué? —preguntó Genevieve forzándose a mantener la calma.

—Sobre el prisionero que escapo de la cárcel —explicó el director Thomson.

—Ah, sí, mi esposa menciono eso —Haydon alzó una ceja de desconcierto al agente Drummond, como si creyera que un tema tan simple debería haberse resuelto ya—. ¿Aún no ha encontrado al hombre?

—Lamentablemente, no.

—Sí que es lamentable. —La voz de Genevieve sonó tensa cuando continuó—: Y por su presencia aquí da la impresión de que tengan alguna razón de peso para pensar que Jack podría ser capaz de arrojar cierta luz sobre el paradero actual del hombre…

—Por supuesto que intentaremos ayudarles con la investigación en la medida en que podamos —intervino Haydon, apretando de forma tranquilizadora el brazo de Genevieve—. ¿Verdad que sí, Jack?

Jack se encogió de hombros.

—Ya les dije que no sé nada.

Haydon frunció el ceño.

—¿Estás del todo seguro?

Jack asintió.

Volviéndose al agente Drummond, Haydon preguntó:

—¿Tienen alguna pregunta específica que quieran hacerle, aparte de, por supuesto, las que ya le han planteado en su anterior encuentro?

El agente Drummond vaciló, confundido evidentemente por la restricción que Haydon acababa de poner.

—Bien, no exactamente…

—Perdóneme si me muestro excesivamente protector con mi familia, agente Drummond —interrumpió Haydon— ya que le puedo asegurar que queremos ayudarle con la investigación en la medida en que podamos. De cualquier modo, estoy seguro de que es consciente de que mi esposa y yo creemos firmemente en los méritos de la confianza. Sólo mediante la confianza en nuestros hijos podremos, a su vez, enseñarles a continuar ganándose esa confianza. Si su intención es hacer preguntas a Jack a las que él ya ha ofrecido respuestas, eso significa que ha venido a mi casa a sugerir que un miembro de mi familia le ha mentido. ¿Es esa su intención?

La expresión del agente Drummond se volvió más tensa.

—No.

—Simplemente queríamos saber si alguno de ustedes ha advertido algo inusual en los últimos días. —El director Thomson percibió que estaba a punto de ofender a Haydon, y que no era el tipo de hombre que se tomaría ese tipo de ofensa a la ligera—. Cualquier cosa.

Haydon miró al círculo de niños que lo rodeaba.

—¿Habéis advertido algo, niños?

Ellos sacudieron las cabezas con aire inocente.

—Entonces lamento que no podamos serles de ayuda hoy, caballeros —dijo Haydon, dejando claro que su visita había llegado a su fin—. Nos aseguraremos de mantenerles informados en el caso de que alguno de nosotros advierta algo que consideremos pertinente para la investigación.

—Nuestras disculpas por las molestias, señorita MacPhail... quiero decir, señora Blake —corrigió apresuradamente el director Thomson.

—No ha sido ninguna molestia, director Thomson. —Genevieve miró a Charles con fingida confusión. Cada vez que ella rescataba a un niño de la prisión, Charles se empeñaba en visitarla para comunicarle el horroroso error que estaba cometiendo y el desastre tan ridículo en que estaba convirtiendo su vida, en otro tiempo prometedora. Obviamente, Charles estaba informado de que Jack se había unido a la familia, y había venido a expresar sus reparos—. ¿Tenía algún motivo tu visita, Charles?

El conde vaciló.

—Quería saber si podrías pintar un nuevo retrato a mi hija —improvisó de repente—. El que pintaste hace tres años ya no es una fiel representación de la muchacha en la que se ha convertido hoy en día. Eso, por supuesto, si tu nuevo esposo te permite continuar pintando retratos. —Dedicó a Haydon una mirada desafiante.

Charles intentaba determinar las posibilidades de su nuevo esposo para mantener a la familia, comprendió Genevieve. Durante largos años, ella había batallado constantemente con sus limitados recursos financieros. Había conseguido pagar algunos de los gastos de su casa pintando retratos de los niños de aquellos aristócratas opulentos que en otro tiempo la recibían en sus hogares como invitada, y con aquello había retrasado la venta de las posesiones familiares más preciadas. Aunque disfrutaba inmensamente pintando, se había visto forzada a tragarse toda una vida de orgullo el día que entró en el hogar de magníficos detalles de Charles, no como su prometida o ni tan siquiera como una invitada distinguida, sino como una humilde empleada.

Sospechó que Charles le había ofrecido el encargo únicamente porque le producía un deleite perverso y amargo verla reducida a aquella posición.

Le daba reparo rechazar la posibilidad de ganar cierto dinero, pero tampoco quería dar la impresión de que su nuevo esposo no fuera capaz de mantenerla a ella y a los niños. Aquello sólo serviría para invitar a especulaciones desagradables en torno a él.

—Maxwell y yo aún no hemos discutido eso...

—Haz lo que te plazca, querida mía —interrumpió Haydon, percibiendo de inmediato el dilema de Genevieve—. Si disfrutas pintando a la hija de Charlie, entonces deberías ir a toda costa y divertirte.

El rubor en el rostro de Charles se extendió hasta las raíces clareadas de su pálido cabello.

—Me llamo Charles —consiguió decir con tirantez.

Genevieve vaciló por un momento, como si intentara decidir.

—Muy bien, Charles —transigió finalmente—. Disfruto pintando retratos, y tu hija es un modelo encantador. Me agradará hacer esto por ti. —Sonrió, contenta de que sonara como si le estuviera concediendo un favor.

—Y ahora, caballeros, si nos disculpan, me temo que ya hemos retrasado la cena de nuestros hijos suficientemente —concluyó Haydon—. Oliver, ¿serías tan amable de acompañar a nuestros invitados hasta la puerta?

—Sí, señor Blake, como usted ordene —respondió arrastrando las sílabas Oliver, quien se moría por desempeñar aquella tarea desde el momento en que los intrusos habían entrado en la casa.

—Un placer conocerles a todos ustedes —se despidió Haydon, mientras Oliver guiaba a los invitados por el pasillo—. Espero volver a verles pronto.

—Que no sea demasiado pronto —murmuró Oliver cerrando la puerta sonoramente tras ellos—, miserable pandilla de lameculos, condenados…

—¿Habéis visto? —preguntó Jamie con excitación— ¡Se han creído de veras que te has casado con nosotros!

—Me enorgullece decir que yo he tenido algo que ver en eso —manifestó Eunice, radiante de alegría y regresando de la cocina—. ¿Le ha gustado lo bien que le he hecho una reverencia?

—Sí, y yo también —añadió Doreen, quien apareció tras ella—. ¡Pensaba que no iba a ser fácil con estas pobres y viejas rodillas mías!

—Apuesto a que las han oído crujir de aquí hasta Oban —replicó Oliver con una risita—. ¡Creía que eran las maderas del suelo que se rompían bajo la mole del director Thomson!

—Ese agente Drummond es el hombre más horripilante que he visto en toda mi vida —comentó Annabelle—. Parece que acabe de morder un limón.

—Al principio pensé que había venido a por mí —confesó Charlotte—. Se enfureció tanto cuando Genevieve me sacó de la cárcel el año pasado…

Saber que Charlotte había pasado miedo hizo que Genevieve pasara por alto momentáneamente su propio desasosiego. Se arrodilló para poder mirar a Charlotte directamente a los ojos.

—Nadie va a alejarte de mí nunca, Charlotte —le dijo de forma categórica—. Tienes que creerme cuando te lo digo. Nunca permitiré que algo te suceda, ¿entiendes?

Charlotte asintió.

—Bien. —rodeó a la niña con sus brazos y la estrechó con fuerza—. Ahora vete con tus hermanos y hermanas y prepárate para cenar. Iré en unos minutos. —

Haydon espero a que se fuera el último niño antes de cerrar las puertas del salón. Apretó su frente contra la madera y respiro a fondo, en un esfuerzo por calmarse. Finalmente se volvió de cara a Genevieve.

—¿Por qué, en nombre de Dios, les ha dicho que yo era su marido?

—Porque no quería que le arrestaran delante de mis niños y se lo llevaran a la horca. Y me pareció que ésa era la única opción que explicaría suficientemente la razón de que se encuentre durmiendo bajo mi techo.

—¡Podría haber dicho que era su tío… o incluso un primo lejano, por el amor de Dios!

Aquel enfado cogió a Genevieve por sorpresa.

—Eso habría provocado demasiadas preguntas —arguyó—. Cualquier otro tipo de relación conmigo habría suscitado de inmediato preguntas como dónde estaba instalado, dónde vivía, y qué le había traído hasta aquí. Resultaría demasiado fácil establecer la falsedad de cualquier afirmación de otro

parentesco. Soy una marginada aquí, lord Redmond, y mi tendencia a hacer lo impensable es de sobras conocida. Créame, a la gente de Inveraray no le costará mucho creer que me he casado con un hombre que conocí apenas hace unos días. He creado una familia completa compuesta de ladrones y bribones tras conocerles apenas unos pocos minutos. Que me haya casado con un desconocido por impulso no desentonará con el concepto de mujer completamente irracional que tienen de mí.

Tenía razón, comprendió Haydon, aunque aquella conclusión no le provocaba ningún placer. La mujer que tenía delante había roto por completo sus vínculos con la respetabilidad y la aceptación en el momento en que opto por criar ella sola al hijo bastardo de una ladrona, en lugar de una vida de bienestar tedioso junto a ese presumido acicalado y frívolo de Charles.

Una punzada de irritación avivó el estado de ánimo ya pesimista de Haydon. ¿Quién demonios se creía que era ese idiota, irrumpiendo en esta casa y actuando como si tuviera algún derecho exclusivo sobre ella? La idea de que Genevieve de hecho hubiera estado prometida a ese necio llorica y sin carácter, le llenó de furia. Fueran cuales fueran los atributos del padre de Genevieve, estaba claro que no contaba con la capacidad de discernir el carácter de las personas. Haydon había necesitado un gran esfuerzo de autocontrol para no sacar a aquel imbécil pomposo por la puerta de una patada en su trasero tan opulentamente cubierto.

—Creía que se sentiría más agradecido por los riesgos que he corrido por usted —continuo Genevieve, indignada por el hecho de que él se atreviera a criticarla—. ¿Pensaba que después de haberlo cuidado noche tras noche, asegurándome de que no moría desangrado o de fiebre, me haría a un lado para observar pasivamente cómo se lo llevaban? Si es así, entonces es que no me conoce lo más mínimo, lord Remond.

La rabia había encendido sus mejillas y su postura era más tensa. Parecía que quisiera golpearlo. El hecho de que le replicara tan prontamente, que no estuviera dispuesta a amedrentarse, despertó una gran admiración en lo más profundo de él. La irreprimible señorita MacPhail era una mujer de fuerza y convicción asombrosas, que no retrocedía un paso cuando consideraba que tenía la razón. Aún más, pese a los crímenes terribles por los que le habían acusado y condenado a él, era evidente que no le tenía el menor miedo.

Sintió una necesidad imperiosa de tocarla en aquel momento, de atraerla a sus brazos y apretar sus labios contra los de ella, sentir su forma blanda, delgada, contra él, recorrer los firmes volúmenes de sus pechos con sus manos mientras ella abría la boca e invitaba a su lengua a entrar. El cuerpo de Haydon se excitó, se puso rígido, lleno de un deseo que llevaba mucho tiempo aletargado, que abrumaba sus sentidos con una necesidad desasosegada, imposible.

Consternado, se dio media vuelta abruptamente. Ahí estaba él, en una casa abarrotada de niños, a un paso de ser atrapado y ejecutado por asesinato, y lo único que quería era hundirse en la mujer responsable de haberle salvado la vida.

Estaba claro que había perdido la cabeza.

—No era mi intención ofenderla, Genevieve —dijo, pasándose la mano por el pelo—. únicamente me pregunto si ha considerado las ramificaciones del cuadro que ha pintado aquí. Ha contado a las autoridades que usted y yo estamos casados. Si ahora me voy, todo el mundo en Inveraray sabrá que ha

mentido. ¿Comprende lo que esto significará para usted? Ese despiadado agente Drummond irrumpirá aquí exigiendo su arresto por haber ocultado a un prisionero fugado. Dado que, por aquí, el hecho de encarcelar a una mujer embarazada por robar una manzana cuenta con el beneplácito de la justicia, puedo imaginarme perfectamente el tipo de castigo que decidirán aplicarle. Además de enviarla a prisión, la considerarán persona incompetente para hacer de cabeza de familia y le arrebatarán a sus hijos.

Genevieve se quedó pálida, de pronto su furia se heló al oír aquella posibilidad tan real. ¿En qué había estado pensando?, se preguntó. ¿En que Haydon se quedaría con ella para siempre, como si tal cosa, y que nadie se enteraría jamás de su mentira?

Se hundió en un sillón, intentando reprimir el pánico.

Haydon afirmó una mano contra la repisa y se quedó mirando con gesto grave las llamas de la chimenea.

Quería marcharse de este lugar e intentar limpiar su nombre resolviendo el misterio de la identidad de aquellos hombres que le habían atacado aquella noche en la que todo este lío comenzó. Eso significaría encargar a su abogado que contratara a alguien para investigar el asunto por él y mantenerse ocqlto lejos de Escocia hasta que el enigma estuviera resuelto. Estaba seguro de que las autoridades habían congelado sus cuentas bancarias, pero, por otro lado, estaba convencido de que entre sus abogados y sus contables podrían encontrar alguna manera de acceder a fondos bajo la forma de honorarios legales. Una vez descubrieran quiénes eran sus atacantes y retiraran los cargos contra él, podría regresar a su anterior vida como lord Redmond.

Aquello podía llevar años, comprendió con amargura, eso suponiendo que la investigación lograra algún éxito. Y entretanto, la bella, inteligente y desinteresada mujer que tenía ante él sería arrestada y encarcelada por ayudarlo a escapar.

Aquello era impensable.

—Parece que estoy atrapado aquí.

Genevieve lo miró llenó de sorpresa.

—¿Quiere decir que va a quedarse?

—Por el momento, sí. Me quedare e interpretare el papel de su esposo. Pero sólo lo haré el tiempo suficiente para demostrar nuestra relación ante la gente de Inveraray. Entonces, tal vez dentro de un mes o dos, una vez la búsqueda se haga menos insistente y todo el mundo se haya creído que somos la pareja dichosa y feliz que representaremos ser, me reclamarán en algún lugar en Inglaterra por motivos de negocios. Y allí, tras una separación de unas pocas semanas, desgraciadamente encontraré la muerte en un accidente. Tras el conveniente periodo de luto, usted se remontará y seguirá con su vida, con la respetabilidad añadida de ser una trágica y joven viuda.

Genevieve consideró su plan por un momento.

—¿Y qué pasará con usted?

A Haydon ya no le sorprendió que ella siguiera preocupada por su bienestar. Llevaba la preocupación por el prójimo trenzada en el tejido de su persona. Era parte de lo que la hacía tan deseable para él, mientras la luz del fuego jugueteaba sobre su pálida mejilla y su frente dulcemente fruncida.

—Si no consigo finalmente demostrar mi inocencia y reclamar mi vida, pasaré el resto de mis días intentando llevar cierta ventaja a la ley. De cualquier manera, estoy decidido a que ni usted, ni los niños padezcan por intentar ayudarme. Y por consiguiente, tiene que prometerme algo, Genevieve. —Su expresión era terriblemente seria—. Quiero su palabra de que si me descubren mientras estoy aquí en su casa, dirá lo que haga falta para establecer su propia inocencia en el asunto. Les contará que la obligué a darme cobijo. Dirá que la había amenazado cruelmente y sin piedad, que incluso la había golpeado, y que el temor por su vida y la de los niños era tan enorme que creyó que la única opción que tenía era sucumbir a mis exigencias y decir que yo era marido.

Genevieve sacudió la cabeza con gesto inapelable.

—Si hago eso, nadie creerá en su inocencia.

—Si me descubren aquí, mi inocencia no tendrá ninguna importancia —respondió Haydon con tono rotundo—. No puedo arriesgarme a investigar el asunto yo mismo mientras soy el supuestamente recién casado Maxwell Blake. Y si el agente Drummond y el director Thomson comprenden que su amantísimo esposo en realidad es el prisionero que se les ha escapado, la cólera que sentirán al verse engañados eclipsará cualquier voluntad de reconsiderar mi inocencia. Lo único en lo que estarán interesados será en mi ejecución inmediata, para que la situación embarazosa provocada por mi fuga y la posterior farsa pueda enterrarse conmigo.

—No estoy dispuesta a fingir que usted sea una especie de monstruo cuando no lo es —arguyó Genevieve—. Si lo atrapan, iré al juzgado y les explicaré lo que ha sucedido. Pediré al juez que reexamine su caso y...

—Escúcheme, Genevieve —dijo Haydon, arrodillándose ante ella—. Sé que es una luchadora y por ello no está dispuesta a aceptar ninguna injusticia. Pero no podría soportar la idea de que usted y los suyos fueran a sufrir por mi causa. ¿Comprende? Mi muerte no me preocupa tanto como la idea de haber destruido también su vida.

Su expresión era dura mientras hablaba, casi como si intentara intimidarla para que accediera. Pero fueron los ojos de él los que atrajeron la atención de Genevieve. Había furia allí, surcada de la frustración de un hombre poderoso que no estaba acostumbrado a tener que pedir algo más de una vez. Pero había también un dolor terrible, una tristeza abrumadora que formaba un remolino en las profundidades del gélido azul, que sugería una herida aún viva en lo profundo de él. Fue en esto en lo que se concentró, en aquel dolor tan sumamente evocador y familiar, casi como si contemplara un reflejo de ella misma.

—Muy bien —dijo con tranquilidad, sabiendo demasiado bien que nunca cumpliría su petición—. Haré lo que usted quiera.

Haydon la miró escrutadoramente. Ella le devolvió la mirada con serenidad.

—Bien. —Haydon se levantó y cruzó la estancia, ansioso de pronto de alejarse de ella. Tenía la impresión de que le había revelado alguna parte de sí mismo, y no estaba acostumbrada a mostrar nada de él a nadie.

—¿Vamos al comedor para reunirnos con los niños? —preguntó Genevieve.

—Si me excusa, creo que me retiraré al piso de arriba y me echaré un rato. Me encuentro bastante cansado. —En vez de moverse hacia la puerta, se agarró a la repisa y miró fijamente el fuego.

—¿Quiere que le traiga algo?

—No. —Al darse cuenta de que su tono era brusco, añadió—: Gracias.

—Tal vez más tarde, entonces.

—Tal vez.

Haydon se había alejado de ella, comprendió Genevieve, sorprendida por la forma en que aquella pérdida la afectaba. Durante un breve momento, había mirado en el interior de su alma, había sentido que casi podía extender la mano y tocarlo, con la tranquilidad de que a él no le importaba, que incluso recibiría con beneplácito el contacto de sus brazos delgados rodeando sus enormes hombros, ofreciéndole consuelo y refugio. Su experiencia con los hombres se limitaba a un noviazgo del todo correcto con Charles, que había implicado algunos besos desapasionados y decepcionantes, incluido algún manoseo bastante torpe de sus senos. Aunque su rubio prometido le había parecido suficientemente guapo cuando era una chica inexperta de dieciocho años, ni su expresión facial de perpetua desaprobación ni su físico cada vez mas carnoso podía compararse con las líneas llenas de misterio del rostro tallado de lord Redmond o los tensos músculos poderosamente cincelados de su físico de guerrero. Lo había visto de pie ante ella con tan sólo el resplandor del sol sobre su piel, había lavado casi cada centímetro de aquel hermoso cuerpo con su suave toque, y sabía que lord Redmond era fuerte, firme y elegante, como una pantera. Se encontró preguntándose que se sentiría estando entre su brazos, apretada contra su pecho mientras él bajaba la cabeza y pegaba su boca a sus labios.

Un terrible acaloramiento la invadió de súbito.

Se levantó y se apresuró a andar hacia la puerta, abrumada por la extraña sensación que recorría sus venas. Su relación con lord Redmond respondía a circunstancias desafortunadas, pero necesarias, y nada más, se recordó.

Incluso así, sintió con fuerza la necesidad de quedarse con él cuando miró furtivamente por última vez en su dirección, allí de pie junto al hogar, con su forma poderosa recortada contra las sombras del fuego que se desvanecían.

Capítulo 5

Durante los siguientes días, Haydon y Jack fueron iniciados en las labores que se esperaba que desempeñaran como miembros de su nuevo hogar. Haydon pudo conocer las tareas aparentemente interminables que previamente habían correspondido únicamente a su personal de servicio.

Jack tramaba maneras de escabullirse de sus tareas.

Cuando Genevieve, a la tierna edad de dieciocho años, se vio obligada a ganarse la vida para ella y su criatura recién nacida, se encontró con el impedimento de su falta de conocimiento de las labores domésticas incluso más básicas. Siempre había habido alguna cocinera, doncella, mayordomo, ayuda de cámara o jardinero que se ocupara de todos los detalles de la gestión de la casa de su padre, lo cual permitía a Genevieve dedicarse a sus estudios y a su interés por la pintura. Pero tras la muerte de su padre y el posterior repudio de Charles, se había quedado sin ningún ingreso, lo cual significaba que no podía hacer frente al lujo de emplear sirvientes.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo limitada que había sido su educación.

Recordaba bien aquellos primeros y agotadores días en los que se esforzaba por cuidar del pequeño Jamie ella solita. La cocina estaba sumida en una perpetua bruma humeante, que era la combinación de su escasa habilidad para hacer un fuego decente y los restos chamuscados de toda la comida que, tras poner en el horno o en la plancha, posteriormente había abandonado para acudir a calmar el llanto de Jamie. La ropa sucia se acumulaba en grandes pilas repartidas por toda la casa en varias fases de remojo, lavado, secado y doblado; sedosas capas grises de polvo se acumulaban sobre alfombras, muebles y obras de arte; y las lámparas ardían hasta que sus tubos se quedaban negros, secos de aceite. Provisiones de valiosa comida no eran conservadas de forma adecuada y había que arrojarlas, y los platos que conseguía preparar o bien se convertían en papilla por su cocción excesiva, o se quemaban hasta dejar de ser comestibles. Nunca disponía de suficientes horas al día para ocuparse de Jamie y de los otros cientos de tareas que hacía falta cumplir. Aunque hubiera tenido más tiempo, Genevieve estaba demasiado cansada como para llegar a todo. Cada noche caía rendida en la cama a punto de echarse a llorar, sin saber de dónde iba a sacar fuerzas para levantarse y hacer frente al próximo día.

Luego se volvía hacia la cuna de Jamie y estudiaba su precioso rostro mientras dormía, su diminuta y perfecta mano cerrada al lado de la suavidad regordeta de su moflete. En aquellos momentos nada parecía importar a excepción del susurro constante, superficial, de su respiración, y la certeza de que Jamie estaba limpio y feliz, pese al polvo y al desorden que la rodeaban, y de que recibía todo el amor del mundo. Pasaba sus dedos sobre el terciopelo de su piel de pétalo y se reafirmaba en su decisión de ser más fuerte, más capaz, al día siguiente.

La mañana que Eunice llegó de la cárcel, la mujer entrada en años chasqueo la lengua con compasión mientras recorría con la mirada todo el desbarajuste. Se anudó de inmediato un delantal y se dispuso a trabajar pa-

ra organizar la cocina, cocer pan y preparar un simple, pero nutritivo estofado. Al principio había intentado que Genevieve se quedara en el salón, diciendo que sólo tenía que ocuparse de cuidar del «corderito», como Eunice llamaba a Jamie, asegurando a su nueva señora que se encargaría de todo lo demás ella sola. Aunque era una terrible tentación que la mimaran y la sirvieran una vez más, Genevieve se negó a aquello. La autosuficiencia, creía, iba a ser la clave de su supervivencia si quería crear una vida feliz para ella' y para Jamie. Por lo tanto montó una zona de juego a una distancia segura de la chimenea y de la cocina, y se dispuso a aprender todo lo que pudiera de la querida Eunice sobre cocina, limpieza y cualquier manera de llevar la casa.

Esta creencia en la necesidad absoluta de la autosuficiencia se extendía ahora también a sus pupilos, todos los cuales habían llegado aquí con escasos conocimientos de lo que era vivir en una casa en la que uno estaba limpio y debidamente alimentado. Además de las lecciones de historia, lectura, escritura, ciencia y aritmética que ella impartía su prole tenía que pasar parte del día realizando diversas tareas domésticas. Aunque Oliver, Doreen y Eunice hubieran preferido que los niños no estuvieran por allí haciendo las tareas ellos mismos, Genevieve insistía en que los jóvenes fueran sus aprendices. Creía firmemente en que los niños supieran apreciar el trabajo duro y el conocimiento que se requería para mantener una casa agradable y ordenada. Más allá de esto, sabía que necesitarían estas habilidades cuando finalmente dejaran la casa. Sin disfrutar de la ventaja de un linaje prestigioso ni fondos abundantes, cada niño iba a tener que depender de sus propios recursos para hacerse un sitio en el mundo y para mantener sus propios hogares limpios y bien organizados. Aunque un día tuvieran la suerte de emplear sirvientes, Genevieve creía firmemente en que les sería útil conocer y respetar debidamente la multitud de tareas vitales que realizaban los sirvientes.

—Así, así —dijo Oliver, observando a Grace —y a Annabelle mientras pescaban mechas de distintas largura que estaban empapándose en un cuenco de vinagre muy fuerte—. Ahora las dejáis secar bien y veréis qué poco humean las lámparas la próxima vez que las encendáis. Entretanto, podéis coger estos embudos y llenar las fuentes de aceite, ¡y que no se os derrame!

—Esto huele horrible —se quejó Annabelle, dejando una mecha empapada sobre una hoja de papel amarillento.

—No puede ser tan horrible como esta cosa espantosa. —Simon arrugó la nariz mientras removía con un paleta una pasta cremosa en un puchero encima del fuego.

—¿Qué es? —preguntó Grace.

—Es una mezcla para eliminar quemaduras de la ropa blanca —explicó Doreen mientras vertía media pinta de vinagre en el puchero—. Y si te ocuparas de tus asuntos en vez de estar de cháchara con Charlotte mientras planchas el mantel, no nos haría ninguna falta esto.

Simon hizo un gesto de asco mientras los humos ácidos le hacían cosquillas en la nariz.

—Creo que este olor me está disolviendo el cerebro.

Jamie alzó la vista de la oscurecida plancha de hierro que estaba frotando con un limpiametales arenoso de cera de abeja, sal y un baño de ladri-

llo en polvo. Su rostro, manos, camisa y cabello estaban cubiertos por completo de un hollín grasiento, que le hacía parecer un deshollinador.

—¿Qué hay en ella?

—El zumo de dos cebollas, media onza de jabón blanco, dos onzas de tierra de batán y media pinta de vinagre respondió Doreen—. La herviremos bien y luego la dejaremos enfriar antes de extenderla sobre la marca de la quemadura en la tela. Debería irse sin problemas.

—O eso, o hace un agujero a través de la tela —predijo Haydon con sequedad—. Veamos, Charlotte, sostén la tetera quieta mientras le arregló el asa.

Charlotte agarró atentamente y con firmeza sobre la mesa la pesada pieza de porcelana.

—¿Así?

—Perfecto. —Con la frente arrugada por la concentración, Haydon colocó cuidadosamente el último fragmento que quedaba de la tetera rota—. Así, creo que ahora ya está —dijo, sintiéndose enormemente satisfecho de sí mismo—. Puedes volver a usar esta bonita tetera, Eunice, con la tranquilidad de que ha sido reparada por las manos expertas de Charlotte y de mí mismo. —La alzó para enseñársela.

El asa se escurrió de su sitio y la delicada tetera se hizo añicos contra el suelo, dejando a Haydon lleno de aturdimiento mientras contemplaba los restos esparcidos de su trabajo.

Los niños estallaron en carcajadas.

—Oh, cielos —dijo Charlotte, intentando contener su sonrisa en vista de la decepción evidente de Haydon—. Cuánto lo lamento, lord Redmond. Creo que aún no estaba del todo lista como para levantarla.

—Bien, joven, había hecho un buen trabajo, puede estar seguro —le tranquilizó Oliver, sacudiendo la cabeza con diversión—. La próxima vez, podría considerar la posibilidad de dejar que la pasta se seque un poco antes de empezar a menear las cosas.

Haydon frunció el ceño.

—¿Tenía que curarse? —Dirigió a Eunice una mirada avergonzada—. Lo siento, Eunice.

—Bueno, no se preocupe por ello —le tranquilizó Eunice—. Los errores proporcionan una rápida experiencia —declaró con tono filosófico, al tiempo que le tendía una escoba y un recogedor—. ¡Si lloráramos por cada cosita que se nos rompe en esta casa, subiríamos las escaleras en barco! Puesto que ya has acabado con eso, Charlotte, ¿te importaría batir esa mantequilla? —Indicó un cuenco con su dedo cubierto de harina.

—Claro que no. —Charlotte dedicó una sonrisa cariñosa de ánimo a Haydon antes de irse cojeando al otro lado de la mesa para sentarse delante del cuenco.

Jack salió de la bodega con un cántaro de leche y un cuenco lleno de huevos. Los dejó sobre la mesa y luego intentó escabullirse subrepticiamente de la cocina repleta de gente.

—Puedes acercárselos a Charlotte, Jack —indicó Eunice, sin molestarse en mirarle mientras preparaba una mezcla de mermelada y zumo de limón—. Casca dos huevos en el cuenco y, después de que Charlotte los haya bati-

do, puedes añadirle la harina y un poco de leche; no demasiado, mucho cuidado, sólo lo suficiente para que el budín quede bueno y esponjoso.

Jack puso cara de pocas migas. Aquella mañana temprano, Oliver le había puesto a trabajar cortando leña, que era la única tarea de las que había realizado hasta el momento que de hecho le gustaba. Disfrutaba sintiendo el peso sólido del hacha en sus manos, el poderío de sus músculos al formar un arco plateado con ella sobre su cabeza, y el grato crujido que producía un leño al partirse, llenando el aire de la fragancia margosa a bosque y a tierra. El día anterior incluso había ayudado a Oliver a limpiar y engrasar el carro, y aquello había sido un trabajo bastante decente, aparte del hecho de que después Genevieve le había mandado restregarse las manos tres veces antes de dar el visto bueno a sus uñas. Pero preparar comidas era labor de mujeres, según su manera de pensar, y desde luego no estaba dispuesto a quedarse allí cascando los malditos huevos en un puñetero cuenco. Con el cuerpo rígido y desafiante y los puños cerrados, abrió la boca para dejárselo claro a Eunice.

—Por favor, Jack —suplicó Charlotte con su voz suave—. Si no te importa, ¿podrías ayudarme a batir esta mantequilla? Me temo que está demasiado dura como para que yo puede conseguir algo, y sé que, con tus fuertes brazos, tú puedes hacerlo fácilmente.

Jack alzó la vista con sorpresa.

De todos los niños de la casa, Charlotte era la única que no le hablaba con demasiada frecuencia. La intuición le decía a Jack que aquello no significaba ningún desaire hacia él, sino que más bien Charlotte era la más tímida y la menos segura. Desconocía la naturaleza de la lesión que le había provocado la cojera, pero sospechaba que había sido maltratada por algún bruto, posiblemente su propio padre.

Si él hubiera estado allí en el momento en que sucedió, habría matado a aquel maldito hijo de perra.

La visión de ella colocada con torpeza sobre una silla, con la pierna lesionada estirada delante, mientras intentaba con escaso éxito batir el bloque de mantequilla que Eunice le había dado, socavó su coraza de resistencia. Varios mechones de su espeso pelo caoba se habían soltado de la gastada cinta verde que lo sujetaba, y su piel lechosa estaba sonrosada por el esfuerzo, como si hasta aquella simple tarea de batir la mantequilla le resultara agotadora. Pero fueron loa ojos los que más le cautivaron. Nunca se había fijado en lo inusualmente grandes y bonitos que eran, un remolino claro de marrón salpicado de verde, ribeteado por el movimiento de sus pestañas gris marengo que caían como plumas. Ella seguía estudiándolo, con mirada de leve cautela, como si le preocupara que la respuesta de Jack fuera un gruñido o tal vez simplemente una mirada de desdén, y ni tan siquiera se dignara a decirle algo. Lo cierto era que al resto de la familia ya había recibido exactamente esa respuesta en un momento u otro.

La lástima otra pequeña pizca de la armadura de Jack.

Sin decir palabra, se acercó a Charlotte, le cogió el cuenco y la cuchara de las manos y empezó a aporrear la resistente mantequilla.

—Gracias —la voz de Charlotte apenas fue audible por encima del sonido de la cuchara sacudiendo sin piedad contra el cuenco.

El le dedicó un brusco gesto de asentimiento. Cuando la mantequilla finalmente estuvo dominada, fue a sacar los huevos y la leche.

—Toma —dijo él, tendiéndole un huevo—. Puedes cascarnos en el cuenco, y yo los batiré por ti. —La miró con atención, pues quería dejar claro que lo hacía por ella, y no porque Eunice se lo hubiera dicho.

Una sonrisa vacilante se dibujo lentamente en el rostro de ella. No esperaba que él se diera cuenta, pero por si acaso inclinó la cabeza y golpeó con cuidado la delicada cáscara contra el borde del cuenco.

—Creo que va a salir un budín esponjoso espléndido —predijo; con voz suave.

—Buenas tardes a todo el mundo —Genevieve sonrió a su activa prole mientras entraba en la cocina. Con tantos rostros y actividades que mirar, no le resultaba difícil mantener la vista desviada de Haydon.

Aunque había sido imposible evitar por completo a lord Redmond durante los siguientes días a aquella noche en la que había experimentado unos sentimientos tan intensos y desconcertantes hacia él, Genevieve se había preocupado concienzudamente de que nunca se quedaran a solas. Haydon se había recuperado lo suficiente como para no necesitar más su dormitorio ni sus atenciones constantes al pie de su cama. Doreen se había ofrecido generosamente a trasladar su camastro a la habitación de Eunice, y a Haydon le habían asignado el cuarto de ésta. Al principio, a Genevieve le había preocupado que a lord Redmond no le agradara verse relegado a aquel cuarto de criado relativamente apretado en el tercer piso, ya que obviamente estaba acostumbrado a un entorno opulento y espacioso. Por el contrario, los arreglos parecieron satisfacerle, incluso le había asegurado a Doreen que estaba de lo más agradecido y que esperaba no privarle de su habitación demasiado tiempo. Genevieve supuso que después de pasar varias semanas en una celda gélida y húmeda, la luminosa habitación pequeña, pero ordenada de Doreen era casi lujosa.

—¡Cielo santo, Jamie, parece que te hayas caído en la carbonera! —Genevieve miró llena de diversión el rostro y manos ennegrecidos de su hermano.

—Estoy quitando las manchas negras de la plancha —informó con orgullo Jamie.

—Ya veo. La pregunta es, ¿quién va a limpiarte a ti las manchas negras?

Jamie bajó la vista sobre su camisa, brazos y manos extremadamente guarros.

—No está tan mal —la tranquilizó alegremente—. Creo que se irá con un poco del jabón de Eunice.

—Más bien necesitaremos toda una caldera de jabón —predijo Doreen—. No se preocupe, señorita Genevieve, lo meteré en la bañera en cuanto haya acabado, y no le dejaré tocar nada mientras sube al piso de arriba.

—Me parece muy bien, Doreen. —Genevieve alboroto con delicadeza la parte del cabello teñido de negro de Jamie que parecía relativamente limpia. Si algo había aprendido en ocho años criando niños era que siempre que hubiera posibilidades de meterse en algún desbarajuste, sus niños estarían allí en medio, con toda seguridad—. Cuando todos hayáis acabado vuestras tareas, creo que estaría bien ponernos los abrigos y los gorros e ir a dar un paseo. Ha empezado a nevar y…

Un fuerte golpe en la puerta la interrumpió.

—Oliver, ¿serías tan amable de ir a ver quién es? —Se esforzó por controlar el intenso temor que se colaba en su voz cada vez que alguien llamaba a su puerta desde la llegada de Haydon la semana anterior. Incluso el reparto habitual de la leche y la mantequilla la llenaba de pánico, por miedo a que alguien de algún modo desenmascarara a lord Redmond y todos ellos fueran conducidos a prisión.

—Bien, vosotros mozalbetes, limpiad bien las lámparas con esos trapos, luego enroscad de nuevo la parte superior y ponerles el tubo— ordenó Oliver, demostrando su típica falta de prisa a la hora de acudir a la puerta—. Una vez las mechas hayan tenido tiempo de secarse, las meteremos, y prometo que os asombrará...

—La puerta, ¿Oliver? —insistió Genevieve. Los golpes eran cada vez más fuertes.

—Estoy en ello, muchachita —la tranquilizó Oliver. Lanzó una mirada inquisitiva a Haydon—. ¿Usted, joven, no querrá escabullirse por la parte de atrás... sólo por si acaso?

Haydon sacudió la cabeza. Si las autoridades habían deducido de algún modo que Maxwell Blake era de hecho su prisionero fugado, no abandonaría a Genevieve y a su familia, dejándola sola para dar explicaciones sobre por qué lo habían protegido. Se quedaría con ella y se aseguraría de que la policía entendía que él la había obligado a ayudarlo.

—Muy bien. Si me da en la nariz que se trata de alguien que no tiene mucho interés en ver, me encargaré de hacer un montón de ruido. —Oliver se puso en pie y se estiró con cuidado la desgastada chaqueta antes de salir de la cocina en dirección a la puerta de entrada.

—De acuerdo, entonces, mis tesoros, sigamos trabajando —dijo Eunice, intentando despejar el manto de ansiedad que había caído sobre la cocina—. Mantenerse ocupado mejora la mente y alegra el corazón.

Todo el mundo en la cocina continuó con sus tareas guardando un silencio cargado de inquietud.

—Es ese viejales de Humphries, el del banco —informó Oliver, quien entró arrastrando los pies un momento después—. Dice que tiene que hablar con usted urgentemente, jovencita... y también con su marido, el señor Blake. Parece que las noticias de su matrimonio ya han recorrido todo Inveraray. Sin duda ha venido a ofrecer sus felicitaciones. —Su tono era burlón.

—Gracias, Oliver. —Genevieve miró a Haydon on incertidumbre—. Imagino que el señor Humphries encontrará ahora extraño que me reúna con él sin la presencia de mi marido. Pero, por supuesto, si prefiere no acompañarme, lo entenderé.

—Será un placer conocer al banquero de mi esposa. —La miró con serenidad mientras le ofrecía su brazo.

Genevieve apoyó con vacilación su mano en la manga de él. Podía sentir su calor y su fuerza desplazándose debajo de la palma, como los músculos de una pantera a punto de atacar. Le entraron ganas de agarrarle con más fuerza, de sentir la dureza mármorea de él flexionándose contra su asimiento. Contuvo aquel impulso y aflojó la presión hasta que sus temblorosos dedos apenas rozaron el tejido de buena lana de su oscuro chaqué.

—Señor Humphries, qué agradable verle —saludó al entrar en el salón—. Me gustaría presentarle a mi esposo, el señor Maxwell Blake. Maxwell,

éste es Gerald Humphries, director de la sucursal del Banco Real de Escocia aquí en Inveraray.

Haydon parpadeó lleno de asombro al conocer al director del banco.

El señor Humphries era un tembloroso hombre arrugado, con brazos como ramitas y piernas de aspecto totalmente insustancial para sostener la frágil estructura sobre la que descansaban su levita y pantalones flojos. Su ralo cabello blanco se dividía cuidadosamente por encima de su oreja izquierda, luego desde allí ascendía minuciosamente y con gran esfuerzo sobre su reluciente calva rosa y ahí quedaba sostenido con generosas cantidades de crema. Por desgracia, algunos de los mechones alisados se habían separado, y como resultado su cabeza calva aparecía a través de un fibroso casco blanco. El anciano precisó la ayuda de un pulimentado bastón negro para levantarse de la silla en la que se había sentado, y al ponerse en pie empezó a temblar de un modo tan alarmante que a Haydon le preocupó que fuera a perder el equilibrio y desplomarse.

—Un placer conocerlo, señor Humphries —dijo Haydon adelantándose con la mano tendida para poder coger al liliputiense anciano banquero si se caía.

El señor Humphries agarró la mano de Haydon entre aquellos dedos como tenazas y la aguantó así para poder enderezarse.

—Lo mismo digo, señor —respondió alegremente—. Un verdadero placer. —Miró a Haydon con ojos como moras, ancianos pero alertas—. Cuando oí por primera vez que se había casado con esta querida señorita MacPhail, me dije a mí mismo, ahí tenemos a un hombre bueno que asume una carga extremadamente pesada. Un hombre de principios. Un hombre de generosidad. Y, me atrevo a decir, un hombre de medios considerables. —Le hizo un guiño astuto—. Por supuesto, las señorita MacPhail tiene un encanto excepcional —se apresuró a añadir, sonriendo con afecto a Genevieve—, pero hay que ser un hombre destacable para ver no sólo la belleza de ella, sino también la de todos esos niños. Ahora ya son seis, ¿no es cierto?, contando al nuevo muchacho. Y con lo joven que es usted... —Dio muestras de cierta envidia al mirar a Haydon de arriba abajo—. Aún le quedan muchos años por delante. Matrimonio, niños, dinero. —Sacudió la cabeza, casi superado por el placer que representaba todo aquello—. Es una joven con suerte, señora Blake, por haber encontrado a este apuesto caballero aquí presente. Les deseo a usted y al señor Blake años de felicidad.

—Muchas gracias, señor Humphries. —Genevieve intentaba conservar la paciencia mientras su banquero propugnaba las dichas del matrimonio. Que el señor Humphries le hiciera una visita personal sólo podía significar que había algún problema con su cuenta. Se sentó en el sofá, pues notó un nudo de tensión que agarrotaba su espalda—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

El hombre hizo un ademán en el aire con una mano nudosa.

—Gracias, no. No quiero entretenerlos a ustedes, jóvenes recién casados. Sólo quería ofrecer mis felicitaciones, e informar a usted y a su nuevo marido de una pequeña novedad en relación a su cuenta con el banco. — Permitió que Haydon volviera a acomodarlo en la silla.

—¿De qué se trata?

—Su cuenta, lamentablemente, está vacía.

Genevieve lo miró llena de consternación.

—Pero, no puede ser... Deposité una cantidad considerable de dinero hace tan sólo dos semanas. Había fondos suficientes para al menos cuatro meses.

—Y así era —reconoció el señor Humphries—. Yo mismo ingresé los fondos. —Sonrió a Haydon, dejando ver una hilera de dientes amarillos y quebradizos—. Aunque haya alcanzado el cargo de director de banco, intento ofrecer mi ayuda personal a algunos clientes especiales, como su encantadora esposa aquí presente. Caramba, la conozco desde que llevaba pañales. Yo ya tenía a mi cargo todas las cuentas de su padre, Dios lo guarde en paz. Un hombre sumamente encantador y educado, el vizconde Brynley, y qué orgulloso estaba de su preciosa pequeñita...

—Perdone que interrumpa, señor Humphries, —dijo Genevieve, quien se agarraba con angustia al brazo del sofá— pero, ¿qué le ha pasado a mi dinero?

El señor Humphries juntó las blancas cejas con gesto de perplejidad.

—¿Dinero? Oh, sí, desde luego. Aquellos fondos tuvieron que usarse para cubrir los pagos atrasados de su hipoteca, querida mía. Sólo han satisfecho una pequeña cantidad, pero aquí cuenta todo por pequeño que sea. —Se volvió a Haydon con un risita—. Estoy seguro de que es consciente, señor Blake, de que si coge un penique aquí y otro allí...

—Pero, ¿por qué? —El pánico estaba dominándola a gran velocidad—. Usted sabía que ese dinero estaba reservado para cubrir nuestra manutención durante los siguientes meses, como siempre sucede con el dinero guardado en esa cuenta. ¿Por qué tenía que usarlo para pagar la hipoteca?

El señor Humphries suspiro.

—Bien, querida mía, por desgracia la decisión no ha sido mía. Recibí instrucciones por escrito de nuestras oficinas en Glasgow con instrucciones de que me ocupara de inmediato del asunto de sus atrasos. Recalcaron mucho ese punto. Por lo visto nos hemos demorado demasiado tiempo pasando por alto los pagos de la hipoteca, la cual, como ya sabe, ha aumentado considerablemente con los años ya que ha solicitado más préstamos. He intentado explicarles que de momento se está instalando y que los pagos se facilitarán en el futuro, pero no han aceptado nada de esto. Dijeron que los términos que yo le había concedido eran contrarios a las normas del Banco Real de Escocia. —Frunció el ceño lleno de indignación—. Imagínese, he estado en el banco más de cincuenta años, y de repente viene un cachorro que aún se alimenta de teta pretendiendo explicarme las normas del banco. Insultante, así lo califico yo —clamó dando con el bastón en el suelo—. Si tuviera tiempo para hacer el viaje, iría allí en persona yo mismo y pondría a este jovenzuelo en su sitio. Le diría que he estado gestionando los asuntos del banco en Inveraray desde que él vomitaba en la cuna y que no me hace falta que un mocoso me diga cómo hacer las cosas.

A Genevieve la cabeza le daba vueltas.

—Dependíamos de ese dinero para ir tirando los siguientes meses. ¿Qué vamos a hacer?

El señor Humphries pestañeó.

—¿Qué vamos a hacer? Pues ahora tiene a su esposo para cubrir el saldo —respondió alegremente, complacido de tener la solución—. Puedo abrirle una cuenta hoy mismo, señor Blake, y así podrá ordenar la transferencia de fondos que liquiden tanto la hipoteca como los atrasos, y todo el asunto es-

tará resuelto. Cerraremos su cuenta, querida mía —añadió él, que miraba con afecto a Genevieve —y nunca tendrá que volver a romperse esa preciosa cabecita con estos horribles asuntos financieros. ¿No será un alivio?

Por supuesto, pensó Haydon en silencio, observando con desconsuelo cómo el rostro de Genevieve perdía el último tinte de color. El señor Humphries se había enterado de que su cliente se había casado. Y silos rumores se habían propagado lo suficiente por la ciudad, lo más probable era que también le hubieran informado de que se había casado con un hombre mayor que ella, casi en los cuarenta, bien vestido y culto, aparentemente un hombre de recursos. Puesto que un marido era responsable de las deudas de su esposa, el señor Humphries había llegado a la conclusión totalmente razonable de que el señor Maxwell Blake simplemente liquidaría las deudas de Genevieve sin más complicaciones. Por lo tanto había vaciado la cuenta de Genevieve, como le habían pedido, una medida que el banco estaba en su derecho de imponer puesto que ella no había abonado los pagos de la hipoteca.

—¿Cuál es la cifra de la cantidad adeudada? —preguntó con calma Haydon. Pasara lo que pasara, no debían dar indicios de que no estaban en condiciones de saldar sus deudas.

—Ya me perdonará por no ser capaz de darle la cifra exacta en este caso —se disculpo el señor Humphries—. Si pide una cita para venir a yerme al banco, podré calcularla con más precisión.

—Aproximadamente.

El señor Humphries frunció el ceño, como si le pareciera impropio que Haydon tratara un tema delicado más allá del santuario consagrado del banco.

—La hipoteca mensual no se ha pagado durante casi dos años, pero utilicé los fondos de la cuenta de la señora Blake para eso, con lo cual cubrí casi dos meses. Por consiguiente aún se deben unos veintidós meses, más intereses, por supuesto.

—¿Cuánto? —insistió Haydon.

El señor Humphries se rascó la puntiaguda barbilla mientras pensaba.

—Veamos, esta casa ya estaba hipotecada por unas quinientas libras en el momento de la muerte del vizconde. Su esposa ha solicitado numerosos préstamos adicionales a lo largo de los años por el patrimonio restante, que se iban pagando de tanto en tanto hasta hace dos años. Fue entonces cuando la señora Blake acudió a mí para consultarme si podía dejar de hacer los pagos durante unos pocos meses. Yo, por supuesto, estaba ansioso por serle de ayuda y le dije que no se preocupara por los préstamos hasta que pudiera pagar. Intento adaptarme a mis clientes —aseguró a Haydon.

Haydon tuvo que contenerse para no alzar la voz.

—¿Cuánto?

—Creo que las hipotecas ahora ascienden a un total de dos mil setecientas libras. Los atrasos se acercan aproximadamente a las cuatrocientas cuarenta libras, incluido la cantidad principal y los intereses.

Genevieve sentía que su pecho quedaba rodeado por una abrazadera. ¿Cómo podría conseguir alguna vez una cantidad tan enorme?

—¿Y qué condiciones ofrece el banco? —preguntó Haydon, con expresión totalmente serena.

—Me temo que los atrasos deben pagarse de inmediato —respondió el señor Humphries—. A partir de ahí, y pido disculpas por el rigor que el banco cree que debe aplicar en este caso, a partir de ahí la cantidad mensual principal y el interés por la hipoteca se pagará sin demora el primer día de cada mes. —Sus labios surcados de venas azules formaron una delgada línea, como si las siguientes palabras resultaran desagradables—. Espero que me perdone por transmitir este mensaje tan desagradable, pero el banco ha dicho que si no satisface la totalidad de los atrasos en los siguientes treinta días, se verá obligado a iniciar los trámites contra usted para vender la casa y obtener el dinero que se debe a cuenta de ella. Pero eso, por supuesto, no será necesario, ahora que tiene l señor Blake aquí presente para ocuparse de estos asuntos por usted. —Sonrió radiante a ambos.

—No —murmuró Genevieve, que se sentía mareada—. No será necesario.

—Excelente. —Apoyándose pesadamente en su bastón, consiguió sacar su cuerpo delgaducho de la silla—. Pues bien, señor Blake, ¿nos reunimos mañana en mi oficina, digamos que, a las once, y resolvemos el asunto?

—Me parece bien. —Haydon sonrió, sin dar indicios de que el estado de las finanzas de su esposa le preocupara lo más mínimo—. Muchas gracias por venir hoy aquí en persona a informamos de todo esto. Permítame acompañarlo hasta la puerta.

—Como siempre, es un placer verla, querida mía —dijo el señor Humphries, haciendo una inclinación crujiente ante Genevieve—. Está claro que el matrimonio le sienta bien: tiene un aspecto de lo más radiante.

Genevieve consiguió esbozar una lánguida sonrisa.

Haydon escoltó a su invitado a la puerta, luego regresó al salón y cerró la puerta.

Genevieve miraba con expresión ausente el dobladillo de su falda encima de la alfombra raída. Su vestido era de un feo tejido marrón que nunca le había gustado y el dobladillo estaba muy gastado. Ya lo había recogido en una ocasión para poder seguir usándolo. No quedaba suficiente tela para recogerlo un poco más.

—No tuve otra opción.

Haydon no dijo nada.

—Durante un tiempo me pude arreglar, si controlaba extremadamente los gastos —continuó, sintiendo en cierto sentido la necesidad de explicarse—. No tenía ingresos, y mi padre no se había preocupado de dejar algún dinero para gestionar la casa o pagar la hipoteca. Supongo que pensaba que tal vez yo la alquilara o quizá simplemente la vendiera una vez me casara con Charles. Estoy segura de que pensaba en la casa simplemente como una inversión, nada más. Nunca se habría imaginado que Charles fuera a romper nuestro compromiso.

Tienes suerte de que lo rompiera, se encontró pensando Haydon. Habría intentado anularte, y eres demasiado valiosa como para condenarte a una vida tras los talones lustrosos de ese pavo real.

—Y por lo tanto, para sobrevivir, continuó aumentando la deuda contraída por la hipoteca de la casa —conjeturó él con gesto grave.

Ella asintió.

—Al principio pensé que podría venderla y trasladarme a un lugar más barato. Hipotecar más la casa era como coger por adelantado el dinero que tendría una vez la vendiera, con el que pagaría la deuda.

Era un plan bastante razonable, comprendió Haydon. Cualquiera en la misma posición habría hecho lo mismo.

—¿Por qué no la vendió?

Genevieve pasó un dedo por el apoyabrazos, notando los lugares dónde los hilos estaban a punto de rasgarse y dejar al descubierto el relleno. Recordaba cómo se acurrucaba sobre este mismo sofá cuando era niña, arropada bajo el brazo delgado y protector de su madre mientras estudiaban juntas. Entonces el sofá era nuevo y caro, y tenía que poner atención en que sus zapatos de bonito bordado no tocaran el tejido y en no permitir que algo se derramara encima.

—Yo estaba sola del todo, a excepción de Jamie, por supuesto. Mi padre acababa de morir en el accidente a caballo. Mi madre había muerto tras una larga enfermedad cuando yo tenía doce años, y mi padre cometió el error de casarse con mi madrastra apenas seis meses después, sin tener ocasión de ahondar más a fondo bajo la fachada simpática que ella presentaba tan diestramente. A mi madrastra le enfureció que yo me atreviera a acoger al hijo bastardo de mi padre como si fuera mío, de modo que se marchó y se llevó con ella lo poco que quedaba del dinero de mi padre. Ella ya había liquidado una buena parte durante el matrimonio. Charles rompió nuestro compromiso y se dispuso a contar a todo el mundo en Inveraray que yo había perdido el juicio. Y la gente empezó a alejarse de mí. —Hizo una pausa durante un momento y observó su dedo mientras describía giros sobre el tejido gastado y raído. Si cerraba los ojos, casi podía sentir la fragancia de su madre, un leve aroma fresco a limones y rosas—. Esta casa era el único hogar que yo había conocido. No quería marcharme.

Por supuesto que no querías, pensó Haydon, enfurecido por la situación imposible en que la habían puesto. Eras igual que una niña abandonada, querías retener al menos el bienestar y las familiaridad de tu hogar.

—Más tarde, por supuesto, empecé a traer conmigo a los demás niños de la cárcel, y necesité el espacio que proporcionaba la casa. El señor Humphries fue lo bastante amable como para concederme unas condiciones aceptables, y por otro lado no tenía que preocuparme de si me retrasaba en los pagos o incluso de si me saltaba uno o dos. Cada pocos meses vendía alguna obra de arte o una pieza de la platería u otra cosa que no fuera verdaderamente necesaria, con lo cual podíamos aguantar durante un tiempo. Y por supuesto yo pintaba retratos a los niños de otra gente. No pagaban demasiado, pero ayudaba.

—Pero nunca lo suficiente —dedujo Haydon.

Ella sacudió la cabeza.

—Los niños siempre necesitaban zapatos nuevos y botas, vestidos, abrigos, libros, papel. Siempre hemos intentado arreglárnoslas con lo que tenemos y pasar las cosas de un niño a otro, pero hay cosas que no queda más remedio que comprar. Luego está toda la comida que consumimos, y cientos de pequeñas cosas más, como velas, aceite para lámparas, leña y mantas...

—Estoy seguro de que hizo lo que creyó necesario, Genevieve —interrumpió Haydon. No quería sonar brusco, pero tenían un problema serio y estaba impaciente por idear un plan para ocuparse de aquello—. Nadie

puede culparle de los cuidados que ha ofrecido a los niños ni de lo bien que ha tirado adelante con tan poco. Pero fue temerario y poco profesional por parte del señor Humphries concederle las condiciones que le ofreció, a sabiendas de que usted no podría hacer pagos regulares o que incluso podría tener problemas financieros.

—Simplemente estaba siendo amable conmigo. —Genevieve se sintió desconcertada por su brusquedad—. De no ser por el señor Humphries, me habrían puesto de patitas en la calle.

—Y gracias a tanta amabilidad, ahora se encuentra en una situación extremadamente precaria. El banco quiere su dinero y está decidido a obtenerlo de la forma que sea necesaria. Por el momento, el señor Humphries cree que puede conseguirlo de mí, y no es mi intención aclararle ese punto. En mi vida como lord Redmond, indudablemente soy un hombre que dispone de ciertos recursos, aunque gracias a una buena dosis de mi propia estupidez, he conseguido perder una gran parte de los mismos. —Se pasó la mano por el pelo con frustración—. Tengo fondos suficientes para ocuparme de sus deudas, Genevieve. Por desgracia, dada mi situación actual, es imposible tener acceso a ellos.

Genevieve le miró llena de asombro. ¿De verdad creía que aceptaría dinero de él?

—No espero que usted ni nadie pague mis deudas —le dijo con tono rotundo.

—Si tuviera el dinero disponible, no le daría opción al respecto —replicó Haydon—. Pero puesto que no puedo ofrecer esos fondos, debemos pensar en alguien que sí pueda. ¿Cuenta con algún otro pariente que pudiera mostrarse dispuesto a venir en su ayuda?

—No.

Haydon frunció el ceño.

—¿Nadie en absoluto? ¿Tal vez un tío o un primo, un pariente de su padre?

Sacudió la cabeza.

—La familia de mi padre era pequeña... sólo tenía un hermano, quien murió pocos años antes que él. Mi madre no tenía hermanos ni hermanas, y ninguno de mis abuelos sigue con vida.

—¿Y qué hay de su madrastra?

—Nunca le pediría nada, y ella nunca accederá a ayudarme. —Su voz estaba impregnada de amargura—. Fue una mujer egoísta y malvada, que me despreció desde el día en que mi padre se casó con ella. Después de que se casaran, lo privó del afecto con que le prodigó durante el noviazgo, llevándolo a buscarse compañía en otro sitio. Dijo que yo debería haber dejado morir a Jamie en la prisión la noche en que le traje a casa. Sin duda, le proporcionaría un gran placer saber que me encuentro en esta situación y no mostrará el menor interés en ayudarme a salir de aquí.

Haydon consideró esto en silencio. La única opción que le quedaba era obvia, pero por algún motivo no podía transigir a hacer aquella sugerencia.

Eres un necio, se dijo con enfado. Tiene montones de dinero y está claro que aún siente algo por ella. Tragándose el disgusto que le producía la única opción restante, se obligó a decir:

—Entonces debe pedir un préstamo a Charles.

—Desde luego que no. Charles ha tratado por todos los medios de dejar siempre muy claro que no hay posibilidades de que cuide a estos niños por mí misma. Cuando traje a Jamie a casa, su actitud fue horrible. Me dijo que no estaba dispuesto a criar al bastardo de una puta, independientemente de quién fuera su padre. Luego me prohibió que lo conservara conmigo. Me lo prohibió. —Sus manos se agarraron al apoyabrazos—. Le dije a Charles que no tenía intención de entregar a mi hermano. Se enfureció y contestó que eligiera entre él y el niño que sostenía en mis brazos. Y lo hice.

Haydon no dijo nada. Era fácil despreciar a Charles por ser egoísta, estúpido y cobarde. Era fácil condenarlo por su postura autoritaria, intolerante y por pensar que no se merecía a una mujer hermosa, excepcional y decidida como Genevieve.

Lo difícil era admitir qué habría hecho él mismo ocho años antes, de habérsele presentado la misma situación.

El autodesprecio lo invadió. En muchos sentidos, se dio cuenta, él y Charles no eran tan diferentes.

—Si acudiera a Charles y se lo pidiera, ¿cree que le prestaría el dinero? —insistió Haydon.

—No. Únicamente se deleitaría enormemente pensando cuánta razón había tenido.

—Charles no querría verla a usted y a los niños en la calle —arguyó—. Si le pide ayuda, creo que se la daría.

—No lo conoce como yo —repuso Genevieve—. Charles encontraría una gran satisfacción en ver cómo pierdo la casa, obligada a renunciar a los niños y a entregarlos a orfanatos y asilos de trabajo para pobres. Un resultado tan catastrófico aliviaría su orgullo por mi rechazo público hacia él y además corroboraría la presunción general en Inveraray de que yo he sido una completa necia.

—Eso no lo sabe...

—Agradezco su preocupación, lord Redmond —interrumpió Genevieve—. Pero es mi problema y me ocuparé de solucionarlo del modo que me parezca más conveniente.

—¿Y que propone hacer?

—Encontraré alguna cosa que vender.

Haydon recorrió con su mirada los muebles bastante gastados y los dos cuadros intranscendentes que decoraban las paredes desnudas de no ser por ellos.

—No da la impresión de que le quede mucha cosa de valor.

—Aún tengo un par de cosas —le aseguró Genevieve en tono defensivo.

—¿Suficiente para juntar cuatrocientas cuarenta libras para las once de mañana por la mañana?

—No. Pero el señor Humphries ha dicho que tengo treinta días, y estoy, segura de que el banco me concederá más tiempo.

—El señor Humphries espera que yo pague el total de sus atrasos mañana. Y aun así, ¿más tiempo para qué? quiso saber él—. ¿Más tiempo para no hacer otro pago de la hipoteca y elevar un poco más la pila de deudas?

—Más tiempo para considerar mi situación y encontrar la manera de resolverla —replicó Genevieve—. Venderé algunas cosas. Eso apaciguará al

banco un tiempo mientras encuentro una manera de volver a pagar la deuda pendiente.

Haydon sacudió la cabeza.

—El Real Banco de Escocia no está dirigido por su adorador amiguito, el señor Humphries. Lo único que les importa es conseguir su dinero. Si dicen que iniciarán acciones contra usted para vender la casa de aquí a treinta días, eso es lo que harán. Su hogar se venderá rápidamente por una parte de su valor, el dinero reunido servirá para pagar sus deudas, y usted y los niños se encontrarán en la calle. Entretanto, el banco de momento ya ha vaciado su cuenta, lo cual significa que ahora mismo no tiene medios ni para comprar siquiera una pinta de leche o un huevo.

—Gracias por aclararme la situación, lord Redmond —manifestó Genevieve con tirantez al tiempo que se ponía en pie—. Creo que ya tiene suficientes preocupaciones personales en este momento, sin tener que desvelarse también por mi situación. Mañana me reuniré con el señor Humphries a las once y le explicaré que necesito más tiempo. Diré que los fondos de mi esposo en estos momentos están invertidos en distintas iniciativas, y que no es posible acceder a ellos durante una o dos semanas. Eso me daría suficiente tiempo para vender unas pocas cosas y acumular suficiente dinero para mantener al banco a raya durante un plazo de tiempo.

Haydon seguía sin estar convencido. Aunque Genevieve reuniera el dinero para satisfacer la deuda más inmediata, aún estaba la cuestión de los pagos mensuales a los que evidentemente no era capaz de hacer frente, y aparte de eso, el dinero necesario para los gastos diarios de la casa. Aunque podía entender su deseo de ayudar a todos los niños abandonados y ancianos descarriados que había acogido, en algún momento tendría que percatarse de que carecía de medios para man.tener a tanta gente. Pero, por otro lado, su espíritu generoso formaba parte de su naturaleza. Si no fuera por su singular determinación a ayudar a los demás, él no se encontraría allí discutiendo en su salón, casi curado y, por el momento, a salvo.

—Iré con usted —le dijo.

—No es necesario.

—Sí, lo es. —La testarudez de ella le estaba resultando profundamente irritante—. La gente cree ahora que es una mujer casada, Genevieve, y como tal, le guste o no, sus deudas son responsabilidad mía por lo que al resto del mundo le concierne. Nos reuniremos juntos con el señor Humphries y le convenceremos de que tenemos los fondos, pero que no están disponibles de inmediato. Confiemos en obtener una prorrogación de una semana o más. Y entonces —concluyó, mirando con frustración las paredes casi desnudas— es mejor confiemos en encontrar diamantes ocultos tras los marcos de esos cuadros.

—…Y luego lord Redmond dijo que el banco se quedaría con todo el dinero de la venta de la casa, y que todos estaríamos en la calle.

Jamie, Annabelle, Grace y Charlotte se quedaron mirando a Simon con expresión de horror, sus rostros parecían una hilera de pequeñas lunas pálidas en contraste con la oscuridad de la habitación de los chicos.

—Genevieve no permitirá que suceda eso —dijo Jamie intentando fingir más seguridad de la que sentía en realidad—. Encontrará la manera de pagar el dinero al banco.

—No puede, porque el banco le ha robado todo el dinero —replicó Simon—. Lord Redmond dijo que no tenemos suficiente ni para comprar un huevo.

—Oh, cielos. —Los ojos de Grace se agrandaron de angustia—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a morirnos de hambre —declaró Annabelle con total naturalidad—. Nos sentiremos cada vez más débiles y cansados y nos desgastaremos poco a poco, y cuando finalmente muramos seremos tan pequeños que nos pondrán a todos nosotros en un solo y sencillo ataúd de pino, y nos dejarán reposar para siempre en una tumba sin lápida, porque Genevieve no podrá permitirse tan siquiera una inscripción decente. En vez de ello plantará un rosal escarlata encima, y vendrá cada día a regar con sus lágrimas, y todos los año brotarán seis preciosas rosa para ella, una por cada uno de nosotros. Apretó las rodillas contra su pecho y suspiro extasiada.

—A mí no me incluyas en ese ataúd. Jack estaba estirado sobre su cama con las manos enlazadas detrás de la cabeza—. Yo no me quedó aquí a morirme de hambre.

Jamie lo miró con sorpresa.

—¿No te quedas?

—Me voy mañana. De cualquier modo, nunca había planeado. quedarme tanto tiempo.

—Pero ¿adónde irás?

Se encogió de hombros.

—A Glasgow, tal vez. Allí se puede hacer mucha pasta.

—¿Quieres decir en una fábrica? —Simon estaba intrigado. Le gustaba la idea de toda esa complicada maquinaria empujando, estrujado y machacando, cumpliendo con un sinnúmero de tareas antes de escupir al final un botón o una tetera.

Jack dio un resoplido de desprecio.

—Nunca trabajaré en un lugar de esos. Es como estar en la prisión… o muerto.

—¿Entonces cómo vas a hacer dinero? —se preguntó Jamie.

—Del mismo modo de siempre. Glasgow está lleno de gente elegante esperando a que les birlen alguna cosa. La mayoría de ellos son tan ricos que ni siquiera se dan cuenta de que les falta una cartera o un reloj, y si se dan cuenta, no les importa.

El capullo rosa que formaba la boca de Annabelle se apretó con desaprobación.

—No debes volver a robar, Jack. Puede que te atrapen y acabes en la cárcel.

—¿Cómo te encontraría Genevieve si tiene que ir hasta Glasgow? —añadió Grace—. Las cárceles deben de ser muy grandes allí.

—No necesito que Genevieve me encuentre —replicó Jack—. Y no voy a acabar en la cárcel. He estado robando toda mi vida y nunca me han cogido… excepto —reconoció a regañadientes— esta vez. Sé cómo birlar algo y escabullirme entre las sombras. La mayoría de veces la gente ni siquiera se da cuenta de que les han robado. Puedes ganarte muy bien la vida así, si eres listo y rápido.

Simon le miró con curiosidad.

—¿Quiere decir eso que no fuiste lo bastante listo y rápido cuando te cogieron?

—Cometí un error —rezongó Jack—. No volveré a repetirlo.

—Si te escapas, le buscarás muchos problemas a Genevieve.

La afirmación tranquila y concienzuda de Charlotte tuvo el efecto de silenciar al instante la habitación. Ninguno de los niños quería que le sucediera algo malo a Genevieve.

Jack se movió con incomodidad en la cama. No le gustaba la idea de darle más problemas a Genevieve, pero no le parecía motivo suficiente para quedarse. Al fin y al cabo, tenía que pensar en sí mismo antes que nada. Así había sido desde el momento en que nació, y no iba a cambiar ahora porque Genevieve hubiera tenido la amabilidad de sacarlo de la cárcel y salvarlo de los latigazos del hijo de perra del carcelero. Pese a que posteriormente ella se arriesgara a ayudar también a Haydon y permaneciera a su lado mientras ardía de fiebre, y luego mintiera y contara a todo el mundo que él era su marido cuando ya parecía seguro que iban a arrestarle. Había corrido riesgos por los dos, eso seguro, pero aquello no quería decir que Jack estuviera obligado a quedarse aquí.

La culpabilidad le remordió la conciencia.

—Si Genevieve se mete en problemas por tu causa, Jack, es posible que nos separen a todos nosotros de ella añadió Grace con gravedad.

—No pueden. —Jamie parecía desconcertado por aquella posibilidad—. ¿O sí?

—No creo que puedan llevarte a ti, Jamie —dijo Simon, intentando tranquilizarlo—. Tú nunca has estado en la cárcel.

—Nací en la cárcel. —Su vocecita temblaba de orgullo, resultado de las muchas y largas charlas con Genevieve en las que ella había inculcado un sentido implacable de la dignidad en el muchacho en cuanto a su ascendencia y las circunstancias desgraciadas de su nacimiento.

—Eso no cuenta —le dijo Annabelle—. No robaste, ni violaste ninguna ley como el resto de nosotros. El tribunal no puede encerrarte sólo por el lugar donde naciste.

—Si nos quitan la casa y no tenemos comida para comer, van a meternos a todos en un reformatorio o en un asilo de trabajo —concluyó Grace—. Genevieve no podrá impedírselo.

—Oh, no puedo... —Charlotte tragó saliva con fuerza, en un intento de ser fuerte y no llorar delante de los demás—. No puedo ir a vivir a un sitio así. Sé que serán crueles conmigo por mi pierna y que me obligarán a hacer cosas que no puedo hacer, y cuando me quede rezagada me golpearán y me dirán que soy una holgazana y una estúpida... —Las lágrimas empezaron a surcar sus mejillas en dos regueros angustiados—. Y no os tendré cerca a vosotros para ayudarme a ser fuerte...

—Calla, calla —la tranquilizó Grace, rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia su delgado cuerpo.

Con doce años, Grace apenas tenía un año más que Charlotte, pero la vida que le había tocado vivir hasta entonces le había dado una ternura y madurez propia de una muchacha varios años mayor. Se había escapado de un tío que había intentado abusar de ella a la edad de ocho años y luego

había pasado un año trabajando con una pequeña red de carteristas hasta que finalmente la capturaron. Luego Genevieve la rescato de la cárcel—. Suceda lo que suceda, no permitiré que nos separen, Charlotte... ¿me oyes?

—Ni yo tampoco —añadió Annabelle con furia, apoyando la cabeza cariñosamente sobre el hombro tembloroso de Charlotte.

Al igual que Grace, Annabelle sabía también lo que era estar totalmente desesperada y sola. Su madre había muerto mucho antes de lo que ella pudiera recordar, y su padre era un borracho que parecía despreciar su mera presencia. La golpeaba con frecuencia y en una ocasión la arrojó al otro lado de la habitación y la dejó inconsciente de un golpe. Aún llevaba una cicatriz en la sien por aquel ataque atroz, y tenía sumo cuidado de colocar encima su pelo rubio para que no quedara visible.

—Yo tampoco —dijo Simon.

—Yo también estaré contigo. —La expresión de Jamie se iluminó de pronto—. ¿Creéis que dejarán a Genevieve que venga también con nosotros?

Charlotte sollozó con respiración entrecortada, mientras le caía otra lágrima por el rostro.

—Ninguno de vosotros va ir a ningún lado —gruñó Jack de repente.

El reducido grupo lo miró lleno de confusión.

Fueron las lágrimas de Charlotte las que decidieron el asunto. Relucían sobre su mejilla formando una estela líquida de dolor y miedo que penetró hasta lo más profundo de su corazón. No podía recordar nada, que le hubiera afectado tanto antes. Cuando llegó a esta casa había jurado que no cogería afecto a estos niños. En aquel instante había resultado fácil hacer aquel juramento. Pensaba que podría marcharse de la casa en el momento que le conviniera y no volver la vista atrás. Pero la idea de Charlotte —o de cualquiera de los niños, para el caso— de acabar siendo víctima de golpes y abusos en un apestoso y atroz reformatorio era algo que no podía consentir. Sólo tenía una ligera noción de las circunstancias de cada uno de ellos antes de venir a vivir aquí, pero era bien consciente de que todos habían padecido el dolor del rechazo, el miedo y la desesperanza en sus breves vidas. Luego Genevieve los había rescatado. Los había sacado de las cenizas invernales de su existencia y los había traído a esta casa, donde los había lavado y alimentado, y además los había cogido entre sus brazos, consiguiendo que se sintieran queridos y a salvo.

Jack no estaba dispuesto a quedarse mirando cómo los apartaban de la única persona que de verdad los había querido y los arrojaban al vertedero de la vida una vez más.

—Lo único que tenemos que hacer es conseguir el dinero para pagar al puñetero banco —manifestó Jack de forma sucinta— y podréis quedaros todos juntos en esta casa.

—Pero ¿dónde encontraremos el dinero? —preguntó Jamie.

—Genevieve cree que podría tener alguna cosa para vender, pero lord Redmond dijo que, fuera lo que fuera, no sería suficiente —informó Simon—. Dijo que a lo mejor encontraba algunos diamantes.

—No creo que Genevieve tenga diamantes —reflexionó Annabelle—. Nunca la he visto llevar joyas de ningún tipo.

—Antes tenía un anillo y un collar que eran de su abuela —explicó Jamie—, pero los vendió a la tienda de antigüedades del señor Ingram justo después de que Simon llegara. Te acuerdas de eso, ¿verdad Simon?

Simon hizo un gesto de asentimiento.

—Intentó aparentar que estaba contenta con la venta, pero me di cuenta de su tristeza. Nos llevó a tomar té y nos dejó pedir tartaletas de limón en vez de bollos, explicando que se trataba de una ocasión especial que teníamos que celebrar.

—Yo no voy a buscar ningún dinero aquí —dijo Jack con impaciencia—. Tendré que buscarlo ahí. —Ladeó la cabeza de manera demostrativa hacia la ventana.

—¿En las cortinas? —preguntó Jamie, confundido.

Jack entornó los ojos. Prácticamente eran bebés, se recordó.

—En las calles.

—¿Quieres decir que vas a robarlo? —Grace se mordió el labio pues la idea le provocaba cierta incertidumbre.

Jack asintió.

—Podemos ayudarte —se ofreció Simon, emocionado ante la posibilidad—. Todos tenemos experiencia como carteristas, a excepción de Jamie, por supuesto, pero supongo que puede aprender.

—Levantar carteras no será suficiente —le informó Jack—. Tengo que robar algo verdaderamente valioso. Como una joya con muchas piedras preciosas en ella, o tal vez una estatua o un cuadro.

—Creo que robar un cuadro sería difícil —reflexionó Grace con su pragmatismo habitual—. Son demasiado grandes para esconderlos debajo del abrigo.

—Tendríamos que colarnos en alguna casa para encontrar esas cosas —añadió Annabelle—. Pero ¿cómo conseguiríamos entrar?

—Sé cómo reventar una cerradura —se ofreció Simon—. Lo hice en una ocasión para entrar en una casa.

Jack alzó una ceja, debidamente impresionado.

—¿Qué robaste?

—Me comí un enorme pastel de jengibre, medio budín de dátiles con una salsa pringosa, cuatro panecillos con mermelada, un plato frío de cordero con guisantes, un cuenco de mantequilla, un terrón gigante de azúcar, una pinta de crema para montar y una jarra de cerveza.

—¿Y no vomitaste? —preguntó Jack, admirado.

—Encima de los pantalones del carcelero de la prisión —informó Simon—. No sabéis las ganas que el hombre tenía de que Genevieve me sacara de allí.

—Genevieve se enfurecerá muchísimo si descubre que has vuelto a reventar cosas, Simon —dijo Annabelle—. La última vez que intentaste hacer volar la tapa del puchero de Eunice, provocaste fuego en la alfombra buena del comedor. Genevieve dijo que fue una suerte que no quemaras la casa entera.

—Eso fue un accidente —contestó Simon quitándole importancia—. Ahora sé cómo hacerlo mejor.

—Oliver dice que no tendría que hacernos falta recurrir a cosas como hacer volar cerraduras —comento Charlotte—. Siempre dice que no hay una sola cerradura en Inveraray que no pueda forzarse siempre que tengas la paciencia y la maña para lograr abrirla.

—Nos enseñó a abrir la puerta delantera y también la trasera de esta casa sin usar llaves —explicó Jamie a Jack con orgullo—. Pero no tenemos que hacerlo nunca delante de Genevieve, porque Oliver dice que tal vez no le parezca una pericia adecuada para nosotros.

—El problema de entrar en una casa es que no estás seguro de que vaya a haber algo verdaderamente valioso adentro —reflexionó Jack—. Tengo que entrar en algún sitio donde sepa que hay algo que merezca la pena llevarse.

—¿Por qué no robas algo de la tienda del señor Ingram? —sugirió Annabelle—. Tiene una armadura que había sido usada por un valiente caballero. Genevieve dijo que podría haber pertenecido incluso asir Lancelote. Era uno de los caballeros de la mesa redonda.

—No creo que pueda robar una armadura sin que nadie se dé cuenta —observó Jack con sequedad—. Aparte ¿quién la querría?

—El señor Ingrain también tiene otras cosas —le tranquilizó Grace—. Es ahí a donde Genevieve lleva los objetos de nuestra casa que quiere vender.

—Nos enseñó un estuche lleno de tarros del antiguo Egipto —informó Simon—. La pintura estaba muy descascarillada y los tarros no se podían usar, pero Genevieve quiso que los estudiáramos de todos modos. Dijo que valían una fortuna.

Jack no parecía muy convencido.

—Si alguien quiere un tarro, ¿por qué no comprarse uno que no esté sucio y desportillado?

—Valen más por ser viejos —le informó Annabelle con gran autoridad—. A la gente le gusta el hecho de que otras personas lo hayan usado.

—Conozco a alguien que me daría dinero por lo que robo, pero no querrá un montón de porquerías rotas de Egipto —dijo Jack—. Prefiere cosas que parezcan caras.

—El señor Ingram también tiene joyas —reflexionó Charlotte.

Jack alzó una ceja interrogadora.

—¿Con diamantes y rubíes?

—Las guarda en una vitrina especial en la parte trasera, hecha toda de cristal, y se pone furioso de verdad si pegas la nariz al cristal y dejas una marca.

—Genevieve a veces mira esa vitrina mientras espera a que el señor Ingrain le pague —añadió Jamie—. Dice que la mayoría de las joyas vienen de familias que vivían en castillos de Francia y que tuvieron que huir para que no les cortaran la cabeza.

Esto definitivamente empezaba a sonar como una posibilidad, decidió Jack.

—¿Y está la vitrina cerrada?

No creo —dijo Grace—. Pero tienes que ir a la otra parte del mostrador para abrirla.

—Hay muchas cosas bonitas en esa vitrina —añadió Annabelle—. Estoy segura de que el señor Ingram no se dará cuenta si coges alguna.

—Tendré que llevarme unas cuantas cosas —decidió Jack— sólo para aseguramos de que conseguiré dinero suficiente para pagar al banco.

—Si no es suficiente, siempre podríamos regresar y robar algo más —sugirió Simon.

—No, nosotros no. — ¿Pensaban de verdad que iba a llevarles con él?— Haré esto yo solo.

Los niños lo miraron con consternación.

—Pero queremos ayudar —protestó Jamie.

—Podemos ayudarte —insistió Grace.

—Y no nos entrometeremos en tu camino —juró Simon fervientemente.

—No puedo arriesgarme a que os cojan a alguno de vosotros. —La voz de Jack sonaba categórica—. Mejor que me ocupe yo de ello.

—Pero ¿y si te atrapan? —preguntó Annabelle.

—No sucederá.

—Pero ¿y si sucediera?

Se encogió de hombros.

—Soy mayor que vosotros. Si me cogen, sabré cuidar de mí mismo. Aún no me he acostumbrado a todo esto como vosotros. —Indicó con un gesto la habitación tan confortablemente amueblada en la que se encontraba, con las cortinas verdes oscuras que bloqueaban el frío de las ventanas y la alfombra de suntuoso estampado que parecía una mata de seda debajo de los pies—. Me metan donde me metan, seré capaz de tirar adelante.

Grace sacudió la cabeza con firmeza.

—Puede que seas mayor, pero no llevas tanto tiempo aquí como yo. Por lo menos tienes que dejarnos ir contigo. Yo vigilare por ti y te avisaré cuando el señor Ingram vaya a mirar.

—Pues yo llevo aquí tres años, y eso sólo es un año menos que tú, Grace —dijo Annabelle, alzando la barbilla con decisión—. Puesto que soy actriz, iré y distraeré al señor Ingram, así será más fácil robas las joyas.

—Yo puedo distraerlo mejor que tú —se mofó Simon—. Haré explotar algo.

—Queremos robar en la tienda del señor Ingram, no quemarle el local —indicó Annabelle.

—No lo quemaré —replicó Simon, ofendido.

—A mí también me gustaría ir. —Charlotte miró a Jack con seriedad—. La gente siempre se para a mirarme cuando paso andando, de modo que tal vez sirva para que no te miren a ti.

—No quiero que la gente te mire —gruñó Jack, indignado ante aquella idea.

—No me importará, Jack, —lo tranquilizó ella en voz baja y suave—, si sé que es para ayudar a Genevieve.

—Yo no quiero quedarme fuera —se lamentó Jamie—. ¿Puedo ayudar yo también, Jack?

Jack miró el semicírculo de rostros que tenía ante él.

Su primer impulso fue decirles que eran demasiado pequeños para acompañarlo, pero llevaba sobreviviendo por sí solo desde que tenía nueve años, lo cual era sólo un año más que la edad de Jamie. Fue a esa edad cuando comprendió finalmente que su madre nunca cumpliría la promesa de rescatarlo de la existencia infernal que soportaba con el vil marido y esposa a quienes lo había entregado poco después de nacer. Con el tiempo, sus visitas se habían vuelto menos frecuentes, pero cuando aparecía, ella era como un cálido baño de sol en su vida de otro modo fría y miserable. Con mucho carmín y polvos faciales, y un cuerpo rechoncho estrujado dentro de corsés demasiado comprimidos y vestidos gastados que revelaban un montículo generoso de seno blanquecino, su madre le parecía siempre irresistiblemente tierna, encantadora y exótica. Le despeinaba el pelo con los dedos y lo atraía hacia ella, estrechándole en sus brazos mientras él inhalaba aquel aroma dulce y misterioso, una fragancia que le recordaba a flores y miel, pero que más tarde había llegado a reconocer como whisky barato. No tardaré mucho más, mi muchachito, solía prometer. Sólo tengo que ahorrar un poco más y luego nos compraremos una casita y viviremos juntos, juntitos como dos ratones en una tetera. Una vez que su madre se iba, su padre adoptivo bebía y le pegaba hasta que no podía aguantarse en pie, diciendo que su madre no era más que una furcia y que él no podía seguir haciéndose cargo de su pobre bastardo. Finalmente las visitas cesaron por completo y la violencia de las palizas a Jack aumentó, hasta que un día se activo algo dentro de él y decidió devolver los golpes, con una pala.

Fue el día en que se escapó, sin siquiera estar seguro de si era un asesino o no.

Jack estaba acostumbrado a sobrevivir por su cuenta y a robar en solitario, sin el apoyo o la complicación de saber que había otra persona trabajando con él. Pero su independencia habitual no había funcionado recientemente, y como resultado había sido arrestado y en carcelado en la prisión de Inveraray. Tal vez le fuera útil contar con algún cómplice para este trabajo en concreto, decidió. Al fin y al cabo, cuantos más ojos más posibilidades de vigilar y avisarle de cualquier peligro que surgiera. Y si algo iba mal, podría ser útil disponer de algún refuerzo para crear alguna distracción, como había sugerido Annabelle.

—Bien —transigió finalmente—. Todos podéis ayudar. Pero tendréis que hacer exactamente lo que os diga, ¿está claro?

La pequeña banda de aspirantes a ladrones asintió con solemnidad.

Capítulo 6

La nieve caía en briznas raídas sobre lo alto de los tejados negros y las calles de adoquines, vistiendo la ciudad de Inveraray de una esponjosa capa blanca. Revoloteaba sobre las aguas grises y picadas del lago Fyne danzando en el aire helado antes de besar las gélidas aguas y desintegrarse finalmente, y se acumulaba en capas jabonosas sobre los intrincados sombreros de las damas y los caballeros que caminaban por las calles heladas como si intentaran mantener en equilibrio enormes pasteles sobre sus cabezas.

Jack pateaba con fuerza los pies en un vano intento de devolverles un poco de calor. Las botas que Genevieve le había dado eran demasiado grandes y la nieve había calado el cuero gastado hasta dejar sus calcetines empapados. Se lamento de no haber pensado antes en meterles un poco de papel de periódico. No recordaba haber tenido alguna vez un par de zapatos o botas que le fueran bien. A lo largo de los años había utilizado diversas técnicas bien para llenar el exceso de espacio, bien para cubrir las grietas o bien para aliviar las ampollas provocadas por una talla demasiado pequeña. Un buen relleno de periódico habría hecho más cómodas sus botas, con la ventaja añadida de aumentar el aislamiento. Su antiguo propietario obviamente no había pasado muchas horas de pie en la gélida nieve húmeda, reflexiono con irritación.

Hubiera preferido no tener que robar en un día tan miserable.

La nieve recién caída tenía la clara desventaja de dejar un rastro de huellas, en concreto si uno intentaba escapar por una callejuela por la que antes no había andado nadie. También reducía el número de personas que pululaba por la calle haciendo compras, lo cual complicaba las cosas si la idea era perderse entre la multitud una vez las joyas estuvieran a buen recaudo en su bolsillo. Por desgracia, un retraso en los planes era imposible. Según Simon, el banco había insistido en el pago inmediato. Genevieve y Haydon habían quedado en reunirse con el director del banco aquella misma mañana; por consiguiente, los niños se habían librado de sus clases habituales. Jack se había ofrecido rápidamente a llevárselos a dar un paseo bajo la nieve que caía, una sugerencia a la que Oliver, Doreen y Eunice habían accedido alegremente ya que pensaban que les permitiría hacer su propio trabajo sin tener a todos los niños metiéndose en medio. Lo que Jack no mencionó fue que iban a pasear por las calles principales de Inveraray. Si alguien hacía preguntas sobre qué estaban haciendo allí, sería muy fácil explicar que simplemente estaban disfrutando de los adornos de Navidad que decoraban los escaparates de las tiendas.

—Hay un viejo con su esposa en la tienda ahora mismo, mirando un par de candelabros de plata que están en una mesa —informó Grace al regresar de su paseo ante el escaparate del señor Ingram—. El señor Ingram los está atendiendo.

—¿Están cerca de la vitrina de las joyas? —preguntó Jack.

Grace sacudió la cabeza.

—La mesa está en la parte delantera de la tienda.

—¿Podemos entrar ahora? —Jamie se había estado divirtiendo haciendo pequeños montículos de nieve con las botas y luego pretendía ser un gigante que las aplastaba—. Tengo frío.

—Jack ha dicho que tendremos que esperar a que la tienda esté abarrotada de gente —le recordó Annabelle.

—Pero llevamos aquí una eternidad, y nunca hay más de una o dos personas en la tienda —se quejo Jamie—. El señor Ingram debería intentar vender mejores cosas que todos esos objetos viejos; algo como tazas de té y chocolate caliente.

—¿Por qué no vamos al salón de té y comemos algo? —sugirió Simon—. Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre —le dijo Charlotte burlona.

—No podemos ir al salón de té, no tenemos dinero —comentó Annabelle.

—Podemos volver a casa y pedirle a Oliver que nos deje algo —propuso Simon.

—Oliver no va a darnos dinero para té una vez hayamos vuelto a casa —argumentó Jamie mientras juntaba otra montaña arrastrando sus pies—. Se limitará a obligarnos a sentarnos en la cocina y comer algo que haya preparado Eunice.

La boca de Simon empezó a hacerse agua.

—A lo mejor ha hecho bollos de melaza.

—No vamos a ir a casa —dijo Jack con firmeza— hasta que hayamos cumplido lo que hemos venido a hacer. Ahora, cerrad el pico y prestad atención.

Los niños se callaron obedientemente.

—El señor Ingrain está teniendo un día de poco trabajo, de modo que tendremos que tirar adelante con nuestro plan sólo con esa pareja de viejos que están en la tienda. ¿Sabe todo el mundo lo que tiene que hacer?

Asintieron.

—Bien. Haced un montón de ruido al entrar, no queremos que el señor Ingram piense que intentamos birlarle algo. Yo entraré un momento después. Grace vigilará para mí mientras meto la mano en la vitrina. El resto de vosotros haced lo necesario para mantener al señor Ingram con la atención apartada de mí. Lo más importante que hay que recordar es que si algo va mal y me atrapan, todos vosotros saldréis de ahí lo más deprisa que podáis. No intentéis ayudarme... ¿entendido? Tenéis que moveros e iros para casa.

Los ojos de Charlotte se abrieron como platos.

—Pero, Jack...

—Si no me juras que vas a hacer esto, nos vamos a casa ahora mismo —soltó Jack con brusquedad.

Charlotte bajó la vista a sus botas.

Jack lamentó al instante su tono de voz. Tenía que aprender a ser más amable con Charlotte, comprendió lleno de frustración. No contaba con la misma seguridad y capacidad de recuperación que los otros. Para Jack era evidente que estaba muy afectada por su vida de antes de ser adoptada por Genevieve. No tenía ganas de menoscabar aún más su frágil orgullo.

—Todo irá bien, Charlotte —la tranquilizo. Su voz sonó grave, con matices de disculpa. Estiró la mano y le levantó la barbilla, obligándola a mirarle—. Confía en mí.

Charlotte lo miró fijamente, con los ojos relucientes de emoción.

Jack sostuvo su barbilla por un momento, contemplando lo más profundo del remolino de sus ojos marrones y verdes. Había miedo allí, miedo y pesadumbre, y algo más que no podía entender del todo. Jack frunció el ceño y la estudió un rato más, sosteniendo su delicado mentón redondo en sus dedos. La nieve se amontonaba alrededor de los pies de ella, formaba un estampado de encaje sobre su sombrero y abrigo y sobre la seda caoba de su pelo. Un copo aterrizó sobre su mejilla, una obra exquisita del mejor encaje helado. En ese momento le pareció más perfecta que cualquiera de las damas de los cuadros que Genevieve se había preocupado tanto en enseñarles; más bella que cualquier cosa que hubiera visto antes. Su piel era fresca y pálida, pero había suficiente calor como para fundir el intrincado copo de nieve y convertirlo en una sola lágrima plateada. Y de pronto, él entendió qué veía en los enormes ojos de Charlotte.

Charlotte se preocupaba por él.

Un fino rayo de calor lo penetró.

—Todo va a salir bien, Charlotte —dijo ásperamente. Soltó su barbilla para secarle con delicadeza la lágrima plateada de la mejilla con el dorso de los dedos. Luego se aclaró la garganta—. Lo prometo.

—Tengo frío —se quejó Jamie, frotándose sus dos manitas tiesas de frío.

—Vamos ahora —decidió Jack—. Echaos los gorros hacia abajo y tapaos la cara con las bufandas para que nadie vea con claridad quiénes sois. La nieve cae con fuerza, o sea que a la gente no le parecerá raro que estéis tan tapados. Cuando veáis que me alejo de la vitrina de las joyas, será la señal para marcharnos. No os apresuréis a salir todos a la vez: id hasta la puerta tranquilamente sin hacer jaleo, como si hubierais acabado de mirar lo que fuera y ahora fuerais a otra tienda. Nos reuniremos junto a la iglesia al final de la calle y regresaremos juntos a casa. ¿Lo ha entendido todo el mundo?

Asintieron.

—Bien. —Les inspeccionó con mirada crítica a todos ellos, en un intento de cerciorarse de que no había nada en su aspecto que diera que pensar. Todos iban razonablemente bien vestidos, con rostros bien restregados y mejillas sonrosadas por el frío. Ninguno de ellos parecía un pilluelo andrajoso y famélico que pretendiera birlar alguna cosa.

—Vayamos entonces.

Una campanilla de bronce tintineó alegremente cuando la puerta se abrió anunciando su llegada. Los seis niños irrumpieron en tropel en la tienda entre risitas y cháchara mientras se sacudían ostentosamente la nieve de las botas y de los hombros de los abrigos. Una vez dieron tiempo al señor Ingram para que los evaluara y comprendiera que eran niños relativamente bien vestidos, y que no intentarían escapar de forma inadvertida, cada uno de ellos se dirigió a diferentes zonas de la tienda para que el tendero tuviera que ir desplazando la vista si quería controlar lo que cada uno de ellos estaba haciendo.

Jamie fue a admirar la reluciente armadura que hacía guardia en una esquina del local, al tiempo que Annabelle adoptaba una expresión trágica

mientras estudiaba el cuadro de una mujer desconsolada que acunaba a su amante asesinado en su regazo. Charlotte se acercó cojeando hasta una estantería y se quedó fascinada con varios volúmenes encuadernados en cuero con título grabado en oro en el lomo, y Simon frunció el ceño ante una estatua de dos hombres desnudos que luchaban entre sí. Por qué el artista había decidido mostrarlos luchando sin ninguna ropa era algo que escapaba por completo a su entendimiento; pensaba que tenían un aspecto ridículo. Grace se trasladó a la parte trasera de la tienda y examinó con gran alarde un bonito juego de platos azules y blancos que se habían dispuesto cuidadosamente sobre un aparador de talla elaborada, no demasiado lejos de donde se hallaba la vitrina de las joyas.

—...¿Y está del todo seguro señor Ingram, de que estos candelabros proceden del palacio de Versalles? —inquirió el orondo caballero con sombrero de fieltro negro y un enorme abrigo.

La esposa de flácido rostro aparentemente padecía la misma afición a las comidas copiosas, y apenas había conseguido estrujar su trasero colosal, rodeado por un miriñaque, en su espacio asignado al lado de la pulida mesa de caoba sobre la que estaba expuesto el enorme par de candelabros.

—Pertenecían al propio rey Luis XIV —aseguró el señor Ingram a su posible comprador. Era un hombrecillo compacto que estaba ligeramente por debajo de la estatura media, con una mata de pelo gris esmeradamente peinada sobre su cabeza y expresión levemente tensa en el rostro. Estaba claro que no le gustaba que cuestionaran la autenticidad de sus mercancías—. Ciertamente son magníficos y muy singulares. Los robo un duque francés que ejerció como asesor de Luis XVI en la época de la Revolución. El pobre consiguió salir por los pelos de Francia sin que le cortaran la cabeza. Uno no puede evitar imaginarse los sucesos destacables de la historia de los que fueron testigos estas bellas piezas —continuó, adornando su venta con cierto aroma de intriga. La calidad del trabajo es tan excelente que la idea de separarme de ellos se me hace casi insoportable —añadió con melancolía.

Jack se paseo como si tal cosa hasta la parte posterior de la tienda. Una antigua espada maltrecha llamó su atención y se detuvo durante un momento a estudiarla. No pensaba que un arma vieja y oxidada como ésa tuviera mucho valor, pero decidió que si alguna vez tenía un hogar propio, éste era el tipo de objeto que le gustaría colgar de la pared. En cambio, el resto de mobiliario a su alrededor le hacía sentirse incómodo, como si incluso aquellos objetos se consideraran superiores a él.

—¡Psss! —Grace ladeó levemente la cabeza en dirección a la vitrina.

Jack asintió con un solo movimiento de cabeza. Volvió la vista para asegurarse de que el señor Ingrain seguía enfrascado en hacer su venta.

—Piensen en las cenas que habrán presenciado: el drama, el misterio, el romance desarrollado ante su elegante presencia —continuó el señor Ingram, consiguiendo que sonara como si los candelabros tuvieran ojos y oídos—. Qué incorporación tan impresionante a su hogar serían estas piezas: la envidia de todos los que las vieran...

Fingiendo interesarse por varios objetos que se encontraban entre él y la vitrina de las joyas, Jack continuo sigilosamente su caminata hasta la parte posterior del mueble. Una nueva mirada rápida le confirmó que el señor Ingram seguía absorto en su venta.

Entonces se deslizó detrás del armario y se escurrió hacia abajo sin ser observado.

Grace estaba equivocada, maldijo en silencio. Un pequeño candado sujetaba la puerta de la vitrina cerrada. Jack aún no dominaba la pericia de abrir una cerradura sin disponer de llave. Pensó que probablemente podría romperla con facilidad, pero aquello provocaría mucho ruido.

Mejor soltar los tornillos que mantenían en su sitio las bisagras.

Pasó la mirada sobre la mesa que tenía a su espalda, donde había unos cuantos objetos que esperaban ser limpiados y etiquetados antes de ser expuestos. Una pequeña y reluciente daga yacía en un lecho di paja preparada para ser embalada. Asegurándose una vez más de que el señor Ingram continuaba ocupado, Jack cogió rápidamente la daga y se inclinó hacia delante para disponerse a trabajar.

La punta de la hoja se ajustaba casi a la perfección a la cabeza de los tornillos. Trabajó rápidamente haciendo girar la hoja una y otra vez, hasta que consiguió sacar los tornillos y dejarlos silenciosamente en el suelo. Finalmente, la bisagra a la que se unía la cerradura quedó libre. Jack la retiró y pudo abrir la puerta de la vitrina.

Una serie deslumbrante de joyas centelleó ante él. Relumbrante rubíes, zafiros, diamantes y esmeraldas de todos los tamaños y colores se disponían ingeniosamente formando collares, broches, anillos y pendientes espléndidos. Sólo en esa caja había suficiente riqueza como para subsistir holgadamente durante toda una vida, o posiblemente dos. Un rápido movimiento de su mano sobre el estuche forrado de azul le permitiría iniciar una nueva vida: una nueva vida en la que podría olvidarse de buscar perpetuamente comida, de botas que le destrozaban los pies y de dormir en las calles. Se preguntó cuál sería el castigo por un robo tan tremendo. ¿Le ahorcarían si le atrapaban o, peor todavía, le meterían a la cárcel para el resto de su vida?

—...no sé —estaba diciendo la gordita esposa mientras sacudía la cabeza hasta hacer vibrar su empolvada papada—. Esperaba encontrar algo más grande, algo que incluyera tal vez un pájaro o dos en el diseño... o tal vez incluso alguna fruta.

Jack vaciló, debatiéndose entre robar unas pocas piezas o llevarse simplemente todas ellas. Nunca había tenido delante riquezas tan fabulosas y en tanta cantidad; su atractivo era tan abrumador que se sintió mareado. Nunca volvería a saber lo que era morirse de hambre y estar desesperado, comprendió un poco obnubilado. Podría comprarse una casa, llenarla de comida, y tener las lámparas y las chimeneas encendidas día y noche si le complacía. Podría comprarse ropa tan buena o mejor que la que se había enfundado aquel gordo vejete que estaba en la parte delantera de la tienda, y nunca tendría que preocuparse sobre dónde dormir aquella noche ni de buscar comida por la mañana. Podría ser libre de verdad, todo lo libre que él pensaba que la riqueza podía hacer a un hombre. Soñó con esto durante un momento prolongado y embriagador, tentado hasta el punto de la náusea por la posibilidad de la nueva vida que se presentaba reluciente ante él en aquel momento.

Y entonces recordó que si se lo llevaba todo, sin duda el señor Ingram se daría cuenta, y en cuestión de minutos estaría llamando a gritos a la policía. Lo cogerían. Y Jamie, Simon, Annabelle, Grace y Charlotte estarían también implicados con su presencia en la tienda en el momento del robo. Genevieve lo perdería todo, incluidos los niños que obviamente tanto quería. Después de toda su generosidad hacia él, Jack no podía arriesgarse a causarle un dolor tan terrible.

Ya encontraría otras vitrinas con joyas, se tranquilizó filosóficamente.

Exhalando el aire que había contenido, escogió rápidamente dos anillos con enormes diamantes en el centro, un collar asombroso de zafiros y diamantes y un broche también con un reluciente diamante. Se los metió en el bolsillo del abrigo y volvió a ordenar a toda prisa unas cuantas de las piezas restantes para que no quedara un hueco tan ostensible en la vitrina. Cerró la estrecha puerta, volvió a colocar la cerradura y empezó a atornillar rápidamente los tornillos en la madera con la punta de la daga.

—...Si lo que busca es fruta, señora, entonces creo que tengo precisamente lo que quiere —continuó el señor Ingram, abandonando temporalmente la batalla por convencer a sus clientes de los méritos de los candelabros—. Hay una bandeja de plata magnífica en la parte trasera de la tienda que data de comienzos del siglo XVII, y que perteneció en una ocasión al mismísimo rey Carlos I. Si ustedes me permiten un momento...

—¡Jack! —susurró frenéticamente Grace mientras el señor Ingram se volvía hacia la parte trasera de la tienda—. ¡Jack!

No había tiempo para volver a poner los tornillos, comprendió el muchacho lleno de frustración.

—¡Eh, tú! —bramó de pronto el señor Ingram—. ¿Qué diablos piensas que estás haciendo?

Si hubiera tenido oportunidad de responder, tal vez Jack hubiera podido elaborar una respuesta casi creíble.

Por desgracia, Jamie decidió ayudarle empujando la pesada armadura, que acabó estrellándose ruidosamente contra el suelo.

—¡Corred! —gritó Jamie, huyendo por un pasillo lateral en dirección a la puerta.

—¡Deténganle! —rugió el señor Ingram olvidándose momentáneamente de Jack.

La corpulenta pareja situada en la parte delantera hizo todo lo posible para atender a sus peticiones. El corpulento hombre sacó el bastón cuando Jamie pasaba corriendo y consiguió fácilmente hacerlo tropezar. Por desgracia, aquello envió al muchacho haCia delante, directamente contra las voluminosas faldas con aros de su esposa de formidable tamaño. El impacto hizo que la mujer cayera pesadamente sobre su trasero, entre la mesa y la pared, quedándose atrapada de hecho en medio de interminables capas de enaguas y el armazón de metal costosamente forjado que las sostenía.

—¡Ayuda! —gritó ella, sacudiendo brazos y piernas mientras cabeceaba arriba y abajo como una gran tortuga volcada.

—¡Te tengo, rufián! —exclamó con un bufido el hombre, agarrando a Jamie por los hombros.

Simon se lanzó contra el captor de Jamie, le arrancó el bastón de la mano y empezó a aporrearle las espinillas.

—¡Quítele las manos de encima!

—¡Ayuda... asesino! —gritó el hombre, soltando a Jamie para poder defenderse a sí mismo—. ¡Intenta matarme!

El señor Ingram abandonó a Jack para acudir a ofrecer asistencia a sus pobres clientes. Mientras pasaba apresuradamente junto a Annabelle, quien mantenía un impresionante aspecto sereno en medio de todo el caos, ésta saltó ligera sobre una silla, tiró del cuadro de la pared que anteriormente

había estado admirando y lo destrozó sobre la cabeza del señor Ingram, quien no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

—Pero, pequeña...

No acabó de decir lo que pensaba llamarle, en vez de ello se puso a perseguirla por el estrecho pasillo. Por desgracia, con el marco del cuadro rodeándole cuello y hombros como si se tratara de un incómodo collar dorado, lanzó al suelo una serie de elegantes tazas, varias copas de vino de cristal delicadamente tallado y algunos jarros pesados que se habían dispuesto concienzudamente sobre un aparador, y que se estrellaron a su paso.

—¡Mire, por aquí! —llamó Charlotte, cuando el señor Ingram estuvo a un centímetro de agarrar a Annabele por su sedosa melena de pelo rubio.

Distraído por un momento, el señor Ingrain miró.

Un delicado mantel veneciano fue volando hacia él y aterrizó de plano sobre su cabeza antes de envolver el marco del cuadro, dando al señor Ingram el aspecto de una pequeña mesa alta con una bola redonda apoyada encima.

—¡Os mataré a todos, viles sinvergüenzas! —rugió dando vueltas mientras intentaba agarrar, lleno de furia, el delicado tejido del mantel para lograr liberarse. Las sillas y pequeños objetos caían por todos lados mientras él se revolvía formando un círculo enloquecido.

—¡Que todo el mundo se largue de aquí! —gritó Jack mientras abría de par en par la puerta haciendo que la campanita colocada encima resonara alegremente—. ¡Ahora!

Los niños se abrieron paso como pudieron a través del estropicio de porcelana rota, muebles volcados y la armadura caída. Atravesaron la tienda como una exhalación desesperada, demasiado asustados incluso para echar una sola ojeada atrás, y ver si el señor Ingram conseguía liberarse y salir tras ellos.

—¡Corred! —ordenó Jack mientras salían en tropel a la calle.

Los niños no necesitaban más ánimos. Cada uno de ellos echó a correr en una dirección diferente, esquivando velozmente carruaje y compradores en su huida. Jack corrió hasta el otro lado de la calle y luego se volvió para echar una ojeada final y ver si alguno de los niños era perseguido.

Y sintió que se le paralizaba el corazón al ver a Charlotte tropezar justo cuando llegaba al umbral de la puerta de la tienda, donde un señor Ingram enfurecido y triunfante la levantó de un tirón del suelo.

Capítulo 7

—¿Dónde está Genevieve? —preguntó Jack con los pulmones a punto de estallar en el momento en que irrumpió por la puerta.

—San Columba bendito, mira toda la nieve que estás esparciendo por mi suelo limpio! —reprendió Doreen, quien en ese momento se encontraba de rodillas restregando las maderas del suelo en un extremo del vestíbulo—. ¿No sabes quitarte las botas al entrar?

—¡Genevieve! —gritó Jack, haciendo caso omiso a las protestas de Doreen mientras abría de par en par las puertas del salón. Se quedó dando vueltas lleno de frustración al encontrarlo vacío y salió corriendo hacia las escaleras—. ¡Genevieve!

—¿Qué es todo este barullo? —quiso saber Oliver, apareciendo por la puerta de la cocina con una bota en una mano y un grasiento trapo marrón en la otra. Su mirada se detuvo en el rostro marcado por el pánico de Jack—. ¿Qué ha sucedido, muchacho?

—¡Quieto todo el mundo! ¡Sacaos primero las botas! —ordenó Doreen, arrojando con frustración el cepillo al cubo cuando Annabelie, Simon, Grace y Jamie entraron también ruidosamente en la casa, dejando nieve pringada de barro por todas partes—. ¿Habéis perdido todos el juicio?

—Oliver, ¿dónde está Genevieve? —El rostro pálido de Jack refulgía de sudor. Tenía la mirada frenética, enloquecida.

—¡Caray! ¡Está en la bodega, muchacho! —respondió Oliver, comprendiendo que algo terrible había pasado. Echó una rápida mirada a los niños para asegurarse de que nadie hubiera sufrido algún daño, luego frunció el ceño—: ¿Dónde está Charlotte?

Jack atravesó la cocina y bajó a toda velocidad las escaleras que llevaban a la bodega. Allí encontró a Genevieve sentada sobre un cajón revolviendo cansinamente el contenido de un baúl que tenía abierto ante ella. Daba la impresión de que llevaba un rato considerable examinando el contenido de la bodega ya que estaba rodeada de una verdadera montaña de cajas que olían a moho, cuadros, cofres y muebles; desechados.

—Tienes que traerla de vuelta a casa. —La voz de Jack sonaba cortante y desesperada—. Ella no ha hecho anda, vino con nosotros sólo porque quería ayudar. —Sacó bruscamente las joyas robadas de sus bolsillos y las arrojó descuidadamente a las manos de Genevieve—. Esto es todo, juro que no cogimos nada más. Lleva esto al señor Ingram y haz que la deje marchar.

Genevieve miró con horror las hermosas joyas que relumbraban en sus manos.

—Dios mío, Jack, —susurró, pues de repente sintió que no podía respirar— ¿qué habéis hecho?

El muchacho pestañeó con fuerza, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con saltarle a los ojos.

—Robé estas joyas de la tienda del señor Ingrain —confesó lleno de desdicha—. Iba a venderlas para darte el dinero y que pudieras pagar al maldito banco y mantener la casa, y que nadie tuviera que quedarse en la

calle. Pero el señor Ingrain me vio antes de haber salido de la tienda y todo el mundo empezó a correr, y entonces Charlotte se tropezó y se cayó, y él la ha cogido.

Los demás niños bajaban entonces corriendo los peldaños de la bodega, seguidos de Oliver, Doreen, Eunice y Haydon.

—No entiendo. —Genevieve se esforzaba por mantener la calma mientras intentaba dar sentido a lo que Jack le estaba contando—. ¿Por qué iba a retener el señor Ingrain a Charlotte?

—Porque era la única de nosotros a la que podía atrapar. —El rostro de Grace estaba contraído y pálido en contraste con la umbrosa iluminación de la bodega—. Sé que debería haberme preocupado de que saliera de la tienda antes que yo, por su pierna, pero yo estaba más cerca de la puerta y pensé que venía detrás, y así era, pero luego se tropezó y... lo siento, Genevieve. — Se secó enfadada las lágrimas que. corrían por sus mejillas.

De repente, todos los niños empezaron a hablar al mismo tiempo, sus voces sonaban estridentes a causa del miedo y la agitación.

—Pensábamos que podríamos entrar y salir sin problemas...

—Pero cuando el señor Ingram vio a Jack junto a la vitrina de las joyas yo volqué la armadura...

—...Y luego aquel viejo gordo hizo tropezar a Jamie con su bastón, y su esposa cayó como una peonza ...

—...Y yo le rompí el cuadro en la cabeza al señor Ingram, y él empezó a perseguirme ...

—...Así que le tiramos un mantel encima, y se puso como loco...

—...Y luego todos salimos corriendo...

—...Menos Charlotte.

Genevieve se quedó mirando a su prole con rostro conmocionado.

—¿Atacasteis al señor Ingram?

—Fue idea mía —dijo Jack con firmeza. Quería ahorrar a los niños el enfado y la decepción de Genevieve—. Yo les hice venir conmigo.

—¡No es verdad! —protestó Grace.

—Todos nosotros queríamos ir —aseguró Simon a Genevieve.

—Y tuvimos que convencer a Jack de que sería mejor que no fuera solo —explicó Annabelle.

—A mí iban a dejarme atrás, pero yo no se lo permití —concluyó Jamie.

Genevieve sabía que debería enfadarse con ellos, pero ahora no había tiempo para eso. Más tarde, cuando Charlotte estuviera sana y salva en casa, encontraría fuerzas para enojarse con todos ellos como correspondía. Lo único importante en aquel momento era devolver las joyas robadas y traer a Charlotte de vuelta a casa.

—Vamos, Genevieve. —La voz de Haydon sonó tranquilizadora por su calma y serenidad—. Devolveremos las joyas al señor Ingram, nos desharemos en disculpas por los problemas que los niños le hayan ocasionado, nos ofreceremos a pagar todos los daños y traeremos a Charlotte de vuelta.

Genevieve sacudió la cabeza.

—Ya no estará en la tienda del señor Ingram —dijo con tétrica certidumbre—. La policía se habrá personado y se la habrán llevado. Está en la prisión.

—Entonces debemos ir y sacarla de allí. Vamos. —Le tendió la mano.

—Usted no puede acompañarme. —Se levantó lentamente, incapaz de aceptar la ayuda de él porque aún agarraba en sus manos las joyas robadas.

—Por supuesto que puedo —se opuso Haydon categórico—. Como su marido, estoy seguro de que esperaran que yo esté a su lado.

Genevieve sacudió la cabeza, abrumada por el miedo que sentí por Charlotte en ese instante.

—Ya hemos tentado bastante a la suerte dejando que el director Thomson y el agente de policía Drummond lo vieran. Los engañamos en una ocasión, pero eso no quiere decir que se equivoquen por segunda vez. Además existe el riesgo de que ese horroroso carcelero lo reconozca..., o un funcionario del juzgado, o incluso otro prisionero en la cárcel. No podemos correr ese riesgo.

—Me temo que la chica tiene razón, joven —dijo Oliver en tono grave—. Es extraño, pero lo cierto es que los que hemos pasado un tiempo en la cárcel, para ciertas cosas tenemos un sentido mucho más agudo que incompetentes tan nulos como el director Thomson o incluso que el lelo con seso de serrín del agente Drummond.

—Esta habilidad es el resultado de estar sentado día y noche en la sucia y destartalada celda sin otra cosa que tu propia compañía —explicó Doreen—. Te vuelve más consciente de lo que te rodea y tambien de la gente.

—Me parece bastante difícil que algún otro prisionero pueda reconocerme —discrepó Haydon—. Tengo un aspecto por completo diferente al que tenía allí adentro.

—No hará falta que lo miren —le aseguro Eunice—. Podrán distinguir quién es sólo escuchando su voz o el sonido de sus pasos mientras anda por el pasillo. Es algo que aprendí incluso yo durante mi temporada ahí. Empiezas a prestar atención a todos los detalles: quién arrastra el extremo de los tacones al pasar, o el paso de una persona corpulenta, o cómo suena una voz al rebotar por los fríos muros de piedra. Ayuda a pasar el tiempo.

—Pues disimularé mi voz y alteraré mis andares —dijo Haydon con obstinación.

—No. —El tono de Genevieve era resuelto. La verdad era que l habría producido un gran alivio contar con la fuerte presencia de Haydon en la cárcel, pero la posibilidad de que descubrieran su verdadera identidad como lord Redmond y lo arrojaran de vuelta a su celda era muy grande—. Ya tengo a un miembro de mi familia en la cárcel, Haydon... no me arriesgaré a que también lo arresten a usted.

—Entonces iré yo contigo —dijo Jack—. Les diré que Charlotte no ha tenido nada que ver con el robo. Pueden arrestarme a mí en su lugar. El viejo Thomson se muere de ganas de azotarme y enviarme al reformatorio, igual que el hijo de perra del agente Drummond. Me hagan lo que me hagan, puedo cuidar de mí mismo mejor que Charlotte.

Genevieve miró a Jack llena de sorpresa. Sus ojos grises brillaban con decisión y tenía ambos puños cerrados, pegados a su cuerpo. Siempre había sabido que sería capaz de avenirse con los demás. El hecho de que hubiera puesto en juego su propia libertad por ayudar a Haydon a escapar daba buen testimonio de eso. Pese a saberlo, su voluntad de sacrificarse por Charlotte la conmovió profundamente.

—Me temo que no puedo dejarte hacer eso, Jack. Sé que quieres ayudar a Charlotte, pero no creo que el director permita el intercambio por uno de sus prisioneros. En todo caso, te arrestarán junto a Charlotte, y entonces seréis dos de quienes preocuparnos. Iré yo sola, devolveré las joyas y haré entender al director Thomson y al agente Drummond que no tienen motivos para mantener a Charlotte detenida. Y una vez Charlotte se encuentre otra vez a salvo en casa —concluyó, recorriendo con su mirada a sus abatidos niños— ya hablaremos de la cuestión de que intentarais robar al señor Ingram.

El agente Drummond miraba a Genevieve con falsa compasión por encima del triángulo óseo que formaban sus dedos. Sus manos eran de una largura inusual, con una tersa lámina de piel pálida estirada sobre ellos. Tenía las uñas largas y no las llevaba demasiado limpias. A la vista de sus manos y la largura grasienta de su cabello, era evidente que no era un hombre demasiado preocupado por su aseo personal. Por supuesto, estaba la franja de pelo negro que acicalaba y peinaba a cada lado de la mejilla pero incluso aquello necesitaba un buen recorte. Ya hacía tiempo que Genevieve había dado por supuesto que el policía no tenía ni esposa ni amante, pero hasta que estuvo sentada frente a él en el despacho del director Thomson, consciente con gran incomodidad de su olor desaseado, almizcleño, no se había percatado de que en realidad él no tenía ningún interés en atraer a un miembro del sexo opuesto a los parámetros limitados y poco alentadores de su vida.

—Estoy segura de que se da cuenta, señora Blake, de que la implicación de la acusada en el ataque brutal al señor Ingram y a lord y lady Struthers anula por completo cualquier acuerdo que tenga con el director Thomson referente a su custodia. —El agente Drummond no es que sonriera, pero Genevieve sabía que le producía cierta satisfacción realizar esta afirmación.

—Por lo que yo entiendo, Charlotte no robó nada y tampoco atacó a nadie —argumentó Genevieve—. Puesto que he devuelto los artículos que faltaban y tengo intención de compensar completamente al señor Ingram por cualquier daño que haya sufrido, creo que el asunto está resuelto en gran parte. Por consiguiente no veo la razón de que Charlotte tenga que seguir detenida. Si tienen la bondad de llevarme hasta ella, la acompañaré a casa y me ocuparé del asunto en privado.

—Por desgracia, señora Blake, la situación no es tan sencilla —dijo el director Thomson, quien se rascaba la barba nerviosamente.

No daba una buena imagen al gobernador que uno de los niños que él había confiado apenas hace un año a la tutela de Genevieve cometiera un delito grave contra tres de los ciudadanos más influyentes e íntegros de Inveraray. Si se añadía este incidente a la reciente fuga de lord Redmond de su prisión, el director Thomson tenía claro que no tardaría en ser convocado de forma inminente ante la junta de la prisión para dar explicaciones de sus extravagantes fallos. Comprendía que en este momento era crucial que les demostrara a todos ellos que se había percatado de la gravedad de aquellos deslices y que tomaba las medidas pertinentes para que aquello no volviera a suceder.

—La pandilla de ladrones que asaltó la tienda del señor Ingrain robo joyas extremadamente singulares y de gran valor. Durante el robo, atacaron a dos de los ciudadanos más distinguidos de Inveraray. Lord Struthers nos ha comunicado que su esposa está gravemente traumatizada por el incidente.

La ha examinado el doctor Hayes, quien ha recomendado que haga reposo absoluto y guarde cama al menos durante un mes para que supere la histeria y cualquier otra lesión en su persona.

Genevieve se mordió con fuerza el labio, esforzándose por contener otros comentarios. Jamie le había dicho que había salido disparado accidentalmente contra lady Struthers después de que su marido le hiciera tropezar con el bastón. En opinión de ella,cualquier mujer que pudiera permitirse el lujo de guardar cama durante un mes por caerse de culo tras un encontronazo con un muchacho de ocho años, no tenía suficientes responsabilidades para estar fuera del lecho.

—También está la cuestión de la negativa de la acusada a ayudarme con la investigación, lo cual demuestra claramente la debilidad de sus cualidades morales —añadió el agente Drummond—. Se niega a darme los nombres de sus cómplices, pese a haberle indicado que el juez podría considerar su caso con más indulgencia silo hiciera. Por supuesto, hemos deducido por las descripciones del señor Ingram que los otros niños implicados en este ataque eran sus pupilos, pero sería de ayuda que la muchacha lo confirmara.

Genevieve lo miró con incredulidad.

—¿Está diciendo que espera que Charlotte acuse a sus hermanos y hermanas?

Apretó la mandíbula con desprecio, como si encontrara aquella descripción de los demás niños como sus hermanos a la vez desagradable y ridícula.

—Estoy diciendo que si esta muchacha demostrara tan siquiera un atisbo de remordimiento y accediera a colaborar, estaría más inclinado a creer que existe cierta esperanza de que usted la rehabilite. No obstante, tal y como están las cosas, sólo puedo llegar a la conclusión de que una buena temporada en la prisión y luego en el reformatorio sería la mejor vía para todos los implicados. Aunque he decidido no tramitar ninguna causa contra los otros ladrones, esta muchacha debe servir de ejemplo. La sociedad no se puede permitir dejar delincuentes peligrosos en libertad, que inspiren el miedo y la inquietud entre los ciudadanos sin el castigo debido.

—Estamos hablando de una niña de once años. —La furia de Genevieve se aplaco en cierto modo por el miedo que crecía en ella con gran rapidez—. Difícilmente puede ser una delincuente peligrosa.

—Estamos hablando de una jovencita con un pasado criminal quien, pese a todo lo que usted le ha ofrecido con la mejor intención en su hogar y con un buen ejemplo moral, parece no poder superar sus propios instintos corruptos —contraatacó el agente Drummond—. Como ya le he dicho en otras ocasiones, señora Blake, estas cosas se llevan en la sangre, se transmiten de generación en generación. Por muchos mimos o bienestar que reciban, nada de eso limpiará las almas impuras de los niños que habitan su casa. Es mejor tratarlos con mano dura. Su poca disposición a hacerlo, señora Blake, nos ha llevado al desgraciado incidente sucedido hoy, en el que varios ciudadanos inocentes han sufrido.

—No niego que los niños se han equivocado en lo que han hecho hoy, agente Drummond —reconoció Genevieve, intentando aplacar la actitud implacable del policía reconociéndole cierta razón—. Pero no lo hacían por codicia ni por alguna necesidad inherente de robar. Lo hacían únicamente porque querían ayudarme...

—Sean cuales sean los motivos de la acusada, podrá exponerlos en el momento del juicio —interrumpió el agente Drummond.

—Se llama Charlotte —recalcó Genevieve, luchando por mantener un comportamiento civilizado. Le disgustaba la manera en que el agente Drummond insistía en referirse a Charlotte como si careciera de identidad propia, como si fuera un perro o un cerdo—. Y no creo que pueda pensar que vaya a salir algo bueno del encarcelamiento de una niña de once años en este horrendo lugar y de obligarla a ir ajuicio...

—Por desgracia, señora Blake, no hay otra cosa que podamos hacer. —La voz del director Thomson sonaba pesarosa . Si fuera el primer delito de la muchacha tal vez pudiéramos permitirnos ser un poco más indulgentes. Por desgracia, la muchacha tiene un historial bien documentado de robo: ése fue el motivo de que fuera encerrada en mi prisión la primera vez.

—Era su padre el que robaba —corrigió Genevieve, sintiendo que las tensas hebras de su compostura empezaban a rasgarse—. Obligaba a Charlotte a enseñar su pierna impedida como ardid para distraer a la multitud mientras él les robaba las carteras: una pierna con una malformación por la dura paliza que él mismo le propino en una de sus borracheras.

—No hay duda de que la muchacha ha vivido momentos difíciles —reconoció el director Thomson—. Pero como será consciente, una de las condiciones del acuerdo que firmó con la prisión era que una vez los niños quedan bajo su custodia, no deben violar la ley, en tal caso usted pierde la tutela y el niño debe cumplir toda la pena establecida por nuestro sistema judicial. Sólo si se respeta esta condición puedo garantizar tanto al juzgado como a los ciudadanos de Inveraray que los niños no representaran nuevas amenazas para nuestra sociedad. Charlotte ha violado la ley y por consiguiente yo estoy obligado por nuestro acuerdo a retirarle la custodia y presentar el caso ante el juzgado. Me temo que no hay otra cosa que yo pueda hacer. —Su aspecto decía que le gustaría que fuera de otro modo—. Si pasáramos por alto esta cuestión, los ciudadanos podrían expresar objeciones A mis acuerdos con usted e insistir en que todos los niños que actual mente cumplen el resto de sus condenas bajo su techo regresaran di inmediato al sistema carcelario. Estoy seguro de que lord y lady Struthers serán los primeros en promover esta petición.

Tenía razón, comprendió Genevieve. Una desesperación nauseabunda le comprimió el pecho.

—El juzgado del distrito se reúne dentro de tres días —continua el director Thomson—. En ese momento, podrá presentar sus alegaciones en defensa de la muchacha. Tal vez pueda apelar a la indulgencia del juez.

Tres días. Una eternidad para una niña retenida en una prisión. Pero era suficiente tiempo para que Genevieve intentara que el señor Ingram y lord y lady Struthers se mostraran compasivos hacia Charlotte, y para presentar testimonios a su favor. Si las víctimas estaban dispuestas a ser piadosas, no veía cómo no podría serlo el juez.

Se tragó su miedo y se levantó poco a poco de la silla.

—Me gustaría verla ahora —dijo obligándose a mostrar cierta calma. Debía dar la impresión ante Charlotte de que confiaba en que todo iba a salir bien.

—Por supuesto —el director Thomson se balanceó para levantarse y se sacudió el tejido arrugado del chaleco negro que cubría su prominente vientre —. Yo mismo la acompañaré.

Unas franjas grisáceas de luz caían a través de los estrechos barrotes de las pequeñas ventanas, cubriendo la gélida celda de una envoltura sombría.

Charlotte estaba sentada sobre su cama de madera con la espalda contra la pared. Tenía la pierna lisiada estirada con rigidez ante ella, con el pie apoyado en un orinal volcado. Llevaba el sombrero y el abrigo puestos y había cogido las dos mantas delgadas que la esposa del director le había dado para envolvérselas lo más ajustadas que era posible en un esfuerzo desesperado de mantener el calor. Sabía que tendría que intentar caminar un poco para devolver algo de calor a su carne, pero le dolía la pierna, de modo que por el momento no se sentía capaz. Su miembro tullido siempre empeoraba con el frío o la humedad, o cuando se despertaba por la mañana con la pierna rígida a causa de las horas seguidas de reposo. También le dolía bastante por la noche después de todo el día obligada a arrastrarla tras ella.

No podía recordar que no le hubiera dolido en alguna época, aunque sabía que en algún momento había disfrutado del lujo de estar sana y libre de dolor, ya que no había nacido así. No obstante, el recuerdo de la lesión propiamente dicha se había desvanecido, algo de lo que se alegraba infinitamente. Era la ventaja de ser joven, supuso, aunque había ocasiones en las que se sentía mucho mayor y más cansada de lo que correspondía a una simple niña de once años. Cuando eres niño, un año o dos casi parecen toda una vida. Eso mismo convertía la espera a alcanzar los privilegios de, digamos, los trece años, en casi una eternidad, pero por otro lado tenía la ventaja de embotar al menos algunos de los tormentos y crueldades más hondas del pasado. El recuerdo de la brutalidad de su padre ahora le parecía menos inmediato y aunque los sueños aún la obsesionaban, ya no se despertaba con el corazón acelerado y las sábanas empapadas en una mezcla humillante de orina y sudor.

—¡Deja de mirarme, malvada puta de Satán, o te saco el corazón y lo aplasto con mi mano!

Charlotte miró con inquietud a la mujer con la que compartía la celda.

Margaret MacDuffie era una mujer baja, robusta, de unos cuarenta años, con rostro poco agraciado, masculino, que fruncía bajo un asqueroso pañuelo marrón que llevaba ajustado alrededor de la cabeza. Tenía una nariz grande y deforme que empezaba bastante bien entre sus ojos, pero luego se elevaba formando un bulto tieso que se aplastaba después en una pulpa decaída justo sobre su labio superior. En uno de sus momentos de leve lucidez, Margaret le había dicho a Charlotte que su esposo solía pegarle con regularidad y que le había roto la nariz más veces de las que podía recordar. Esto había provocado una gran compasión en Charlotte, ya que sabía lo que era estar a merced de un hombre que bebía y que hablaba con los puños.

Había intentado imaginar el aspecto de Margaret antes de que su marido empezara a insensibilizarla. Sin duda no podía haber sido siempre la loca de atar que era hoy, en tal caso nunca se habría casado con ella. Era posible que en el pasado Margaret incluso hubiera sido atractiva en cierto sentido, aunque aquello requería un salto imaginativo bastante considerable. Charlotte era lo bastante lista como para saber que la mayoría de matrimonios no se basaban en el amor romántico que Annabelle describía cuando hablaba

extasiada de su madre actriz y del noble escocés que ella afirmaba que era su padre. De cualquier modo, a Charlotte le parecía que cuando dos personas se casaban, aunque no se amaran demasiado, tenían que gustarse el uno al otro al menos un poco. En el caso de Margaret y su esposo, parecía evidente que no se gustaban lo suficiente. Duncan MacDuffie bebía y aporreaba a su mujer casi a diario mientras duró su matrimonio, hasta que una mañana Margaret se negó a tolerar más aquel trato miserable del que era víctima. Aquel día en concreto se levantó antes de que su esposo se despertara. Se lavó la cara y las manos, luego preparó un fuego en la cocina y puso una tetera a hervir. A continuación volvió a la habitación, lo degolló con su propia hoja de afeitar, lo arrastró hasta el granero y dejó que los cerdos se cebaran con él. Una vez se lavó la sangre, se sentó a la mesa de la cocina y disfrutó de una fuerte taza de té, un huevo duro y dos rebanadas gruesas de pan de centeno con mermelada de fresa. Tan sólo era el final que se merecía, le había dicho a Charlotte, como hombre que había sido un cerdo toda su vida, y lo que desde luego no se merecía era que una se quedara sin desayunar por él.

Por desgracia, Margaret no fue capaz de convencer al juez y al jurado que presidían su vista que entendieran su forma de pensar. No obstante, el jurado, en su sabiduría había intuido que Margaret no estaba del todo cabal; tal vez por la manera en la que lloraba tan lastimeramente mientras describía que los pobres cerdos casi se habían muerto al atragantarse con una parte especialmente dura de su marido. La capacidad de Margaret para compenetrarse con el animal y no encontrar nada malo en lo que ella le había hecho a su cónyuge, persuadió al jurado de que debía declararla demente. Aquello le salvó la vida, pero fue condenada a permanecer encerrada para el resto de sus días. Había pasado casi dos años en la cárcel de Inveraray, y su saludable apetito y constitución robusta eran un indicio de que por lo visto pasaría mucho más tiempo allí, aunque estaba previsto su traslado a una prisión en Perth con una sección separada para locos criminales.

—Sé lo que estás pensando —siseo Margaret, estudiando a Charlotte con desconfianza—. Estás pensando en quedarte con mi ración de comida cuando venga el carcelero. Bien, no voy a permitirlo, ¿me oyes? Tengo que ocuparme de la granja cuando salga de aquí, y necesito estar en forma y bien alimentada. Los cerdos me esperan concluyó, con gesto feliz de asentimiento.

Charlotte se ajustó mejor las mantas y hundió la barbilla en el pecho, si hacerle caso. Era mejor no hacer caso a Margaret cuando desvariaba o decía disparates. Charlotte había aprendido que contestarle la agitaba aún más.

Oyó pasos aproximándose por el pasillo y el sonido de pesadas llaves. La pálida luz temblorosa de una vela se filtro en la oscura celda cuando la puerta se abrió ruidosamente.

—¡Genevieve! —gritó Charlotte, casi tropezando con el orinal en su precipitación por levantarse.

Genevieve atravesó rápidamente la habitación y abrazó con fuerza a su temblorosa niña.

—Charlotte, amor mío —susurró, besándolo en lo alto de la cabeza antes de apretar la mejilla contra el suave cabello de Charlotte—. ¿Estás bien?

—Sí. —Enterró el rostro en el calor tranquilizador del manto de Genevieve, que olía a jabón y canela—. ¿Podemos irnos ahora a casa?

Genevieve tragó con dificultad. Quería decir, «Por supuesto que sí», y darse media vuelta y sacar a Charlotte de la oscura y fría cámara, lejos de aquella extraña mujer acuclillada en un rincón, quien la miraba con fascinación inquietante. Quería pasar veloz junto al carcelero Sims, quien observaba cómo abrazaba a su hija con evidente desdén, y junto al director Thomson, con quien estaba inexplicablemente enfadada, pese a que comprendía que se había encontrado ante una situación imposible. Quería llevarse a casa a Charlotte, ocuparse personalmente de que tomara un baño relajante para lavar su miedo y la inmundicia de este lugar, y luego mandarla a dormir con una bandeja repleta de todas las especialidades de Eunice. Y mañana por la mañana, permitiría a Charlotte descansar todo lo que quisiera, y luego se reuniría con el resto de la familia junto al fuego en el salón y les, contaría su terrible experiencia, y todos ellos la abrazarían y le dirían lo buena, fuerte y valiente que había sido al soportar algo tan horrible.

En vez de ello, abrazó a su niña con fuerza, le acarició el pelo mientras pensaba desesperadamente qué iba a decirle.

—Las dejo para la visita —dijo el director Thomson dejando la vela sobre un pequeño banco de madera. Se acarició la áspera barba un momento antes de añadir—: Puede quedarse el tiempo que desee, señora Blake—. Parecía que al menos intentaba ser complaciente—. Llame a Sims cuando esté lista para irse.

—¿Dónde está mi cena? —chilló Margaret, arremetiendo contra la puerta como un animal salvaje y aporreándola con los puños—. Quiero mis gachas! No me las arrebatarás, hijo de perra codicioso. Las tendré aunque tenga que matarte antes, ¿me oyes? ¡Los cerdos me están esperando, Sims, y te esperan a ti, también, a menos que me traigas mi puñetera cena!

Charlotte enterró el rostro aún más en el manto de Genevieve, en un intento de perderse en su cálido cobijo.

—Sentémonos aquí —dijo Gevenieve, dirigiendo a Charlotte hacia la cama de madera—. Ahí, así —dijo mientras la apoyaba en su brazo doblado para acunarla y darle un beso en la frente—. Así está mejor.

—Así está mejor, así está mejor —repitió socarrona Margaret, correteando hasta su rincón.

—No voy a ir a casa, ¿verdad que no? —El rostro de Charlotte es taba pálido cuando alzó la mirada.

El corazón de Genevieve se encogió.

—Todavía no —contestó con suavidad—. Me temo que vas a tener que quedarte aquí unos pocos días, pero vendré a visitarte tanto como pueda, y encontraremos la manera de acelerar las cosas. Tenemos que esperar a la siguiente sesión del Tribunal del Distrito. Entonces podremos hablar con el juez y hacerle comprender qué terrible malentendido es todo esto. Una vez comprenda cuánto lamentas lo sucedido en la tienda del señor Ingram, podré llevarte a casa y todo irá bien.

—Yo también me voy a casa —dijo Margaret, colocándose el pañuelo grasiento alrededor de la cabeza y volviéndoselo a sacar—. Mis cerdos me esperan.

Charlotte tembló.

—Ya me presenté ante el juez Trotter en otra ocasión, y me condenó a prisión y al reformatorio.

—Eso sucedió porque creía que no tenías ningún sitio adonde ir —la voz de Genevieve era tranquilizadora—. Después de que le explique que ahora vives conmigo y que, a excepción de este desgraciado incidente, tu conducta ha sido totalmente intachable, estoy segura de que entenderá que lo mejor para todo el mundo es que vuelvas a casa.

—A casa, a casa, a casa —canturreo Margaret antes de estallar en risas.

Genevieve estrechó aún más a Charlotte.

—También voy a hablar con el señor Ingram para ver si puedo convencerle para que sea tan amable de hablar en tu favor.

—No creo que esté dispuesto a decir nada bueno sobre mí —reflexionó Charlotte con seriedad. —Estaba como loco después de que Annabelle le rompiera el cuadro encima de la cabeza. Grace y yo tuvimos que echarle un mantel encima para impedir que la agarrara, y eso acabó de enfadarlo aún más.

—Una vez haya tenido un poco de tiempo para calmarse y considerar la situación, tal vez vea las cosas de forma diferente —explicó Genevieve, aunque temía que la posibilidad era remota—. En cualquier caso, no tienes que preocuparte. Sólo quiero que intentes comer, que procures mantenerte caliente y pensar en que todo esto habrá acabado en pocos días. Cuando vuelva mañana, te traeré unos libros y algo de comida, y tendremos una buena y larga visita.

La alarma llameó en los ojos de Charlotte.

—No irás a marcharte ahora, ¿verdad que no?

—No —contestó Genevieve, dándole un apretón confortador—. Me quedaré todo el tiempo que quieras.

Charlotte se relajó un poco y se acomodó contra Genevieve una vez más.

—¿Están todos los demás en casa?

—Todo el mundo está bien. Por supuesto, se preocuparon terriblemente cuando se percataron de lo que había sucedido. Tus hermanos y hermanas entraron estrepitosamente por la puerta como una manada de elefantes enloquecidos, soltando barro y nieve sobre el suelo recién fregado de Doreen.

Charlotte consiguió esbozar una lánguida sonrisa.

—Eso sí que habrá enfadado a Doreen.

—Creo que estaba más mortificada por el hecho de que te hubieran arrestado que por un poco de barro mojado sobre su suelo recién fregado. El pobre Jack estaba especialmente agitado por todo. Quería venir aquí y ofrecerse al director Thomson en intercambio por tu liberación. Oliver casi tiene que encadenarlo a la cocina para que no lo hiciera.

—Oh, no debes permitir que haga eso, Genevieve —Charlotte la miró con ojos suplicantes—. Sé que él se cree capaz de aguantar la prisión mejor que yo, pero es mucho más probable que Jack enfade al carcelero o al director, y entonces podrán azotarle sin excusas. Al menos a mí no me azotarán porque soy una chica.

Genevieve miró a Charlotte llena de sorpresa. ¿Cuándo se habría desarrollado ese vínculo especial, desinteresado, entre Charlotte y Jack, se preguntó, y por qué no lo habría detectado antes? Charlotte,: era una niña muy amable, reservada, típicamente cautelosa con la gen—. te nueva. Y Jack era un joven airoso, indiferente, receloso, que parecía decidido a no sentir nada

por nadie, mucho menos permitir que alguien interfiriera en su independencia que con tanto celo guardada. Y aun así, ahí estaban los dos, aparentemente decididos a sacrificarse el uno por el otro.

—No voy a permitírselo —la tranquilizó Genevieve, sintiendo cierto asombro ante la actitud protectora que estos dos niños maltratados podían mostrar entre sí—. Le hice comprender que podía considerarse muy afortunado si el agente Drummond no lo arrestaba también a él, y, que en ese caso, entonces yo tendría a los dos aquí para preocuparme.

La mirada de Charlotte se ensombreció a causa del arrepentimiento.

—Lamento lo que hice, Genevieve. Es sólo que Simon te oyó decir que el banco iba a quedarse con la casa, y entonces todos estaríamos en la calle. Ninguno de nosotros quería que sucediera algo así. Pensamos que podríamos encontrar dinero suficiente para pagar al banco, y así ya no tendrías que preocuparte más.

—No quiero que te preocupes por eso, Charlotte. Encontraré la manera de pagar al banco, y nadie os apartará de mí, ni a ti, ni a ninguno de tus hermanos y hermanas. ¿Lo entiendes?

Charlotte hizo un gesto de asentimiento.

—Bien. Ahora quiero que te eches e intentes dormir.

Ayudó a Charlotte a subir su pierna sobre los duros listones de la cama, luego arregló las delgadas mantas sobre ella. Volvió a sentarse una vez más y colocó la cabeza de Charlotte sobre su regazo. Entonces empezó a canturrear con voz suave, arrulladora, mientras le acariciaba con cariño la mejilla.

—Cántame —suplicó Margaret, quien observaba desde su rincón—. Canta, canta, canta.

—Si quieres que te cante, entonces debes echarte en silencio en la cama y prometer que no gritarás a Charlotte ni la asustarás —explicó Genevieve—. ¿Serás capaz?

Margaret se encaramó obedientemente sobre la cama y cerró lo ojos.

—Canta, canta, canta —suplicó en voz baja.

Genevieve continuó acariciando la mejilla de Charlotte y empezó a cantar de nuevo, y no se detuvo hasta que la vela se consumió y, en la austera y pequeña calda, las dos prisioneras se perdieron en el efímero santuario del sueño.

Haydon recorría los confines del salón como una bestia enjaulada.

Nunca debería haber permitido que Genevieve fuera a la prisión sin él, se repetía con furia. Era cierto que entrañaba peligro, pero la amenaza de que lo descubrieran y lo devolvieran a la celda habría sido mucho mejor que esta maldita espera interminable. Ya llevaba horas fuera y las calles estaban oscuras como boca de lobo. Había necesitado todo su autocontrol para no salir a buscarla. El hecho de que no hubiera regresado de inmediato con Charlotte sólo podía significar que el hijo de perra de Drummond o quien hubiera sido responsable de su arresto se había negado a soltar a la aterrorizada niña. Haydon podía imaginarse el horror de Genevieve al darse cuenta de que uno de sus niños iba a quedarse retenido en la inmundicia de la cárcel. Probablemente habría decidido quedarse con Charlotte para intentar calmar los temores de la pobre niña. Tal vez incluso planeaba quedarse con ella toda la noche o hasta que el gobernador Thomson la sacara a rastras de la celda de Charlotte. Sería típico de ella hacer algo así. Genevieve MacPhail

no era una mujer que abandonara fácilmente a un niño si sabía que se hallaba en una situación de peligro. Su determinación a la hora de ayudar a los demás era un rasgo que él había respetado y admirado desde el primer momento en que la vio de pie en su celda.

Deseo haber demostrado la misma determinación indomable con Emmaline.

Maldijo y yació lo que quedaba de su whisky. Gracias a Dios, Oliver guardaba una botella en su habitación «para uso medicinal». Después de ver a Haydon recorrer inquieto el salón durante casi una hora, el viejo había sugerido que tal vez le hiciera falta un pequeño trago para calmarse un poco. Haydon llevaba ya bebida más de media botella y aún no sentía la menor calma. En todo caso, la necesidad de pasar a la acción ardía como un fuego en sus entrañas. Si Genevieve había decidido pasar la noche en la cárcel, debería haberle mandado un aviso para que no se preocupara, decidió con furia. ¿Cómo podía mantener la calma con Charlotte en la cárcel y Genevieve vagando por las calles de Inveraray a solas en la oscuridad? A estas horas las calles estaban plagadas de todo tipo de escoria depravada, un hecho que él podía testificar bien. Según sus cálculos, ella había iniciado el regreso a casa hacía horas, y de camino había sido atacada o secuestrada.

Dejó la copa en la mesa con un golpe y se fue a zancadas hacia la puerta, decidido a buscarla.

Antes de alcanzarla, una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió lentamente. El alivio le invadió al ver a Genevieve de pie ante él, con el rostro ensombrecido por el ala de su sombrero y la mortecina luz que se vertía desde la única lámpara que ardía en el vestíbulo. Paradójicamente, percatarse de que estaba sana y salva desató toda la cólera que ardía en su interior.

—En nombre de Dios, ¿dónde ha estado?

Su voz la alcanzó como un látigo. Ella ni siquiera se estremeció, sólo alzó levemente la cabeza hasta que el óvalo pequeño y pálido de su rostro quedó expuesto a la tenue luz.

—Se negaron a soltarla —murmuró con un hilillo de voz en medio de la quietud de la noche—. La han encerrado en una celda con una loca asesina que grita y parlotea constantemente. Tienen intención de retenerla allí tres días hasta el momento en que la lleven ajuicio. Fui a suplicar al señor Ingram que hablara a favor de ella, pero se ha negado. Ha dicho que Charlotte tiene que servir de ejemplo para todos los indeseables de nuestra sociedad. Luego me he tragado el orgullo y he ido a ver a Charles, para rogarle que contratara a un buen abogado que nos representara. Y ha dicho que era cosa de mi marido pagar los gastos de mis mocosos, y que yo había hecho mi elección el día que decidí quedarme con el hijo de una fulana en vez de casarme con él. Ha dicho que siempre había sabido que mi vida acabaría en desastre. Sabe lo del banco, fíjese, sabe que corro serio peligro no sólo de perder la casa, sino también de perder a los niños. Y no le importa. Cree que es lo que me merezco.

Llevaba el dolor grabado con inquietante belleza en sus delicados rasgos. Haydon se revolvió de rabia por la crueldad de Charles, pero en aquel momento era el sufrimiento de Genevieve lo que más importaba. Avergonzado por haberle hablado con tal brusquedad, desarmado por su propia incapacidad de permanecer a su lado y ayudarla a soportar todo lo que había sufrido aquella noche, se quedó allí clavado.

Y luego, sin saber qué otra cosa hacer, le tendió los brazos.

Durante un largo momento ninguno de los dos se movió. El aire entre ellos permaneció helado, suspendido en el miedo, el dolor y la necesidad. Puedo soportar esto sola, pensó Genevieve, agarrándose desesperadamente a los últimos vestigios de su compostura. He soportado cosas peores. Pero no podía recordar haberse sentido tan perdida, tan agobiada por la responsabilidad de salvar a Charlotte del destino que se cernía sobre ella y el resto de niños. Estaba perdiendo el control, podía notarlo, y sabía que cuando esto sucediera, todo habría acabado. Por lo tanto, allí estaba, completamente quieta, sintiéndose a punto de desmoronarse, temiendo que si se movía, o hablaba, o hacía el menor gesto, la fachada de esforzada independencia, construida tan escrupulosamente se vendría abajo.

Haydon observó la batalla que ella libraba con sus emociones. No había sido su intención abrumarla aún más. Sólo pensar que aparentemente lo había hecho le dolía más que su obvio rechazo de él. Bajó los brazos.

Y entonces Genevieve sucumbió al llanto y se arrojó hacia él, hundiendo la frente contra su pecho mientras estallaba en sollozos de angustia.

La estrechó entre sus brazos, envolviéndola con su fuerza.

—Tranquila, Genevieve —le dijo, con voz grave y segura mientras la abrazaba con firmeza—. Todo va a salir bien.

No tenía ningún motivo para hacer una afirmación así, pero continuó murmurándolo una y otra vez, calmándola como haría con un niño pequeño. La condujo hasta el salón y cerró las puertas para que nadie más en la casa la oyera llorar, pues sabía que el hecho de que los otros niños fueran testigos de aquello sólo serviría para aumentar su aflicción. Le quitó con delicadeza el sombrero y la capa, que estaban fríos y empapados por la nieve, y luego la sentó en el sofá que había delante del fuego. Su carne estaba helada, como si el miedo y el cansancio, de todas las horas pasadas en la cárcel y de discutir con Ingram y con Charles le hubieran arrebatado el calor a la sangre. Se acercó al hogar y arrojó dos leños al fuego, luego sopló las brasas, avivando rápidamente las llamas. Tras regresar a su lado, la colocó de nuevo entre sus brazos, deseando en vano poder borrar de algún modo todas las cosas terribles por las que había pasado.

—Contrataremos a un abogado sin la ayuda de Charles —empezó a decir con firmeza, acariciando mientras hablaba la suave seda de su pálido pelo.

—No podemos permitirnos contratar a un abogado —sollozó Genevieve— y los que facilita el juzgado para quienes carecen de medios esperan que los niños que ellos defienden acaben en la cárcel. Encarcelan a niños de ocho años por coger una manzana verde con la que llenar la tripa o un par de viejas medias con la que calentarse los pies desnudos y con ampollas. Y luego los envían al reformatorio, donde los obligan a trabajar, y pasan hambre y los golpean y sólo aprenden más sobre violencia y robo. Pero a nadie le importa su destino, mientras no mancillen las calles y amenacen el precioso bienestar de los: ciudadanos buenos e íntegros como lord y lady Struthers. —Su tono era de amargo escarnio.

—No es el caso de Charlotte —argumentó Haydon—. Tiene un buen hogar y una madre que la quiere y se preocupa por ella... y además está la cuestión de su pierna lisiada. Sin duda el juez mostrará un poco de compasión y comprenderá que es mucho mejor para Charlotte regresar aquí que a la cárcel.

—El juez Trotter va a presidir el tribunal ese día y a ha condena do a Charlotte con anterioridad —le informó Genevieve—. Sólo tenía diez años entonces y había sido arrestada junto con su padre por robar. El bruto borracho solía obligarla a dejarse ver renqueante y le levantaba la falda para enseñar su pierna lisiada y pedir dinero a la gente. Y mientras la gente sacudía la cabeza con falsa compasión y se arremolinaba en torno a ella con cruel fascinación, su padre se deslizaba entre ellos y les limpiaba los bolsillos.

—¿Dónde está ahora su padre?

—Fue condenado a cuatro años de cárcel, que está cumpliendo en Perth. Y por el delito de ser víctima de la codicia y violencia de su propio padre, a Charlotte la enviaron a cumplir cuarenta días de prisión, a los que seguirían tres años de reformatorio. —Su voz sonó irregular al acabar—. ¿Cómo podemos esperar compasión de un juez que pudo ser tan cruel?

Haydon no dijo nada. Se había quedado atónito al enterarse de que un juez podía imponer una sentencia tan dura a una niña que obviamente estaba a merced de un padre que abusaba de ella. Por otro lado, cabía la posibilidad de que el juez Trotter hubiera dictaminado aquello convencido de que era lo mejor para la niña. Al menos en la prisión y en el reformatorio tendría un techo sobre su cabeza y tres comidas al día, por escasas y difíciles de digerir que fueran.

—Pero Charlotte vino a vivir a esta casa antes de que la enviaran al reformatorio —dedujo.

Ella asintió.

—Con los años había llegado a un acuerdo con el director Thomson, y el juzgado siempre lo había aceptado. Él me avisa cuando en la prisión hay un niño sin padres ni familia dispuestos a intervenir en su favor. Siempre que el niño no sea culpable de un delito violento, ha permitido que yo asumiera la custodia.

Haydon pensó en lo ansioso que el director Thomson se había mostrado por que Genevieve sacara a Jack de la prisión.

—¿Y que beneficio saca el director Thomson de este acuerdo?

—Le pago una cantidad por las molestias.

—Quiere decir un soborno.

Suspiró.

—Supongo que podría llamársele así. Yo firmo un acuerdo en el que asumo toda responsabilidad sobre el niño durante el resto de su sentencia. El documento estipula que si el niño viola la ley o se escapa mientras se encuentre bajo mi custodia, nuestro acuerdo quedará invalidado y el niño tendrá que regresar a la cárcel para cumplir todo el período de la condena original. El director Thomson dijo que ése era el motivo de que él y el agente Drummond no pudieran soltar a Charlotte. Teme que haya un clamor popular porque todo el mundo sabe que Charlotte ha violado los términos de nuestro acuerdo.

—Lo más probable es que tema que haya una investigación y que alguien pueda descubrir que, en realidad, ha estado vendiéndole estos niños —reflexionó Haydon.

—De cualquier modo, Charlotte se encuentra temblando sobre una dura cama de madera esta noche, y yo no puedo hacer nada para salvarla. —

Más lágrimas brotaron de sus ojos—. Le he fallado —susurró con voz desgarrada.

—No, Genevieve, no le ha fallado. —Apoyó sus manos en su delgados hombros, obligándola a mirarle—. Desde el momento en que la sacó de la prisión, le ha dado un hogar caliente, comida decente y una familia amorosa. Aunque no se dé cuenta, al hacerlo, le ha regalado a Charlotte algo que antes no tenía: le ha dado esperanza. También ha mostrado con su propio ejemplo que las mujeres pueden ser fuertes y perseverantes, lo cual la ayudará a sobrellevar los próximos días.

—¿Y qué me dice de los próximos años? Charlotte no podrá soportar las durezas y crueldades que le obligarán a padecer en el reformatorio...

—Esta noche no ha encontrado respuesta a sus súplicas para que la liberen, pero el asunto aún no está zanjado juro Haydon—. Si no podemos costeamos un abogado decente, entonces al menos ayudaremos en la preparación de la defensa de Charlotte al que nos proporcione el juzgado. Demostraremos a la corte que hasta este incidente, Charlotte había sido un modelo de dulzura y comportamiento lícito. Aunque tenemos que tener cuidado en no implicar a los demás niños, aduciré que el papel de Charlotte en este incidente fue en realidad muy pequeño, y que se trata de un asunto que deberían remediar sus padres. También alegare que la sociedad no se beneficiará de que la manden a prisión, algo que costará dinero público y pondrá en peligro cualquier esperanza de futuro para ella. Por consiguiente, el dictamen más sensato será que regrese a su casa, donde le enseñarán el error de sus maneras y la disciplinarán de forma conveniente.

Genevieve le observó a través de un velo de lágrimas.

—No puede acompañarme al juicio, Haydon. Alguien podría reconocerle allí.

—Correré ese riesgo —respondió él de forma categórica—. Como su nuevo esposo y padrastro de Charlotte, es posible que el Tribunal del Distrito esté dispuesto a escucharme: como mínimo, por curiosidad morbosa de oír lo que yo tenga que decir. A mí me acusaron de asesinato, de modo que tuve que comparecer ante el tribunal jurisdiccional que , más importante, creo aquí sólo se reúne dos veces al año. Aunque exista la posibilidad de que algunos miembros del Juzgado del Distrito local estuvieran presente en esas sesiones, puedo asegurarle que entre las palizas, mi enfermedad, el uniforme de prisión y mi estado descuidado, mi aspecto era muy diferente al del hombre que ahora tiene delante. Además, no hablé en mi defensa, por sugerencia de mi abogado, que pensaba que lo más probable era que yo suscitara el antagonismo del jurado en vez de atraer sus simpatías. Por consiguiente, no hay riesgo de que alguien presente en la sala me oyera hablar.

—Pero...

—El asunto está decidido, Genevieve. —Haydon sonaba concluyente—. No tengo intención de dejarle ir sola a ese juzgado. Nos ocuparemos de este asunto juntos y conseguiremos que Charlotte regrese a casa sana y salva. ¿Está claro?

La vacilante luz de la chimenea tallaba el rostro de Haydon creando violentos contrastes, una áspera escultura de sombras y luz. Las líneas entre sus oscuras cejas eran profundas, igual que las que arrugaban su frente y formaban una maraña en la piel situada bajo los ojos. Allí había dolor y una emoción aún sensible que la sorprendió, ya que, aunque no era la primera vez que percibía el afecto que Haydon le había cogido a Charlotte, no espera-

ba que sintiera tal angustia por una niña que conocía desde hacía apenas una semana.

Mientras lo observaba, de pronto percibió que él estaba reaccionando a algo que había sucedido tiempo atrás, mucho antes de venir a Inveraray. Algo que lo había herido profundamente. Desconocía tantas cosas de él. No obstante, en aquel momento de silencio, a la luz del fuego, sintió que lo conocía mejor de lo que tal vez él se entendía a sí mismo. Sintió ganas de llevar su mano a la mejilla de él y notar su calor bajo la palma, recorrer con los dedos la oscura barba crecida que oscurecía su mandíbula, inclinarse hacia él y sentir su aliento cálido sobre su propia piel, igual que lo había sentido durante aquellas largas noches en las que le pertenecía sólo a ella.

Incapaz de contenerse, se apoyó en él y pegó su boca a los labios de Haydon.

El deseo domino el cuerpo de él de forma instantánea. Era sólo un pequeño beso vacilante, así lo entendía, la presión inexperta de una boca sobre otra, pero no era capaz de recordar que un contacto tan simple lo hubiera excitado tanto. Por supuesto que Genevieve había provocado una pasión extrema en él durante las largas horas en que ella lo había cuidado y bañado, calmando cada centímetro de su cuerpo dolorido con sus diestras caricias y manos de suavidad insoportable. Ahora le dolía todo el cuerpo, pero a causa de la necesidad estricta de que lo volviera a tocar, de que lo acariciara, lo masajeara y lo agarrara, no con suavidad, sino con ansia desesperada y agónica. Luchó por controlarse, se esforzó por soportar la dulce fricción de su boca, el aroma limpio de su pelo y el roce de sus dedos como plumas contra su mandíbula apretada. Si se apartara tal vez fuera capaz, quizá pudiera mantener aquel control tenaz que se había impuesto cada vez que la veía, o pensaba en ella, o inhalaba la fragancia que ella conservaba del verano cada vez que salía de la habitación. Pero ella no se apartó. En vez de hacerlo, aumentó la presión de sus labios como si intentara suscitar una respuesta en él y no estuviera del todo segura de cómo desenvolverse.

Con la incertidumbre frágil de una mujer que nunca había sido besada adecuadamente, separó los labios muy levemente, invitándolo a saborearla.

Haydon gimió y apretó su boca contra la de ella, envolviéndola con sus poderosos brazos para atraerla un poco más.

Hundió sus manos en el oro rojizo de su pelo, tiró de sus horquillas hasta que la pesada melena se vertió como seda líquida sobre sus ásperas palmas. Recorrió con sus labios el coral de sus labios y luego se deslizó hacia el interior, saboreándolo profundamente mientras sus manos surcaban la curva elegante de su mandíbula, la fina seda de su mejilla, la columna delgada de su garganta. Para deleite de Haydon, ella no se resistió, sino que gimió y le agarró la nuca, atrayéndolo aún más mientras se encendía también su deseo.

Su vestido gris pizarra era un modelo de botonadura remilgada, barato, sin adornos y bastante gastado. No obstante, mientras Haydon tomaba la suave prominencia de sus pechos entre sus manos, pensó que era la moda más misteriosa y erótica que había conocido jamás. Soltó uno a uno los diminutos botones negros hasta que finalmente quedó expuesta la extensión cremosa de sus pechos, apenas disimulados por el tejido transparente de su camisola. Excitado por la ligerísima barrera de lino que separaba su áspera piel de la de ella, enredó su lengua en la de Genevieve mientras su mano se perdía sobre los exuberantes senos. Fue dejando un rastro hambriento de

besos a lo largo del pulso de su garganta y sobre la estructura delicada de su clavícula para luego descender por el valle inferior. La camisola era floja y se hundía en una escotada medialuna que permitía deslizar la prenda sobre su piel con apenas un suspiro, liberando la belleza de sus pechos bajo la cambiante luz cobriza del fuego.

Genevieve sintió que se fundía, como si su piel, carne y huesos se hubieran transformado en miel derretida. Quería saborear de nuevo la boca de Haydon, hacer girar su lengua en torno a aquella humedad y aquel calor con aroma a whisky y sentir el grave murmullo de su gemido contra ella mientras reclamaba su cuerpo con sus manos. Intentó que volviera a acercar su boca una vez más, pero él estaba entregado a sus besos, describiendo círculos sobre su piel estremecida, propagando llamas por ella con sus escurridizas y pequeñas caricias. Y de pronto pegó su boca a un pezón y empezó a succionar, provocando una profunda sacudida de placer en todo su cuerpo. Con un jadeo, Genevieve entretejió sus manos en el pelo de él, ladeando su cabeza hacia atrás al tiempo que lo sostenía contra su pecho y se le ofrecía sin vergüenza alguna. Sentía que su pezón se comprimía formando un capullo terso de pura sensación, y justo cuando pensaba que no podría soportar más, él se apartó y movió su lengua sobre el otro pecho, lamiendo y succionando hasta que ambos pechos se hincharon dolientes de placer.

Haydon la colocó contra los cojines del sofá y continuó adorándola, dibujando un rastro de besos entre los pechos y la boca, mientras sus manos se adentraban entre las amplias capas de miriñaque acolchado y las faldas que arropaban vientre, caderas y muslos. De pronto formo círculos con sus dedos en torno a su tobillo, luego continuó hacia arriba a lo largo de la fina lana de sus medias, rozando apenas la pantorrilla cuando encontró el borde de sus calzas. Y hacia arriba continuó con veloz certidumbre, hasta colarlos en la abertura de sus prendas interiores para empezar a acariciar el aterciopelado montículo situado entre los muslos.

Genevieve soltó un jadeo, pero sólo sirvió para que Haydon la besara aún más profundamente mientras acariciaba su triángulo íntimo, despertándolo a un sinnúmero de sensaciones gloriosas. Un placer ardiente, oscuro, floreció dentro de ella, y cuando él desplazó el dedo a lo largo de la hendidura de su condición de mujer, la encontró húmeda. Introdujo fácilmente el dedo, importunándola y excitándola mientras la devoraba con la boca. La erección de él se apretaba contra su cuerpo, y Genevieve hizo un intentona de ponerle la mano encima. El gimió e introdujo el dedo aún más adentro, sorprendiéndola, excitándola, llenando aquel vacío terrible que había empezado a palpitar desde el mismísimo centro de su cuerpo. Entraba y salía sin dejar de lamer un pecho y otro. Formaba círculos rápidos sobre sus pétalos melosos antes de deslizarse más adentro una vez más. Alteró el ritmo y el tacto, jugando con ella, persuadiéndola, disolviendo su conciencia hasta que no quedó nada más que una ola de placer creciente que se condensaba e intensificaba hasta que no pudo moverse, no pudo pensar, únicamente fue capaz de tomar mínimos sorbos de aire.

Olvidando su recato, cogió su erección a través de la lana de sus pantalones y movió sin parar la mano arriba y abajo; quería torturarlo como él la estaba torturando. Pero era imposible concentrarse en lo que estaba haciendo ya que las sensaciones que se inflamaban en su interior cada vez eran más ardientes, más profundas y palpitantes, hasta que estuvo segura de no poder soportar más. Y entonces se descompuso en un millar de pedazos cen-

telleantes y gritó, un grito de éxtasis y deslumbramiento, y Haydon apretó su boca contra la de ella y la abrazó con fuerza.

Requirió todo su autocontrol no penetrarla allí mismo en el sofá, con los pechos rebosando lujuriosamente sobre el escote de su vestido de solterona y los volantes de sus faldas revueltos en un desorden espumoso en torno a sus muslos y caderas. Genevieve había encendido el deseo que tanto tiempo llevaba latente dentro de él, y quería saciarlo, en aquel mismo momento, deprisa, antes de que las llamas de su pasión se aplacaran.

No tenía ningún derecho a ella, se recordó.

Era inocente y pura, una mujer que había dedicado su vida a salvar a niños perdidos de un mundo deprimente e implacable. ¿Qué podía ella querer de un desalmado egoísta como él, que había desaprovechado la mayor parte de su vida en una orgía embriagada de placer juego, borracheras y lujuria? Había permitido descuidadamente que la fortuna de la familia menguara hasta menos de la mitad de lo que había heredado inicialmente de su serio y responsable hermano. Había tenido el atrevimiento de mantener relaciones con una mujer casada y había procreado a una hija no deseada que fue condenada a una vida de soledad y miseria, hasta que finalmente decidió que no podía soportar más las crueldades de este mundo. Ahora huía de la ley, acusado de asesinar a un hombre al que de hecho había matado —si bien era cierto que en defensa propia—, temeroso de que alguien descubriera su identidad, sin un solo penique para comida o un techo. En medio de una situación tan atroz, estaba violando egoístamente a la mujer que se había jugado todo su mundo por intentar ayudarlo.

Se detestó a sí mismo y se dio la vuelta apartándose de ella. Se puso en pie y empezó a estirarse la ropa, mirando con aire taciturno el fuego de la chimenea.

Genevieve empezó a recuperar el juicio. Su carne ardorosa de pronto se enfrió. Su desnudez la conmociono una vez que el abrigo del poderoso cuerpo de Haydon estirado sobre ella hubo desaparecido. Mortificada, se levantó del sofá y se bajó las faldas antes de empezar a abotonarse con torpeza el corpiño abierto de su vestido.

—Perdóneme —dijo Haydon con tirantez—. No debería haberla tocado.

¿Qué podía decir a aquello?, se preguntó con desdicha. Obviamente estaba intentando no herirla, ya que no podía haber olvidado que era ella quien lo había besado. Pero nunca se hubiera imaginado que un beso sencillo, tierno, pudiera estallar en tal frenesí de ardor y deseo, de querer tocar y saborear, de explorar y satisfacer las sensaciones profundas que habían brotado en su cuerpo con tan glorioso desenfreno. Ningún beso compartido con Charles había explotado en un torbellino tan ansioso e imparable de deseo erótico. Y aunque su piel ahora estaba fría después de que Haydon la abandonara, a ella y su propia vergüenza, la zona situada entre sus piernas continuaba misteriosamente húmeda, anhelaba aún más.

—Tengo que irme —consiguió decir, casi inaudible, deseando que el suelo se abriera y la tragara por entero. Y entonces, sin que su educación y urbanidad inculcadas de modo irrevocable le permitieran otra cosa, añadió torpemente—. Buenas noches, lord Redmond.

Haydon cerró los ojos y oyó la puerta cerrarse tras ella, dolorosamente consciente de su fragancia estival a limón en el aire, en su ropas, en su piel.

No volvería a tocarla, juró con furia. Ya había destruido una vida inocente al dejarse llevar por la antorcha de su lujuria y preferiría arder en el infierno antes que volver a hacerlo.

Capítulo 8

El juzgado de Inveraray era un edificio de elegante sobriedad, construido con bloques de piedra amarillenta cortados con precisión. Finalizado en mil ochocientos doce, había sido diseñado por el arquitecto James Gillespie Graham, quien había sido lo bastante sensible como para comprender que los hombres que se veían encerrados en una sala de juicios con la onerosa responsabilidad de dispensar justicia durante todo el día seguramente apreciarían un poco de luz y aire. Por consiguiente, varias ventanas de amplios cristales llenaban la relativamente espaciosa sala del tribunal bien de alegría inspiradora o bien de pesimismo opresivo, según el tiempo que hiciera.

El frío día de diciembre en que iba a celebrarse el juicio de Charlotte, una grueso manto gris de nubes bloqueaba eficazmente cualquier esperanza de luz solar. Esto dejaba la sala oscura y gélida a la vez, y obligaba a juez, abogados y funcionarios a envolverse con capas adicionales de ropa debajo de sus túnicas negras. Con sus amarilleadas pelucas de tirabuzones sostenidas precariamente sobre sus cabezas y sus arrugadas túnicas hinchadas en torno a ellos, parecían una bandada de patos aburridos, cebados, listos para ser desplumados y asados en un espetón, pensó Genevieve.

—...y desde ese día terrible no he tenido un momento de tranquilidad, ni en mi tienda, ni en la calle, ni tan siquiera en la cama por la noche —lloriqueó el señor Ingram lastimeramente—. Esos rufianes me golpearon tan duramente que padezco un sufrimiento constante. El médico me ha dicho que tendré que soportarlo el resto de mi vida. —Se frotó su canosa cabeza y dio un respingo, como si en ese mismo momento se viera aquejado de dolor. Luego dedicó una mirada acongojada al juez.

—Gracias, señor Ingram —dijo el señor Fenton. El fiscal era un hombre demacrado con una nariz afilada como un pico, bajo la cual lucía un enorme bigote rojo gamba—. Puede retirarse.

El señor Ingram se fue cojeando con mucha exageración, hasta llegar lo más lenta y rígidamente que pudo a su asiento en los duros bancos de madera donde se sentaba el público. Genevieve sintió una necesidad casi irrefrenable de gritar «¡fuego»! y ver entonces lo rápido que el señor Ingram era capaz de huir fuera de los confines de este edificio. Cuando tres días antes hacía acudido a visitarlo, había sacudido los brazos con vigor atlético mientras se abría paso por su tienda señalando los desperfectos sufridos. Su actuales dificultades se habían manifestado misteriosamente desde entonces.

Genevieve echó una mirada a Charlotte, quien estaba sentada con la espalda erguida y las manitas agarradas sobre el regazo en el banquillo del acusado. Los largos días en la prisión le habían chupado el color, y ahora su piel tenía una calidad casi luminescente, mientras escuchaba en silencio cómo los testigos declaraban en su contra. Genevieve le había traído un vestido de lana verde oscuro para que se lo pusiera y, aunque no le quedaba demasiado bien, estaba limpio y era suficientemente recatado para la ocasión. Eunice y Doreen lo habían mejorado con un volante blanquecino de encaje en los puños, que habían arrancado de uno de los vestidos viejos de Genevieve, contribuyendo así a que Charlotte no tuviera el aspecto de ruda

pilluela que el señor Ingram y lord y lady Struthers afirmaban que era. Genevieve le había peinado pulcramente el cabello caoba y se lo había retirado del rostro con una tira de cinta de satén esmeralda, y se había preocupado de que su rostro y manos estuvieran bien restregados con fragante jabón. Luego les había aplicado la crema fría especial de aceite de oliva hecha por Eunice, hasta dejarlas relucientes, con suavidad digna de una dama. El aspecto era importante cuando uno iba a ser juzgado, y Genevieve quería que Charlotte pareciera la dulce jovencita para la cual la prisión o el reformatorio no eran sitio adecuado.

—Con la venia de la corte, su señoría, la defensa quiere llamar a la señora de Maxwell Blake —dijo el señor Pollock, abogado de la defensa.

El juez se inclinó cansinamente sobre su estrado, apoyó su protuberante mandíbula en la mano y asintió. Aunque su posición elevada le proporcionaba un excelente vista de todos los presentes en la sala, tenía la clara desventaja de colocarlo en perpetua exhibición, negándole la posibilidad de cerrar los ojos ni tan sólo un breve momento. Ya llevaba más de cinco casos presididos en este día, a los que seguirían cinco más. Tampoco ayudaba el hecho de que desde el almuerzo padeciera un trastorno digestivo sumamente desagradable, que le hacía mostrarse claramente impaciente ante los teatros tanto de los abogados como de sus testigos. Lo único que quería en este momento era una buena taza de té reconstituyente, y tal vez un dulce bollo para que su estómago asentase. Tenía que acabar este caso y luego otro relacionado con una reyerta de borrachos en una taberna, decidió estoicamente, antes de ordenar un receso y retirarse a su habitación donde se tomaría un breve respiro. Suspiró y siguió dando con el pie en el suelo, decidido a que las cosas avanzaran a un ritmo más rápido.

Haydon observó a Genevieve que tomaba una bocanada de aire para serenarse antes de ponerse en pie e ir a ocupar su sitio en el estrado de los testigos. No había permitido a nadie aparte de él mismo que la acompañara al juzgado, e incluso su presencia había provocado considerable discusión. Desde su apasionado interludio unas noches atrás, ella había hecho todo lo posible por evitarle, para gran desconcierto del resto de la familia. Cuando la casualidad quiso que se encontrara en la misma habitación que Haydon, ella había encontrado rápidamente un motivo urgente para irse a otro sitio. Aunque él podía comprender su turbación, que no tenía deseos de agravar, se había mostrado claramente decidido a acudir con ella al juicio de Charlotte. Dejando a un lado la complejidad de su relación en los momentos en que se encontraran en privado, para el resto del mundo ellos eran el señor y la señora Blake, unos dichosos y felices recién casados. Podía imaginarse a la perfección cómo disfrutarían las malas lenguas si no asistían juntos a un acto tan trascendental como el juicio de su hija. La imagen familiar respetuosa que podrían dar como pareja serviría para apoyar el argumento de que Charlotte debería ser devuelta a su hogar, fue lo que le dijo con firmeza a Genevieve, y finalmente ella había aceptado la sensatez del razonamiento.

Más allá de lo que pensara el resto de Inveraray, Haydon no podía soportar la idea de dejar que la pobre Charlotte se enfrentara a tal prueba sin él. Suponía que, en cierta medida, se trataba de una manifestación de la culpabilidad con la que cargaba cada día de su vida. Se había propuesto dedicarle sonrisas de ánimo durante toda la vista y, aunque era evidente que ella estaba demasiado trastornada como para devolverle la sonrisa, percibió que Charlotte se alegraba de su presencia allí. Cuando aquel tonto e indiferente juez declarara finalmente su inocencia, Haydon la alzaría en sus bra-

zos y luego se las llevaría, a ella y a Genevieve, a casa, al lugar al que pertenecían.

—Juro por Dios todopoderoso que, tal y como contestaré a Dios en el día del juicio final, diré la verdad y toda la verdad y nada más que la verdad. —La voz de Genevieve sonaba tensa, pero clara mientras repetía el juramento con el juez.

—Señora Blake, actualmente es la tutora de la acusada, ¿no es así? —preguntó el señor Fenton, el fiscal.

—Lo soy.

—¿Sería tan amable de explicar al tribunal cómo ha llegado a tenerla a su cargo?

—Innecesario —intervino el juez con un ademán impaciente—. Estoy al tanto del acuerdo de la señora Blake con el director Thomson y con este juzgado. Creo que ese acuerdo estipula claramente que si los niños acogidos bajo su tutela volvían a infringir alguna ley, su custodia quedaría anulada y los niños pasarían a estar de nuevo a cargo del tribunal, ¿no es así?

—Así es, señoría. —La boca del señor Fenton se curvó con satisfacción—. Por consiguiente, la acusación propone que la acusada sea devuelta al sistema penitenciario de inmediato para cumplir el resto de su condena y cualquier condena adicional que su señoría decida aplicarle en este momento.

—¡No! —gritó Genevieve.

—Con su permiso, señoría —intervino el señor Pollock con un sonsonete cansino. El abogado de la defensa era un hombre de aspecto somnoliento cuyos párpados envejecidos estaban caídos hasta el punto de que sus ojos no eran más que meras rendijas entre los pliegues de piel flácida, motivo por el que a Genevieve le resultaba difícil evaluar si de hecho él estaba despierto o no—. La defensa sugiere con todos los respetos que la defendida ha tenido un buen comportamiento en casa de la señora Blake, pese a este desgraciado incidente. Puesto que las artículos sustraídos han sido devueltos y la señora Blake ha accedido a abonar al señor Ingram cualquier daño que pueda haber sufrido su tienda, sostengo con todos los respetos que no hay motivo para enviar a la acusada de vuelta a la prisión, no, puesto que tiene un hogar decente al que ir. La señora Blake ha prometido que hará todo lo que esté en su mano para asegurarse de que la acusada entiende el grave error de su comportamiento y de que no vuelve a pasar nada parecido a este desgraciado incidente.

—La señora Blake no es la persona indicada para hacer una afirmación tan rotunda —replicó el señor Fenton en tono de advertencia—. En la actualidad tiene seis niños de los que cuidar, todos ellos implicados en este atroz asalto, los cuales han comparecido ante este tribunal anteriormente por cometer delitos serios…

—Eso no es verdad —protestó Genevieve—. Mi hermano Jamie nunca ha sido acusado de ningún delito.

—Le ruego me perdone, su señoría —se disculpó el fiscal, cuyo bigote pelirrojo se tensaba a causa de la irritación—. Aparentemente la señora Blake tiene la custodia de un niño que hasta el momento no tiene ficha policial. No obstante, seguimos investigando su papel en este ataque brutal contra el señor Ingrain y lord y lady Struthers al lado de los demás pupilos de la señora Blake. —Dedicó una rápida y significativa mirada a la testigo.

A Genevieve se le fue el alma al suelo. Estaba claro que quería dar a entender que le gustaría mucho ver en el banquillo de los acusados al resto de los niños.

—En cualquier caso —continuó con un eficiente tono agradable— el hecho de que acusada haya vuelto a sus costumbres delictivas deja muy claro que el entorno que ha creado la señora Blake en su hogar no ha sido ventajoso para la demandada, y por consiguiente debería regresar a prisión para recibir el castigo apropiado; por su bien y por el del resto de la sociedad en la que todos vivimos.

—Con mis debidos respetos, su señoría, devolver a la demandada a la prisión no ayudaría ni a esta niña, ni a la sociedad en general —se opuso el señor Pollock—. Su mejor esperanza para entender este error y ser rehabilitada posteriormente es devolverla a su hogar, junto a su madre y su padre, donde pueda aprender con el ejemplo de una familia amorosa y respetuosa de la ley.

—La supuesta familia respetuosa de la ley se compone por completo de ladrones y pillos, a excepción del señor y la señora Blake —interpuso el señor Fenton con soma—. Los niños son cuidados por dos mujeres y un hombre que han estado todos en la cárcel por robo. Difícilmente pueden ser un modelo de— legitimidad y corrección, y es evidente que no forman un buen entorno para la acusada, quien ha demostrado su incapacidad para controlar sus instintos delictivos.

—No tiene tendencias delictivas innatas —terció Genevieve con furia, intentando aprovechar la ocasión para decir algo en defensa de Charlotte—. Sólo es una niña que ha cometido un error…

—Señora Blake, me temo que debo recordarle que sólo se le permite responder a las preguntas formuladas directamente por los abogados o por mí mismo —interrumpió el juez.

—¡Entonces alguien debería preguntarme algo! —estalló enardecidamente.

El juez pestañeó pues era evidente que estaba asombrado ante su tono beligerante.

—Señor Pollock, ¿tiene alguna pregunta para su testigo?

El abogado de la defensa consultó sus notas durante un momento.

—Señora Blake, ¿sería tan amable de explicar al tribunal por qué cree que habría que devolver a Charlotte a su hogar, bajo su custodia?

—Cuando Charlotte vino a vivir conmigo hace un año, apenas hablaba con nadie —empezó Genevieve—. Su vida al lado de su padre había sido una desgracia. Era un bruto y un borracho que la habla obligado a ayudarle en sus robos, motivo por el que tuvo que comparecer ante el tribunal la primera vez…

—¡Y cómo cambió mientras vivía con usted? —el señor Pollock la instó a continuar, percibiendo que la atención del juez se estaba apurando rápidamente. Las historias de niños abandonados o maltratados por sus padres y guardianes eran habituales, y rara vez inspiraban la indulgencia de los legisladores.

—Se transformó en una niña diferente —contestó Genevieve—. Una vez comprendió que nadie en su nuevo hogar iba a levantarle la mano, poco a poco se permitió ser la niña que era. Empezó a hablar un poco y luego a sonreír, mas tarde incluso empezó a reír. Ahora sigue sus estudios con excelen-

tes resultados, y ha aprendido a leer y escribir a una velocidad admirable. Realiza sus tareas domésticas con alegría y gracia, y acude a la iglesia junto al resto de la familia todos los domingos. Es una niña seria y estudiosa, que muestra una capacidad enorme para el amor y la entrega al prójimo. Sé que ha cometido un grave error de juicio, su señoría —dijo mirando al juez— pero le suplico que demuestre compasión y la devuelva a mi lado. Puedo prometerle que no volverá a pasar nada parecido.

—Gracias, señora Blake. —El señor Pollock asintió con satisfacción—. No tengo más preguntas, su señoría.

El juez reprimió un bostezo.

—¿Tiene alguna pregunta el fiscal para esta testigo?

—De hecho, sí. —Se acercó a paso lento hasta Genevieve y se rascó el cuero cabelludo, debajo del extremo de la peluca—. Señora Blake, confieso que estoy un poco confundido. Si el hogar que ha proporcionado a los acusados es el paradigma de virtud y estabilidad que usted describe, en el que la acusada ha recibido todo lo que podía necesitar, ¿por qué entonces fue atrapada robando en la tienda del señor Ingram?

Genevieve vaciló. Intuía que le quería tender una trampa y no estaba dispuesta a que sus respuestas le fueran útiles al fiscal en sus acusaciones.

—¿Había algo que ella necesitara imperiosamente, y que usted se negara a proporcionarle? —apuntó él.

—No, por supuesto que no...

—¿Entonces qué le obligó a comportarse de un modo supuestamente tan poco característico en ella?

Haydon observó con preocupación los esfuerzos de Genevieve por formular una respuesta. Si confesaba que se encontraba en una situación de graves problemas financieros, estaría abriendo la puerta para que el tribunal examinara su capacidad para mantener y sustentar a todos los niños que tenía bajo su custodia. Si decía que no sabía por qué había participado Charlotte en el asalto a la tienda del señor Ingram, sugeriría que había algún rasgo de perversión inherente en ella, especialmente a la luz de la evidencia de que Charlotte había recibido las atenciones adecuadas y no tenía necesidad de nada.

—Charlotte creía que me ayudaba —dijo Genevieve con vacilación.

—¿Robando?

—De hecho, ella no robó nada...

—Vamos, señora Blake, no perdamos el tiempo con palabrerías. La acusada formaba parte de una banda de ladrones que operaban juntos para robar unas joyas valiosísimas al señor Ingram, y mientras lo hacían provocaron daños por valor de cientos de libras en el mobiliario de la tienda. El hecho de que en realidad no llevara consigo ninguno de los artículos robados en el momento de su arresto no es demasiado relevante. ¿Está diciendo que intentaba ayudarle a usted con el robo de estas joyas?

Genevieve se tomó un momento.

—Eso creo —reconoció finalmente.

—Ya veo. Perdóneme, señora Blake, si esta pregunta le parece impertinente, pero a mí me parece que el tribunal debe saber si está padeciendo algún tipo de crisis financiera. ¿Es así?

—Estoy totalmente en condiciones de mantener a mi familia, señor Fenton —le aseguro sin alterarse.

—Entonces debe reconocer que los acusados no tenían ningún motivo imperioso para robar en la tienda del señor Ingram, y por consiguiente, se vio impulsada por sus propias tendencias inmorales, que usted, a pesar de sus mejores esfuerzos, no ha sido capaz de restringir —resumió el fiscal.

—¡Eso no es cierto!

—No tengo más preguntas, su señoría.

—Pero lo que ha dicho es mentira…

—Señora Blake, su declaración ha concluido —dijo el juez—. Puede regresar a su asiento.

Genevieve se obligó a recuperar el control de sus emociones. No quería que Charlotte pensara que todo estaba perdido, y seguramente pensaría eso si la veía despotricar o llorar ante el tribunal. Dedicó a Charlotte una sonrisa de ánimo antes de regresar lentamente hasta su lugar al lado de Haydon.

El juez estudió los documentos que tenía delante durante un breve instante antes de comunicar su veredicto.

—Puesto que parece que no hay discusión acerca de la participación de la acusada en el mencionado robo, no tengo otra opción que declararla culpable de los cargos contra ella. Lo que queda por decidir es su sentencia. Parece claro que pese a los mejores esfuerzos de la señora Blake por mantenerla en el camino del bien y de la legalidad, la acusada ha sido incapaz de superar sus tendencias inherentes al robo y su falta de respeto hacia la ley. Por consiguiente, por su propio bien y para darle la oportunidad de corregir su aparente falta de fortaleza moral, por la presente sentencio a Charlotte MacCallum a sesenta días de encarcelamiento, tras los que cumplirá cuatro años en un reformatorio de Glasgow.

—No —gritó Genevieve, completamente atónita—. Por favor, debe escucharme…

—La acusada debe retirarse para que podamos empezar a atender la siguiente causa —dijo el juez, dejando a un lado los documentos relacionados con el caso. Estaba verdaderamente ansioso por continuar para poder hacer una pausa para el té.

Charlotte se quedó mirando a Genevieve, sus enormes ojos de almendra centelleaban de miedo.

—¿Genevieve?

—Tranquila, Charlotte —gritó Genevieve, intentando desesperadamente sonar alentadora en medio de su propio terror—. Todo irá bien.

Charlotte le dedicó un solo gesto silencioso de asentimiento, lleno de amor y pesar, y de un valor inquietante.

Y luego se dio la vuelta y permitió que se la llevaran, dejando a Genevieve agarrada al brazo de Haydon para obtener el apoyo que necesitaba mientras la seguía con una mirada atormentada.

Capítulo 9

El director Thomson, asombrado, alzó la mirada de su plato de arenques ahumados al ver a Haydon entrando a grandes zancadas en su comedor.

—Perdóneme por interrumpir su almuerzo, señora, —se disculpo Haydon, haciendo una graciosa inclinación a la esposa de flácido rostro del director Thomson— pero su esposo y yo tenemos un asunto serio del que ocuparnos que sencillamente no puede esperar. Confío en que acepte mis más sinceras disculpas por privarle de su agradable presencia a una hora tan intempestiva.

Janet Thomson era una mujercita rechoncha con forma de melón, cuyo rostro estaba perpetuamente torcido con expresión de sufrida desaprobación. Como matrona de la prisión, tenía continuamente numerosos motivos par sentirse muy superior al resto del mundo que le rodeaba, y sólo en virtud de sus convicciones religiosas creía que aún había alguna esperanza para la humanidad. Era una mujer pragmática que había aceptado a edad temprana las severas limitaciones de su falta de belleza física, y veía el enlace con su mando y su vida en la cárcel como poco más que una prueba de Dios, por la cual esperaba ser debidamente recompensada al recibir un lugar especialmente elevado en el futuro.

No obstante, su firmeza moral no significaba que fuera a hacer ascos a un bocado de adulación femenina, especialmente cuando la ofrecía un caballero de atractivo tan poco común.

—Señor Blake, —contestó con tono arrullador, mientras Haydon apretaba sus labios contra la masa sólida de su mano— es un placer conocerlo finalmente.

—El placer es todo mío, señora —le aseguró Haydon.

—Cuánto he lamentado enterarme de lo de la pupila de su esposa —continuó con aspecto debidamente acongojado. He tenido ocasión de charlar con Charlotte desde que ha regresado a la prisión, y he comprobado que se trata de una niña sensata en términos generales, pese al carácter obviamente de baja moralidad de su padre. Después de casi una vida trabajando con seres descarriados del camino de la virtud, he aprendido que la turbulencia maligna de la sangre no puede dominarse simplemente mediante la caridad. «Los virtuosos deberán ser siempre amparados, mas los niños de los malvados serán aislados.» Por supuesto, hay que elogiar a su esposa por sus esfuerzos.

—Gracias. —A Haydon le costó contener la necesidad de decirle que se guardara para sí sus malditas teorías sobre la maldad—. Mi esposa y yo somos firmes creyentes de la bondad esencial de los niños, y hasta el momento no hemos sufrido ninguna decepción. Hay que decir a favor de su mando que ha mostrado sabiduría y compasión en el pasado al informar a mi esposa sobre la llegada de estos niños perdidos, especialmente sin buscar otra recompensa que la salvación del niño. Tiene que ser muy gratificante espiritualmente compartir la vida y el trabajo con un hombre tan desinteresado y

dedicado. —Su voz estaba cargada de desprecio, no obstante a la señora Thomson le pasó totalmente inadvertido.

—Oh, lo es, desde luego —corroboró la señora Thomson, por completo satisfecha de que un hombre educado, de tal carácter moral, estuviera elogiando a su marido—. Mi esposo y yo tal vez no seamos ricos, señor Blake, pero Dios nos ha encargado la difícil tarea de intentar que estos pobres pecadores encuentren el camino de la piedad. «Confiad en Dios y haced el bien; así habitaréis esta tierra y gozaréis de seguridad. Disfrutad del Señor, y os concederá vuestros deseos más sinceros.» Nuestra riqueza está en el trabajo que hacemos y en el respeto que hemos ganado durante tantos años dentro de nuestra comunidad.

—Una filosofía de lo más admirable —elogió Haydon—. Sólo cabe esperar que no suceda nada para socavar el respeto de la comunidad. Sería una tragedia tremenda que encontraran toda una vida de trabajo destruida.

La señora Thomson se permitió una media sonrisa de confusión.

—¿A qué se refiere, señor?

—Estoy seguro de que el señor Blake sólo hace conjeturas por el mero placer dialéctico —terció apresuradamente el director Thomson—. ¿No es así señor Blake?

—Debo decir que tienen unos objetos preciosos aquí, director Thomson —comentó Haydon, pasando por alto la pregunta. Se detuvo a examinar un magnífico reloj de oro colocado sobre la repisa—. Qué pieza tan soberbia.., suizo, ¿no es así? Yo diría que pertenece a los primeros años del dieciocho. Una obra verdaderamente excepcional. ¿Una reliquia familiar?

—Oh, cielos, no —respondió la señora Thomson—. Me enorgullece decir que tanto mi marido como yo tenemos orígenes muy modestos, señor. Ese reloj lo compró mi marido justo el año pasado, durante un viaje que hicimos a Edimburgo.

Haydon arqueó una ceja.

—Cuán interesante.

El director Thomson apartó su plato de arenques fríos.

—¿Nos excusarías un momento, querida? Parece que el señor Blake y yo tenemos que hablar de algún asunto.

—Prometo no retener a su esposo demasiado rato. —Haydon ayudó galantemente a la señora Thomson cuando se levantó de la silla—. Como hombre recién casado, comprendo que las horas se hacen agobiantes cuando uno está separado de su encantadora esposa.

El rubor sonrojo las mejillas de la señora Thomson.

—Por supuesto, señor Blake —dijo mientras su mano revoloteaba sobre su garganta, mirando a Haydon como una niña embobada—. Espero que tengamos el placer de una nueva visita suya. Le deseo buenos días, señor.

—Coja el sombrero y el abrigo —ordenó Haydon cortante en cuanto ella se fue—. Se viene conmigo a ver al juez Trotter.

El director Thomson se rascó la barba gris lleno de nerviosa confusión.

—¿Por qué?

—Va a secundar la petición que estoy a punto de hacerle para que cambie su decisión de ayer de mandar a mi hija de once años a la prisión y al reformatorio. Va a decirle que en sus cuatro años de trabajo como director de la prisión nunca ha conocido a una prisionera tan ejemplar. Va a expli-

carle también que tiene un interés especial en el caso de Charlotte porque es una niña sumamente dulce y virtuosa, y que, puesto que la ha conocido personalmente desde que la encarcelaron por primera vez hace un año, está totalmente maravillado de los cambios positivos que desde entonces ha experimentado bajo la amorosa custodia de mi esposa. Va a decirle que Charlotte es un modelo de moralidad y obediencia, y que, dados estos atributos, combinados con su desgraciado estado de salud, su buena conciencia no le permite aprobar que pase más tiempo en la cárcel. Confesará que su prisión resulta una tortura por sus frías temperaturas, humedad e inmundicia, y que Charlotte corre peligro de caer víctima de cualquiera de las enfermedades mortales que corren por aquí si continúa bajo este techo una sola noche más. Hará que suene como si pudiera fallecer en cualquier momento, director Thomson, y le contará al juez que si muere, será él y no usted el responsable ante la ciudadanía.

El director Thomson lo miraba fijamente con sus ojos saltones, totalmente estupefacto.

—¡No puedo hacer eso! —farfulló lleno de indignación.

—Puede y quiere —le aseguro Haydon con voz cortante, despiadada—. Y si al final de nuestra conversación con el juez no ha conseguido convencerle de que altere la sentencia y devuelva a Charlotte bajo la tutela de su madre y de mí mismo, iré directamente al periódico y les alertaré de las necesidades que hay de un inmediata investigación a fondo en esta prisión. Les hablaré de los abusos que se cometen en este lugar: desde las palizas y tormentos impartidos por el carcelero Sims, al agua hedionda, la comida insuficiente que ni un perro comería, uniformes y mantas infestados de bichos, celdas oscuras y gélidas con orinales desbordados de apestosos...

—¡Eso no es cierto!

—De hecho, tengo informes de primera mano. Jack ha pasado una temporada en su purulenta cloaca hasta apenas hace un par de semanas, y ha abierto los ojos a mi esposa y a mí mismo sobre muchos de sus aspectos menos halagadores.

—Mi cárcel es un modelo de modernidad —replicó a la defensiva el director—. ¡Quiero que sepa que se gestiona de acuerdo con las recomendaciones del Inspector de Prisiones de Escocia!

—Entonces no le importará que se lleve a cabo una inspección por parte del periódico esta misma tarde, incluido un análisis completo de su registro financiero. —Haydon levantó un cuchillo de plata de ley exquisitamente labrada y le dio la vuelta en sus manos—. Sospecho que la gente de Inveraray estaría muy interesada en saber cuánto gana exactamente, director. Podría darles qué pensar cómo es capaz de permitirse objetos tan lujosos. Sé que mi esposa tiene unos datos fascinantes acerca de ese tema, que me veré obligado a transmitir al juez Trotter y a la Junta de la Prisión si Charlotte no regresa sana y salvo con nosotros al final del día.

El rostro del director Thomson palideció.

—Si me permite coger mi abrigo, estaré encantado de expresar mi opinión al juez Trotter en lo que a su hija se refiere, señor Blake. El sistema de la prisión a duras penas mantiene a todos los internos que ya acoge entre sus paredes, y es evidente que no es el lugar adecuado para una dulce dama de salud delicada. —Depositó la servilleta de lino junto a su plato de arenque frío y se puso en pie.

Haydon asintió con satisfacción.

Genevieve dejó la pluma y apretó la base de sus manos contra las cavidades ardientes y doloridas de sus ojos.

No iba a ganar nada llorando, se recordó con furia, y podía perderlo todo si se permitía el lujo de malgastar el tiempo sentada llorando. Por consiguiente se secó los ojos por centésima vez con su húmedo pañuelo y mojo la pluma en el tintero, decidida a acabar su última carta a la reina Victoria, en la que suplicaba, como mujer y como madre, clemencia a favor de Charlotte. Y había mandado súplicas apasionadas al juez Trotter y al vizconde Palmerston, el primer ministro. Era consciente de que las posibilidades de que su majestad llegara a leer la carta eran remotas, pero de cualquier modo su intención era escribirle todos los días. En algún momento, uno de sus ministros o secretarios se vería obligado a informarle del asunto. No le cabía la menor duda de que una mujer con hijos se sentiría horrorizada al enterarse de la crueldad de enviar a prisión a una simple niña por el insignificante delito de robar. ¿O también la reina compartiría la opinión de que los niños de las clases bajas que cometían un delito eran la base de todos los males del mundo, y que era preferible que fueran encerrados y olvidados en un prisión oscura para que el resto de la sociedad pudiera continuar a salvo con sus actividades?

Las traicioneras lágrimas volvían a escurrirse de nuevo de sus ojos, imparables como la lluvia, hasta que la carta garabateada con desesperación empezó a disolverse bajo húmedos borrones de tinta salada.

Alguien llamó a la puerta.

—Por favor, un poco de paz —consiguió decir, esforzándose por sonar como si estuviera al borde de un ataque de histeria. Sus niños dependían de ella y necesitaban que fuera fuerte y segura, y que controlara la situación. No podía permitir que alguien la viera en su estado actual.

—Tengo que hablar con usted, Genevieve —la voz de Haydon sonaba grave e insistente—. Es una cuestión de gran importancia.

Genevieve tragó saliva y se secó los ojos con el pañuelo arrugado. No quena ver a Haydon. No quería ver a nadie. ¿Por qué no lo entendían? Durante todo el día, Eunice, Doreen y Oliver habían estado llamando sin cesar a su puerta para traerle bandejas con comida y rogarle que bajara a tomar algo. ¿Cómo podía ingerir tan siquiera un sorbo de agua, consciente de que Charlotte se encontraba sentada en una celda en la que tan sólo le ofrecían leche cortada y gachas agriadas? Y pese a todas sus atentas intenciones, no quería hablar con nadie. Tenía el corazón destrozado, y nada que le dijeran serviría para aliviar el terrible dolor que la desgarraba.

—Por favor, déjeme —repitió.

—Me temo que no puedo hacerlo, Genevieve. Abra la puerta.

—No me encuentro bien —insistió—. Por favor, quiero estar sola. Hubo un momento de silencio.

La puerta empezó a abrirse.

Genevieve se dio la vuelta en el escritorio, lista para arremeter contra él con enfado y desesperación, para gritarle por ser tan insensible cuando lo único que pedía era que la dejaran padecer su agonía en soledad.

Y luego vio a Charlotte de pie en el umbral, su precioso rostro iluminado por una sonrisa vacilante, como si no estuviera del todo segura de que Genevieve se alegrara de verla.

Un grito rasgó el aire, el sonido del júbilo más absoluto mezclado con el dolor. Genevieve cruzó como un rayo la habitación, cogió a Charlotte y la rodeó con los brazos antes de besarle las mejillas, la frente, el cabello, tocarla por todos lados para asegurarse de que estaba bien y entera. Jamie, Annabelle, Grace y Simon estallaron en risas y gritos al irrumpir en el cuarto desde el lugar donde se escondían en el pasillo.

—¡Sorpresa, Genevieve!

—¿No estás contenta de que Haydon haya abierto la puerta?

—¡Ves, nos dijiste que Charlotte volvería a casa y aquí está!

—¿No vas a dejarle que se quite el abrigo y el sombrero?

—¿Por qué sigues llorando, Genevieve?

Genevieve hundió el rostro en el pelo de Charlotte y empezó a sollozar, con el sonido largo, convulso, de las emociones que de pronto se han liberado de sus cadenas y ya no pueden contenerse. Los niños la miraban en un silencio lleno de asombro, incapaces de entender su aparente desdicha cuando había tanto que celebrar. Sólo Charlotte parecía entender ya que empezó a lloriquear también, y el sonido de las dos llorando venció sobre el regocijo que se había apoderado momentos antes de los demás niños cuando la familia al completo había subido sigilosamente las escaleras hasta el piso de arriba con emoción contenida.

—Venid, tesoros —dijo Eunice, limpiándose la nariz con el dobladillo del delantal mientras contenía sus propias lágrimas—. Dejad que la señorita Genevieve y Charlotte tengan un ratito para ellas solas.

Doreen se sorbió la nariz sonoramente.

—Hay unas tortitas de maíz calentitas en la cocina.

—Estoy pensando que tal vez sea el momento de dar un pequeño paseo —sugirió Oliver, con voz ahogada.

—No —Genevieve sacudió la cabeza sin dejar de abrazar con fuerza a Charlotte—. Quiero a mis niños conmigo. —Y abrió los brazos, invitándolos a acercarse para acogerles en su protector abrazo.

Los niños avanzaron hacia ella en un poderosa oleada, rodeándola tanto a ella como a Charlotte en un anillo de amor. Genevieve les dio un abrazo y besos a todos ellos, con un instinto protector desesperado, prometiéndose que nunca permitiría que ninguno de ellos volviera a desaparecer de su vista.

Sólo cuando Oliver cerró la puerta, se percató de repente de que Jack no estaba entre ellos y que Haydon se había escabullido en silencio, dejando su ruidosa y vociferante familia incompleta en cierta manera.

La noche había desplegado sus aterciopeladas alas sobre la casa, y Genevieve tuvo que ascender por las estrechas escaleras de madera con la débil oscilación de la llama de su vela. Los niños dormían todos a salvo en su camas, y a juzgar por el murmullo constante de ronquidos expectorales que le dieron la bienvenida en el tercer piso, también dormían Oliver, Eunice y Doreen. Permaneció en pie ante la puerta de la habitación de Haydon y escuchó, con la piel helada por el aire frío de la noche. No oyó nada. No sabía si se alegraba de eso o no. Si hubiera roncado sonoramente, habría descendido las escaleras a toda prisa para retirarse a su habitación, diciéndose que ya hablaría con él en otra ocasión. Pero el silencio al otro lado de la puerta era absoluto. Sabía de algún modo que él no dormía, estaba despierto, oyéndola

allí en el pasillo, confusa y sola. Vaciló un largo momento. Finalmente, alzó sus nudillos para dar unos golpecitos sobre la madera.

Antes de que su piel rozara el panel, la puerta se abrió y Haydon apareció ante ella, desnudo a excepción de la manta de cuadros, con la que cuidadosamente se había rodeado la cintura. Sus musculosos brazos, pecho y torso quedaban esculpidos por las sombras frías de la noche y el destello vacilante de la vela. Tenía la mirada fija en ella, su expresión era cauta, pero serena, como si la hubiera estado esperando.

El ánimo de Genevieve empezó a debilitarse mientras él la observaba. Quiso marcharse, se dio cuenta. En vez de ello, se ajustó el chal de suave lana con el que se había envuelto y pasó junto a él para entrar en el cuarto, llenando la oscuridad impenetrable de una estela de luz dorada. Dispuso la vela sobre la mesilla colocada a un lado de la estrecha y arrugada cama.

— En una esquina de la habitación había un sencillo armario, con una puerta que no cerraba bien. Doreen le había preguntado a Oliver demasiadas veces si podría arreglarla, y aunque él siempre le aseguraba que iba a hacerlo, no parecía encontrar el momento. Dentro del armario colgaban varias chaquetas, camisas y pantalones doblados, todo ello pulcramente dispuesto. Era obvio que Eunice y Doreen habían hecho lo posible para vestir a Haydon sin dejar de cumplir con sus responsabilidades domésticas.

En otro rincón había un pequeño lavatorio, que precisaba una nueva capa de pintura. Sobre él un jarro y un cuenco un poco cascados, decorados con un diseño de rosas pintadas con tosquedad. Cuando montaron la habitación para Doreen, parecía lo bastante limpia y alegre, pero para un hombre de la enorme estatura de Haydon y de su posición, era rematadamente apretada, destartalada y espartana.

El marqués de Redmond sin duda estaba acostumbrado a ambientes espaciosos, lujosos, y aquí estaba durmiendo en la habitación de un criado sin tan siquiera una silla disponible. Sintió un estremecí, miento y entonces se percató de que además hacía un frío atroz en la habitación, ya que carecía incluso de una pequeña chimenea con la que generar un poco de calor.

—Tenga —dijo Haydon, cogiendo de un tirón la manta que quedaba—. Está tiritando.

Genevieve contuvo el aliento cuando él le rozó los hombros con las manos y se hizo fuerte para no ceder al fuerte erotismo de su contacto. La lana estaba impregnada del aroma y calor masculinos de su cuerpo, lo que le hizo comprender que, antes de su llegada, él se encontraba echado desnudo en la cama. Estar envuelta de calor le pareció tan íntimo que la conmocionó, pero la sensación era tan reconfortante que no se movió para quitársela. En vez de ello, se retiró hasta el otro extremo de la habitación, que en términos de espacio no era una gran distancia, pero lo suficiente para sentirse un poquito más a salvo.

Lo que no tenía claro era si necesitaba sentirse a salvo de sí misma o de Haydon.

Haydon no podía imaginarse qué habría impulsado a Genevieve a venir a verle en medio de la noche, vestida tan sólo con un delgado camisón y un chal, pero estaba claro que algo la inquietaba. Era consciente del horrible sufrimiento que había padecido en los últimos días. Aunque Charlotte había regresado a su lado sana y salva, sus emociones seguían afectadas. Por este motivo, en este momento juró que mantendría las distancias. Pero mientras hacía este juramente, todas las fibras de su cuerpo se debilitaban, desper-

tando el recuerdo de ella echada exuberante y ardiente bajo él, agitándose y palpitando con su contacto. Lo único que quería era despojarle de aquel ligerísimo camisón y apretarla contra él, echarla en el suelo, hundirse en ella y perderse en su sedoso calor y fuerza, y en su asombrosa belleza. Sintió asco de sí mismo por albergar aquellos deseos tan abyectos, sin embargo no podía detenerlos, no podía impedir que su cuerpo se endureciera y empezara a dolerle de necesidad.

—Nadie había luchado nunca por mí —murmuro Genevieve, con voz baja y no obstante ronca, como si le doliera hablar.

Haydon no dijo nada.

Ella tragó saliva con dificultad en un intento de encontrar las palabras.

—Durante ocho años, he tenido que luchar a solas por mi familia. He luchado para darles de comer, vestirlos, educarlos y para que se sintieran queridos y supieran que merecían la pena. —Su voz se quebró levemente al añadir—: Y he encontrado escollos terribles en el camino.

Haydon podía imaginarse bien los problemas. Aparte de la amenaza constante de enfermedades infantiles mortales, había habido una batalla interminable por encontrar fondos con los que mantener la casa, y también se había tenido que enfrentar al penoso desprecio y censura de toda la comunidad que la rodeaba.

—Creo que la mayoría de gente de por aquí siempre ha querido yerme fracasar —continuó con palabras teñidas de amargura—. Por supuesto, nunca admitirán unos pensamientos tan poco caritativos, pero, en secreto, creen que mi fracaso es inevitable. Disfrutan pensando que mis niños son de origen humilde y que sus naturalezas pecadoras no pueden enmendarse. Y es ése el motivo de que todo el mundo esté dispuesto a enviar a Charlotte de regreso a la cárcel. Todo el mundo piensa que es lo que se merece. La mayoría de ciudadanos de Inveraray sin duda cree que en última instancia será lo mejor para ella: encerrarla con otros seres que, como ella, están marcados irrevocablemente, y son igual de viles. Pero usted no piensa así.

Lo observó como si lo mirara por primera vez y no entendiera lo que veía.

—Podrían haberle matado, Haydon. Sólo con que el director Thomson, o el carcelero Sims, o un simple funcionario del juzgado lo hubiera reconocido, lo habrían llevado a la cárcel para ahorcarlo al día siguiente.

Perforó a Haydon con la mirada en un intento de ahondar bajo sucesivas capas y descubrir quién era él en realidad. Haydon la miraba con calma serena. Ella percibía la poderosa atracción que sentía él, la notaba tan vivamente como si la tocara con sus manos y su boca no se separara de la suya. Se ajusto un poco más la manta, pero sólo consiguió que el calor y el aroma de Haydon se apoderaran aún más de sus sentidos. Su voz era apenas un susurro cuando finalizó.

—¿Por qué?

Parecía una pregunta bastante sencilla y, no obstante, la respuesta no era fácil. Haydon no estaba seguro de entender sus propios actos. Lo único que sabía era que no podía soportar la idea de que encarcelaran a Charlotte ni un solo día más. Si el director y el juez no la hubieran liberado, habría ido él en persona a la cárcel para sacarla de allí, y al cuerno con las consecuencias. Sentía una afinidad especial hacia Charlotte y quería protegerla, pero sabía que no era la única razón de que actuara así. El recuerdo de Emmali-

ne, el estrepitoso fracaso con su frágil hija, había desempeñado un papel importante. Pero nunca podría admitir eso ante Genevieve. Le parecía tan pura, buena y desinteresada, que no se atrevía ni a imaginar el desprecio que sentiría por él si se enteraba de su historia egoísta y cobarde.

Genevieve continuaba allí en pie, estudiándolo y esperando. Se sentía despojándose de varias capas, que ella intentaba retirar para mirar dentro y comprender quién era en realidad o incluso tal vez creyera que tenía derecho a saberlo. Al fin y al cabo, se había arriesgado a sí misma y a su familia para protegerlo y ponerlo a salvo. Pero no tenía ganas de que sus secretos y fracasos más profundos salieran a la luz. Ella lo había encontrado tumbado en la mugre del suelo de una prisión, condenado por asesinato, y sólo había oído historias horrendas sobre su brutalidad y falta de valía. Quería que ella pensara que era más noble que eso; no perfecto ni libre de pecado, pero capaz al menos de actuar de actuar pura y llanamente por un deseo de ayudar a los demás. Más allá de todo eso, sólo había un motivo que explicara por qué había actuado como lo había hecho, y parecía tan sencillo e increíble que le costaba admitirlo. Y no obstante, en aquel momento de silencio, en la oscuridad, de pronto ya no pudo seguir guardándolo, no pudo enterrarlo bajo las profundidades sofocantes de su pasado, de su presente y lo poco que quedara de su futuro.

—Lo hice por usted, Genevieve.

Ella abrió los ojos. Y luego espero a que él matizara la respuesta: que lo había hecho porque se sentía en deuda con ella, que le debía algo por todos los riesgos que había corrido y las molestias que se había tomado por él, y que ahora habían saldado cuentas y podían separarse en igualdad de condiciones.

No dijo nada.

Fue esto los que resquebrajó el muro de resistencia que Genevieve tan concienzudamente había construido contra él. Un hombre como Charles habría parloteado de forma incesante sobre todos los detalles y lo que todo esto debía significar ahora entre ellos. Habría esperado algún pago de alguna clase, aunque nada tan burdo y simple como el dinero. No, Charles habría esperado una deuda de gratitud que lo convertiría en propietario para siempre de alguna parte de ella. Le diera lo que le diera Genevieve, nunca sería suficiente para saldar la cuenta. Pero Haydon simplemente estaba allí en pie, fuerte aunque vulnerable en cierto modo. Era como si le hubiera revelado a ella una parte de su alma que llevaba mucho tiempo oculta, y ahora se mantuviera a la espera, para ver si ella la pisoteaba o la trataba con cuidado.

Un anhelo desesperado invadió a Genevieve, la necesidad de que él la abrazara, la besara y la acariciara, y la aplastara con su glorioso poder y calor. De pronto fue consciente de lo fino que era su camisón y del fresco aire sobre sus piernas desnudas, la madera gastada, desnuda, bajo sus pies descalzos, y la promesa de calor de la carne de él. Había vivido más de ocho años en medio de una masa de gente que la necesitaba, niños y adultos que confiaban en que ella les mantuviera, les enseñara a ser fuertes y a responder a los ataques de un mundo que parecía decidido a reducirles a despojos. Pero hasta este momento, de pie contemplando el corazón de Haydon, no había entendido lo terriblemente sola y asustada que había estado. Y de repente no pudo soportarlo ni un momento más.

Con un pequeño sollozo corrió hacia él, le echó impetuosamente las manos al cuello y apretó sus labios contra los de él, perdiéndose en el poderoso anhelo de Haydon mientras ella lo atraía aún más hacia su corazón.

Haydon gimió y oprimió el delgado cuerpo de Genevieve contra él. La manta que rodeaba su cintura se deslizó por sus piernas y formó un bulto en el suelo, dejándolo desnudo. Se apretó contra ella, enloquecido por la excitación de la suave caricia de la manta de lana de ella que se deslizaba también por el cuerpo de Genevieve. Luego cayó el fino chal hasta que finalmente quedó como único atuendo el delgado lino del camisón, que estaba gastado, era corriente y también terriblemente excitante. Empezó a desabrochar con torpeza los cierres del cuello, besándola profundamente mientras lo hacía, pero su ardor le restaba maña y los diminutos botones se negaban a ceder. Con un gruñido de frustración rasgó el tejido, dejando al descubierto la sedosa y fresca piel. El camisón descendió poco a poco por su cuerpo como un suspiro, dejándolos a ambos desnudos bajo la vacilante luz cremosa.

—Genevieve —murmuró, con voz ronca a causa de la fascinación.

La alzó en sus brazos disfrutando de la suavidad de ella acunada contra su propio cuerpo musculoso, luego la besó vorazmente mientras la echaba sobre la estrecha cama. Su cabello se derramaba en espléndidas ondas rojizas y doradas sobre la almohada, su carne destacaba luminosa sobre las sábanas gastadas por los rayos del sol. Se estiró sobre ella y la cubrió por completo, hundiendo las manos en su pelo mientras la acariciaba y saboreaba los huecos más profundos de su boca. Era toda suavidad y curvas, frescura y calor. Y por lo visto, Haydon no podía cansarse de ella.

Surcó la carne lechosa con sus manos, tocándola y rodeándola, acariciando y conociendo cada centímetro de ella mientras su lengua descendía por la columna de marfil de su garganta, hasta la delicada estructura de la clavícula y sobre la colina exuberante de su pecho. Se metió un pezón granate en la boca y lo succionó con fuerza durante largo rato, obligándola a gemir de pasión, luego pasó al otro pecho y también lo chupó, hasta que los dos pezones se endurecieron formando pimpollos hinchados.

Desde allí, viajó hacia abajo, frotando la llanura de su vientre con sus labios, acariciando la crema aterciopelada de sus muslos y apretando después el rostro contra el oscuro triángulo situado en medio. Genevieve soltó un jadeo e intentó apartarlo, pero él la agarró por los delgados huesos de sus muñecas y la sostuvo con firmeza. Con ella aprisionada contra el colchón, hundió la cabeza y agitó la lengua dentro de la caliente y húmeda hendidura. Ella volvió a jadear, pero esta vez de simple y puro placer.

Comenzó a lamerla, saboreándola con caricias lentas, lánguidas, entrando y saliendo con el torbellino de su lengua, volviendo sobre los dulces pétalos rosas de ella. Encontró el nudo nacarado en el que se concentraba su placer y lo lamió con delicadeza, obligándola de pronto a arquearse contra él y a elevarse para que pudiera saborearla mejor.

Genevieve se soltó las muñecas entretejió sus dedos en la melena de ébano de Haydon y tiró de él para acercarlo aún más mientras separaba las piernas y se ofrecía lujuriosamente a él. Sentía que se fundía y no obstante nunca se había sentido tan increíblemente tiesa. Quería que la tocara y la besara y lamiera todo su cuerpo, que la devorara entera hasta que no quedara nada de ella que no le perteneciera. El bullicio de placer en su interior era insoportable, pero no suficiente, ya que cuanto más círculos dibujaban la lengua y los labios de Haydon y más acariciaba la intimidad de sus profun-

didades, más deprisa quería que la saboreara, más fuertemente y más a fondo. Un dolor terrible estaba brotando en lo más profundo, una tensa oquedad que no podía llenarse con las caricias magníficas con que él colmaba su ardiente y húmeda condición femenina, Y entonces, lentamente, empujó un dedo hacia dentro y empezó a meterlo y sacarlo con embates pausados, intencionados, bailando al compás del tormento de caricias de su boca. Era más de lo que podía soportar, estaba segura, y no obstante no era suficiente, de modo que juntó los muslos y le retuvo con fuerza, sintiendo la aspereza de la mandíbula de él, deleitándose en el tacto arenoso de sus mejillas contra su piel sedosa, el calor resbaladizo de su lengua sobre su ardiente hendidura de coral, la penetración que con su dedo ahondaba tan espléndidamente deslizándose dentro y fuera, explorándola y adorándola hasta que no quedó otra cosa que Haydon y el magnífico fuego húmedo que hacía estragos en su interior.

De pronto se encontró buscando aire, pequeñas inhalaciones desesperadas que no conseguían llegar a sus pulmones a punto de estallar, ya que todo estaba en tensión, palpitante, estirado para llegar aún más lejos, y la lengua de Haydon lamía con pequeñas caricias rápidas su carne que se disolvía mientras el dedo iba aún más adentro. Y entonces estallo en una lluvia de estrellas que la cubrió con fuertes oleadas entrecortadas. Soltó un grito, un chillido desesperado de júbilo y deslumbramiento, y mientras las ondas cesaban, se aferró a los hombros de Haydon, tirando de él hasta que su poderoso cuerpo la cubrió por completo con su calor desnudo y duro.

Haydon intentaba controlarse mientras sentía su virilidad apretada contra la humedad exquisita de Genevieve. Quería hundirse en lo más profundo de ella y tomarla firmemente, aplacar el deseo insoportable que sin duda iba a matarlo si no lo saciaba de inmediato. Ella era virgen, se recordó con furia, y requería cuidados delicados. Por consiguiente buscó otra vez su boca con hambre ruda, mientras recorría con sus manos las colinas y valles sedosos de su cuerpo, excitándola de nuevo y llevándola a clavar sus uñas en su rígida espalda y a enredar sus piernas en las de él. Incapaz de soportar el tormento ni un momento más, la penetró, sólo un poco, y se sintió morir mientras aquella humedad abrasadora lo envolvía.

Los ojos de Genevieve se abrieron parpadeantes, lo observaron con deseo llameante. Luego lo rodeó con los brazos y separo las piernas aún más, alzando las caderas, atrayéndolo hacia adentro. Pese a la determinación de ir despacio, Haydon sintió que perdía el último resquicio de control. Con un gemido la penetró profundamente, enfundándose en su tórrida presión.

Genevieve soltó un resuello.

—Lo siento, Genevieve —consiguió decir Haydon, maldiciéndose a sí mismo. ¿Qué diablos le pasaba?, se preguntó con enfado. Tenía menos control que un colegial. Se mantuvo perfectamente quieto, decidido a no moverse hasta que ella se acostumbrara a la sensación de tenerlo dentro.—. Creo que, si esperamos un poco, el dolor cesará.

Genevieve pestañeó y asintió.

—Y también creo que deberías respirar —añadió tras un breve momento.

Lentamente, ella exhalo el aliento que había estado conteniendo.

—¿Mejor?

De hecho, estaba mucho mejor, se percató ella, especialmente una vez permitió que su cuerpo se relajara. Añorando volver de nuevo a donde no se usaban las palabras, entretejió sus dedos en el pelo de él y lo atrajo hacia abajo para poder besarlo.

Haydon gimió mientras enredaba su lengua en la de Genevieve. Empezó a doblarse lentamente dentro de ella, jurándose que sería cuidadoso, que le concedería tiempo para volver a excitarse. Pero ya parecía excitada, porque lo besaba profundamente mientras recorría con sus manos las curvas rígidas de los hombros, espalda y nalgas, tirando de él hacia dentro al tiempo que embestía su cuerpo contra el de Haydon, abriéndose y cerrándose alrededor de él hasta que sólo hubo humedad y calor, y el relumbre plateado que resplandecía sobre su piel. Una y otra vez, él la penetró, abrumado por el río sedoso de su cabello rubio rojizo, el caliente aroma estival de su piel mezclado con la fragancia de su pasión, la belleza suave, delgada, de sus pechos esculpidos con elegancia, de sus caderas y piernas.

Era todo lo que había deseado siempre, se percató con claridad hiriente. Y aquella constatación era una agonía porque sabía que no era suya y nunca lo sería. Había matado a un hombre y había perdido su identidad, y si permanecía allí, pondría en peligro la vida de ella y de los niños a los que se había entregado.

No obstante, aunque alguna vez consiguiera recuperar su vida como marqués de Redmond, estaba seguro de que Genevieve no le querría, porque el egoísta y despreocupado malnacido que él era no se merecía a una mujer como ella. Aquella certeza lo hirió y lo enfureció, pues si tan sólo hubiera sabido que ella existía, podría haber llevado una vida diferente, tal vez hubiera refrenado sus borracheras y partidas de cartas, y no habría ido por ahí dejando descendencia de un modo tan irresponsable, engendrando niños a los que no tenía derecho y a los que no podía proteger.

Quería que Genevieve se uniera a él, quería penetrarla y besarla y abrazarla y estar sobre ella hasta que ninguno de los dos supiera dónde acababa uno y empezaba otro, quería fundir su carne y pecho y su sangre de tal manera que nada se entrometiera entre ellos. Pero sólo tenía este momento, que pronto concluiría, y comprender esto lo llenó de desesperación.

Intentó reducir el ritmo, intentó que este breve interludio del que disfrutaban durara un poco más, pero ella se retorcía y se estiraba debajo de él, se abría a cada embestida enfervorizante con pequeños resuellos fogosos, clavando desesperadamente las uñas en su espalda, acogiendo sus penetraciones con jadeos de placer mientras lo mantenía aprisionado hasta que finalmente no pudo soportar ni un momento más. Empujó hasta lo más profundo de ella y se enterró allí, capturado en aquella compresión magnífica de su hermoso cuerpo. Y luego gimió y vertió toda su esencia en ella, sintiéndose morir, sin importarle lo más mínimo mientras pudiera permanecer unido a ella, con el corazón de Genevieve latiendo acelerado contra su pecho y el susurro de su aliento soplando suave y dulce contra su piel.

Permanecieron echados juntos un largo momento, cada uno temeroso de moverse por temor a partir las frágiles ligaduras entre ellos. Pero a medida que la piel de Haydon se enfrió, recupero el juicio. ¿En qué había estado pensando?, se preguntó. De pronto la mente le daba vueltas, despreciándose a sí mismo. No era suficiente haber creado egoístamente a una hija no deseada; por su falta de control, tal vez hubiera engendrado a otra criatura. No es que hubiera llevado una vida monacal desde su tórrida aventura con Cas-

sandra, pero después de la muerte de Emmaline, había jurado que nunca crearía otra vida con tal despreocupación. Pero en vez de apartarse antes de llegar al clímax, como era su norma en estos últimos dos años, se había hundido totalmente en ella.

¿Cómo podía haber sido tan negligente?

Se aparto dándose media vuelta y se levantó de la cama. Recogió la manta caída y se la colocó otra vez alrededor de la cintura, luego se acercó a la ventana y se quedó observando con gravedad la oscuridad de la noche, maldiciendo su propia estupidez.

—Jesús, Genevieve —dijo con voz grave y áspera—. Lo siento.

La vergüenza se apodero de ella. Genevieve agarró el extremo de la otra manta y se cubrió con ella, protegiendo su cuerpo del examen de Haydon mientras recogía el camisón y el chal. Se dio media vuelta y se vistió bajo la tienda que formaba la manta. Esta noche se había mostrado como quien realmente era, comprendió, temblorosa a causa de la humillación: una fulana desvergonzada que se retorcía al sentir el contacto de un hombre. Había besado a Haydon, lo había abrazado y se había entregado a él, arrastrándole dentro de su cuerpo sin pensar en las consecuencias. No era su marido, se recordó llena de desdicha, y nunca lo sería. Era un fugitivo de la ley, estaba condenado por asesinato y no podía quedarse con ella ni un momento más de lo necesario. Aunque finalmente consiguiera recuperar su vida como marqués de Redmond, nunca querría regresar para casarse con una mujer como ella. Ningún hombre de posición decente o un poco cuerdo se casaría con una solterona empobrecida con cinco ladronzuelos y el hijo bastardo de una doncella como hijos.

Quiso decir algo, pero no había palabras para expresar sus emociones. El se había disculpado, pero parecía terriblemente hipócrita aceptar una disculpa si, en realidad, era ella la que había ido en busca de él, se había presentado en su habitación en medio de la noche en camisón y chal. Su intención había sido hablar con él, comprender qué lo había llevado a correr riesgos tan enormes por el bien de Charlotte. También confiaba en despojarlo de algunos de los velos que envolvían al hombre que el resto del mundo pensaba que era su esposo. Pero no eran los únicos motivos por los que había ido a su habitación, comprendió, casi enferma de vergüenza. La pasión encendida entre ellos varias noches atrás en el salón había despertado los poderosos sentimientos que albergaba sin saberlo. Pese a los esfuerzos de encerrarlos en un rincón oscuro de su mente, había anhelado volver a experimentarlos. En algún plano un poco incomprensible, había querido que Haydon la tocara, desesperada por saber que sentiría cuando él la besara y la acariciara, adorando todo su cuerpo, y la llenara hasta lo más profundo con su ardor, fuerza y pasión.

Cruzó volando la habitación y abrió la puerta de par en par, desesperada por alejarse de él. El pasillo estaba frío y negro cuando salió allí, dejando que todo el calor y la luz que habían llameado con tal brillo y júbilo tan sólo un momento antes se desvaneciera en la habitación que dejaba atrás.

—...Después de eso, salió de la cárcel con la niña y regresó a casa de la señora Blake aproximadamente a las cuatro de la tarde.

El señor Timmons se rascó un grano bastante inquietante que tenía en la nariz y cerró su libreta, lo cual indicaba que había concluido el informe.

—Me quedé en la calle hasta las once de la noche, justo antes de venir para aquí. El señor Blake no abandonó la casa ni ninguno de los demás habitantes de la casa.

Vincent Ramsay, conde de Bothwell, tamborileaba sus dedos de uñas arregladas sobre la superficie arañada de la mesita de su habitación. Luego se levantó, sacó un sobre de un bolsillo interior de su chaqué y lo deslizó hasta el otro lado de la mesa.

—Gracias, señor Timmons. Me pondré en contacto con usted si vuelvo a necesitar sus servicios.

La boca del señor Timmons se abrió mientras echaba una ojeada al grueso fajo de billetes dentro del sobre.

—Gracias, señor Wright, a su disposición —se deshizo en agradecimientos, abrumado por la generosidad del misterioso caballero que lo había contratado—. Encantado de estar a su servicio. Si hay alguna otra cosa que yo pueda hacer…, ¿tal vez quiera que vigile al señor Blake mañana otra vez…?

Vincent abrió la puerta de la habitación del hotel, ansioso por que aquel hombrecillo adulador desapareciera de su vista. Despreciaba a los hombres que se ganaban la vida espiando la de los demás y despreciaba en concreto al señor Timmons ya que su mera presencia era una intrusión en la propia vida de Vincent. Le había pagado bien para garantizar su discreción, pero el conde no era tan tonto como para creer que tenía garantizada de manera absoluta su confidencialidad. —Por el momento esto es todo. —Mejor que aquella sabandija pensara que podía haber más trabajo en el futuro. De este modo se sentiría más inclinado a mantener la boca cerrada—. Buenas noches. —Cerró la puerta de forma abrupta y dejó al señor Timmons de pie en el pasillo con el sobre agarrado en su mano.

Vincent se sirvió una copa de jerez insípido, dio un sorbo y se encogió con un estremecimiento. No estaba acostumbrado a beber cosechas tan baratas, pero desde su llegada a Inveraray estaba haciendo todo lo posible para no atraer excesiva atención hacia su persona y aquello incluía no entregarse a su afición por los buenos vinos. Por este mismo motivo se había registrado en este pequeño hotel destartalado como señor Albert Wright, un hombre de negocios de Glasgow, de camino al norte para investigar la producción de carbón vegetal en las colinas al norte de Taynuilt. Vestía ropas modestas y actuaba con discreción, sin dar motivos a nadie para reparar en su presencia, excepto cuando le servían aquellas comidas fibrosas, cargadas de grasa, bien en su habitación o en el espantoso restaurante del piso inferior —con su alfombra llena de manchas y cubertería totalmente falta de brillo— momentos en los que se sentía obligado a mostrarse condescendiente. Se presentaba como un hombre silencioso, amable, carente por completo de alicientes, alguien de quien, esperaba, se olvidarían en el momento en que desapareciera de su vista. No deseaba causar impresión de ningún tipo en nadie durante su estancia aquí.

A excepción, por supuesto, del desaparecido marqués de Redmond.

Cuando recibió las primeras noticias de que Haydon había conseguido eludir a los atacantes que él había contratado para que lo asesinaran, se había puesto como una furia. Finalmente se consoló con la idea de que la horca era un final igual de apropiado para aquel cabrón hijo de perra. El hecho de que Haydon fuera ajuicio como un vulgar criminal y el tribunal lo declarara culpable de asesinato, resultaba irónico y apropiado. Contaba con el placer añadido de imaginarlo languideciendo durante semanas en una

celda fétida, plagada de chinches, rodeado de la escoria de la humanidad, sin duda apalizado y maltratado, declarando con insistencia y desesperación su inocencia sin conseguir nada. Vincent se había deleitado pensando en trasladarse a Inveraray para asistir a la ejecución, pero finalmente decidió que era mejor dejar que todo aquel miserable asunto se llevara a cabo sin su presencia. Quería a Haydon muerto, pero no sentía la necesidad imperiosa de presenciar su muerte. Lo único que deseaba era una pequeña retribución por la humillación y sufrimiento indescriptibles que el marqués, con tanta despreocupación, le había ocasionado en su vida. Aunque había costado una suma considerable y había requerido cierta dedicación discreta, Vincent se había convencido finalmente de que tanto los fondos como el tiempo invertido estaban bien empleados.

Lo que no había previsto era que Haydon escapara por segunda vez a su muerte.

La idea de que el amante de su difunta esposa hubiera conseguido eludir la estrecha vigilancia de la justicia y que anduviera suelto por ahí, perseguido pero libre, le crispaba sin piedad. Después de esperar con gran impaciencia a ver si volvían a capturarle, Vincent comprendió finalmente que no le quedaba otra opción que ocuparse personalmente del asunto. Viajó hasta Inveraray y contrató los servicios del señor Timmons, un investigador con experiencia cuya discreción, como casi todo lo demás, podía garantizarse en cierta medida pagando un precio, al menos durante un tiempo. El señor Timmons había conseguido fácilmente reunir información sobre el juicio de Haydon y su estancia en la cárcel. Lo que a Vincent más le había sorprendido era el hecho de que una soltera guapa, bienintencionada, hubiera sido la última persona en visitar al tharqués en su celda antes de su fuga. Según el carcelero, quien se había mostrado ansioso por hablar con el señor Timmons una vez comprendió que el investigador estaba dispuesto a pagarle un número ilimitado de cervezas, su señoría parecía poco más que un mugriento mendigo sin blanca la noche de su fuga. Vincent sospechó que aquello podía no ser un inconveniente para la eminentemente altruista señorita MacPhail. El marqués de Redmond siempre había gozado de un talento especial para encandilar y seducir a las mujeres, pese a las circunstancias. Eso era lo que le había permitido meterse entre las piernas de su encantadora Cassandra.

Dio otro trago amargo al jerez.

La humillación de las aventuras sentimentales de su esposa aún le hacía perder los estribos. Se recordó que no era más que una perra egoísta y malcriada, que se había alegrado de librarse finalmente de ella cuando murió dos años atrás, después de que un médico ignominioso intentara arrancarle de la matriz la descendencia de su último amante. Su desquiciando matrimonio con Cassandra había dejado de importarle hacía tiempo, tras el nacimiento de Emmaline ocho años antes. Con la maravillosa y milagrosa llegada al mundo de la niña, todo lo demás había perdido importancia en su vida de forma repentina.

Cuando Vincent se había enterado de que Cassandra se había quedado por fin embarazada después de más de seis años de matrimonio, no había tenido reparos en admitir sus esperanzas de que fuera un niño. Un hijo heredaría el título y las propiedades y dejaría una impronta importante en el mundo. Cuando, una hora después de su nacimiento, trajeron a la pequeña Emmaline a su estudio y le pusieron en los brazos a aquella criatura dando berridos, con el rostro enrojecido y arrugado, por un momento sintió una

miserable decepción. Intentó devolverla enseguida a la enfermera, pero la rendida mujer dijo que tenía que ir urgentemente a buscar algo para su mujer y salió a toda prisa de la habitación. Por lo tanto se vio obligado a llevar él mismo a la pequeña Emmaline escaleras arriba para devolverla al dormitorio de su esposa. En algún lugar a lo largo del recorrido, Emmaline había dejado de llorar y le había cogido gusto a encontrarse en sus brazos. Abrió los ojos azules y lo miró con una satisfacción tranquila, como para decir que antes lloraba porque lo necesitaba a él y que, ahora que lo había encontrado, todo estaba bien. Fue ése el momento en el que Vincent descubrió lo que creyó que era la forma más pura de amor.

Saber que se había equivocado socavaba un agujero profundo y desesperante dentro de él.

Dejó la copa y se fue junto a la ventana, donde descorrió la fría cortina que olía a humedad para poder mirar a la calle. No sabía con seguridad si el hombre conocido como Maxwell Blake era, de hecho, el marqués de Redmond. Mañana haría guardia cerca de su casa, y todos los días a partir de mañana, hasta que alcanzara a verlo y determinara su identidad.

Si resultaba ser el hombre que había destruido su vida, entonces Vincent se ocuparía personalmente de asegurarse que esta vez sí moría.

Capítulo 10

—Aquí tenemos uno muy bonito de unos barcos en el lago Fyne. —Oliver colocó el cuadro sobre el gastado sofá del salón para que Haydon pudiera apreciarlo mejor—. Estaría bien para alguien a quien le guste el agua, ¿no cree?

—Posiblemente —reconoció Haydon, examinando el trabajo con mirada crítica. Las pinceladas que Genevieve había usado eran rápidas y suaves, y aportaban a los barcos y al lago una sensación fluida, casi de ensueño.

—Este me gusta más —declaró Annabelle mientras ella y Grace dejaban una representación de un jarrón con flores sobre una silla. Los capullos violetas y rosas se inclinaban levemente, y un único pétalo había caído sobre el lino de la mesa en el que estaba el jarrón, ensuciando la superficie de otro modo prístina—. Las flores parecen tan terriblemente tristes, casi como si estuviera llorando. —Suspiró de placer.

Haydon tuvo que mostrarse conforme. Genevieve no pretendía ejecutar una representación realista y precisa de lo que veía, en vez de ello filtraba su obra a través de sus emociones y su sensibilidad. El resultado era conmovedor.

—Y aquí hay uno que nos pintó a mí y a Simon el verano pasado —dijo Jamie, arrastrando por el suelo el cuadro que sostenía por una esquina mientras Simon aguantaba la otra.

—Dijo que eran dos hombres preparándose para surcar el mundo —explicó Simon con orgullo.

En el cuadro, los dos muchachos navegaban en sus dos barcos de madera por un arroyo. Estaban retratados desde la espalda con las ropas remangadas y el pelo revuelto por el mismo viento que hinchaba las velas de sus pequeñas embarcaciones. La escena era soleada y tenía una calidad aletargada tangible, como si la tarde nunca fuera a acabar. Pero una estrecha franja de nubes ominosamente plomizas, pintadas a lo lejos, sugerían que el juego de los niños y tal vez por extensión su infancia, pronto llegaría a su fin.

—Me gusta éste. —Jack dejó el retrato de Charlotte en el sofá junto al cuadro de los barquitos—. De verdad pareces tú, Charlotte.

Charlotte miró el cuadro con tímida incertidumbre, complacida secretamente de que Jack la considerara tan guapa como la muchacha del lienzo.

—¿Tú crees?

Genevieve había pintado a Charlotte sentada en una silla, leyendo tranquilamente un libro. Su vestido se pegaba a su estrecha cintura antes de caer en un bullón generoso hasta el suelo, sin dar indicios de dónde podrían estar las piernas por debajo. Pero sobre el suelo, junto al dobladillo de sus faldas, yacía una única rosa cremosa con espinas que sobresalían en agudas púas verdes a lo largo del tallo. Si Charlotte se inclinaba a recoger la rosa, sin duda se pincharía con las espinas. Pero si la dejaba ahí, la rosa se marchitaría y moriría. Era un dilema bastante sencillo para un observador ca-

sual, pero a Haydon le pareció inquietante, pues presentía que la rosa era una metáfora de la pierna lisiada de Charlotte.

Estaba claro que Genevieve no podía evitar dotar a su obra de su percepción personal del mundo que la rodeaba. Haydon confiaba en que esta cualidad seductora, evocadora, causara una impresión imborrable en los posibles compradores.

—Ese es el último de los cuadros pequeños —dijo Doreen con un resoplido, mientras plantaba otro cuadro al lado de los dos que ya mantenían un precario equilibrio sobre la repisa—. Jack y Ollie tendrán que traer el resto.

Eunice apoyó las manos en sus rollizas caderas mientras inspeccionaba la improvisada exposición.

—Aquí ya no queda más sitio, o sea que tendremos que amontonar el resto por el comedor…

—¿Qué diablos estáis haciendo? —quiso saber una voz llena de asombro.

Haydon tuvo la impresión de que su pecho se comprimía cuando vio a Genevieve de pie en el umbral.

El cabello oro fuego que la noche anterior se derramaba como seda cálida sobre sus manos y encima de la almohada, ahora estaba pulcramente sujeto en un digno peinado, y el vestido oscuro que había seleccionado, abotonado con suma castidad, resultaría apropiado para la más respetable de las matronas presentes en un funeral. Si no hubiera experimentado en sus propias carnes la pasión avivada entre ambos, podría pensar que se encontraba en presencia de una monja virtuosa. La piel de Genevieve estaba pálida y unas oscuras ojeras amorataban la zona inferior de los ojos, lo cual sugería que había dormido tan poco como él la noche pasada. Sabía que bajar al salón y encararse a él había requerido bastante valor en ella, y no tenía ganas de ponérselo aún más difícil. Lo único que pretendía era devolver un poco de seguridad y bienestar a ella y a su familia.

Una vez estuviera seguro de que ya no iba a perder su casa, se marcharía para no hacer correr más riesgos a ninguno de ellos.

—Su señoría cree que puede conseguir que alguien compre sus cuadros —dijo Doreen entusiasmada.

Oliver se rascó la blanca barba, sin estar convencido del todo.

—Supongo que están mejor que la mayoría de memeces que alguna gente cuelga de sus paredes.

—Al menos aquí la gente va vestida decentemente. —Eunice inspeccionó los lienzos con aprobación—. Podrían colgarse en cualquier lugar sin que nadie se avergonzara, sin necesidad de taparnos con una tela cuando hay mujeres y niños delante.

—Si Haydon vende bastantes, entonces tendremos dinero para pagar al banco y ya no nos preocupará porque nos echen a la calle —añadió Jamie alegremente—. ¿No es fantástico?

Genevieve adoptó una actitud de gélida calma para mirar a Haydon. Se había demorado en su habitación todo lo posible aquella mañana, intentando recuperar la compostura que necesitaba para poder mirarlo a la cara sin dejar entrever la vergüenza que sentía antes los arrumacos compartidos la noche anterior. Por desgracia, verlo allí junto al resto de la familia analizan-

do fríamente sus preciosos cuadros, que aparentemente había ordenado reunir y exhibir por toda la casa, echó por tierra sus intenciones.

—¿Por qué está haciendo esto? —Su voz sonaba crispada.

—Porque nos hace falta encontrar la manera de pagar al banco —contestó Haydon—. He repasado todos los demás artículos almacenados en su bodega y, por desgracia, ahí no hay nada de valor. Sin embargo, sus cuadros están extremadamente bien ejecutados. Creo que si conseguimos que una galería exponga su obra, se podrían vender bastantes lienzos como para satisfacer una parte considerable de su deuda.

—Mi obra no es lo suficientemente buena como para venderse —le informó Genevieve, que se sentía al descubierto y humillada. Su trabajo era muy personal, y no se hacía ilusiones sobre su valor—. Sólo son retratos de los niños y simples escenas de barcos, flores y paisajes. Nadie querría comprarlos. La gente prefiere cuadros con temas grandiosos y heroicos.

—A menos que tengan algunas mujeres desnudas en ellos —fue la salida de Jamie—. Parece que a la gente le gusta.

—Vale, ya es suficiente con eso —le reprendió Eunice.

—Me parece que se equivoca, Genevieve —replicó Haydon—. Hay un movimiento cada vez más emergente que se aleja de la pintura de dioses, héroes y episodios violentos de la historia y la mitología. Sus cuadros reflejan las escenas de la vida: momentos modestos, tranquilos, efímeros, con los que mucha gente podría identificarse fácilmente. Y es más, están impregnados de emoción. No es posible mirar ninguno de los cuadros sin verse implicado y sentir alguna cosa.

—Tiene razón, muchachita —dijo Oliver—. Yo miro estos barcos de aquí y pienso: sería agradable tener pescado para cenar esta noche.

—Sabes que no vamos a tener pescado esta noche —le increpó Eunice—. Es domingo.

Genevieve miró con cautela a Haydon, preguntándose si estaba siendo sincero. En su interior, le complacía pensar que había mirado los cuadros y que pensaba que eran algo más que obras simpáticas de una mujer que se divertía jugando a pintar. Hacía tanto tiempo que realizaba bocetos y pintaba que ya no se acordaba, pero después de la muerte de su padre y la llegada de Jamie a casa, su pintura había cambiado de forma impresionante. Aislada y asustada, sentía la necesidad de buscar otras maneras de expresar sus alegrías, temores y frustraciones, y la pintura se había convertido en la mejor vía. Cada uno de los cuadros expuestos en el salón tenía un significado especial para ella, que iba más allá de la representación del modelo. Era como si su felicidad o su sufrimiento empapara la pintura, y como si con cada pincelada dejara perpetuamente alguna parte pequeña de ella sobre el lienzo.

¿Era posible que Haydon pudiera percibir la pasión con la que había creado estos cuadros? Y si así era, ¿significaba aquello que también otras personas, perfectos desconocidos, estarían capacitados para valorar sus obras y dispuestos a pagar por ellas?

No, comprendió de repente, enfadada consigo misma por ser tan necia.

—Nadie en Inveraray organizaría una exposición que mostrara el trabajo de una mujer —le dijo con tono categórico—. Ni nadie por aquí pensaría que mi trabajo tiene algún valor. Es posible que la gente esté dispuesta a pagarme para que les pinte un retrato de sus hijos, pero eso es muy diferen-

te a que compren el resto de mi obra basándose únicamente en sus propios méritos.

—Tiene razón —admitió Haydon—. Pero no es mi intención conseguir una exposición de su obra en Inveraray. No hay suficiente mercado aquí como para alcanzar los precios que creo que merecen sus cuadros. Voy a intentar organizar una exposición en Glasgow.

Genevieve tuvo claro entonces que Haydon no entendía las características exclusivamente masculinas intrínsecas al mundo del arte.

—Ningún tratante de arte de Glasgow accederá tampoco a organizar una exposición de una mujer artista.

—Lo cual podría ser un problema, si yo revelara que se trata de la obra de una mujer. —Haydon se colocó ante el retrato de Charlotte, con aire reflexivo—. Estoy pensando en que un nombre francés funcionaría bien. Por mi experiencia, es evidente la devoción de los tratantes escoceses por mostrar algo creado en otro lugar. Esto es algo que de inmediato aporta a la obra cierta credibilidad y mística.

—Y sucede lo mismo con los que compran los cuadros —dijo Eunice—. La casa de lord Dunbar estaba llena de todo tipo de cuadros, y no había ni uno que hubiera pintado un escocés bueno y honrado. Todos venían de Italia, Francia e Inglaterra; como si esos golfos supieran más que nosotros de pintarrajear un trozo de tela. —Soltó un resoplido de desaprobación.

—Está sugiriendo que digamos que mis pinturas han sido creadas por un artista francés? —Genevieve no estaba segura de que le gustara aquella idea.

—Entiendo que no es la solución perfecta —reconoció Haydon—, pero si queremos conseguir una exposición de su obra y crear cierto interés por ella, creo que es nuestra mejor estrategia.

—Me parece muy romántico —decidió Annabelle con aprobación—. Los nombres franceses suenan tan elegantes…

—Pues a mí me suenan tontos —manifestó Simon—. Como si alguien intentara escupir algo desde el fondo de la garganta.

—No lo haré, Genevieve, a menos que esté conforme. —Haydon tenía la mirada fija en ella—. Pero creo que es la mejor opción para reunir dinero para pagar sus deudas.

Genevieve se quedó mirando sus preciosos lienzos dispuestos caprichosamente por todo el salón. Cada uno de ellos representaba una faceta privada de su vida y por extensión, de las vidas de sus niños. No tenía ningún interés en exhibir su mundo para que otros lo miraran embobados, lo analizaran y posiblemente lo ridiculizaran. Y la idea de que su obra se atribuyera a un personaje ficticio, puesto que el hecho de que una mujer lo hubiera creado le restaba mérito, era verdaderamente ofensivo.

Jamie, Annabelle, Grace, Charlotte, Simon y Jack la estaban observando, esperando a que tomara una decisión. Sus expresiones eran de confianza absoluta, parecían creer que si se negaba a vender los cuadros, daría con otra fórmula para pagar las deudas y conservar la casa. Oliver, Eunice y Doreen parecían más preocupados. Ellos entendían mejor la precariedad de la situación.

Finalmente se dio cuenta de que no le quedaban muchas opciones.

—Muy bien, lord Redmond —dijo, intentando inculcar de nuevo una pizca de formalidad a su relación, aunque con poca convicción—. Sólo tiene que decirme con qué nombre le gustaría que los firmara.

Alfred Lytton se quitó las gafas, les sacó brillo vigorosamente con su pañuelo arrugado y luego se las sujetó una vez más a sus orejas de dimensiones generosas.

—Extraordinario —murmuró, inclinándose para mirar más de cerca el cuadro—. Del todo extraordinario. —De repente se irguió y volvió a sacarse los lentes—. ¿Dice que este Boulonnais es amigo suyo, señor Blake?

—Un viejo amigo —le aseguró Haydon—. Nos conocimos hace unos diez años cuando yo viajaba por el sur de Francia: Por supuesto, por entonces su trabajo era totalmente desconocido. Tuve el privilegio de visitarlo en la vieja y destartalada granja que todavía utiliza como casa y estudio. Ya entonces tuve la sensación de que iba a convertirse en un gran artista. No obstante, por entonces no tenía idea del gran talento de la pintura que llegaría a crear.

—Cierto. —El señor Lytton pasó la mirada por los cinco cuadros que Haydon le había traído a la galería.

—Por supuesto, cuando le escribí acerca de la idea de organizar una exposición de su obra en Escocia no se entusiasmó de inmediato.

—Haydon quería que el galerista tuviera la impresión de que al organizar aquella exposición iba a dar un golpe sonado—. Me temo que es de sobras conocido que es una especie de recluso. No se ha casado nunca. Rara vez se aventura a salir de casa. Reprueba toda cosa o persona que pueda alejarle de su trabajo, ya sabe. Le gusta pintar a todas horas del día y de la noche, sin pararse a comer o a dormir. La verdad, supongo que podría decirse que es un poco excéntrico.

—Como tantos artistas —comentó el señor Lytton con sabiduría—. Hace que uno se pregunte si la locura es el precio del genio. —Estudió aún más el cuadro—. He oído hablar de Boulonnais —murmuró, no fuera que Haydon pensara que no estaba al día de los últimos rumores en el mundo del arte—, pero es la primera ocasión en que tengo el placer de ver su trabajo de cerca. No hay duda de que es digno de admiración. Su sensibilidad hacia el modelo es realmente única.

Haydon sonrió. Había previsto que el señor Lytton fingiría estar familiarizado con el artista fantasma en vez de admitir su ignorancia.

—Estoy seguro de que es consciente de que el nombre Georges Boulonnais en este momento recorre todos los salones y galerías de París. Sus obras se venden el mismo día que se exponen, y son muchos los coleccionistas que suplican que se les conceda la posibilidad de pujar por cualquier cosa que vaya a producir en el futuro. El respetado crítico de arte, monsieur Lachapelle, de Le Parisien, ha predicho que Boudonnais no tardará en convertirse en uno de los artistas más célebres de este siglo.

—El que no vea eso es que está ciego —corroboró el señor Lytton—. Le estoy sumamente agradecido, señor Blake, por informarme de su relación con este fantástico artista. No tengo duda de que podré vender estos cinco cuadros. El duque de Argyll siempre está buscando obras interesantes para añadir a su ya impresionante colección, y me gustaría invitarlo a una exposición privada lo antes posible. Estoy seguro de que podemos organizar otra exposición con cualquiera de la obras que monsieur Boulonnais decida enviarme.

—Cuán reconfortante conocer a un hombre al que sólo le interese promocionar el arte entre su comunidad en vez de buscar el máximo potencial de sus beneficios. Hace honor a su profesión —le dijo Haydon.

El señor Lytton pestañeó lleno de confusión.

—No dudo que consiga una respuesta aceptable aquí yb respeto por querer mantener la exposición en Inveraray en vez de organizar una muestra mucho más importante en su galería afiliada en Glasgow. —Haydon se puso en pie como si su reunión hubiera concluido—. Es evidente que una vez un artista tan floreciente como éste es introducido en el mundo del arte en una ciudad importante, la espiritualidad del arte se pierde entre el frenesí de la exposición y el beneficio. Uno sólo tiene que pensar en lo que le sucedió a monsieur Boulonnais en su última exposición en París para entenderlo.

Los ojos del señor Lytton se abrieron mucho.

—¿Qué sucedió?

—Pues que todas sus obras se vendieron en cuestión de horas, y la gente rogaba al galerista que aceptara ofertas dos o tres veces por encima del precio marcado. Es posible que espectáculos de este tipo atraigan celebridad y beneficios financieros a la galería, pero en mi opinión hacen poco por preservar lo sagrado de la propia obra, ¿no está de acuerdo conmigo?

—En cierta medida, sí. —El señor Lytton rápidamente empezó a evaluar de nuevo sus beneficios potenciales en esta aventura—. Pero también creo que las grandes obras de arte merecen ser compartidas por un público lo más amplio posible —matizó cuidadosamente—. Es más, una respuesta tan entusiasta sólo puede ayudar a asegurar el futuro financiero del artista, lo cual a su vez le facilita tiempo y medios para crear más obras memorables. Se lo aseguro, señor Blake, estoy pensando sólo en el bienestar de monsieur Boulonnais al sugerirle que tal vez nos estamos precipitando al limitar la exposición a Inveraray. Me incita a pensar que una exposición en Glasgow es mucho más apropiado. Si a usted le parece bien, estaría encantado de organizarla allí.

Haydon pareció dudar.

—¿De veras cree que sería mejor?

—Sin duda. Un artista del calibre de monsieur Boulonnais debería ser presentado al mundo del arte escocés en una gran ciudad con industria y refinamiento. Glasgow es una opción muy preferible para la exposición inaugural. ¿Le parece que busquemos una fecha de aquí a, digamos, ocho meses?

Haydon pensó en el plazo inminente del banco para liquidar la hipoteca de la casa de Genevieve.

—Por desgracia, me temo que monsieur Boulonnais es bastante temperamental, y con un plazo tan largo nos arriesgamos a que cambie de idea —respondió en tono de disculpa.

—Pero, piense que incluso mi galería está comprometida hasta el verano del año que viene. No veo posible organizar una exposición con la obra de Boulonnais antes de esa fecha protestó el señor Lytton.

—Entonces me temo que deberé declinar su oferta para organizar la exposición —manifestó Haydon—. En este momento cuento con veinte cuadros en mi poder listos para ser exhibidos. No faltan tratantes en París ansiosos por encargarse de ellos, y por ello, Boulonnais me ha dado instrucciones de

que si no se pueden exponer con rapidez, los devuelva a Francia. Es una pena que no hayamos podido llegar a un acuerdo. —Le tendió la mano.

—¿Veinte cuadros, dice? —Los ojos miopes del señor Lytton danzaban mientras consideraba su porcentaje de los beneficios en una venta así—. En ese caso, señor Blake, estudiemos cuánto tiempo tardaremos en embalarlos y enviarlos a Glasgow. Creo que podré ponerme de acuerdo con mis socios para buscar un sitio donde colgarlos.

Jack miraba con ceño fruncido las palabras escritas sobre la página que tenía delante. Parecía capaz de rasgar la hoja en cualquier momento y triturarla con frustración. Finalmente cerró de un golpe el libro y lo empujó encima de la mesa.

—He acabado. —Se cruzó de brazos y miró a Genevieve con gesto desafiante.

—¿Quieres que repase contigo alguna de las palabras?

—Las sé todas —le aseguró con la barbilla firme.

—Pero siempre leemos hasta la hora del té —replicó Simon, alzando la vista del libro—. El reloj dice que nos quedan otros cinco minutos.

—Me importa un bledo lo que diga un maldito reloj —soltó Jack con brusquedad—. He acabado.

—Yo tampoco quiero leer más —dijo Jamie, deseoso de apoyar a Jack—. ¿Podemos hacer otra cosa, Genevieve?

Genevieve vaciló. Si decía a los niños que tenían que continuar leyendo parecería un castigo, y no pretendía que fuera así.

—Podéis guardar los libros y dedicar los próximos minutos a dibujar si os apetece. Puesto que ya has acabado por hoy, Jack, ¿te importa venir conmigo? Quiero enseñarte algo. —Se levantó y se fue por el pasillo hasta la biblioteca de su padre, dejando que el muchacho la siguiera.

—Tengo un libro aquí que creo que puede gustarte —dijo repasando los pesados volúmenes encuadernados en cuero que atestaban las estanterías. Bajó una edición grande y gastada del estante más alto y se la tendió a Jack.

El muchacho frunció el ceño al ver las misteriosas letras doradas que formaban palabras en la cubierta, fingiendo leerlas.

—Se llama Los barcos a lo largo de los siglos. —Genevieve cogió el libro y lo abrió, descubriendo una página en la que un magnífico buque vikingo con una amenazadora cabeza de serpiente en la proa surcaba las aguas de un océano azul celeste.

—Demonios —blasfemó Jack, impresionado—. ¡Si parece un dragón!

—Es un buque vikingo de hace casi mil años. Los vikingos eran conocidos como los Señores del Mar, debido a su destacable habilidad para construir barcos ligeros, aerodinámicos, que podían surcar las aguas más peligrosas y sembrar el terror en los corazones de quienes los veían venir. Eran extraordinarios exploradores y conquistadores intrépidos. Hubo un momento en que buena parte de Escocia e Irlanda cayó bajo su dominio.

Jack estudió el macabro barco con fascinación.

—Uno de los aspectos más ingeniosos del barco vikingo era la completa simetría de proa y popa —continuó Genevieve, indicándolas en el grabado—. Al tiempo que conseguían una forma graciosa en la embarcación, ésta también desempeñaba una función en su movimiento. El mástil iba colocado con gran precisión en el centro del barco, lo cual permitía navegar con facili-

dad adelante y atrás, y constituía una ventaja durante la batalla. El hecho de que estas naves no fueran pesadas significaba que cuando navegaban por un río y se encontraban el paso bloqueado por cascadas y rápidos, los vikingos bajaban el mástil, guardaban los remos y el timón, y hacían rodar la embarcación sobre tierra, poniendo troncos de árboles debajo de ella.

Jack intentaba imaginarse sacar un barco del agua y empujarlo por tierra.

—Tenían que ser la hostia de forzudos.

—Eran fuertes y decididos —convino Genevieve, prefiriendo no sugerir que intentara frenar su uso de palabras irreverentes.

Era muy consciente de que Jack aún no se sentía miembro de su nueva familia y no tenía deseos de aislarlo más criticando constantemente su lenguaje y sus modales. Los intentos del muchacho al liderar a los demás niños en su robo fallido, pese a equivocados, le habían demostrado que albergaba al menos cierta dosis de preocupación por ella y por los demás miembros de la casa, fuera consciente o no. Era esto lo que había propiciado que Jack aún no se hubiera escapado; junto al aprecio creciente que sentía por Charlotte.

Aunque Jack había mantenido un silencio tenaz en lo relativo a los detalles de su pasado, Genevieve sabía que había sido duro y a la vez brutal. La fina cicatriz blanca que marcaba su mejilla izquierda era la evidencia de una pelea salvaje y, la noche de su llegada, mientras se quitaban las mugrientas ropas de la prisión, Oliver había visto las cicatrices difusas de latigazos que marcaban su delgada espalda. Genevieve sospechaba que era esta nauseabunda familiaridad de Jack con el miedo y la violencia lo que lo atraía a Charlotte.

Antes de ser acogidos por Genevieve, todos los niños habían padecido abusos a manos de adultos, pero Charlotte era la más afectada física y emocionalmente, y nunca sería capaz de disimular sus lesiones al resto del mundo. Su debilidad inspiraba el instinto protector de Jack del mismo modo que se había sentido motivado a ayudar a Haydon la noche que éste escapó de la cárcel. Esta compenetración inherente conmovía a Genevieve de manera profunda, la reafirmaba cada vez más su decisión de mantener al chico bajo su protección hasta que recibiera una educación completa y estuviera preparado para crearse su propia vida.

—Los vikingos acabaron sabiendo muchísimo sobre navegación —continuo ella—. Tenían que saber interpretar el viento y las olas, y usar la posición del sol y la luna como ayuda para entender de dónde venían y a dónde iban. Ansiaban conquistar territorios más extensos y riquezas importantes, y para encontrarlos tenían que expandir constantemente su conocimiento. Aquella determinación les permitió, con tan sólo un poco de carne seca y agua fresca, subirse a la nave y surcar el océano hasta llegar a América, sin tan siquiera saber qué encontrarían allí o si de hecho llegarían a tierra alguna vez. En el camino tuvieron que enfrentarse a terribles tormentas y enfermedades, al frío y al calor. Pero siguieron adelante, cuando la mayoría de hombres simplemente habría abandonado y se habría vuelto para casa.

Jack contemplaba la imagen del barco en silencio.

—Lo que a menudo olvidamos, Jack —siguió Genevieve con voz suave— es que todos venimos a este mundo con un conocimiento muy limitado. Nadie nace sabiendo leer o escribir, ni construir un barco, ni surcar los océanos. Son cosas que tenemos que aprender. Algunas personas tienen la ven-

taja de empezar antes que otros, y por ello puede parecer que son más listos que nosotros, pero de hecho no lo son. Simplemente han tenido más tiempo para asimilar la información.

Jack permaneció en silencio durante un largo momento.

—Creen que soy estúpido —gruñó finalmente con voz grave y enfadada.

—No lo creen en absoluto —replicó Genevieve—. Jamie y Simon están fascinados con todo lo que haces y dices porque para ellos tienes mucho mundo y experiencia. Annabelle y Grace son suficientemente mayores como para recordar que ellas tampoco podían leer hace un tiempo, o sea, que lo entienden. Y Charlotte siente tal devoción por ti, que piensa que todo lo relacionado contigo es absolutamente perfecto.

Jack no dijo nada.

—Entiendo que para ti ha sido difícil renunciar a la independencia que tenías cuando vivías en las calles —reconoció Genevieve, conteniéndose para no añadir que su libertad habría sido mucho menor si estuviera en una celda de prisión—. Y yo sé que no te gusta verte obligado a estudiar. Crees que te las has apañado bien sin saber leer, o deletrear, o hacer sumas en un papel y, por lo tanto, no te das cuenta de por qué deberías esforzarte para intentar aprender esas cosas ahora que eres casi un adulto.

—Hay mucha gente que no sabe leer —le informó con brusca autoridad—. Y se las arreglan. Encuentras otras maneras.

—Estoy segura de que es así. Pero te perderás muchas cosas si no aprendes a leer, Jack. Los libros te pueden enseñar a construir un barco y cruzar el océano. Pueden enseñarte los músculos y órganos dentro del cuerpo humano o describir grandes cuadros de Italia, o contarte cómo era la vida hace quinientos años. Los libros pueden descubrirte mundos que tal vez nunca hayas imaginado y que de otro modo tal vez nunca veas. Aparte de eso, saber leer y saber cálculo te ayudará a triunfar en este mundo.

—No entiendes. —Torció la ceja con frustración—. Yo soy mayor que ellos, o sea que debería saber más que los demás. Y cuando me ven mirando una tontería de palabra que para ellos parece tan simple, y yo no sé lo que es, aunque tú ya me lo hayas dicho cinco veces, no pueden evitar pensar que soy estúpido. Incluso yo pienso que soy estúpido.

—Primero de todo, no hay duda que eres excepcionalmente listo —replicó Genevieve con firmeza—. Nadie podría haber sobrevivido en las calles tanto tiempo como tú sin estar dotado de mucha sagacidad e inteligencia. Aprender a leer y a escribir requiere tiempo, y no hay otro secreto. Si te molesta tener que dar las lecciones con los otros niños, entonces podríamos estudiar tú y yo aquí en privado. De ese modo no tendrás que preocuparte por lo que piensen los demás. ¿Lo preferirías así?

Jack la miró lleno de sorpresa. No hubiera pensado que Genevieve estaría dispuesta a llegar a tanto para ayudarle. Creía que ella le diría que se esforzara todo lo posible y que no se preocupara por los demás niños, y así quedarían las cosas. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a importarle si él aprendía o no a leer y escribir?

Ella le miraba con expectación, esperando su respuesta. Y de pronto a Jack le pareció importante no decepcionarla.

—Sí —dijo—. Eso estaría mejor.

—Muy bien, entonces. Puedes quedarte con ese libro, si quieres. Aunque quizás no puedas leerlo todavía, hay montones de bonitos dibujos que te

gustarán. Después de que hagamos la lección, dedicaremos un rato a mirarlos y te contaré más cosas sobre los hombres que construyeron las naves y los lugares maravillosos que visitaron. Tal vez un día viajes a países lejanos en un barco. Tal vez incluso vayas a América. —Sonrió—. Entonces me escribirás y me contarás todas las cosas maravillosas que has visto.

Jack se quedó mirando., la imagen del barco vikingo. Nunca se le había ocurrido la idea de poner un pie en un barco. Nunca había imaginado siquiera la posibilidad de conocer algún día el mundo más allá de Escocia. Pero escuchar hablar a Genevieve de aquello le hizo sentir una extraña emoción, como si aquello fuera un sueño que estuviera a su alcance. ¿Y por qué no?, se preguntó con coraje. Genevieve decía que era listo, y él sabía que podía trabajar duro cuando le interesara. Tal vez un día encontrara trabajo en un barco, pasando los días con tan sólo el cielo como techo y las olas oscilando bajo él. Estudió el océano turquesa del grabado y se preguntó cómo sería nadar en aguas cálidas con el sol centelleando sobre las olas como estrellas caídas.

Genevieve se resistió al impulso de estirar su mano y apartar un rizo marrón oscuro de la sien de Jack. Le pareció tan joven y vulnerable en aquel momento que el deseo de rodearlo con los brazos y estrujarlo fue muy fuerte. Pero no era un niño pequeño, se recordó, y sin duda le sentaría mal su intento de tratarlo como si lo fuera. Era un chico de catorce años que había llevado una vida de hambre, inestabilidad y necesidades constantes, que había conseguido sobrevivir en las calles tan sólo por su ingenio y pura decisión. De algún modo, Jack era mucho mayor y tenía más mundo que ella misma. Genevieve sólo confiaba en que finalmente decidiera quedarse con ella, al menos hasta que no necesitara más de su protección y consejo.

—Genevieve —Jamie se estaba riendo cuando la llamó desde el otro lado de la puerta—. Tenemos algo para ti.

Ella sonrió, preguntándose qué juego estarían preparando los niños.

—Supongo que hemos estado aquí encerrados demasiado tiempo, Jack, y los niños están impacientes por tomar el té.

Jack cerró el precioso libro de barcos.

—Es verdad. —Sentía un extraño privilegio por haber permanecido un rato a solas con Genevieve—. ¿Podemos mirar otra vez este libro mañana?

—Me gustaría mucho.

—¡Genevieve, déjanos entrar! —suplicó un coro de voces en el pasillo mientras aporreaban la puerta.

—Entrad.

La puerta se abrió de par en par, y los niños prácticamente empujaron a Haydon hasta dentro.

—¡Díselo! —chillaron, dando brincos en torno a él—. ¡Díselo ya!

Haydon metió la mano en el bolsillo de la levita y sacó un sobre que entregó a Genevieve.

—¿Qué es esto? —preguntó perpleja.

—Dos billetes para la diligencia a Glasgow. Nos marchamos el viernes de la semana que viene.

Junto las cejas llena de desconcierto.

—¿Nos vamos a Glasgow?

—Y tanto que sí. El próximo sábado por la noche se inaugura la primera exposición del eminente artista Georges Boulonnais en Escocia. Tenemos que seleccionar otros quince cuadros y llevarlos mañana a la galería de Alfred Lytton. Los enviará a su galería afiliada en Glasgow y se encargará de enmarcar adecuadamente las obras.

—Pero no podemos permitirnos el viaje a Glasgow —protestó Genevieve. Tenía problemas para asumir lo que Haydon le estaba diciendo, de modo que su mente se concentró en los aspectos más mundanos de lo expuesto—. No tenemos dinero.

—De hecho, sí tenemos. El señor Lytton ha sido lo bastante astuto como para comprender que sería un golpe sonado que el propio monsieur Boulonnais, tan dado a la vida recluida, hiciera acto de presencia en la inauguración. Aunque yo no podía garantizar tal cosa, mencioné que mi excéntrico amigo podría estar más dispuesto a asistir si yo me encontraba por allí. Puesto que estoy recién casado y soy muy reacio a viajar sin mi encantadora esposa, el señor Lytton ha sido tan amable de ofrecerse a pagar todos nuestros gastos.

Genevieve lo miraba con incredulidad. La idea de ver su obra a la venta en una galería de arte era simplemente inconcebible.

—Pero no puedo dejar a los niños…

—Por supuesto que sí, mocita —interrumpió Oliver—. Yo me ocuparé bien de ellos.

—No se apure por ello —dijo Eunice entre risas—. Doreen y yo nos aseguraremos de que los niños coman y no pasen frío, y que se vayan a la cama a las ocho. Ustedes váyanse a Glasgow y pásenlo en grande. No se preocupe por nada.

—¡Piensa, Genevieve, —le animó Simon cogiéndola de la mano entusiasmado— en que tus cuadros van a estar expuestos para que los vea todo el mundo!

—Y, aun así, nadie sabrá que eres la verdadera artista —reflexiono Annabelle con ojos soñadores—. Un día escribiré una obra sobre ella y luego la interpretaré, sin revelar nunca tu verdadera identidad.

—Y yo coseré todo el precioso vestuario para ti —se ofreció Grace—, y la gente se quedará tan cautivada con mis diseños que no tardará en convertirse en el furor de París, y yo me haré rica y famosa. —De pronto apretó los labios mirando fijamente a Genevieve con gesto de desaprobación—. No irás a llevar eso a Glasgow, ¿verdad? Parece que vayas vestida para tu propio entierro.

La manos de Genevieve se fueron al vestido con gesto cohibido.

—¿Eso crees?

—Yo no puedo vestir de negro —informó Annabelle con su grave seriedad—. Da un horrible aspecto amarillento a mi piel.

—Genevieve tiene más vestidos para ponerse —le aseguro Charlotte.

—Pero todos son oscuros y feos —protestó Annabelle con candor infantil—. Y están gastados.

—Estoy segura de que tendrá alguno que no sea tan feo. —Charlotte se quedó mirando a Genevieve esperanzada—. Verdad que tienes algo bonito, ¿eh que sí?

—¿Quiere decir esto que tenemos dinero para pagar al banco? —preguntó Jamie, quien no veía nada malo en el vestido de Genevieve.

—Aún no —contestó Haydon—, pero tengo serias sospechas de que una vez los cuadros de Genevieve estén bien enmarcados y colgados con gracia, el público se sentirá cautivado al instante y las obras se venderán. Tal vez lleve un poco de tiempo, pero...

—¡Y luego tendremos un montón de dinero para pagar al banco y podremos vivir aquí para siempre! —chilló Simon eufórico.

—Como mínimo deberíamos juntar suficiente dinero como para saldar las cuentas durante una temporada —concedió Haydon, quien quiso ser cauto y calmar sus expectativas—. Pero si esta inauguración va bien, no hay motivo para que no podamos organizar otras, en Edimburgo y tal vez en Londres. Tendremos que ver primero cómo va ésta.

—A mí me parece que va a necesitar algunas galas vistosas si tiene que pasearse por Glasgow como la recién casada señora Blake. —Eunice estudió a Genevieve de arriba abajo con mirada crítica—. Teniendo en cuenta que se supone que su marido es un amigo importante del artista y todo eso.

—Bien, no tengo nada mejor, y no hay dinero para gastar en tonterías de ese tipo. —El tono de Genevieve era enérgico y pragmático. Sin embargo, en secreto, deseaba tener algo elegante que ponerse para la inauguración. Hacía años que no disfrutaba del lujo de un vestido nuevo y no había tenido un traje de fiesta nuevo desde antes de la muerte de su padre.

—Toma, Eunice, —Haydon puso varios billetes bancarios en la mano de Eunice—. Tú y Doreen llevad a Genevieve de compras y encargaos de que se compre algo bonito.

Los ojos de Genevieve se abrieron mucho.

—¿De dónde ha sacado el dinero?

—El señor Lytton me dio un anticipo a cuenta de los gastos. Dijo que era para ayudar a cubrir cualquier desembolso que pudiera tener monsieur Boulonnais, en caso de que decidiera viajar a Glasgow. Y ahora mismo añadió, con amplia sonrisa— parece que monsieur Boulonnais necesita un nuevo vestido.

Una luz oro manzana bordeaba los cortinajes corridos del piso principal y arrojaba un destello cálido sobre la gélida oscuridad de la calle. Las pesadas cortinas bloqueaban con eficacia las siluetas de quienes se movían tras ellas, llenando de frustración a Vincent mientras observaba el hogar del señor y la señora Blake.

Había requerido una fuerza de voluntad colosal permanecer en las sombras después de ver a Haydon salir por la puerta principal. Lo había reconocido de inmediato. Durante años, Haydon visitó con regularidad su casa, antes de que Vincent se enterara de que aquel necio perpetuamente borracho se servía algo más que las buenas viandas y vinos que Vincent ofrecía tan generosamente. Hasta entonces, Vincent lo consideraba poco más que una diversión trivial, una incorporación insignificante, pero inevitable a cualquier cena o fiesta de fin de semana en el campo. Haydon interpretaba el papel del hermano pequeño, encantador y despreocupado, del marqués de Redmond, el ocioso segundo hijo que había heredado toda la belleza física en rostro y constitución, pero nada de la disciplina e inteligencia necesaria en los hombres que de hecho querían hacer algo en la vida. Su total falta de sensatez, unida a sus rasgos innegablemente apuestos y su herencia, lo vol-

vían del todo irresistible a las mujeres, que se sentían atraídas hacia él como las avispas a una cucharada de mermelada.

Vincent se divertía viendo cómo el sexo débil se las ingeniaba para cruzarse en el camino de Haydon a la menor oportunidad, y lo buscaba para encuentros clandestinos en la terraza o en la rosaleda, o en algún rincón oscuro donde pensaba que sus toqueteos urgentes y protestas poco convincentes pasarían inadvertidos. Las conquistas de Haydon constituían un entretenimiento tan distraído como beber o jugar a cartas. Para animar la cosa, Vincent había aceptado cantidades de dinero a otros invitados varones que querían apostar por la mañana sobre la cama que su amigo borracho había calentado la noche anterior.

No obstante, Vincent no se divirtió tanto la noche en que Cassandra le informó durante un momento de puro odio que su querida hija de cinco años había sido engendrada por Haydon.

Nunca se había considerado un hombre apasionado capaz de emociones volubles de amor y odio. Siempre había sido frío, digno y dueño de sí mismo, hasta el punto de que Cassandra le había acusado en alguna ocasión de estar congelado por dentro. Pero ella se equivocaba. Con ella sí había sido frío, cierto, porque su esposa, una mujer consentida hasta lo indecible, nunca había podido despertar en él otro sentimiento que la lujuria, durante un tiempo, y luego el desdén. Pero su amor por Emmaline era superior a cualquier otro sentimiento que hubiera albergado hacia alguien en toda su vida. Y cuando se enteró de que su preciosa hija de hecho no lo era, sino que era resultado de un cita libidinosa, fogosa, entre su esposa y un hombre a quien Vincent había tolerado pero despreciado, fue como si le arrancaran del pecho el corazón, que había aprendido recientemente el placer exquisito de querer a alguien, y se lo pisotearan hasta hacerlo papilla.

Lo que no había comprendido era que aquel amor no podía erradicarse simplemente tomando la decisión de que se había acabado.

Tampoco había comprendido que aún estaban por llegar sufrimientos más intensos.

La franja dorada que bordeaba las ventanas empezaba a extinguirse, habitación tras habitación, hasta que finalmente toda la casa se quedó negra y en silencio. Vincent pensó en Haydon tumbado en una cama cálida en el interior, tal vez con la caritativa señorita MacPhail, quien se había encargado tan desinteresadamente de rescatarlo y protegerlo. El estaba vivo, caliente y a salvo, mientras Emmaline yacía fría, pudriéndose bajo la tierra. La injusticia de todo aquello resultaba insoportable. Vincent quería irrumpir en la casa y clavar un puñal en el pecho de Haydon, allí donde yacía, ver sus ojos agrandándose de horror y sorpresa, y observar la sangre fluir caliente y roja por las sábanas hasta el suelo.

Paciencia, se dijo en silencio. Tienes que tener paciencia.

Ahora que había encontrado a Haydon cómodamente atrincherado bajo su falsa identidad de Maxwell Blake, esposo y padre, la manera de eliminarlo había adquirido una nueva forma. Vincent se había alarmado en cierto modo al verle subir a un carruaje horas antes aquel mismo día. Había pensado que Haydon tal vez fuera a abandonar su mascarada en Inveraray para buscar refugio en algún otro lugar. Pero después de seguirle hasta una galería de arte en la que permaneció durante más de una hora, observó el regresó de Haydon a la casa. Lo que más le había intrigado a Vincent era la cálida bienvenida que había recibido a su regreso. Le abrieron la puerta de par en par,

y un hombre mayor le dio unas palmaditas en el hombro como si fuera un muchacho, mientras que un torbellino de niños de estaturas y edades variadas se había arremolinado a su alrededor y le habían cogido de las manos como si no pudieran esperar a llevárselo hasta algún lugar.

El recuerdo de Emmaline cogiéndole sus propias manos con sus deditos regordetes ocupó de repente su mente. Aún no había cumplido los tres años y ya quería tirar de él mientras daba sus pasos titubeantes por el pasillo. ¿Dónde está el perrito, papá?, canturreaba suavemente, guiándolo hasta la habitación en la que había escondido uno de sus muñecos de trapo para que él lo encontrara. Era uno de sus juegos favoritos. No importaba lo obvio que fuera el escondite del juguete, Vincent siempre investigaba con gran aspaviento debajo de todos los adornos. Se enfurruñaba, ponía muecas y adoptaba un aire perplejo para deleite de Emmaline.

No podía recordar con precisión cuándo fue la primera vez que él retiro su mano de la de ella. El recuerdo era vago porque Emmaline siguió tendiéndosela, día tras día, semana tras semana, suplicándole que la siguiera. Hasta el momento espantoso en que finalmente se percató de que su padre no querría cogerle la mano nunca más, ni abrazarla, ni besarla o pegar su mejilla a la de ella y llamarla princesita mientras la estrechaba en sus brazos. Ni buscar su perrito.

Después de aquello nunca volvió a tenderle los brazos.

Vincent parpadeo repetidas veces, obligándose a volver al presente. La muerte es demasiado fácil para ti, malnacido.

Capítulo 11

La ciudad de Glasgow era un bullicioso y abarrotado lugar de excepcional belleza y horrenda desesperación. Las frías aguas del río Clyde discurrían como una pulsante vena azul por el corazón de la ciudad hasta llegar al estuario del Clyde y finalmente al océano Atlántico. Esto ponía a la ciudad de Glasgow en una perfecta situación para dar cabida a su industria en rápida expansión. Casi un centenar de fábricas textiles salpicaban su paisaje de hierba y piedra, y las herrerías y minas de carbón de los alrededores abastecían a los caldereros, astilleros y talleres de ingeniería naval que bordeaban el río Clyde. La floreciente industria provocaba una demanda insaciable de mano de obra barata. Escoceses de las Tierras Altas acudía en multitud con la esperanza de encontrar trabajo en la ciudad, donde únicamente constataban que tenían que competir con los igualmente desesperados inmigrantes irlandeses, italianos y judíos. Unos pocos privilegiados hacían fortunas desmesuradas, que celebraban levantando casas magnificas y edificios públicos que luego se llenaban de las mejores antigüedades, muebles y obras de arte. En cuanto a los hombres, mujeres y niños que sudaban y sufrían durante largas y extenuantes horas en las fábricas, por la noche se arrastraban de regreso a la mugre apestosa de las barriadas, donde libraban una batalla incesante contra el hambre, la enfermedad, el alcoholismo y la violencia. No obstante, incluso con este sórdido punto vulnerable, Glasgow era sin duda una de las ciudades más espléndidas de Europa.

Era el lugar perfecto para introducir en Escocia al renombrado pintor Georges Boulonnais.

Genevieve miraba con fascinación a la mujer del espejo, preguntándose si realmente había cambiado tanto como sugería su imagen. El vestido que había escogido con ayuda de Eunice y Doreen era un sencillo modelo de seda gris clara, ribeteado con capas casi transparentes de encaje cremoso que formaban un volante alrededor del bajo escote y caían en pliegues recogidos con suavidad a la altura del dobladillo. No era exactamente la última moda ni llevaba los mismos adornos generosos que los otros vestidos que la mujer de la tienda le había enseñado en un principio. Eunice y Doreen casi se desvanecen entre suspiros al ver las elaboradas confecciones de seda rosa grisácea, malva ahumada y verde musgo, todos ellas engalanadas con cuentas bordadas, cintas y lazos exagerados, que se hinchaban sobre monumentales armazones de aros que parecían a punto de chocar con todo el mundo y con todo lo que se encontrara en un radio de un metro.

Años atrás, a Genevieve le habría encantado ponerse modelos tan extravagantes, previendo ansiosamente la admiración y atención que provocaría al pasearse con seguridad por un salón. Pero aquella niña frívola y malcriada ya no existía. La mujer que se encontraba delante del espejo era una madre soltera con seis hijos que llevaba años luchando para alimentar y vestir a los niños que tenía a su cargo, y mantenerlos lejos de las calles. La idea de pagar un suma extravagante por un vestido ridículo que podía usarse en contadas ocasiones y nunca más de dos veces con la misma compañía, ahora le parecía casi inmoral.

Pese a la relativa simplicidad, su nuevo vestido le parecía bonito, y mucho mejor que cualquier otro que hubiera tenido en los últimos años. El corpiño se amoldaba ceñido a su cuerpo y creaba un delgado triángulo desde los pechos a la cintura, punto en que las faldas se abrían formando una campana de seda perlada sostenida por un modesto miriñaque.

El hotel había enviado a una doncella a petición de ella para que le ayudara a vestirse, ya que le habría resultado imposible apañárselas sola con el corsé y el miriñaque, y la fila interminable de botones y cierres diminutos de la espalda. Era una muchacha agradable y parlanchina llamada Alice, que se ofreció amablemente a peinar a Genevieve. Al principio Genevieve protestó, pues había previsto sujetarse simplemente el pelo hacia atrás como hacía normalmente, confiando en que se aguantara así durante toda la velada. Pero Alice se lo había suplicado, explicándole que no tenía muchas oportunidades de trabajar con un pelo tan precioso y tan espeso como el de Genevieve, y que estaría enormemente agradecida si le permitiera practicar un nuevo estilo que había visto en una publicación de moda parisina que una amiga le había enviado directamente desde Francia. Ante una petición así, casi habría resultado descortés negarse, de modo que Genevieve se ablandó y permitió que la doncella intentara domar el enorme peso de su cabello.

Una vez Alice hubo acabado, el cabello oro y coral de Genevieve estaba enroscado en un suave ramillete de rizos flojos que se recogían a la altura de la nuca. Alice había enhebrado un delicado ramillete de capullos rosas y marfiles sobre su oreja, consiguiendo un efecto impresionante al añadir un toque de color al gris y crema del vestido. Al principio Genevieve tuvo miedo de que las flores resultaran un poco llamativas, pero Alice insistió en que eran lo más apropiado para una mujer de su belleza y estatura, y puesto que las demás mujeres asistentes a la inauguración llevarían etéreas plumas de avestruz y cintas e incluso joyas en el pelo, a nadie le parecería su adorno fuera de lugar.

La oscuridad avanzaba por la ciudad a paso silencioso. Genevieve encendió las lámparas de aceite de su habitación y continuó estudiándose, poco acostumbrada a contemplar su aspecto durante un rato tan prolongado. Su cabello había quedado ciertamente bonito, tenía que admitirlo, y aunque el vestido era sencillo para las pautas de hoy en día, le parecía por entero aceptable. No obstante, lo que más le interesaba era su rostro. Una líneas poco conocidas se dibujaban levemente en su frente, y un abanico de arrugas más pequeñas bordeaba la zona que rodeaba sus ojos. ¿Cuándo habían salido?, se preguntó. Se recordó que ya no era una muchacha de dieciocho años de húmeda piel, sino una mujer de veintiséis con incontables preocupaciones y demasiadas noches sin dormir a sus espaldas. Además, se apresuro a añadir, había muchos momentos de alegrías, pues no conocía mayor placer que la risa que sus niños le arrancaban con la más leve de sus sonrisas o algún gesto gracioso. Suponía que era inevitable que su rostro empezara a reflejar la evidencia de su vida. No obstante, era desconcertante advertir cuánto había cambiado desde la última vez que se había estudiado a fondo. Hacía años que no se sentaba un rato ante el espejo, desde que estaba recién prometida a Charles y consideraba una suerte excepcional haber atraído la atención de un caballero tan gallardo y sofisticado como el conde de Linton.

El tiempo había pasado a una velocidad vertiginosa.

Llamaron a su puerta. Se levantó, se recogió nerviosa un díscolo mechón de pelo y fue a abrir.

Haydon estaba en el pasillo, ataviado elegantemente con un chaqué de etiqueta negro, camisa blanca inmaculada, corbatín pulcramente anudado y pantalones color perla perfectamente ajustados. No habló, sino que se quedó mirándola en silencio, tomando nota de cada centímetro de ella, desde los satinados rizos de pelo hasta el discreto volante de encaje que colgaba sobre el oscuro estampado de la alfombra que había bajo sus pies. Genevieve advirtió que sus ojos descansaban muy fugazmente sobre la prominencia lechosa del seno que se elevaba desde el vestido, luego descendían por el estrechamiento de su corpiño sobre el vuelo de sus caderas con miriñaque y de nuevo hacia arriba. Sintió que su carne entraba en calor sólo con que sus ojos la repasaran de arriba abajo, obligándola a recordar ansiosamente que él había tomado sus pechos en su boca y le había succionado los pezones, que la había estrechado contra su cuerpo hasta que apenas pudo respirar, que había hundido su lengua en las partes más íntimas del cuerpo de Genevieve y la había llenado de él, penetrando en sus profundidades, sujetándola con firmeza hasta hacerle perder la noción del tiempo, o de la responsabilidad, o del arrepentimiento.

Genevieve se dio media vuelta de repente, pues sentía un calor y un ansia que la incomodaban, pese a que hacía fresco en la habitación y el vestido no le apretaba especialmente.

—Buenas noches —dijo Haydon, recuperando la compostura que había perdido momentáneamente nada más ver a Genevieve. Siempre había sabido que era hermosa, independientemente de si llevaba uno de sus vestidos gastados o si estaba tumbada desnuda contra un lío arrugado de sábanas frías. De cualquier modo, nada le había preparado para el encanto que irradiaba de ella en aquel momento. Su vestido era exquisito en su simplicidad, ya que no intentaba competir con su belleza, simplemente la realzaba. Entró en la habitación y arrojó informalmente la chistera y la capa sobre una silla, conteniendo su impulso de cogerla en sus brazos y besarla.

No es tuya, se recordó con severidad. Pese a las libertades que desvergonzadamente te has tomado con ella.

—Está especialmente encantadora esta noche, señora Blake —dijo adoptando un talante alegre—. No me cabe la menor duda de que todos los hombres en la galería se quedarán admirados. Me doy cuenta de que voy a tener mucho trabajo intentando mantenerlos a una distancia respetable.

Su actitud era bromista, pero sus ojos comunicaron a Genevieve que de verdad encontraba su aspecto agradable. Tal vez las líneas que acababa de ver en su rostro no fueran tan profundas ni se notaran tanto como había imaginado.

—Debo confesar que hacía tanto que no asistía a un acto de alguna relevancia social que se me había olvidado toda la atención que requiere vestirse para la ocasión. —Se retocó con aire cohibido el vestido, que de pronto le pareció demasiado escotado—. Por suerte, el hotel ha podido facilitarme una doncella que me ha ayudado con el vestido y el cabello.

Haydon se imaginó metiendo sus manos entre la suave espiral de rizos delicadamente dispuestos, soltando las horquillas y arrastrando los dedos por la seda dorada hasta que se derramara sobre los montículos níveos de sus pechos. En cuanto a ese vestido, estaba razonablemente seguro de que

podría tenerlo desabrochado y caído sobre las curvas de su cuerpo exquisito en cuestión de momentos.

Desconcertado por sus pensamientos, apartó la— vista.

—Hay una cosa más que hará que el conjunto sea completo. —Se metió la mano en el bolsillo del chaqué y sacó una cajita carmesí—. Tome.

Genevieve se quedó mirándolo con sorpresa. La expresión de él no traslucía nada. Con vacilación, cogió la caja y pasó su mano sobre la superficie aterciopelada, disfrutando del singular deleite del misterio y la expectación. Tras un momento, la abrió lentamente.

Descansando sobre una almohadilla de satén yacía una reluciente alianza de oro con un pequeño rubí incrustado en el centro.

—No es en absoluto lo que se merece —dijo Haydon, con voz ligeramente nerviosa— pero me temo que ha sido lo mejor que he podido conseguir en tan poco tiempo y con fondos bastante limitados. Creo que ya era hora de que la señora de Maxwell Blake tuviera un anillo de boda.

Genevieve contempló en silencio el reluciente aro.

En el momento de su compromiso, Charles le había regalado un pesado y ornado anillo con un trío de diamantes enormes en su centro. Era una reliquia familiar, le había explicado con gravedad en su momento, y había honrado las manos de tres condesas de Linton antes de las suyas. Luego, Charles había divagado sobre quiénes eran ellas y los logros que habían conseguido, que básicamente se reducían a dar a luz estoicamente y ser anfitrionas con pretensiones. Al final de la pomposa disertación, había informado a Genevieve que podía sentirse orgullosa del hecho de que la hubiera elegido por encima de incontables candidatas potenciales a llevar este anillo y que estaba seguro de que ella haría justicia a la joya procurando que se sintiera orgulloso y evitándole motivos de azoramiento. Por supuesto, cuando rompieron el compromiso, había exigido furioso que se lo devolviera, como era su derecho.

Desde entonces, nunca había vuelto a llevar joyas.

—Es precioso —dijo en voz baja.

—Por favor. —Haydon sacó el anillo de la caja y tomó la mano de Genevieve, de piel sedosa y fresca entre la palma de él. Cuando se inclino un poco más, de pronto percibió el delicado aroma a capullos de naranjo. Deslizó el anillo por el dedo anular de su mano izquierda—. Me temo que es un poco grande —se disculpo—. Tendremos que ajustarlo cuando volvamos a casa.

La palabra «casa» salió con facilidad de su boca. Supo en el momento de decirla que no era lo correcto, pero no hizo ninguna corrección por temor a caer en una conversación en la que tendrían que reconocer la imposibilidad de su situación. Era muy consciente de que no podía seguir fingiendo eternamente ser Maxwell Blake. Tenía que recuperar su vida, por muy vacua, indulgente y sin sentido que fuera. Aún más, era un asesino fugado, y su mera presencia planteaba un peligro constante a Genevieve y a su familia. Cerró los ojos y volvió a aspirar su aroma, apartando aquellos pensamientos. Esta noche tenían que asistir a una exposición, en la que la flor y nata del mundo del arte de Glasgow pondría su mirada en la obra del artista Georges Boulonnais y decidiría si merecía la pena o no.

—Vamos, Genevieve —dijo, cogiendo su capa para colocársela sobre los delgados hombros desnudos—. Hay un carruaje afuera que espera para lle-

varla a su exposición de lanzamiento—. —Cogió su sombrero y capa, y abrió la puerta antes de ofrecerle el brazo con galantería.

Ya habría tiempo por la mañana para hacer frente a la cruda realidad de sus vidas.

—¡Señor Blake! ¡Por aquí! —Alfred Lytton agitó una mano esquelética en el aire mientras luchaba por sortear la aglomeración y abrirse camino entre toda la gente que lo rodeaba.

—Señor Lytton —dijo Haydon cuando el galerista con gafas finalmente consiguió salir entre dos cuerpos— parece que su galería ha conseguido atraer bastante público. Querida, conoces al señor Lytton, ¿verdad? —continuó volviéndose a Genevieve—. Creo que mencionaste que tu padre le había comprado unos cuadros hace años.

—Sí, por supuesto —dijo Genevieve, abrumada por la multitud de gente que miraba sus cuadros. Los lienzos habían quedado enmarcados en molduras doradas profusamente talladas, que les dotaban de un aire mucho más transcendente que el que tenían cuando estaban esparcidos por la bodega. No tenía idea de si gustaban o disgustaban a la gente que en esos instantes los miraba boquiabierta o si simplemente la dejaba indiferente¿Cómo está, señor Lytton?

—¡Esto es una casa de locos! —soltó el señor Lytton con nerviosismo, mirando a su alrededor— ¡Sin duda una casa de locos! Mis socios mandaron invitaciones a la clientela habitual, pero teniendo en cuenta que nos encontrábamos a escasas fechas de la inauguración, decidimos publicar también un pequeño anuncio en el Herald, pensando que quizá pudiéramos atraer a otras partes interesadas. Bien, dio la casualidad de que el señor Stanley Chishoim, el respetado crítico de arte, vio el anuncio y decidió venir ayer a la galería mientras aún estábamos con los preparativos. No exagero al decir que se quedó sorprendido con las obras. De hecho, totalmente sorprendido. Tanto que ha escrito un artículo en el Herald de hoy, aclamando la obra de monsieur Boulonnais como exquisita y diciendo que cualquier persona interesada en ver cuadros de una peculiar sensibilidad no debería perderse la exposición. Da la casualidad de que también ha mencionado que el esquivo artista podría hacer una aparición aquí esta noche, lo cual parece haber despertado la curiosidad de la gente. Inclinó la cabeza con nerviosismo—. ¿Sabe si Boulonnais está aquí?

Haydon fingió inspeccionar la estancia, que estaba llena de mujeres y hombres elegantemente ataviados, quienes reían y sorbían champán—. Mi esposa y yo acabamos de llegar, no estoy seguro. Silo veo, se lo comunicaré al instante.

—Espero que se haya decidido a realizar el viaje. Según el último recuento, ya habíamos vendido trece de los veinte cuadros... ¡y la velada apenas ha comenzado! El duque de Argyll ya había comprado cinco piezas antes incluso de enviar los cuadros aquí desde Inveraray, pero le dije que tendrían que incluirse en la exposición. No le importó, por supuesto. Exponer estas obras sólo conseguirá aumentar su valor.

Los ojos de Genevieve se agrandaron con incredulidad.

—¿Ha vendido trece cuadros?

—Y tengo que informarles de que, después de ver el elogioso artículo del señor Chisholm en el Herald, ajustamos los precios de forma consecuente —admitió el señor Lytton—. La comisión de su marido por las ventas será aún

mayor de lo que esperábamos, señora Blake, y por supuesto, su amigo Boulonnais, se beneficiará de forma considerable. Confío en que se sienta lo bastante complacido como para que permita que nuestra galería continúe representándolo en Escocia.

Haydon sonrió.

—No tengo duda de que en cuanto se entere de lo bien que ha sido acogida su obra, estará interesado en mantener su representación.

—Excelente. Discúlpenme, pero lord Hyslop me indica que desea comprar ese cuadro de la niña con la rosa. Una pieza magnifica de verdad. Tan hermosa, y, no obstante, hay algo terriblemente melancólico en ella. Debería haber pedido más por ella. —Suspiró con pesar—. Discúlpenme. —Se enderezó las gafas y se abrió camino a través de la habitación.

—Trece cuadros —repitió Genevieve, fascinada.

Haydon cogió dos copas de una bandeja de plata que pasó a su lado sobre el brazo de un atribulado camarero.

—¿Le apetece un poco de champán, Genevieve?

Genevieve agarró el pie de la copa con tal fuerza que Haydon temió que se rompiera.

—Brindemos —sugirió—. Por el misterioso y retraído George Boulonnais. Para que pueda seguir pintando y encandilando al mundo del arte durante muchos, muchos años. —Alzó la copa, dio un sorbo y luego frunció el ceño. ¿Qué pasa, Genevieve? ¿No le gusta el champán?

Ella sacudió la cabeza, distraída con toda la gente que se reía y se arremolinaba en torno a ella.

—Ya no me acuerdo. No he tomado champán desde la noche en que se anunció mi compromiso con Charles. Eso fue hace años.

—Creo que descubrirá que sabe mucho mejor cuando uno tiene algo verdaderamente grato que celebrar. No quiero decir que su compromiso con Charles no fuera motivo para beber —añadió secamente.

Ella le dedicó una mirada de leve exasperación antes de sorber con cautela el champán. Una oleada de frescas burbujas danzó bajo su lengua y le hizo cosquillas en la nariz. Dio otro sorbo, luego otro. Hacía calor en la abarrotada sala y de pronto sintió una sed tremenda. Otro largo trago y la copa se quedó vacía.

—¿Más? —preguntó Haydon.

Asintió.

—Por favor.

Él cogió diligentemente otra copa para ella.

—Tal vez debiera beber ésta más despacio —aconsejó—. El champán tiende a beberse con facilidad y luego, de repente, uno se siente repentinamente mareado.

—No me pasará nada de eso —le tranquilizó Genevieve— dando otro sorbo—. No tiene que preocuparse por mí. —Se dio media vuelta para poder observar a un grupo de gente que mantenía una animada discusión delante de su cuadro de Simon y Jamie.

El champán y el calor de la galería habían provocado un sonrosado rubor en sus mejillas, que creaba un contraste encantador con la suavidad cremosa de su garganta y pechos. Era sin duda la mujer más bella de la sa-

la, se percató Haydon. Lo que la hacía aún más atractiva era el hecho de que no tenía noción del efecto que causaba en cada persona que reparaba en ella. Haydon veía la inicial impresión placentera, que se transformaba en curiosidad a medida que el desconocido intentaba deducir quién era ella y qué relación tendría con él. Se alegró de haber tenido la previsión de ponerle la alianza antes de salir, ya que, en otro caso, se habría visto obligado a espantar a todos los necios que se acercaban. Genevieve ya había pasado la etapa de plena juventud, cuando sin duda era una jovencita encantadora y fue presentada en sociedad hacía unos ocho años. Pero en lugar de esa muchacha había una mujer de decisión y fortaleza increíbles, quien no sólo había sobrevivido al infortunio y la desesperación, sino que se había entregado constantemente de todas las maneras posibles para que también otros seres pudieran sobrevivir. Era esta combinación de belleza, determinación y desinterés lo que la diferenciaba de todas las mujeres que la rodeaban.

—¿Puede creerse que toda esta gente haya venido aquí a ver mis obras? —Genevieve estaba completamente estupefacta ante aquella idea— Y que de hecho las estén comprando?

—Tendrían que estar ciegos para no ver la belleza de los cuadros. En su obra hay una intimidad conmovedora que emociona a la gente. La reconocí en el momento en que los vi por primera vez, y supe que también la verían los demás.

Ella pensó en aquello un momento mientras observaba a un caballero de pelo canoso que contemplaba con placer su cuadro del deslustrado barco de pesca, reluciente sobre la plomiza superficie del lago.

—Si mi obra tiene algún mérito, no tendría que importar que la artista fuera una mujer. El arte debería valer por sí mismo.

—Tiene razón —concedió Haydon—. Espero que un día cambie ese prejuicio, pero hasta que esto suceda, debe mantener su identidad como Georges Boulonnais. Mientras pueda seguir pintando bajo esa identidad, será capaz de mantener a su familia. Reconozco que es injusto, Genevieve, pero espero que el éxito financiero sea suficiente para contrarrestar la frustración de que su talento no sea reconocido bajo su propio nombre.

Por supuesto que lo era, comprendió Genevieve, abrumada mientras contemplaba la magnitud de lo que Haydon había logrado. Haydon había organizado nada más y nada menos que la supervivencia de su familia. No lo había hecho dándole dinero a ella ni exigiendo algo a cambio, tal y como podría haber hecho Charles o para el caso cualquier otro hombre de los que había conocido. En vez de ofrecerle caridad, Haydon había encontrado la manera de que ella se valiera por sí misma. Sería capaz de ganarse la vida, para ella y para su familia, haciendo algo que le encantaba, que era expresarse a través de los cuadros.

Era con diferencia el mejor regalo que alguien podía haberle hecho: el regalo de la autosuficiencia.

Alzó la vista para mirarle, pues quería comunicarle cuán agradecida estaba. Fijó la mirada en él. Su atractivo era insoportable con su atuendo de gala, el pelo negro rizándose sobre el selecto tejido de su chaqué y la mandíbula firme y fuerte bajo la suave llamarada de luz que proporcionaban incontables velas y lámparas de aceite. Parecía tan refinado y desenvuelto entre toda la belleza y riqueza distinguida que flotaba a su alrededor que Genevieve vio claramente que éste era su mundo. Y no obstante, había algo en él que lo diferenciaba del resto de hombres de la galería. Había un aire amena-

zante en su persona, un leve indicio de peligro que sugería que no era tan civilizado como su atuendo o sus modales insinuaban. Era esto lo que atraía la atención de muchas de las mujeres de la sala, quienes lanzaban miradas furtivas en su dirección, en un intento de determinar cuál sería su relación con Genevieve. Sintió una punzada de celos.

Haydon frunció el ceño, preguntándose por aquel cambio repentino en ella.

—Dios bendito, Redmond. —exclamó una voz asombrada desde algún lugar de la abarrotada habitación— ¿de veras eres tú?

A Genevieve se le detuvo la respiración.

Haydon se puso ligeramente rígido, luego se obligó a fingir un aire de calma completa. Respira a fondo y se volvió lentamente a saludar al joven de cabello rojizo que se apresuraba hacia él.

—Hola, Rodney —dijo sonriendo—. Qué placer encontrarte aquí. Permíteme que te presente a la señora Blake. Señora Blake, éste es un viejo amigo mío, el señor Rodney Caldwell.

Genevieve se esforzó por contener el pánico. Con la copa de champán firmemente sujeta en una mano, alzó graciosamente la otra al apuesto hombre, a quien echó unos treinta años.

—¿Cómo está, señor Caldwell?

—Un enorme placer, señora Blake. —Dejó un breve y sútil beso en el dorso de su mano—. Ya veo que el marqués mantiene su afición a disfrutar de la compañía de la mujer más hermosa de la sala. —Le hablaba con tono amistoso y bromista—. Haydon, astuto miserable, ¿dónde diablos has estado? Dijeron que te habían ahorcado, pero es evidente que esas historias se exageran sin el menor miramiento —se rió.

Haydon dio un sorbo al champán, con aire ligeramente divertido.

—Eso parece.

—Bien, me alegro mucho de que toda esa historia se haya aclarado. Un mero malentendido, ¿cierto?

—Me temo que sí.

—Gracias al cielo. Todo el mundo en Inverness te daba por muerto, excepto yo, por supuesto. Sabía que fuera cual fuera el apuro en que estuvieras metido, te las arreglarías para sortearlo. Hablo en serio, se van a reír un rato cuando les cuente que te he visto dando una vuelta por Glasgow, bebiendo champán en compañía de una hermosa mujer en una exposición de arte.

—De veras, señor Caldwell, me adula demasiado —protestó Genevieve, obligándose a sonreír—. Lord Redmond, ¿le importaría acompañarme junto a mi esposo? Si me ve aquí de pie hablando con dos hombres tan apuestos, sin duda se va poner insoportablemente celoso. ¿Me disculpará, señor Calwell, verdad? —añadió con dulzura.

—Por supuesto que sí, señora Blake. —Se movió hacia delante con una leve inclinación—. Ha sido un placer conocerla. ¿Cuánto tiempo tienes planeado estar en Glasgow, Haydon? —preguntó volviéndose a él—. Yo voy a estar aquí toda la semana. Tal vez podamos cenar juntos una de estas noches, y así me cuentas todos los detalles de cómo lograste escapar a la horca. —Su tono era jovial.

—Por desgracia, me voy mañana.

—Qué lástima. ¿Vuelves a casa?

—No directamente. Espero regresar en pocas semanas —dijo Haydon evasivo.

—¿Negocios, supongo?

—Sí.

Rodney suspiró.

—Lamento decir que es la cruz que tenemos que soportar nosotros los vividores, señora Blake. De vez en cuando nos vemos obligados a trabajar esforzadamente para poder seguir manteniendo el estilo de vida al que nos hemos acostumbrado. Bien, entonces, Haydon, supongo que tendré que esperar a que los dos estemos de vuelta en casa para que me regales con tus sórdidos relatos sobre cómo escapaste a tu ejecución. Puedo decirte que estoy de lo más ansioso por oírlos.

—Yo también espero con ganas volver a verte. —Haydon ofreció su brazo a Genevieve. Ella apoyó obedientemente sus dedos en el tejido de la manga—. Y ahora, si nos disculpas, debo entregar a la señora Blake sana y salva a su marido. Buenas noches, Rodney. —Sonrió y se dio media vuelta.

—Tenemos que marcharnos —dijo con tirantez mientras dirigía a Genevieve a través del gentío—. Ahora.

Genevieve mantuvo un semblante inanimado mientras Haydon recogía sus capas. Vio que el señor Lytton se dirigía apresuradamente hacia otro potencial comprador, quien estaba entretenido en una animada discusión con su esposa sobre los méritos de uno de los cuadros. Era vagamente consciente de que probablemente había vendido un cuadro más. La gente seguía bebiendo y riéndose y charlando a viva voz. Nada había cambiado en la habitación.

Sintió un escalofrío cuando Haydon le puso la capa sobre los hombros.

Ninguno de los dos habló durante el recorrido en el carruaje de regreso al hotel. Una vez se encontraron a salvo, atrincherados en la privacidad de la habitación de Genevieve, Haydon cerró la puerta con pestillo y se apoyó pesadamente en ella, intentando pensar.

—¿Es buen amigo suyo ese señor Caldwell?

Sacudió la cabeza. No tenía buenos amigos.

—Eso explica que no estuviera bien enterado de lo que había sucedido —musitó Genevieve.

—Supongo que se hacía eco de cualquier chisme que haya corrido por los círculos sociales de los alrededores de Inverness —reflexionó Haydon—. Por lo visto, aún no se han enterado de mi fuga. O eso, o Rodney se ha mantenido un poco alejado de la vida social durante un tiempo y no está al día de esas cosas.

—Pero ahora que él te ha visto, sin duda lo contará a los demás.

Haydon no respondió.

Un estado de desesperación se fue apoderando de Genevieve. Durante un breve momento, al entrar juntos en la galería como el señor y la señora Blake, había sentido una extraña felicidad, como si de hecho estuvieran viviendo la farsa que habían construido con tanto cuidado. En Inveraray nadie había reconocido a Haydon como el marqués de Redmond. Su apuesto esposo, tan encantador y aparentemente devoto, guardaba muy poco parecido con el borracho apestoso, brutal, que estaba tendido sobre la inmundicia del

suelo de la cárcel con una fiebre altísima. El agente Drummond había mencionado que el marqués tenía una finca en las Tierras Altas, al norte de Inverness. Eso le parecía tan lejano que no había contado con que algún conocido de Haydon pudiera verlo fortuitamente en Inveraray o en Glasgow. Ahora que alguien lo había reconocido, esta noticia tan apetitosa volaría a toda velocidad de boca en boca. Finalmente, llegaría a oídos de alguien que estuviera enterado de la fuga del marqués, y esta persona se sentiría en la obligación de pasar la información a las autoridades. De inmediato vincularían a Haydon con la señora de Maxwell Blake, ya que lo más probable era que Rodney Caldwell no escatimara detalles sobre su encuentro.

El agente Drummoncf echaría abajo la puerta de su casa con un ejército de policías, dispuesto a llevarse a Haydon y romperle el pescuezo, colgado del extremo de la cuerda de la horca.

Se dio la vuelta y se quedó mirando por el vidrio helado de la ventana. Agarrando con sus manos la fría repisa de madera, estudió la calle nevada más abajo. Un hombre descendió de un carruaje detenido delante del hotel, luego se volvió para ayudar a su joven esposa. Estaba claro que no llevaban demasiado tiempo casados ya que, cuando él le ofreció la mano, ella soltó una risita, lo cual animó al joven a inclinarse galantemente ante ella, provocando aún más risas. Ahora entrarían en el comedor y disfrutarían de una cena a solas, pensó Genevieve, junto con una botella de vino. Se entretendrían tomando un postre de vistosa presentación, con bayas de importación y nata recién montada. Luego el esposo tal vez se permitiera un puro mientras su esposa tomaba café en una diminuta taza de porcelana ribeteada en oro. Y después de tanta urbanidad afectada, se retirarían a su habitación, y él la cogería en sus brazos, la besaría y la acariciaría, y entraría en ella hasta que no quedara nada más que el fuego y la pasión que ardía entre los dos. Finalmente se dormirían, cada uno de ellos con la certidumbre de que el otro estaría allí por la mañana al despertarse, dispuesto a ayudar con los botones mientras se vestían y sentado enfrente durante el desayuno.

Era un estado exquisito de familiaridad y comodidad, que ella nunca conocería.

—Mañana la acompañaré de regreso a Inveraray —empezó a decir Haydon mientras recorría la habitación con paso inquieto—. Tengo que asegurarme de que llegue sana y salva. Caldwell estará aquí toda la semana, luego regresará a Inverness, de modo que no hay por qué pensar que alguien en Inveraray se haya enterado de mi verdadera identidad. Una vez esté en casa, me marcharé de inmediato. Dirá a la gente que he ido a Francia a ver a Boulonnais para comunicarle cómo ha ido su exposición y entregarle su parte de los beneficios. Puesto que yo he sido el responsable de su gloriosa presentación al mundo escocés del arte, a nadie le parecerá inverosímil mi deseo de contárselo en persona. Desde allí, puede decir que voy a marcharme a Inglaterra para ocuparme de unos cuantos negocios. Que dé la impresión de que se trata de una ausencia de al menos varias semanas. Cuando haya pasado un mes o dos, puede comunicar a la gente que he fallecido, bien a causa de una enfermedad o en un accidente, eso es indiferente.

—No.

Él alzó una oscura ceja lleno de sorpresa.

—¿Qué quiere decir con «no»?

—No puede acompañarme a Inveraray, Haydon. Es demasiado peligroso. Vaya a donde vaya, tiene que marcharse ahora. No puede retrasarse porque crea conveniente acompañarme a casa.

La verdad era que él no soportaba la idea de abandonarla de forma tan repentina. No estaba preparado para eso. La idea de que lo separaran de Genevieve sin más preámbulo era demasiado dolorosa. El regreso a Inveraray les llevaría un par de días. Eran dos días más de estar con ella. No era en absoluto suficiente, comprendió desesperanzado. Incluso así, era mejor que verse forzado a dejarla en aquel momento.

Aquello, en pocas palabras, era inconcebible.

—No me pasará nada si mañana cojo yo sola la diligencia —le aseguró ella en un intento de conseguir que entrara en razón—. Puedo decir a la gente que se ha entretenido aquí a causa de unos negocios, y que su intención es continuar luego hasta Francia para ver a su amigo artista. Puede escabullirse de este hotel ahora mismo y desaparecer en medio de la noche. Eso es mucho mejor que correr el riesgo de regresar a casa conmigo.

—Y en el momento en que llegue sin mí, despertará la desconfianza general, especialmente si alguien oye que la vieron en la galería conversando con el marqués de Redmond, quien da la casualidad de tener exactamente el mismo aspecto que el hombre que afirmaba ser su esposo. —Haydon arrojó su sombrero y capa sobre la silla—. No permitiré que corra más riesgos, Genevieve. Hay que mantener las apariencias, especialmente si tenemos en cuenta que nuestro repentino matrimonio ya le ha parecido lo bastante singular a la gente. Quedará mucho mejor que regrese con su esposo desde Glasgow, y que luego yo me vaya por asuntos de negocios. Cualquier otra cosa resultará sospechosa.

—Si alguien oye la historia del señor Caldwell de que me han visto en compañía de lord Redmond, diré simplemente que hablé con mucha gente en la inauguración de la exposición del señor Boulonnais y que no me acuerdo. No hay nada en la historia del señor Caldwell que sugiera que el marqués se hiciera pasar por mi esposo. Fingimos a la perfección que tenias que llevarme de regreso junto al señor Maxwell Blake, por consiguiente, en lo que a Caldwell se refiere, soy una respetable mujer casada con un esposo celoso merodeando en algún lugar sin ser visto.

Era posible que tuviera razón, pensó Haydon pasándose la mano por el pelo. No estaba seguro. Lo único que sabía era que no estaba dispuesto a dejarla abandonada en un hotel de Glasgow, y no volver a verla sin saber si la habían arrestado, o secuestrado, o si algunos ladrones canallas la habían atacado en el largo camino a casa. Y desde luego que no iba a marcharse sin despedirse de los niños. Cada uno de ellos ya había sufrido demasiados trastornos y abandonos en su corta vida. Al menos quería hablar con ellos y hacerles comprender que no les abandonaba por gusto, como habían hecho otros muchos antes en su vida, sino por necesidad.

Hacerles comprender aquella distinción era de importancia vital.

—No voy a dejarla ahora, Genevieve.

Ella montó en cólera.

—¿No entiende que irse ahora le brinda una ocasión inmejorable de escapar? —soltó bruscamente.

—A costa de destruir la situación que hemos creado tan concienzudamente en torno al señor y la señora Blake. Si desapareciera de forma repen-

tina esta noche, las autoridades se preguntarían de inmediato qué diantre de «negocios» eran tan rematadamente urgentes como para que su esposo se desvaneciera en medio de la noche como un ladrón culpable. Podría escapar, Genevieve, pero usted tendría que dar explicaciones de mi abrupta desaparición, y la situación la inculparía de forma peligrosa. No requeriría un gran salto lógico juntar las piezas y deducir que el desaparecido Maxwell Blake y el escurridizo marqués de Redmond eran el mismo hombre. La arrestarían y le obligarían a confesar que me ha dado cobijo y me ha protegido durante estas últimas semanas.

—Lo que a mí me hagan no será tan terrible como lo que vayan a hacerle a usted, Haydon. ¡Van a ahorcarle por un crimen que nunca cometió!

La furia centelleaba en sus aterciopelados ojos marrones, teñida de un temor desgarrador. Estaba tiesa ante él, con la mandíbula alzada llena de determinación, las manos agarradas a la fría campana de seda que formaba su vestido de noche. Parecía dispuesta a librar una batalla con él, con él y con cualquier otra persona que irrumpiera por la puerta para intentar llevárselo. En aquel momento era como una leona, toda fuego, coraje y decisión. Seguía intentando protegerlo, comprendió, lo que le hizo sentirse claramente indigno, humillado. Había intentado protegerlo desde el momento en que lo vio por primera vez, como si fuera uno de los golfillos que se salvaban con amabilidad y atenciones.

Alzó la mano y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, diciéndose que sería suficiente, que sólo iba a tocarla así, de ningún otro modo.

—No puedo dejarte hacer esto, Genevieve. —Su voz sonaba áspera y marcada por el pesar—. No puedo permitir que corras el riesgo de destruir tu vida y las vidas de todos tus niños por un despojo indigno como yo.

—No eres tal...

—No sabes nada de mí —insistió Haydon, acallándola con un dedo sobre su boca—. Y silo supieras, lamentarías todo lo que has hecho por mí. Mi alma está manchada, Genevieve, y nada que pueda decir o hacer la limpiará. —Vaciló durante un largo momento antes de confesar con dureza—. Nunca merecí salir de la cárcel aquella noche.

Genevieve se quedó temblando delante él, aprisionada bajo su contacto, aunque él la sostenía tan solo con la suavidad de la mano en su mejilla y el tormento que ardía en el azul ensombrecido de sus ojos.

—Me dijiste que habías matado a aquel hombre en defensa propia — aventuró en un intento de comprender.

El sacudió la cabeza.

—No estoy hablando de los rufianes que me atacaron. Maté a uno de ellos por necesidad y volvería a hacerlo en este instante. La vida de la que estoy hablando era mucho más valiosa e inocente que la de un vulgar asesino.

Su rostro estaba marcado por la angustia. A Genevieve le resultaba doloroso simplemente mirarlo, ya que percibía su sufrimiento igual que si hubiera empezado a sangrar desde dentro. Fuera cual fuera la fechoría que hubiera cometido, lo estaba torturando hasta lo más profundo de su alma. Apretaba la mandíbula para contener la emoción, como si temiera que en caso de que hablara o bajara la guardia, echara a llorar. Genevieve, al ver que él podía sentir tal angustia por un acto del que se sentía responsable,

estuvo convencida de que, fuera lo que fuera, debía de haber sido un horrible accidente.

Y la culpabilidad lo estaba destrozando.

—No tiene importancia, Haydon —susurró ella, estirando sus brazos para rodear sus enormes hombros—. Tranquilo.

Haydon no sabía qué le sorprendía más, si el increíble prodigio de que ella lo perdonara sin tan siquiera saber la naturaleza de su pecado o la rapidez con la que su cuerpo reaccionaba al de ella. Apretada contra él, la sedosa mejilla de Genevieve se enterró en su cuello y los sentidos de Haydon se llenaron de la dulce fragancia floral de su cabello. Ella lo abrazó con firmeza y fuerza, como si quisiera absorber su dolor y sufrimiento si pudiera, compartiendo su compasión y fuerza con él, dándose con su capacidad aparentemente infinita de cuidar, consolar y asistir a los demás. No la merecía. Aquello sí que lo comprendía. No podía nombrar ni un solo acto de su existencia inútil e individualista que mereciera una sola gota de su ternura. Y aun así, de pronto sólo se contentaría con teniéndola por entero. Deseaba ligarla a él de modo que nunca pudieran separase, quería que su sangre corriera por sus venas y la de él por las de ella, quería que su carne y sus almas se fundieran en una.

Gimió y pegó su boca a la de ella, sabiendo que al hacerlo no sería capaz de detenerse, pero sin que aquello le importara lo más mínimo. Se encargaría de que ella llegara a salvo a Inveraray y luego la dejaría, sin saber si alguna vez volvería a su lado. Hasta entonces sólo existiría la suavidad de Genevieve entre sus brazos, junto con el intenso frío negro que titilaba afuera en las calles y la luz crema de las lámparas de aceite que hacían relucir con calidez la piel de ella.

En aquel momento, Genevieve le pertenecía sólo a él.

La levantó en sus brazos y se fue hacia la cama, consciente del rumor de la seda y el encaje mientras la dejaba sobre el colchón de plumas. Recorrió ansiosamente con su lengua el oscuro calor de la boca de ella, saboreando el dulce y penetrante sabor del champán. Se desprendió de su chaqueta y tiró del tejido rígido del corbatín, ansioso por librarse de aquella maldita cosa. La desenredo rápidamente de su cuello y a continuación su camisa cayó al suelo, dejándolo desnudo de cintura para arriba. Genevieve intentaba desabrochar con torpes dedos los botones de sus pantalones, rozando inadvertidamente la dureza de su erección. Dejó los botones para acariciarlo a través del tejido de lana de calidad. La sensación de ella acariciándolo a través de una barrera de tela fue más de lo que Haydon pudo soportar. Con un gemido, se aparto para poder sacarse los pantalones y las medias. Finalmente se quedó desnudo ante ella, todo planos duros y curvas nervudas, un cuerpo tallado por las sombras y luz que dejaba ir la ondulación de bronce del pequeño fuego que ardía en el hogar y la suave capa de luz de las lámparas.

Genevieve le observó con ojos relucientes de deseo camal, excitada sin vergüenza alguna. Se había abierto a él con anterioridad, se había retorcido jadeante debajo de él, mientras él la besaba, lamía su cuerpo y la embestía finalmente hasta alcanzar los pliegues más profundos de su cuerpo. Cualquier miramiento virginal que pudiera haber considerado antes había desaparecido por completo, perdido ante la tempestad del esplendor ardiente que los dos habían compartido previamente. Deseaba a Haydon con una pasión desesperada, quería que la tocara y la tomara, que la llenara por com-

pleto. Pronto él se iría, y volvería a estar sola. No había entendido hasta entonces las profundidades de la soledad, ya que siempre estaba rodeada de niños, de Oliver, Doreen y Eunice, atrapada en una masa de lecciones, comidas, tareas domésticas y facturas. Pero Haydon había ahondado bajo su fachada escrupulosamente construida de independencia ganada con tanto esfuerzo. El había abierto su corazón y lo había llenado de algo brillante y glorioso, y totalmente desesperante.

Haydon se estiró a su lado y le cubrió la boca con sus labios mientras recorría con ansia las barreras de seda y acero que la envolvían. A Alice le había llevado más de una hora sujetar, atar y abrochar a Genevieve dentro del enigma intrincado de su vestido, corsé, miriñaque y enaguas, no obstante, Haydon estaba bien versado en el arte de liberarla de todo aquello. Las capas cedieron una a una y fueron arrojadas al suelo, hasta que finalmente sólo quedaron el corsé y las calzas. Sus pechos sobresalían por encima de la opresión moldeada de la forma ajustada del corsé, dándole un aspecto voluptuoso, licencioso. El fino encaje francés que ribeteaba las calzas se había arrugado hacia arriba dejando al descubierto sus muslos y una suave abertura en la delicada prenda interior, que permanecía insinuantemente desprotegida. Había una mórbosa sensualidad en el hecho de que permaneciera vestida con su lencería mientras él estaba completamente desnudo. Genevieve podía ver el deseo que había despertado en él en la magnífica erección y en cada curva de duro músculo que cubría su cuerpo. Mientras él la miraba con ansia, Genevieve intuyó el poder que en aquel momento tenía sobre él como objeto de su deseo.

Se incorporo sobre sus rodillas y se sacó las horquillas del pelo, soltando el elegante peinado para que cayera en una cascada lustrosa de ondas cobrizas. Luego se inclinó hacia delante y colocó sus manos firmemente sobre los hombros de él, inmovilizándole sobre la cama mientras bajaba su boca sobre la de él y le metía la lengua. Haydon gimió de placer por aquella inesperada dominación. Envalentonada por esto, aparto la boca para dejar un rastro de besos sobre la áspera piel de la mejilla y la mandíbula, luego descendió por el cuello hasta el sólido granito de su pecho. Continuó la exploración mordisqueando y describiendo pequeños círculos con la lengua. Luego se llevó a la boca el medallón oscuro de su pezón, que lamió con fuerza, y pasó rozando sobre su pecho para agitar la lengua juguetonamente encima del otro. La piel de él estaba caliente, levemente salada, y olía a limpia, inconfundiblemente masculina, con un aroma penetrante a bosque que avivó sus sentidos cuando apretó su mejilla contra el vello de ébano de su vientre para inhalar profundamente. El le tendió los brazos e intentó levantarla hasta él, pero ella rechazó sus manos y continuo con atrevimiento su exploración prohibida.

Acarició la estrecha franja de vello que crecía por debajo del ombligo, luego froto con sus dedos los rizos negros que rodeaban su tensa virilidad, provocando un estremecimiento en él, que se movió inquieto sobre la cama. El recuerdo de la tortura que él había practicado previamente sobre ella la invadió otra vez, y la idea de que Haydon pudiera sufrir el mismo tipo de placer incendiario incremento el deseo. Sus labios dejaron besos delicados, juguetones, a lo largo de los músculos de hierro de los muslos, que se tensaron como enormes ramas de árbol mientras los tocaba. Sus dedos vagaron sobre la carne de la parte interior de los muslos, luego se deslizaron levemente sobre los testículos redondeados situados en medio, obligándolo a tomar una profunda bocanada de aire. Y luego su boca pasó apenas rozando

sobre la tersa longitud de su erección, sus labios revolotearon sobre la cálida piel de terciopelo como alas de mariposa.

Haydon profirió una maldición.

Genevieve vaciló preguntándose si le habría hecho daño. Y luego recordó lo desesperada que se había sentido ella la primera vez que la lengua de él entró y salió juguetona en su humedad de coral. Aunque pareciera paradójico, había sentido temor de que él continuara y le había aterrorizado la posibilidad de que se detuviera. Excitada por su recién descubierta dominación sobre él, cogió su erección con la mano y agitó su lengua juguetona sobre la punta. Haydon se quedó paralizado, incapaz ni siquiera de soltar el aliento que estaba atrapado en su pecho. Genevieve hizo revolotear su lengua sobre él una y otra vez, totalmente excitada por su capacidad de producirle placer con tal intensidad. Y luego abrió la boca y la rodeó con su ardiente humedad, provocando en él un gemido de tormento mientras se agarraba a las mantas arrugadas debajo de ellos. Deslizó la boca arriba y abajo de la yerga palpitante, lamiendo con cuidado, empleando labios y lengua para darle placer mientras le acariciaba los testículos con la mano.

El extendió los brazos en busca de los muslos de Genevieve, encontró la abertura en delicado tejido de lino de sus calzas y deslizó sus dedos dentro de la ansiosa vulva. Un rocío pegajoso los mojó mientras acariciaba los pétalos hinchados, que estaban plenos y rezumantes por el increíble erotismo que provocaba tener el control del placer de él. Genevieve gimió y separó aún más las piernas, se abrió a la exploración de sus dedos circulantes mientras ella lo lamía y lo acariciaba cada vez con más fuerza. El introdujo un dedo hacia dentro y empezó a moverlo al ritmo que ella marcaba en él.

Finalmente Genevieve ya no pudo soportar más, la necesidad de que él la llenara era abrumadora. Se colocó a horcajadas sobre las caderas de Haydon rozando apenas su erección con su propia humedad ardiente y pegajosa. Luego apoyó sus manos sobre su pecho y se colocó encima, envolviéndolo de calor sedoso. Haydon dejó ir un quejido y le metió la lengua en la boca, saboreándola al máximo. Genevieve interrumpió el beso para elevarse sobre Haydon cuando él embistió con fuerza, estimulada por la visión masculina tumbada debajo, consciente exclusivamente de aquel momento y del éxtasis exquisito que ella le estaba ofreciendo, y él a ella.

Haydon alzó la vista, maravillándose de la belleza y sensualidad de Genevieve. Su cabello se derramaba sobre la piel cremosa de sus hombros y pechos, que casi habían escapado de los confines ajustados del corsé. Tenía el espléndido aspecto desmelenado de una mujer agonizante de pasión, y ahí, mientras le observaba a él desde arriba con ojos nublados, pudo detectar que estaba excitada hasta la desesperación. No estaba dispuesto a dejarla insatisfecha, de modo que empezó a acariciar el rezumante nudo de placer oculto entre los pliegues satinados situados entre sus piernas. La respiración de ella se desintegró en pequeños jadeos frenéticos mientras él la llenaba y la acariciaba, y aquello le obligó a embestir más deprisa rindiéndose a Genevieve.

Haydon quería permanecer unido a ella para siempre, quería eyacular en ella y luego estrecharla en sus brazos y quedarse dormido, sabiendo que estaría allí al despertar. Crearía una vida junto a ella, juró febrilmente, llena de días largos, lánguidos, y noches llenas de pasión. La cubriría de hermosos vestidos y la adornaría con joyas, no porque hicieran falta esta clase de fruslerías para realzar su esplendor natural, sino porque había vivido dema-

siados años de su vida poniéndose en último lugar, vistiéndose con ropas ajadas con dobladillos gastados, vendiendo joyas que había llevado en otro tiempo para pagar los bienes de primera necesidad: comida y cobijo.

Genevieve se llevó las manos alrededor del delgado contorno de su cintura encorsetada y él pudo ver la sencilla alianza de oro que le había puesto en el dedo aquella misma noche. No era suficiente, pensó, pues ella se merecía las joyas más espléndidas que él pudiera permitirse. Pero en aquel momento no podía permitirse nada. Le habían arrebatado su vida como marqués de Redmond y ahora era un vulgar fugitivo. Su fracaso con ella era absoluto. No les quedaba otra cosa que este momento furtivo, y sentía que aquel instante se le escabullía mientras el ardor se apoderaba de él con fiereza.

Quería detenerse, quería relentizar las embestidas frenéticas dentro de su hermoso cuerpo, quería apartarse y estrecharla simplemente contra su pecho acelerado mientras recuperaba algo parecido al control, pero el placer que crecía en él era insoportable. Genevieve gritó de pronto y se balanceó contra él, y él la penetró aún más, una y otra vez, liberando su semen dentro de ella mientras pronunciaba su nombre, un grito de veneración y desesperación.

Ella se desplomó sobre él, su respiración jadeante llegaba en dulces soplos a su hombro. Su cabello caía en una red enmarañada de seda oro—fresa sobre el pecho de Haydon, y su cuerpo aún se aferraba a él con fuerza. La rodeó con sus brazos y la colocó en el colchón a su lado, luego, con ternura, le apartó un mechón de la cara.

—No puedo dejarte, Genevieve —susurró con voz ronca—. Esta noche, no.

Las lágrimas vidriaron los ojos de ella. Y luego empezaron a caer, pequeñas gotas plateadas de dolor que surcaban sus mejillas y se escapaban sobre el pelo.

—Te atraparán, Haydon —consiguió decir, con voz queda e irregular—. Te atraparán y te ahorcarán. Y yo no podré soportarlo.

La cogió en sus brazos y le acarició el pelo intentando sosegarla.

—Pues si van a cogerme, prefiero pasar mis últimas horas abrazándote en vez de huyendo ciegamente en la oscuridad. Y si no van a atraparme, entonces tengo que asegurarme de que llegas a casa sana y salva, y que tengo la oportunidad de despedirme de los niños. No quiero que crean que me importan tan poco que puedo desaparecer sin más, sin ni siquiera tener unas palabras con ellos. —Su voz sonaba ronca de rabia cuando concluyó—: Ya ha habido demasiadas personas en sus vidas que se esfumaron cuando les convino.

—Les haré entender, Haydon —le aseguró ella—. Me aseguraré de que no se sientan traicionados.

El sacudió la cabeza.

—No.

—Por qué es tan importante para ti volver a verlos.

Una sombra velo sus ojos, una sombra de dolor y pesar. Intentó disimular encogiéndose de hombros, actuando como si su deseo de hablar con los niños sólo fuera amabilidad. Pero a Genevieve no iba a engañarla con aquella actitud.

—Cuéntame, Haydon —le insto en voz baja—. Por favor.

El aflojo el abrazo, se apartó y estudió el delicado enrejado de grietas del techo, sin decir nada. Sus cuerpos se enfriaron y el fuego se consumió, erradicando el brillante calor que había llenado la habitación apenas momentos antes. Y justo cuando Genevieve pensaba que había destruido con su torpeza cualquier vinculo frágil que se hubiera establecido entre ellos, él habló.

—Tuve una hija —dijo con voz grave, titubeante—. La abandoné. Y se quitó la vida.

Haydon esperaba que ella la mirara llena de horror. Pensaba que se apartaría de su lado, se echaría una manta encima y se levantaría con urgencia de la cama. Luego lo bombardearía a preguntas, exigiría saber si estaba casado, y cuándo había nacido esta hija, y cómo podía haber sido tan cruel. Era lo que se merecía, ni más ni menos, una reacción por completo comprensible en una mujer que había entregado su vida a rescatar y querer niños, sin lazos con ninguno de ellos, a excepción de uno, ni siquiera de sangre o de matrimonio.

En vez de ello, Genevieve permaneció quieta, asimilando en silencio lo que él le había dicho. Y luego estiró un brazo y le puso la mano en el pecho, acercándose aún más y recostando su cabeza en su hombro.

—Cuéntame qué sucedió.

La voz de ella era dulce, vacía de reprobación. Su actitud lo dejó perplejo. ¿No había entendido lo que había dicho? O después de tantos años de cuidar a niños problemáticos y adultos delincuentes había aprendido que la vida era algo doloroso, complicado e ingrato, y que a veces las opciones a los que uno se encaraba eran invariablemente crueles y desagradables?

Estaba esperando aquella explicación, casi infantil en su confianza, con la mejilla apoyada en él. Fue esta calma paciente, tan desconcertante e inesperada, la que empezó a desgastar el muro que había construido durante tanto tiempo en torno al tema de Emmaline. Ella le detestaría una vez conociera la verdad, comprendió sombríamente. Se sentiría horrorizada al enterarse del miserable egoísta y cobarde que era, y lamentaría el hecho de haber intentado ayudarlo alguna vez. Te mereces su desprecio, se dijo con furia. Tal vez el hecho de que ella le menospreciara haría su marcha más fácil. No menoscabaría a los poderosos sentimientos que albergaba hacia ella, pero era evidente que aniquilaría cualquier afecto o respeto que ella pudiera sentir. La idea de ser el objeto de su odio le atravesaba el corazón. Pero después de todo lo que había hecho por él, intuía que al menos le debía la deferencia de la verdad.

—No me correspondía a mí ser el marqués de Redmond —empezó, mirando al techo—. Ese dudoso honor le pertenecía a mi hermano mayor, Edward. Fue un hijo mimado, al que inculcaron la ambición de conseguir grandes cosas, mientras a mí generalmente me dedicaban escasa atención, permitiéndome hacer lo que me viniera en gana. Nunca me importó lo más mínimo, porque la verdad del asunto era que Edward siempre había sido cauto y pragmático, y así tenía que ser el futuro marqués. De modo que Edward heredó el privilegio de gestionar la propiedad familiar y dedicar largas horas a trabajar para incrementar su riqueza, mientras yo recibía una asignación mensual relativamente atractiva sin ningún tipo de responsabilidad.

—Me entregué a las cosas habituales. —Apretó la boca con desprecio—. Alcohol, juego, mujeres. Y una de las mujeres cuya cama compartí durante un breve tiempo era la condesa de Bothwell, quien se había casado a los die-

ciocho años y a la aún tierna edad de veinte ya estaba aburrida hasta la saciedad de su esposo. Nuestra aventura duró una pocas semanas. Cassandra tenía por entonces veinticuatro años, y yo no era ni su primer amante, ni el último. Pero al poco tiempo descubrió con gran trastorno que estaba esperando un hijo y, según ella afirmaba, sólo podía ser mío.

Genevieve permanecía echada muy quieta, con su mano aún sobre el duro muro del pecho de Haydon.

—En ningún momento ella se planteó dejar a su marido por mí. Cassandra tal vez despreciara a Vincent pero valoraba enormemente su posición social, y la vida que él le ofrecía superaba con creces cualquier cosa que yo pudiera haberle ofrecido con mi asignación mensual. Yo tenía veintinueve años en aquel momento, y no estaba preparado para aceptar en mi vida algo tan molesto como una esposa por la que no sentía nada y un hijo cuya creación no había sido más que un desliz durante una borrachera. De modo que acordamos que Cassandra tuviera relaciones de inmediato con Vincent para luego poder decirle que el hijo era suyo, y criarlo como tal. Parecía la mejor solución en aquel momento para todos los implicados.

—Cassandra dio luz a una niñita, a quien llamó Emmaline. Me enteré por los chismosos de turno que, aunque en un principio Vincent abrigaba esperanzas de que fuera un chico, estaba totalmente encantado con su hija. La más sorprendida por el modo en que él adoraba a la criatura era la propia Cassandra, para quien la maternidad era aburrida y tediosa, pese al hecho de que en realidad nunca tenía que ocuparse personalmente de su hija. Vincent contrataba a las niñeras más caras que podía encontrar para cuidar de Emmaline.

—¿Ibas a verla?

Haydon sacudió la cabeza.

—Mi aventura con Cassandra había acabado, y después de soportar los sufrimientos del embarazo y del parto, Cassandra no tenía el menor deseo de volver a yerme. Su anterior incapacidad para concebir le había llevado a pensar que era estéril. Había sido una terrible decepción enterarse de que no era así.

—Pero ¿no querías ver a tu hija? —Genevieve no concebía aquella idea. ¿Cómo era posible que un hombre como Haydon, quien había demostrado una sensibilidad y compasión tan inmensas al arriesgar su vida tanto por Jack como por Charlotte, no quisiera ver a su propia hija.

Él suspiró.

—La realidad era que yo no sentía un vínculo real con ella. Era el resultado de un momento de pasión insensata que se había acabado y que había olvidado en poco más que un instante. Cassandra y yo habíamos roto nuestra relación, y con franqueza, me alivió librarme de ella. Nunca vi a Cassandra durante el embarazo ya que se retiro de toda actividad social para que nadie la viera en un estado tan poco grácil. Una vez Emmaline nació, me alegré al enterarme de que el bebé parecía estar sano. Aparte de esto, creía que Cassandra y Vincent se ocuparían bien de ella, y que tendría una vida feliz y privilegiada. No creía tener ningún derecho sobre ella y tampoco tenía el menor deseo de hacer algo que pudiera suscitar preguntas sobre quién era ella o causar algún trastorno en la vida de grandeza y estabilidad para la que había nacido. Había participado en estado de embriaguez en su concepción, pero mi mente no cuestionaba en ningún momento que Vincent era su pa-

dre. —Hizo una pausa durante un momento antes de añadir con pesadumbre—. Por desgracia, eso se convirtió en un problema.

Genevieve frunció las cejas.

—¿Por qué?

—Cassandra continuo entregándose a aventuras sentimentales después del nacimiento de Emmaline, pero su selección de pretendientes se restringió en cierto modo. Estaba más oronda que antes del embarazo y se había vuelto más vehemente y ególatra. Vincent nunca había sido un esposo demasiado entregado, de modo que le permitía continuar comportándose a su gusto. Su mundo ahora se centraba en sus importantes negocios y en Emmaline. Cassandra había empezado a beber y a lamentarse de la pérdida de la juventud, y gradualmente se volvió celosa de la relación excepcionalmente estrecha de su hija con Vincent. Se produjeron algunas peleas horrorosas entre ella y Vincent. Y finalmente, durante un arrebato en medio de una borrachera, Cassandra comunicó a gritos a su esposo que no era el padre de Emmaline, que el padre era yo.

Genevieve lo miró llena de horror.

—Eso sería terrible para él.

—Imagino que lo fue —convino Haydon de forma escueta—. Pero no le autorizaba a rechazar a Emmaline como si fuera un mueble roto que ya no le complacía. A partir de ese momento, se negó a tener algo que ver con ella. Bueno, la mantenía bajo su techo y le pagaba ropas y se aseguraba de que hubiera un montón de niñeras e institutrices que se ocuparan de su educación. Al fin y al cabo, había que cuidar las apariencias. No podía echarla a la calle sin más. Pero le hizo saber que había dejado de quererla. —Hizo una pausa durante un momento antes de añadir con amargura—. Sólo tenía cinco años, por el amor de Dios. ¿Cómo demonios se suponía que iba a entender todo aquello?

Genevieve podía sentir la mezcla de rabia y desesperación que lo llenaba. Era como si quisiera saltar de la cama y pelearse con alguien, cualquiera, con la leve esperanza de que de algún modo pudiera ser capaz de rectificar aquello que había salido tan mal. Genevieve apoyo su mano tranquilizadora contra el pecho de él.

Tras un largo silencio, empezó a hablar de nuevo, con voz ronca en contraste con la quietud de la oscuridad.

—Durante mucho, mucho tiempo, su secreto se mantuvo dentro de los confines de los muros de la propiedad. Yo había dejado de asistir a sus fiestas y actos sociales años atrás, de modo que no tenía ni idea de que Vincent estaba al corriente de que yo era el padre de Emmaline. Pero empecé a oír historias acerca de Vincent y lo totalmente dedicado que estaba a la gestión de sus inversiones, y que Cassandra y él llevaban vidas separadas. Nunca se hacía mención alguna a Emmaline. A mí esto me resultó peculiar, ya que anteriormente todo el mundo hablaba de la devoción que sentía Vincent por su hija. De todos modos no le di demasiada importancia. Estaba muy ocupado encontrando la manera de gastarme la asignación antes de llegar a final de mes, para gran irritación de mi hermano.

»Luego Cassandra murió repentinamente. Se dijo que se había quedado embarazada y había intentado abortar al hijo, pero la explicación oficial sólo mencionó una enfermedad indeterminada. Asistí al funeral. Supongo que me sentí obligado a presentar mis respetos ya que Cassandra y yo habíamos

sido amantes en el pasado, y aunque Vincent y yo nunca fuimos lo que podríamos calificar como amigos, lo cierto era que me habían invitado a su casa en muchisimas ocasiones. Aparte de eso, sentía curiosidad por ver cómo le iba a Emmaline. Imaginaba que lamentaría la pérdida de su madre y quería asegurarme de que se encontraba bien.

»En el momento en que la vi, supe que algo iba muy mal. Era una niñita guapa y menuda de ocho años, con pelo rubio claro y ojos azul oscuro, igual que los de su madre. Pero a diferencia de Cassandra, en otro tiempo tan segura y jocosa, Emmaline mostraba un nerviosismo que daba pena, era silenciosa y extraña. Por supuesto, su madre acababa de morir, o sea que difícilmente podía esperarse que estuviera radiante de alegría. Pero cuando Vincent le ladraba órdenes para que se sentara en un rincón o se apartara de su camino, su monumental resentimiento era patente a todo el mundo. Peor aún, era evidente que la niña sentía un terror absoluto por él. Y entonces fue cuando comprendí que él sabía. Sabía y la estaba castigando por ello. Como si ella tuviera algo que ver con todo aquel asunto.

Pensar en el atroz sufrimiento de Emmaline apenó terriblemente a Genevieve.

—¿Qué hiciste?

Resopló con desdén.

—Me fui del funeral y estuve borracho como una cuba durante varias semanas. Me sentía completamente impotente, y beber me ayudaba a olvidar lo inepto que era. Difícilmente podía irrumpir en casa de Vincent y exigir que me devolviera a mi hija, a la que nunca había reclamado en ocho años. Aunque hubiera accedido, ¿qué diablos podía ofrecerle yo? Todo el mundo sabría que era mi hija ilegítima, lo cual la hubiera condenado a una vida de marginada. Mis ingresos por entonces no eran suficientes ni para mantener mi despilfarrador estilo de vida. No sabía ni una palabra acerca de cuidar niños. En resumidas cuentas, Emmaline estaba atrapada. Era la prisionera de Vincent, a la que él podía desatender o atormentar a su gusto, y yo me convencí de que no podía hacer nada al respecto.

Genevieve no dijo nada.

Haydon interpretó aquel silencio como reprobación. Sabía que si ella hubiera estado en su situación, habría hecho algo para rescatar a Emmaline.

—Durante la temporada que pasé borracho, mi hermano murió.

El pobre Edward, que nunca había estado un solo día enfermo en toda su vida que yo pueda recordar, había pasado su larga jornada, como era habitual en él, sentado a su escritorio, luego se levantó y se cayó en redondo en el suelo. Aún no había encontrado tiempo para cortejar a una mujer y casarse, por consiguiente no tenía herederos. Por lo tanto, me vi colocado de repente en el papel de marqués de Redmond, con todas las trampas y responsabilidades que a lo largo de los años había delegado de buena gana en las manos capaces de mi hermano. Te lo aseguro, fue una conmoción poco agradable para mis familiares, quienes estaban convencidos de que iba a despilfarrar todo aquello por lo que mi padre y Edward habían trabajado tan duro. Tenía varios primos que en su momento me comunicaron que se consideraban mejores candidatos a marqués que yo.

«Entonces que tenía dinero y un título, y estaba considerablemente más sobrio, decidí que no podía dejar ni un momento más a Emmaline a merced

de Vincent. Fui a verla y me ofrecí a llevármela y criarla. Pero Vincent se negó de forma tajante. Dijo que no tenía intención de entregar a su hija al primero que creyera que era suya. Hacerlo sería declarar públicamente que le habían puesto los cuernos y que entregaba la hija bastarda de su esposa a su amante. Me dijo que, durante años, me había despreciado a mí y a Emmaline, y que ahora tendría que vivir sabiendo que ella le pertenecía a él para hacer lo que le viniera en gana.

—Discutimos acaloradamente durante mucho rato. Incluso le ofrecí dinero a cambio de ella. Vincent se limitó a reírse. No le preocupaba el dinero. Lo único que le importaba era llevar a cabo su venganza. Quería castigarme por acostarme con su esposa y dejarla embarazada de una niña que durante cinco años había considerado suya. Quería hacerme sufrir con la idea de que mi hija había sido condenada a una vida de miserias bajo su techo y que yo no podía hacer una sola cosa al respecto. Finalmente comprendí que, de hecho, era impotente. Contaba con la riqueza y posición de mi nuevo título, pero no tenía derechos legales sobre mi propia hija. No había manera de demostrar que ella era en realidad mía. Comprendiendo que sólo estaba empeorando las cosas al provocar a Vincent, me marché de la casa.

—¿Se enteró Emmaline de que estuviste allí?

—Cuando salía furioso del estudio de Vincent, la avisté brevemente mirándome a través de la barandilla, acuclillada en las escaleras. —Su expresión se volvió atormentada—. Nunca olvidaré lo pequeña y perdida que parecía. Su aspecto era tan frágil, como un pajarillo asustado. Y entonces comprendí que nos había oído. Sabía que yo era su padre, pero que Vincent la poseía. Y que yo la abandonaba. Quise decirle que todo iba a ir bien, pese a que yo mismo confiaba poco en que fuera a ser así. Pero antes de que pudiera decir nada, Vincent salió detrás de mí, agitando los brazos como un loco, ordenándome que saliera de su casa. Emmaline subió a toda prisa las escaleras y desapareció, aterrorizada por lo que Vincent pudiera hacerle. Y yo me sentí impotente, totalmente impotente. Me convencí a mí mismo de que cualquier cosa que pudiera hacer o decir en aquel momento serviría únicamente para ocasionarle más sufrimiento. De manera que me marché.

Se quedó en silencio.

Genevieve seguía tendida a su lado, sin decir nada.

—Al día siguiente se mató —susurró finalmente con voz quebrada—. Se levantó al amanecer, remó en un pequeño bote hasta el centro del magnífico estanque que Vincent había construido años antes y saltó. Uno de los jardineros que llegaba en aquel momento a trabajar la vio saltar del bote. Cruzó el césped a todo correr, se arrojó al estanque e intentó rescatarla, pero el agua estaba oscura y no pudo encontrarla. —Tragó saliva con dificultad—. Pasaron horas hasta que finalmente fueron capaces de sacar el cuerpo. Iba vestida con su camisón y encima se había puesto uno de los abrigos de Vincent. Le hacía falta un abrigo con bolsillos profundos, ¿sabes?, porque se tomó la molestia de llenarlos con piedras pesadas. —Su voz sonaba ahogada cuando concluyó—. Para hundirse sin problemas en caso de que intentara resistirse al agua que la tragaba.

Su sufrimiento era desgarrador. Genevieve no podía soportarlo más. Se incorporó y le tomó la barbilla, obligándole a mirarla.

—No fue culpa tuya, Haydon —le dijo con firmeza—. Tú no pudiste hacer nada.

—No crees eso, y yo tampoco lo creo. —Su tono era severo—. No debería haberla dejado ahí. Debería haberla cogido, llevármela en mi carruaje y escapar con ella. Debería haber dicho a Vincent que se fuera al puñetero infierno, que tendría que matarme para que yo se la devolviera. Debería haberla cogido en mis brazos y abrazarla con fuerza y decirle que nadie iba a volver a hacerle daño. Debería haber hecho algo, cualquier cosa menos dejarla ahí. Pero en vez de eso, me metí en mi carruaje y la dejé completamente sola, sin entender lo frágil y desesperada que se sentía. Y a causa de mi estupidez, de mi egoísmo y redomada inaptitud, mi niñita se tiró a un estanque negro y helado y se ahogó. —Sus ojos estaban llenos de un tormento implacable cuando acabó—: Podía haberla salvado, Genevieve. Me la podría haber llevado a casa y haberla mantenido a salvo. Pero opté por dejarla allí, y como resultado de eso, murió.

—Tú no lo sabías —insistió Genevieve—. Y aunque te la hubieras llevado, Haydon, ¿de veras crees que Vincent se habría quedado de brazos cruzados? Habría ido tras ella él mismo y se habría llevado a rastras a Emmaline de regreso a casa o bien se habría puesto en contacto con las autoridades hasta conseguir que la policía la recuperara con todas las de la ley; cualquiera de estas opciones habría sido extremadamente traumática para una niña de ocho años. Era una situación imposible. No tenias derechos legales sobre ella. Al dejarla con Vincent, pensaste que no tenias otra posibilidad.

—Tú tampoco tenias ningún derecho legal sobre Jamie ni sobre Annabelle, o Simon, o cualquiera de los niños replicó Haydon—. No obstante te las ingeniaste para salvarlos a todos de una vida de miserias e indigencia.., porque estabas dispuesta a luchar por ellos.

—Sí, tenía derecho legal sobre Jamie —argumento Genevieveporque era mi hermanastro...

—No podías demostrarlo.

—Tal vez no, pero todo el mundo lo aceptaba como cierto.

—No tenias ningún derecho sobre ninguno de los demás niños.

—Era diferente.

—¡Dime en qué puñetas se diferenciaba! —replicó con furia.

—Era diferente porque nadie más los quería —Su voz era queda y cariñosa, un susurro de razón contra la furia impotente de él—. ¿No te das cuenta, Haydon? No podías tener a Emmaline porque Vincent no estaba dispuesto a entregártela. Tal vez si hubieras tenido más tiempo, podrías haber encontrado la manera de convencerlo, o chantajearle de algún modo para que te la entregara, o de hacerle entrar en razón y que fuera más compasivo cuidándola. Pero no había tiempo.

Haydon se volvió y se quedó mirando a la pared con aire abatido.

—¿Cómo pretendías averiguar lo desesperada que estaba? —continuó ella tranquilamente—. Ni siquiera habíais hablado alguna vez. Pero de haberlo sabido, Haydon, si hubieras tenido algún indicio de su profunda angustia, sé que habrías hecho todo lo que hubiera estado en tus manos para apartarla de Vincent y protegerla.

Haydon cerró los ojos, intentando dejar afuera aquellas palabras de confianza. No se las merecía.

—La primera vez que te vi, casi te habían dejado sin sentido de una paliza por haber salvado a Jack de un carcelero malvado. No estabas en condiciones de pelear y aun así lo apartaste de Jack e hiciste que te pegara a ti en

su lugar. Jack no era responsabilidad tuya. Ni siquiera era amigo tuyo. No era más que un ladronzuelo mugriento del que nadie se preocupaba. Pero te negaste a quedarte parado observando cómo abusaban de él, pese a que sabías que te golpearían y probablemente te matarían como resultado.

»Luego, cuando condenaron a Charlotte a prisión, fuiste a ver al director Thomson y exigiste que la pusiera en libertad. Entendías que cualquiera en la prisión podía reconocerte, si no por tu rostro, tal vez por la voz o alguna leve peculiaridad. Si te hubieran descubierto, te habrían encarcelado y luego te habrían ahorcado. Sin embargo, la amenaza de acabar ejecutado no era suficiente para detenerte. Habrías muerto, Haydon, por una niña que hacía tan sólo dos semanas que conocías.

—Le tengo aprecio a Charlotte —le dijo con voz ronca.

—Ya lo sé. —Estiró el brazo y puso su mano en su hombro rígido—. Lo bastante como para que estuvieras dispuesto a sacrificarte por ella, porque sentías que no era lo suficientemente fuerte para sobrevivir a la dureza de la prisión. Y sé que también te preocupabas por Emmaline. Si hubieras tenido más tiempo, habrías encontrado la manera de ayudarla. Te sientes culpable por haberla abandonado durante esos años, pero hasta que la viste en el funeral de Cassandra, creíste que estaba bien y feliz. En cuanto te percataste de que no era así, intentaste ayudarla. No lograste rescatarla de Vincent aquel día, Haydon, pero si hubieras podido, lo habrías hecho. Sólo necesitabas más tiempo.

El seguía mirando a la pared en silencio, considerando sus palabras. ¿Era posible, se preguntó con desesperación, que hubiera una pizca de verdad en lo que estaba diciendo? No estaba seguro.

Lo único que sabía era que había expuesto ante Genevieve los recovecos más oscuros de su alma, con el convencimiento de que ella lo rehuiría. En vez de ello, estaba tumbada pegada a él, acariciándole el hombro con sus finos dedos mientras abogaba apasionadamente en su defensa.

De repente, Haydon se volvió y se la puso encima. No quería pensar más en todo aquello. Ni en Emmaline, ni en Cassandra, ni en ninguno de los otros fracasos espectaculares de su vida malgastada. Era un asesino convicto y un fugitivo. Era cuestión de días u horas que las autoridades comprendieran que había estado en Glasgow aquella noche, entonces cerrarían el cerco en tomo a él. El tiempo junto a Genevieve se estaba agotando, y comprender aquello era tan insoportable que no creía que fuera a aguantarlo. Acunó el rostro de Genevieve entre sus manos mientras la miraba a los ojos.

—Pase lo que pase, Genevieve, hay algo que debes saber.

Los ojos de ella se agrandaron levemente, estudiándolo.

Haydon vaciló. Durante años había utilizado incontables frases sentimentales con las mujeres con las que se había acostado. Pero ninguna de ellas podría transmitir mínimamente los sentimientos que ahora experimentaba hacia ella. Pasado mañana la dejaría. Después de aquello, tal vez lo atraparan, o tal vez pasara el resto de su vida intentando escapar de la ley. No sabía si volvería a verla otra vez. Sintiendo un desgarro en el corazón, retiro con delicadeza un mechón de pelo de la sien de Genevieve.

—No hay nada que no hubiera hecho por ti, si hubiera habido más tiempo para nosotros. ¿Lo entiendes? Nada.

Ella lo miró, creyendo que miraba el interior de su mismísima alma y corazón.

Y luego pegó su boca a la de él y lo besó profundamente, abrazándole con fuerza mientras sus lágrimas empezaban a correr contra la oscura aspereza de su mejilla.

Capítulo 12

—Le he preparado un poco de almuerzo. —Eunice tendió a Haydon un descomunal bulto envuelto en una brillante tela roja —. Sé que no puede pasar mucho rato sin un bocado.

Haydon se quedó mirando incrédulo el voluminoso bulto, que parecía suficiente para alimentar a toda una casa durante una semana.

—Gracias, Eunice. —No tema idea de cómo iba a llevarlo.

—Seguro que no piensa dejar aquí este buen chaqué de gala y los pantalones —objetó Oliver, pasando su mano nudosa por el tejido de lana de las prendas que aún colgaban en el armario—. Apenas se han usado.

—Puedes quedárselas, Oliver —Haydon sacó una camisa y un chaleco de la bolsa en un vano intento de hacer sitio a la comida de Eunice—. Dudo que vaya a asistir a muchas veladas durante un tiempo.

Oliver soltó una risita.

—¿Y dónde podría yo ponerme una conjunto tan elegante?

—Póngaselo para andar por casa —sugirió Haydon—. Será el mayordomo mejor vestido de Inveraray.

—Es un pelín grande —comentó Oliver dubitativo.

—Yo puedo arreglar eso, Ollie —le aseguro Doreen—. Unos retoques aquí y allá, y quedarás más chulo que un príncipe.

—¿Eso crees? —La idea lo intrigó. Sacó la chaqueta de la percha de madera y se la echó encima de su cuerpo arrugado, luego miró con asombro las mangas que colgaban bajo los dedos—. Estoy pensando en que será algo más que unos retoques aquí y allá.

—¿Está seguro de que se quiere ir ahora, joven? —Eunice expresó su inquietud—. No creo que la señorita Genevieve entienda que quisiera marcharse mientras ella estaba ausente. Sin duda se va a enfadar por no haber podido despedirse.

Haydon mantuvo una expresión neutra.

—Es mejor así.

Genevieve y él habían regresado de Glasgow tarde el día anterior y habían pasado la noche entrelazados apasionadamente en la cama. Haydon se había levantado mucho antes del amanecer para retirarse a su propio dormitorio. Aquella mañana habían saludado a los niños y a los mayores en el comedor, y los habían obsequiado durante el desayuno con anécdotas de Glasgow y el relato del deslumbrante éxito de la primera exhibición de Genevieve. Había sido un momento lleno de felicidad y calor, atenuadas sólo por la noción de que Haydon se marcharía pronto.

Después del desayuno, Genevieve había ido a reunirse con el señor Humphries en el banco, para establecer los detalles del primer pago que iba a realizar gracias a la venta de sus cuadros. Le había pedido a Haydon que la acompañara, pero él había declinado con amabilidad la oferta, explicando vagamente que tenía otros asuntos que atender. Ella lo había mirado con incertidumbre, sin duda temiendo que iba a marcharse en su ausencia.

Pero él había sonreído y le había dicho que no tardara mucho, como si quisiera verla a su regreso.

Le había resultado muy doloroso engañarla así. Pero ya la había visto sufrir durante las tres noches anteriores y no tenía deseos de hacerle pasar por más tormentos de los que ya había soportado. Era mejor de este modo, se dijo. Ya iba a ser bastante duro despedirse de los niños y de Oliver, Eunice y Doreen, sin tener también a Genevieve ahí. Una vez les dijera adiós, se iría a coger la diligencia a Edimburgo. Había dado instrucciones a Genevieve de que dijera a la gente que su esposo se dirigía a Francia pasando por Edimburgo y Londres. Primero compraría su billete para Edimburgo, a donde viajaría para que quedara claro que Maxwell Blake sí que había ido ahí.

Una vez en Edimburgo abandonaría la identidad que tan cómoda se había vuelto para él y de nuevo se dirigiría hacia el norte, hacia Inverness.

La única esperanza que tenía de recuperar su vida anterior y no pasar el resto de sus días como un fugitivo era descubrir quién había contratado a aquellos hombres para que lo mataran aquella noche fatídica. Una vez hecho, tendría que demostrar a las autoridades que había sido víctima de un complot frustrado de asesinato. Había estado confeccionando una lista de personas que podrían desear su muerte.

Había resultado muy frustrante constatar el gran número de personas que encajaban en el perfil.

Se había acostado con muchísimas mujeres a lo largo de su vida, algunas de las cuales estaban casadas en aquel momento, de modo que había montones de maridos contrariados por ahí que sin duda preferirían verlo metido en un ataúd. Vincent, por supuesto, era uno de ellos, pero ya había tenido su venganza al destruir a Emmaline, de modo que Haydon no lo consideraba un candidato probable. Si a los maridos añadíamos las propias mujeres, algunas de las cuales no se habían quedado exactamente complacidas al ver que su aventura con Haydon llegaba a su fm, las posibilidades eran abrumadoras. Luego existía todo un desfile de primos, tías, tíos y otros familiares de vago parentesco, todos los cuales habían temblado de miedo cuando él heredó el título de marqués de Redmond. Les había preocupado, no sin razón, que él perdiera en poco tiempo las propiedades del marquesado a causa de la bebida, el juego y su falta de interés por los negocios. De hecho, tras la muerte de Emmaline, había pasado buena parte de los últimos dos años en in aturdimiento embriagado, liquidando todo lo que podía de su fortuna. Sin duda eso había enfurecido a su primo Godfrey, un imbécil pomposo, siempre acicalado, dispuesto a heredar el título si algo le pasaba a Haydon. Dudaba que Godfrey fuera capaz de asesinarlo con sus propias manos, pero contratar los servicios de otra persona para llevar a cabo el crimen parecía sumamente verosímil.

Cuando regresara a Inverness, empezaría a centrar la investigación en él.

—Pero, bueno, está aplastando mis panecillos —protestó Eunice, quien observaba cómo Haydon intentaba apretujar sin éxito los víveres en la bolsa—. ¿Por qué no pone la comida en otra bolsa?

—Es posible que tenga que moverme deprisa, y no puedo permitirme cargar con dos bultos de equipaje. —Haydon sacó otra camisa y un par de pantalones de la bolsa de viaje, luego apretujó el valioso almuerzo de Eunice y abrocho la comprimida bolsa para dejarla bien cerrada—. Así.

Doreen lo miró con pena.

—¿Todo listo ya?

Haydon asintió.

—Entonces, vayamos, joven. —Oliver salió del chaqué de Haydon con un movimiento de hombros y lo volvió a colgar con cuidado en el armario—. Guardaré este chaqué aquí para usted, en caso de que alguna vez vuelva a pasar por aquí y lo necesite. De cualquier modo, no puedo decir que me guste demasiado el negro, me hace parecer un cadáver. —Cerró la puerta del armario y se apoyó en ella un momento, como si intentara convencer a la desobediente puerta de que se quedara cerrada—. Intentará volver junto a ella, ¿verdad que sí, joven? —preguntó con tranquilidad.

—En cuando consiga limpiar mi nombre, Oliver, nada me mantendrá lejos —juró Haydon.

Oliver asimiló esto durante un momento y luego asintió.

—Intentaré arreglar esta puerta para usted mientras está fuera. —Dio un último empujón a la puerta, luego se alejó cuando la obstinada puerta volvió a abrirse poco a poco—. Y bien, bajemos para que pueda decir adiós a los niños antes de que yo le lleve a la diligencia.

Los niños estaban sentados alrededor de un fuego bajo en el salón, observando con fascinación las imágenes de barcos que Jack les enseñaba del libro que Genevieve le había dejado.

—...y éste es un galeón español —dijo indicando un cuadro de un barco espléndido con sus velas blanqueadas por el sol hinchadas y tersas mientras aprovechaban un poderoso viento—. Los utilizaban los españoles para la guerra y para los descubrimientos. Necesitaban mucho espacio en las tripas del barco para llenarlo de oro y plata y joyas que luego llevaban de vuelta a España.

Jamie frunció el entrecejo.

—¿No se hundía el barco con tanto oro y plata?

—No un barco como éste —le aseguró Jack—. Lo único que podía hundirlo era que se encallara durante una tormenta o que los piratas le hicieran un agujero en el casco mientras intentaban hacerse con su botín.

—¿Cómo podían robar su botín los piratas si se hundía en el fondo del océano? —se preguntó Grace.

Jack se encogió de hombros.

—Supongo que intentarían pasarlo a su propio barco antes de que se hundiera.

—Eso no parece un plan muy sensato —comentó Simon—. Les llevaría mucho tiempo pasar cofres de oro de un barco a otro. Podrían hundirse ellos mismos en medio del océano con la nave.

Jack frunció el cejo lleno de frustración. ¿Por qué estaban todos tan obsesionados con la carga? ¿No les impresionaba lo hermoso que era el barco por sí solo?

—Supongo que, la mayoría de veces, los piratas sacaban las riquezas del barco antes de hundirlo —especuló, intentando mostrarse paciente—. Y bien, si miráis por aquí...

—Que luego enterrarían en alguna isla remota y desierta en la que nadie podría encontrarlas jamás —exclamó Annabelle—. Entonces el malvado capitán pirata sacaría la espada y atravesaría a cualquiera que supiera dónde estaba enterrado para que el secreto muriera con él. —Agarró el atizador

del fuego y arremetió contra Simon, fingiendo que iba a atravesarle—. Muere, truhán de negro corazón…

—Eso es una completa tontería —objetó Grace—. ¿De qué servían todas esas riquezas si acababan amontonadas bajo tierra?

—Siempre podrían regresar más tarde a recuperarlas, si de verdad les hacían falta —decidió Jamie—. Ya sabes, si tenían algún problema con el banco.

—Pero, ¿y si el capitán pirata se olvidaba de dónde las había puesto? —se preguntó Charlotte—. ¿Y si moría antes de poder regresar y desenterrarlas?

—Siempre hacían un mapa del tesoro —le informó Annabelle—. Y años después lo encontraba un capitán valiente y apuesto, quien llevaría el tesoro a su país, a su esposa hermosa y enferma, pensando en que entonces que eran ricos, podría comprarle las medicinas necesarias para salvarle la vida. —Le tiró el atizador a Simon, luego alzó el dorso de la mano hasta su frente y se desvaneció teatralmente sobre los cojines—. Cuando él regresa a casa la encuentra muriéndose y lo único que puede hacer es darle un último beso antes de que cierre los ojos y se desvanezca, dejándolo solo, llorando para siempre su pérdida con un cofre de riquezas y un corazón roto. —Suspiró y cerró los ojos, con las manos delicadamente entrelazadas sobre el pecho—. Creo que sería un papel maravilloso para que yo lo interpretara, ¿no os parece? —preguntó a los demás, incorporándose otra vez rápidamente.

—Ese es el cuento más fantasioso que he oído —dijo Doreen sacudiendo la cabeza con desdén mientras entraba en la sala—. Es más probable que el muy granuja se fuera al día siguiente a gastarse la fortuna en juego, bebidas caras y mujeres deshonestas.

—Calla, calla, Doreen, no les llenes la cabeza de cosas raras a los niños —le reprendió Eunice—. Aquí tenéis, corazones, coged una galleta.

Jack miró a Haydon con recelo mientras los niños rodeaban en masa a Eunice. Le había visto dejar la bolsa de cuero cerca de la puerta de entrada—. ¿Te vas a algún lado?

—Sí.

—¿Adónde? —canturreó Jamie, intranquilo ante esa perspectiva.

Haydon vaciló. No quería mentirles. Pero revelar la verdad implicaba cierto riesgo. Si el agente Drummond encontraba sospechosa su ausencia antes de que Genevieve comunicara la muerte de su marido, podía decidir hacer una visita e interrogar a los niños acerca del paradero de su supuesto padrastro. Uno de ellos podría revelar accidentalmente que Haydon tenía planes de regresar a Inverness.

—Voy a coger la diligencia a Edimburgo. —Al menos esa parte era cierta—. Tengo varios asuntos que atender allí.

Jack arqueó una ceja con gesto de escepticismo.

—¿Cuándo regresarás?

—No estoy seguro.

—Quieres decir que no vas a regresar. —Su tono era categórico.

Simon miró a Haydon lleno de consternación.

—¿Nos dejas? —Sonaba herido.

—¿No te gusta estar aquí? —quiso saber Jamie, con la boca rodeada de migajas azucaradas.

Un sentimiento de impotencia empezó a invadir a Haydon. No quería marcharse. Pero no tenía otra opción. ¿Cómo podía hacérselo entender?

—Hubo un problema en Glasgow. Alguien me reconoció allí. Es demasiado peligroso que me quede más tiempo por aquí.

—Pero Glasgow está muy lejos... —protestó Charlotte, con el pequeño rostro pálido. Haydon presentía que, de todos los niños, ella era la que sufriría más su ausencia—. Nadie de Glasgow viene nunca por aquí.

—Charlotte tiene razón —dijo Annabelle—. No creo que tengas que preocuparte por eso.

—Me temo que no es tan sencillo —contestó Haydon.

Se sentó al lado de Charlotte y la rodeó con un brazo, acercándola a él mientras intentaba que los niños entendieran.

—La persona que me reconoció sin duda lo va a contar a más gente, y mencionará el hecho de que yo estaba con Genevieve en la exposición. Las autoridades vendrán aquí a interrogarla. Si me descubren a mí aquí, simulando ser el esposo de Genevieve y vuestro padrastro, tal vez la arresten también a ella.

Un destello de miedo se reflejó en sus rostros. Haydon se maldijo a sí mismo. Pero quería que entendieran que no se marchaba porque le venía en gana, sino porque no tenía otra elección.

—Desde el momento en que llegué aquí, siempre ha existido ese riesgo. Durante un tiempo, fue un riesgo que hemos quisimos correr, porque tenía que recuperar mis fuerzas y estar lo bastante bien como para poder viajar. Ahora que me he curado, es un riesgo que ya no puedo justificar. Es hora de que me vaya.

Los niños lo miraron sumidos en un silencio cargado de abatimiento. Era obvio que todos sabían mucho de abandonos. Todos ellos habían padecido muchas traiciones durante sus cortas vidas. Primero por los padres que los trajeron al mundo, luego por las familias que no fueron capaces o no estuvieron dispuestas a cuidar de ellos, y finalmente por un sistema social que los consideraba poco más que desechos que había que quitar de en medio, y encerrarlos en una prisión o en un reformatorio para que el resto de la sociedad se librara de la viSión de su padecimiento.

La única persona que les había sido sincera y fiel, con una lealtad a toda prueba desde el momento en que apareció en sus vidas, era Genevieve.

—¿Volverás con nosotros? —aventuró Jamie.

Haydon vaciló. Quería decir que sí. Pero los niños habían sido víctimas de demasiadas falsas esperanzas y promesas poco convincentes en sus vidas. No les aseguraría nada que no pudiera cumplir.

Unos repentinos golpes en la puerta le impidieron contestar a la pregunta de Jamie.

Oliver levantó una blanca ceja a Haydon.

—¿Debo abrir?

La mente de Haydon se aceleró. No pensaba que alguien pudiera haber oído ya la historia de Rodney, que hubiera establecido la conexión con Maxwell Blake y llegara a la conclusión de que, de hecho, éste era el marqués de Redmond; después de lo cual hubiera hecho el recorrido desde Glasgow a Inveraray para informar a las autoridades de aquí. Estaba dentro de lo posi-

ble, pero dadas las limitaciones de tiempo y transporte, parecía muy poco probable.

Asintió.

—Adelante.

—Den un minuto a este pobre viejo —soltó Oliver mientras continuaban los golpes en la puerta. Se fue arrastrando los pies y abrió un poco la puerta, rezongando con irritación—. Por todos los santos, ¿qué puede haber tan importante como para que se sientan con derecho a dar esos...?

—Hemos venido a por el marqués —ladró un agente de policía enorme, de gran corpulencia, con una grasienta maraña de pelo gris que sobresalía por debajo de la gorra. Los botones faltos de lustre de su uniforme parecían a punto de salir volando de la casaca a la que diera la siguiente bocanada de aire.

—Sabemos que está aquí —añadió el rollizo agente de policía que tenía a su lado. Era un bruto feo, con una nariz aplastada y rota, y ventanas ensanchadas que le hacían parecer un cerdo.

—Déjenos entrar y no habrá problemas. —Esta dudosa afirmación vino de un flacucho agente con un nido de pelo de rata rojizo y un montón de granos salpicados por su pálida piel.

—No tengo ni idea de qué tonterías hablan. —Oliver se rascó con indiferencia la cabeza mientras les bloqueaba la entrada con su cuerpo arrugado—. Aquí no hay ningún marqués. Creo que se han confundido, jóvenes...

—¡Apártese a un lado, maldito viejo loco! —El agente con una constitución de oso empujó la puerta con el hombro, enviando a Oliver dando vueltas hacia atrás mientras los agentes irrumpían en tropel en la casa.

—¡Oliver! —gritó Doreen, al ver con horror cómo se estrellaba contra la mesa del vestíbulo y se caía al suelo. Empezó a salirle sangre de la frente.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó con furia Jack. Se lanzó contra el fornido policía y le atacó con los puños.

—¡Jack... no! —gritó Haydon, arrojándose hacia delante—. ¡Deténte!

Jack lanzó un poderoso puñetazo en plena cara del oficial antes de que los dos policías restantes lo agarraran por los hombros y lo apartaran. El muchacho respondió clavando los dientes en la muñeca del de la cara de cerdo.

—¡Auxilio! —aulló el agente, aporreando a Jack en la espalda mientras intentaba soltar su destrozada muñeca—. Ewan... ¡ayuda!

—¡Suéltalo! —El agente de los granos agarró a Jack por el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás con brusquedad. Una vez consiguió que Jack lo soltara, le doblo los brazos tras la espalda—. ¿Estás bien, Harry?

—¡Cristo, ése cerdo me ha mordido como un animal salvaje!

—¿Y tú cómo estás, George?

—¡Este mequetrefe de mierda me ha roto la nariz! —soltó George con furia.

—¡Voy a arrancarle las pelotas! —Harry echó el puño hacia atrás para lanzar un mamporro a la cara de Jack.

—Quítale las manos de encima —ordenó Haydon con fiereza— o le parto el cráneo a tu amigo como si fuera un melón maduro.

Lentamente, todo el mundo se volvió para ver a Haydon de pie en el centro del vestíbulo, blandiendo directamente sobre la cabeza de George el atizador de bronce que Annabelle había esgrimido como una espada.

—Suelta al muchacho —ordenó Haydon cortante—. Ahora.

Los dos agentes que sujetaban a Jack se miraron con incertidumbre.

—¡Por el amor de Dios, haced lo que dice! —gritó George, quien se sujetaba la nariz que tanto sangraba y no tenía el menor deseo de sangrar también de la cabeza.

—Lo soltaremos —accedió Harry— si suelta el arma.

—No tiene sentido que intente escapar —añadió Ewan, intuyendo la vacilación de Haydon—. Todo Inveraray sabe quién es de verdad, señoría —manifestó arrastrando las palabras con sarcasmo—. No puede huir.

Haydon sintió que apretaba con más fuerza su primitiva arma. Todo había acabado, comprendió, aún incapaz de aceptarlo.

—¡No lo hagas! —Jack se retorcía frenéticamente resistiéndose a sus captores—. ¡Vete ya!

Haydon miró los rostros asustados de los niños, quienes estaban claramente traumatizados por la demostración de brutalidad de la que acababan de ser testigos. A excepción de Jack, quien aún no llevaba demasiado tiempo apartado de la violencia de las calles como para sentirse intimidado.

Más no, pensó Haydon, mirando con afecto desgarrador a Jamie, Annabelle, Grace, Simon y la dulce Charlotte. No puedo permitir que soporten más esto.

—Quiero su palabra —empezó con tono grave, sereno— de que si me voy voluntariamente con vosotros, no les haréis ningún daño a los demás.

—¡No! —suplicó Jack—. ¡No lo hagas!

—Está bien —replicó con brusquedad George, cuyas manos ahora goteaban la sangre que aún le salía de la nariz—. Suelte el arma, y nos iremos… con usted.

Haydon sintió que la lisa vara de bronce que tenía en la palma de la mano estaba cada vez más caliente. No tenía otra opción, comprendió con amargura. Prefería morir que ver cómo hacían algún daño a cualquiera de su familia. Saboreó apenas un momento más el sabor agridulce de algo parecido a la libertad.

Y luego dejó caer el atizador.

—Lo tengo —ladró Harry, cayendo encima de él como un tigre sobre una presa—. Vamos, Ewan, ponle las esposas en la muñecas para que no pueda intentar nada.

El joven de los granos retorció los brazos de Jack por última y dolorosa vez antes de empujarlo hacia delante. Jack le lanzó una mirada de puro desprecio, luego se fue a arrodillar delante de Oliver.

—¿Estás bien? —quiso saber angustiado, secando la frente ensangrentada de Oliver con la manga de su camisa.

—No te preocupes por mí, muchacho. —La mirada de Oliver era seria—. Es de su señoría de quien tenemos que preocuparnos.

—Estaré bien. —Haydon se obligó a mostrar calma mientras le esposaban las manos a la espalda.

—Seguro que sí —replicó George con desprecio, sosteniéndose el brazo contra la nariz en un torpe intento de contener el flujo de sangre—. Bien muerto.

Eunice soltó un resuello y acercó a Jamie, Grace y Charlotte un poco más a ella, mientras Doreen sujetaba con firmeza a Annabelle y a Simon. Charlotte empezó a llorar.

—Cierra la boca —recordó Haydon en voz baja a George— o aún te aplastaré el cráneo.

—Sería un buen truco, señoría, —dijo George, sorbiendo la nariz contra la manga empapada— ya que lleva las esposas puestas.

Haydon lo miró con furia amenazadora, sin decir nada.

—Por el amor de Dios, George, metámoslo en el carruaje y váyamonos —dijo Harry, quien aún se acariciaba la muñeca mutilada—. Necesito un trago.

—Vamos, entonces. —Ewan empujó a Haydon hacia la puerta.

Haydon dedicó una última mirada a los rostros embargados por el horror de la familia que había acabado por querer. Era tanto lo que quería decirles, pero de pronto no había tiempo. Aparte de aquello, cualquier palabra de afecto delante de la policía sólo serviría para incriminarlos. Y por consiguiente sólo les dedicó una sonrisa breve y tranquilizadora.

Luego se volvió y permitió que lo empujaran escaleras abajo hasta el carruaje que lo esperaba en la calle.

El humo negro flotaba formando una columna tiznada sobre lo alto de los tejados, tejiendo un velo sombrío que quedaba resaltado sobre el plomizo cielo invernal. El día se había vuelto frío de repente, y la gente intentaba protegerse del creciente frío arrojando a sus fuegos más cantidad del carbón y la madera tan preciados. Genevieve subió rápidamente los escalones de su casa, ansiosa por informar a Haydon de su encuentro con el señor Humphries, el director del banco.

Había ido excepcionalmente bien. El señor Humphries estaba encantado con las noticias de la buena suerte de su esposo en lo concerniente a su encargo de la venta de la obra de monsieur Boulonnais. Se mostró incluso más eufórico al ver el cheque que Genevieve le había entregado. Mientras el dinero de la venta de sus cuadros siguiera entrando, finalmente sería capaz de liquidar su hipoteca y emplear las ganancias para mantener a la familia. Tal vez pudiera incluso permitirse también algún capricho especial para los niños. A todos ellos les irían muy bien ropa y zapatos nuevos, y había unos cuantos libros que quería adquirir para sus estudios. Levantó el pasador y se apresuró a entrar, intentando no pensar en el hecho insoportable de que Haydon no tardaría en marcharse. No quería que aquello destruyera el poco tiempo que les quedaba juntos.

Una mirada a los ojos enrojecidos y narices coloradas de Eunice y Doreen le dijo que había sucedido algo terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó de forma abrupta, intentando dominar su miedo.

—Se ha ido, mocita. —Oliver parecía viejo y derrotado cuando cogió su delgada mano entre las suyas—. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero no sirvió de nada.

Genevieve se le quedó mirando con la mente ofuscada.

—¿Haydon se ha ido.., sin despedirse?

—El pobre muchacho no ha tenido otra opción. —Eunice se sonó ruidosamente la nariz en el pañuelo—. Unos desagradables agentes entraron aquí a empujones y lo sacaron a rastras por la puerta.

No, pensó, sintiendo que le arrancaban el corazón. Por favor, Dios, no.

—Intenté que no entraran, muchacha —El rostro envejecido de Oliver formó una mueca de remordimiento—. Pero no podía luchar contra tres de ellos. ¡Eran como gigantes, y el doble de fieros!

La culpa era de ella, comprendió tétricamente. Tenía que haber obligado a Haydon a marcharse en el mismo minuto en que lo reconocieron en Glasgow. Debería haberle amenazado con informar del asunto a la policía si no se marchaba. En vez de ello, le había permitido quedarse a su lado, le había permitido echarse desnudo junto a ella por la noche y acompañarla de regreso a Inveraray porque en lo más profundo de su corazón no estaba preparada para renunciar a él.

Había sido una necia. Una necia egoísta y estúpida.

—Miserables canallas —maldijo Doreen con tono cáustico—. Tiraron al suelo al pobre Oliver y le hicieron una herida en la cabeza.

—Nuestro Jack atacó al patán que lo hizo. —Eunice se secó los ojos con su arrugado pañuelo—. Luego los tres empezaron a dar una paliza al pobre muchacho.

—De modo que Haydon cogió el atizador yjuró partirle el cráneo al cabrón más grande si no soltaba al chico. —Oliver la miró con abatimiento—. Luego se fue con ellos sin rechistar, después de obligarles a prometer que nos dejarían tranquilos a los demás. No quería que nos hicieran ningún daño.

No, por supuesto que no. Genevieve recordó el modo tan valiente en que se había enfrentado Haydon para ayudar a Jack la noche que lo había encontrado echado en el suelo de la prisión, sangrando, destrozado. Haydon nunca se quedaría al margen observando cómo otra persona sufría. No importaba que aquello significara que lo golpearan casi hasta la muerte.

O que se lo llevaran a la horca.

Genevieve se agarró a la silla más próxima, pues sentía que iba a marearse.

—Aquí, muchacha, siéntese, está blanca como la tiza —dio Eunice, llevando a Genevieve al sofá—. Doreen, serás tan amable de ir a buscar un vaso de agua a la señorita Genevieve. Me temo que la impresión ha sido demasiado para ella.

—Estoy bien —murmuró Genevieve. El suelo que tenía debajo se movía ondulante, la habitación de pronto se había vuelto blanca y ardía abrasadoramente. Cerró los ojos y se hundió en el sofá, apoyando la mejilla en la fría lana de su capa. Ya no estaba aquí. Haydon no estaba aquí. Y ahora lo ahorcarían. Había oído relatos espeluznantes sobre cuánto sufría una persona cuando la ahorcaban. Cómo sus cuerpos se dislocaban y luego se sacudían esforzándose inútilmente por tomar aire. Sobre cómo sus rostros se tornaban de colores horribles. Pensó en Haydon, tan apuesto, fuerte y poderoso, colgando impotente del extremo de la cuerda, luchando por llenar sus pulmones de aire.

Un sollozo de angustia salió de sus labios.

—Shhh, vamos, dé un trago a esto —la calmó Eunice, incorporando un poco a Genevieve para que pudiera beber del vaso de agua.

Genevieve sorbió obedientemente el frío líquido.

—Así, así, mucho mejor. —Eunice la rodeó con su rollizo brazo y atrajo su cabeza hacia el blando almohadón de su voluminoso seno—. Sólo es la conmoción, muchacha, que le hace sentirse tan mal. Después de un rato se pasará.

Genevieve se apoyó en Eunice, encontró alivio en la cálida redondez de la mujer que la abrazaba con fuerza.

—Si sólo hubiera tenido un poco más de tiempo —reflexionó con tristeza Doreen—, tal vez habría podido enterarse de quién mandó contra él a esos rufianes aquella noche. Entonces todo este puñetero lío se habría aclarado.

Si el agente Drummond y sus hombres hubieran puesto un poco más de interés en hacer su trabajo, habrían hecho algún esfuerzo por encontrar a los otros hombres que atacaron a Haydon, reflexionó Genevieve con amargura. Pero puesto que Haydon no había acudido a informar del delito, lo habían condenado como si fuera un asesino borracho desde el momento de su arresto. Las autoridades no tenían el menor interés en desvelar la verdad. Un hombre había muerto, y lo único que querían era tranquilizar a la asustada población con la noticia de que se había se capturado y ejecutado al villano responsable del crimen. Los canallas que asaltaron a Haydon no habían conseguido matarlo aquella noche. Ahora el sistema judicial acabaría la faena por ellos.

No era justo, reflexionó, sintiendo que de pronto la rabia crecía en ella. Y no iba a quedarse mirando, permitiendo que sucediera.

—Oliver, por favor, ve a buscar el carruaje —dijo, apartándose del abrigo que le proporcionaba el abrazo de Eunice—. Vamos a la prisión.

Oliver la miró con preocupación.

—Volver a verlo sólo servirá para hacerla sufrir aún más que ahora, muchacha. No creo que…

—Lord Redmond no es culpable de ningún asesinato, Oliver —interrumpió Genevieve—. No voy a permitir que le ahorquen por un crimen que no ha cometido.

—Pero, ¿cómo podrá impedirlo? —preguntó Eunice—. Su sentencia ya ha sido aprobada por el tribunal.

—No creo que el tribunal entienda todos los hechos que rodean el caso de Haydon ya que fue a juicio demasiado rápidamente. Tengo que hablar con el juez y pedirle que aplace la ejecución, alegando que podemos aportar nuevas pruebas en defensa de lord Redmond.

Oliver frunció el ceño.

—¿Y qué nuevas pruebas serían ésas?

—Aún no lo sé —reconoció Genevieve—. Pero si al menos ganamos algo de tiempo, podremos investigar un poco, empezando en primer lugar aquí en Inveraray. Alguien tiene que conocer algún detalle de los hombres que lo atacaron aquella noche. Mi intención es descubrir quiénes eran esos hombres y por qué querían matar a Haydon.

El director Thomson estaba sentado a su escritorio con unas tijeras en la mano, preparándose para recortar un mechón obstinado de su barba de otro modo impecablemente arreglada.

—¿Dónde está? —quiso saber Genevieve, abriendo de par en par la puerta de su oficina.

Sorprendido, el director movió la mano y, como consecuencia, una lluvia de pelo gris calló sobre la superficie del escritorio.

—¡Mire lo que ha hecho! —chilló, observando los pelos amputados con consternación. Acercó su elegante espejito a la zona afectada y soltó un jadeo—. ¡Ha hecho que me corte un trozo de barba!

—¿Dónde está? —repitió Genevieve con frialdad.

El director Thomson se quedó mirando con tristeza la imagen que reflejaba el espejo, pasándose los dedos por el pelo que quedaba para ver si sería capaz de domarlo y cubrir el hueco tan rudamente cercenado.

—¿Quién?

—Sabe muy bien de quién le hablo. ¿Será tan amable de llevarme a ver a lord Redmond de inmediato?

La miró totalmente estupefacto.

—¿Lord Redmond?

Genevieve no podía entender por qué él se estaba mostrando tan obtuso.

—Lo arrestaron esta mañana. Quiero verle para asegurarme de que no abusan de él en ningún modo, y le prometo que si me entero de que...

—Me temo de que hay alguna equivocación, señora Blake —interrumpió el director Thomson, dejando el espejo—. Aquí no han traído a ningún prisionero nuevo en todo el día.

—Por supuesto que sí —insistió ella—. Capturaron al marqués de Redmond hace más de dos horas.

—¿De veras? —parecía sinceramente intrigado—. ¿Y quién lo hizo?

—Tres oficiales de policía, no sé sus nombres. Tienen que haberlo traído aquí.

El director Thomson sacudió la cabeza.

—No meten a ningún prisionero en una celda sin mi autorización directa. Llevo en mi despacho desde las siete de la mañana, y aquí no lo han traído.

Genevieve frunció el ceño.

—Si no está aquí, entonces, ¿adónde lo han llevado los agentes?

—Puedo asegurarle que si un fugitivo peligroso como lord Redmond hubiera sido capturado, lo habrían traído aquí y lo habrían encerrado de inmediato.

—Pero le han capturado...

—¿Cómo lo sabe?

Genevieve se detuvo, inquieta de pronto. Si la policía había arrestado a Haydon, ¿por qué no lo habían traído aquí directamente?

—¿Dónde está el agente Drummond? —preguntó ella, decidiendo que el director Thomson obviamente no había sido informado. El agente Drummond había llevado la búsqueda de Haydon. Sin duda sabría alguna cosa de los agentes que habían asaltado su casa esta mañana.

—Me temo que no le ha visto por poco —contestó el director, volviendo a coger el espejo—. Tenía que testificar en un juicio en el tribunal y después

una reunión para comentar cómo iba la búsqueda de lord Redmond. El agente Drummond ha estado en contacto con los cuerpos de policía tanto de Glasgow como de Edinburgo, ya que es de la opinión de que es posible que el marqués ya no esté en Inveraray, sino que probablemente haya escapado a…

No, pensó Genevieve, dejando de prestar atención a las divagaciones del director Thomson.

Parecían gigantes, y el doble de feroces.

Oliver no había mencionado que reconociera a los agentes de policía. Pero no tenía sentido que no hubiera reconocido ni a uno tan sólo. Al fin y al cabo, Oliver había sido un delincuente en el área de Inveraray durante toda su vida. Lo habían arrestado y lo habían metido en prisión numerosas veces a lo largo de los años, y había conocido a la mayoría de hombres, si no a todos, que formaban su cuerpo de policía. Aún más, si el agente Drummond era el responsable de la investigación para encontrar a Haydon, ¿cómo era posible que no supiera nada de la batida que había tenido lugar aquella mañana en casa de Genevieve? Aunque no hubiera estado informado de antemano, ¿por qué no lo habían informado a aquellas alturas?

El terror la invadió mientras la respuesta adquiría una claridad horrible.

—…y por lo tanto, ha ido a preparar su viaje a Glasgow mañana mismo, para investigar si alguna de las informaciones que confirman haberle visto allí es de fiar…

El director Thomson pestañeó lleno de confusión cuando Genevieve salió de su oficina, dejándolo a solas para contemplar el fiasco de su barba tan ridículamente recortada.

Capítulo 13

La mente le daba vueltas a Genevieve cuando entró apresuradamente en la casa junto con Oliver. Haydon había sido secuestrado. E iban a matarle.

A menos que ya estuviera muerto.

No, pensó combatiendo la desesperación que amenazaba con sesgar el cabo deshilachado de su cordura. Está vivo. Tiene que estarlo.

—Gracias al cielo, han regresado —sollozó Eunice, retorciendo el pañuelo mientras corría hacia ellos. Annabelle, Grace, Charlotte y Simon estaban sentados en el salón con los rostros pálidos y serios—. ¿Están los muchachos con usted? —preguntó Eunice con angustia.

El pecho de Genevieve se comprimió hasta apenas dejarle respirar.

—¿Qué quieres decir?

—Jack y Jamie han desaparecido —explicó Doreen—. Los niños dicen que Jack salió como un rayo por la puerta de la cocina en cuanto aquellos canallas se llevaron a su señoría, y Jamie se fue detrás de él. La última vez que los vieron, iban corriendo por la calle en la dirección en que se marchó el carruaje.

—Pensábamos que usted los habría encontrado rondando por la prisión —añadió Eunice.

Genevieve se quedó mirando a los niños, debatiéndose entre la furia y el dolor.

—¿Por qué, niños, no se lo comunicasteis a Oliver en el mismo instante en que Jack y Jamie se fueron?

—Jack nos hizo jurar que no lo haríamos. —Simon estaba a punto de romper a llorar.

—Dijo que Oliver querría detenerle —explicó Annabelle en voz baja y arrepentida— y que si Oliver lo intentaba tendría que tumbarlo de un puñetazo.

—No quería hacer daño a Oliver —se apresuró a aclarar Charlotte, que no quería que alguien malinterpretara las intenciones de Jack—. Jack nunca nos haría daño a ninguno de nosotros. Tan sólo estaba decidido a no perder de vista el carruaje en el que se llevaban a Haydon.

—Jack no sabía que Jamie lo seguía —añadió Grace apesadumbrada—. Pero Jamie se lanzó tras él y desapareció.

—Sabemos que está mal, Genevieve. —Una lágrima cayó por la mejilla de Simon—. Pero no veíamos la manera de contar a alguien que Jamie se había ido sin que os enterarais de que Jack también se había escapado.

—Hasta que Eunice y yo llamamos a los niños para tomar el té, no nos percatamos de la ausencia de los muchachos —concluyó Doreen—. Para entonces ya hacía mucho que se habían ido. Pensamos que usted los encontraría en el exterior de la prisión y que los traería a casa.

—El carruaje no se dirigió a la prisión —le dijo a Oliver.

La cara mofletuda de Eunice se frunció llena de confusión.

—Entonces ¿adónde lo llevaron esos agentes de policía?

—No lo sabemos. —Su expresión era sombría—. En la prisión nadie estaba enterado del arresto.

—Pero esos policías…

—No eran agentes de policía —dijo Genevieve.

—Entonces ¿quiénes eran?

—No lo sé. Lo único que sé es que tienen intención de matar a Haydon.

—¡Santo Columba bendito! —juró Doreen—. ¡Y los niños han ido tras ellos!

Genevieve se hundió en una silla. Podrían estar en cualquier lugar, comprendió, sintiendo que se ahogaba. A una o dos calles de allí, o muy lejos de Inveraray. Si los captores de Haydon descubrían a Jack o a Jamie siguiéndolos, no dudarían en matarlos. Se apretó los ojos con la base de la mano hasta que sintió palpitaciones, intentando contener las lágrimas que amenazaban con derramarse. No debo llorar. No debo gritar. Tengo que permanecer centrada y pensar. ¿Cómo voy a descubrirlos?

—No se asuste ahora, jovencita —le dijo Oliver mientras le ponía su endurecida mano en el hombro—. Los encontraremos. No habrán sido capaces de seguir la marcha del carruaje, de modo que lo más probable es que hayan continuado corriendo hasta quedarse sin aliento y que en estos momentos estén caminando de regreso. Cogeré el carruaje e iré a buscarlos…

La puerta de entrada se abrió de par en par y Jack y Jamie entraron tambaleándose, respirando con dificultad.

—Haydon está en un apuro —bramó Jack sin aliento. Se encorvó hacia delante y tomó varias bocanadas roncas, en un esfuerzo por volver a llenar los pulmones.

—¡Tenemos que ayudarlo! —Jamie tenía la carita roja y sucia, y llevaba los pantalones pringados y rotos en una rodilla.

Genevieve soltó un grito y le rodeó con los brazos, enterrando el rostro en su cabello mientras intentaba controlar la locura de emociones fluctuantes. Olía a frío y acritud, tenía el pelo húmedo del ejercicio. Estaba sano y salvo. Y Jack también.

Gracias a Dios.

Besó a Jamie en lo alto de la cabeza y luego abrazó con fuerza a Jack.

Jack aguantó el abrazo de Genevieve con cierta incomodidad, apabullado por su inesperada demostración de cariño. No podía recordar que nadie lo hubiera abrazado de ese modo en toda la vida.

—Tenemos que ir tras él, Genevieve —dijo con premura, preguntándose por qué ella lo estaba estrujando de ese modo—. Esos hombres que se lo llevaron no eran policías. —¿Habría pensado Genevieve que él se había escapado?, se preguntó. Descartó aquella cuestión, decidido a concentrarse en Haydon—. ¡Tenemos que sacarlo de allí!

Ella lo soltó y lo miró con seriedad.

—¿Sabes adónde se lo han llevado?

El muchacho asintió.

—Seguimos el carruaje hasta la Guarida del Diablo.

—Ahí es donde viven todos los ladrones y fulanas —explicó Jamie con excitación—. Me lo ha dicho Jack.

—No son todos ladrones y fulanas, aunque hay demasiados por allí, eso seguro —corroboró Oliver—. Lo que abundan son los tipos duros a los que nada les gusta más que un buen trago y un buen revolcón para ayudarles a olvidar la miseria de la vida. Yo he vivido ahí algunas temporadas —confesó— cuando la suerte no me sonreía demasiado.

—Y yo también. —Los ojos grises de Jack centelleaban de furia apenas disimulada—. Es un sitio donde uno puede pegar a la mujer o al hijo hasta dejarlo medio muerto sin que a nadie le importe un carajo. Como mucho dan algún golpe en la pared y gritan que dejes de hacer tanto ruido.

—Por eso se lo han llevado allí, me imagino —musitó Doreen con preocupación—. Así podrán hacer el trabajo sucio sin que nadie les preste atención… en aquel lugar de mala muerte tan atiborrado de gente.

—Haydon se tambaleaba cuando lo sacaron del carruaje —continuo Jack—. Ellos ya se habían quitado los uniformes para que nadie les prestara atención, y fingieron que Haydon estaba borracho y que lo ayudaban a caminar. Pude ver que aún llevaba las manos esposadas… parecía que le habían dado una buena paliza.

—Él también había repartido unos cuantos golpes —añadió Jamie con vehemencia— porque los otros tampoco tenían muy buen aspecto.

—¿Por qué tomarse la molestia de llevarlo a la Guarida del Diablo? —Oliver se rascó la cabeza, pensando—. Si tienes intención de matar a alguien, ¿por qué no llevarlo al campo y clavarle un puñal en las tripas o ponerle una pistola en la cabeza? De ese modo puedes dejar el cuerpo en el bosque y largarte, así de fácil.

—No creo que tengan planeado matarlo de inmediato —especuló Jack—. Mientras le arrastraban al interior del edificio, el tipo más grande maldijo a los otros porque Haydon estaba sangrando y apenas podía andar. Dijo algo acerca de mantenerlo vivo lo suficiente como para que lo viera su señoría.

Oliver frunció el ceño.

—¿A quién se referían?

—Sea quien sea, ese hombre quiere ver a Haydon muerto —decidió Genevieve—. Por eso Haydon fue atacado la primera noche que vino a Inveraray. Me dijo que estaba demasiado borracho para ver con claridad los rostros de sus asaltantes. Los tres hombres que entraron hoy en la casa fingiendo ser policías podrían muy bienser los mismos tres que lo atacaron aquella noche y luego salieron huyeron cuando él mató a su cómplice. Parece que alguien los ha contratado para asesinarle. Tal vez tengan órdenes de llevarlo ante su presencia antes de acabar el trabajo.

—Tenemos que contárselo a la policía de inmediato —decidió Eunice—. Ellos pueden ir a la Guarida del Diablo y sacar a su señoría de allí.

Genevieve sacudió la cabeza.

—El agente Drummond no tiene ningún interés en demostrar la inocencia de Haydon. Lo único que quiere es encontrarlo y asegurar se de que esta vez nada se interpone en su ejecución. —Se puso los guantes con energía—. Jack, quiero que nos enseñes a mí y a Oliver dónde han llevado a Haydon. Encontraré la manera de sacarlo de ahí.

Oliver, Eunice y Doreen se la quedaron mirando, aterrorizados.

—¿Ha perdido por completo el juicio, muchacha? —preguntó Oliver frunciendo el ceño.

—¿Una dama de su categoría, rondando por la Guarida del Diablo a la busca de una pandilla de criminales? —Eunice parecía horrorizada ante aquella idea.

—¡Por Dios, tendrá suerte de que no le roben o la maten a usted también antes de que pueda acercarse a donde esos sicarios tienen escondido a su señoría! —concluyó Doreen.

—Correré ese riesgo —replicó Genevieve en tono categórico.

—No, jovencita, no está pensando con frialdad —le reprendió Oliver, suavizando la voz—. Sé que está dispuesta a hacer cualquier cosa por el muchacho, pero si se mete en la Guarida del Diablo y le roban o la matan, no estará ayudando a nadie, ¿no es cierto? Es mejor que nos deje a mí y a Jack ir tras su señoría. Estoy seguro de que entre nosotros dos podremos sacarlo de allí.

—¿Un hombre encorvado y un muchacho escuálido contra tres asesinos salvajes? —bufo Doreen con incredulidad—. A menos que ellos se mueran de risa, lo único que conseguiréis vosotros dos es que os liquiden. Yo iré con vosotros, al menos seremos tres a los que plantar cara. Después de toda una vida manteniendo a raya a patanes borrachos en una taberna, domino un par de tácticas en lo que a golpes en la cabeza se refiere.

—Yo también iré —se ofreció Eunice—. Al fin y al cabo, un par de ojos más no pueden ir mal.

—Yo también quiero ir. —Grace se levantó de un brinco del sofá—. Cuando robaba carteras pasé unas cuantas noches en la Guarida del Diablo. Sé moverme por allí y podré vigilar los alrededores del edificio sin que nadie sospeche.

—De ninguna manera —dijo Genevieve con rotundidad.

Grace levantó la barbilla con gesto desafiante.

—¿Por qué puede ir Jack y yo no?

Jack es mayor.

—Jack sólo tiene catorce años, y yo tengo casi trece —arguyó Grace.

—Prácticamente tengo quince —replicó Jack—. Soy mucho mayor que una niña de doce.

—Bueno, si vais con alguien más pequeño, no levantaréis tantas sospechas —rectificó Grace, cambiando de táctica—. Podríamos pretender ser una familia que busca un sitio para vivir. A nadie le parecerá extraño. Si queréis, puedo preparar algunas ropas que nos hagan parecer una familia pobre y miserable.

—Pues, sabes, ésa no es una mala idea. —Oliver se acaricio la barba entrecana, considerando el plan de Grace—. Si vamos en grupo, tenemos que aparentar estar en nuestro ambiente para que nadie nos moleste con preguntas.

—Si Grace va, yo también —declaró Annabelle—. Grace y yo siempre vamos juntas.

—Y yo también quiero ir —dijo Charlotte.

—No. —La voz de Jack sonó dura.

Charlotte lo miró dolida.

—Que tropezara la última vez no quiere decir que siempre vaya a hacerlo. Haydon me ayudó cuando yo lo necesité, y ahora yo quiero ayudarlo a él.

—Si Haydon estuviera aquí, no te dejaría ir —le informó Jack.

—Lo sé —dijo Charlotte con suavidad—. Y por eso tengo que ayudarlo.

—Si todos los demás van, yo también quiero ir —canturreo alegremente Jamie—. Al fin y al cabo, he ayudado a Jack a seguir al carruaje antes.

—Más bien no dejabas de caerte, y yo tenía que pararme a recogerte una y otra vez —refunfuñó Jack.

—Ninguno de vosotros va a ir a ninguna parte. Iremos tan sólo Oliver, Jack y yo misma —insistió Genevieve, intentando establecer su autoridad en aquella situación—. Es demasiado peligroso.

—Precisamente por eso es mejor que vayamos todos —insistió Doreen—. Cuantos más seamos como grupo, más posibilidades tendremos si nos enfrentamos a esos sinvergüenzas. Nunca sobran ojos y oídos en cada esquina, atentos a cualquier problema. Es más, todos nosotros somos muy capaces de mezclarnos con la gente que se mueve normalmente por la Guarida del Diablo.

—Excepto Genevieve —indicó Grace—. No parece que pertenezca a esa mundo.

—Me temo que Grace tiene razón, jovencita —corroboró Oliver, estudiando a Genevieve con mirada francamente crítica—. Si alguien puede ocasionarnos problemas, es usted.

Genevieve lo miró estupefacta.

—¿Qué quiere decir?

—Usted tiene categoría —explicó Doreen—. Cierto aire de superioridad, si me entiende el sentido.

—Eso no quiere decir que sea estirada, ya me entiende —le aseguró Eunice, esperando no herir sus sentimientos—. Yo he trabajado en muchas casas elegantes, y no se parece en nada a toda esa gente que preferiría que sus inferiores desaparecieran por un gran agujero negro cuando no los necesitan para sacar la mugre de las botas o vaciar los orinales. Es sólo que, con sus modales educados y su aire distinguido, no parece que tenga algo que ver con gente de esa calaña, como los que se mueven por la Guarida del Diablo.

—No tengo aire distinguido —protestó Genevieve.

—Calma, muchacha, no nos pongamos susceptibles —dijo Oliver, percibiendo que Genevieve estaba dolida—. Sería difícil que la hubieran criado como hija de un vizconde en una buena casa y que no se le notara cada vez que abre la boca. El problema es que una dama como usted no tiene motivos para andar rondando por la Guarida del Diablo con gente como nosotros. Es mejor que no se mueva de aquí y deje que el resto de nosotros vaya en busca del muchacho.

—De ninguna manera voy a quedarme aquí mientras la vida de Haydon está en peligro —les informó Genevieve con decisión férrea—. De ninguna manera.

Doreen suspiro.

—Si la dejamos venir, tendrá que mantener la boca cerrada —le advirtió—. No dirá ni pío.

—De acuerdo.

Oliver no parecía convencido.

—Podemos hacer alguna cosa para disimular esos dientes tan blancos que tiene? Habría que buscarle un sombrero viejo con el que esconder su bonito pelo.

—Un poco de cera enganchada por delante de los dientes hará que parezcan amarillos y desiguales —le tranquilizó Annabelle—. Es lo que hacen en el teatro.

—Le puedo esparcir cenizas de la cocina por el pelo —dijo Eunice, estudiando la masa de color rojo dorado que se apilaba sobre la cabeza de Genevieve—. Le quitarán brillo y color, y le echarán unos cuantos años más.

—¿Y qué me decís de su figura? —insistió Oliver—. No quiero que ningún tipo vaya husmeando tras ella mientras andamos.

—Tengo un vestido viejo que le quedará como un saco —ofreció Doreen—. Parecerá que está muerta de hambre.

—Y yo puedo tiznarle la cara con un corcho quemado —sugirió Grace—. Lo probé una vez con Annabelle, y quedó la mar de sucia, como si llevara una semana durmiendo debajo de la cocina.

Oliver dio un suspiro.

—Muy bien, muy bien —transigió—. Veamos si podemos arreglar a la señorita Genevieve para que nadie tenga que fijarse en ella dos veces, y luego preparaos vosotros de la misma manera. Pero no tardéis demasiado —advirtió con impaciencia—. Tenemos que llegar a la Guarida del Diablo y encontrar deprisa a nuestro muchacho, antes de que esos bribones decidan que es hora de acabar la faena.

Capítulo 14

El día se había apagado hasta quedar reducido a frías sombras oscuras mientras Genevieve y su banda avanzaban a través del laberinto hediondo de la Guarida del Diablo. Un manta de nubes raídas espolvoreaba una nieve gélida sobre ellos, fina como la sal, que alcanzaba sus rostros como un millar de alfileres afilados, pero que no era lo bastante densa como para teñir la gran capa de lodo y mugre que cubría las calles irregulares, una inmundicia apestosa de deshechos humanos y cerveza agriada. Había vidrios rotos por todas partes, testamento de la cantidad de hombres y mujeres que volvían a rastras a sus casas por la noche con una botella de whisky pegada a la boca, y después de dar cuenta de la última gota ardiente, arrojaban el frasco contra la pared más próxima, llenando brevemente la oscuridad del sonido de su rabia impotente. Las calles eran una mezcla de cloaca, vertedero y vía pública, y Genevieve tuvo que contener su impulso de ordenar a los niños que avanzaran con cuidado en su dificultosa marcha detrás de Jack. Había jurado por el alma de su querido padre que no abriría la boca, y por consiguiente permaneció en silencio, concentrándose en pasar lo más inadvertida posible.

La verdad, pensaba, era que la transformación que había sufrido su aspecto sólo podía calificarse de extraordinaria. Envuelta en el vestido manchado y sin forma de Doreen, con el pelo apagado bajo una aplicación generosa de cenizas, y el rostro y las manos pringados de mugre, parecía una joven madre miserable a la que emulaba de pies a cabeza, incluso con un bulto raído entre los brazos. Oliver había insistido en que disimularan con cera la fila superior de dientes, pese a que Genevieve había argumentado que, puesto que no iba a hablar, aquello no era necesario. El resultado era un molde desigual, incómodo, entre los dientes y la parte interior del labio, que daba un aspecto deforme a su boca y hacía pensar en que hacía poco había recibido una zurra en la cara. Doreen le aseguró que la mayoría de mujeres de la Guarida del Diablo recibían golpes con una regularidad brutal, y que su labio hinchado le ayudaría a confundirse mejor en medio de aquel ambiente desdichado.

Las chimeneas escupían borbotones grasientos de humo, sumándose a la fragancia de fuegos chisporroteantes, col rancia y carne chamuscada del aire que quedaba por debajo. Genevieve sintió un espasmo en la garganta cuando el hedor llegó a sus narices, y por un momento pensó, mareada, que podría vomitar. Se ajustó la bufanda por encima de la nariz y se obligó a respirar poco a poco, para calmar su estómago revuelto. Pensaba que estaba acostumbrada al hedor de la miseria, ya que había pasado entre los muros de la cárcel tiempo suficiente como para conocerlo bien. Pero, en cierto modo, la peste encerrada de la prisión no era tan poderosa como los olores fétidos que la asaltaban en estos momentos. En la prisión, de vez en cuando vaciaban y limpiaban los orinales, y a los prisioneros se les exigía que ordenaran las celdas cada día y tomaran un baño cada dos semanas. La mezcla inmunda que se acumulaba en las calles y llenaba los edificios abarrotados de la Guarida del Diablo llevaba décadas acumulándose, hasta el punto de corroer el mismo suelo. En cuanto a los baños, Genevieve dudaba que algu-

no de los habitantes de este lugar hubiera disfrutado en alguna ocasión de aquel lujo, a excepción de los bebés que aún eran lo bastante pequeños como para que se les sumergiera apresuradamente en una palangana maltrecha llena de agua gris.

—Es ahí. —Jack inclinó la cabeza en dirección al edificio destartalado situado al final de la calle.

—¿Estás seguro? —preguntó Oliver.

Asintió.

—Lo metieron por la puerta. Yo esperé un poco, luego me metí disimuladamente tras ellos. Creo que subieron al segundo o al tercer piso, pero antes de que pudiera asegurarme ya habían desaparecido dentro de uno de los apartamentos. Había demasiado ruido como para que pudiera distinguir cuál. En estos lugares siempre hay mucho griterío y broncas. —Dedicó una mirada severa a Genevieve, intentando prepararla.

—¡Mira! —Jamie soltó un resuello, señalando una pila de sobras podridas que se desplazaba por el suelo.

—Apártate —advirtió Doreen, cogiéndolo por los hombros—. Es una rata. Aquí, en estas calles, son una plaga.

—¿De verdad? —Jamie se quedó mirando con fascinación los deshechos en movimiento. De pronto, una cabecita a rayas naranjas y vainillas salió del montículo viscoso.

—¡Es un gato! —El crío observó con deleite a la criatura sarnosa que se sacudía un fragmento errante de piel de cebolla. El pelaje del gato estaba apelmazado a causa de la grasa y la mugre, y tenía una oreja rota en dos alerones rosados.

—Pobrecito, parece medio muerto de hambre. —Charlotte se apoyo en su muleta y le tendió una mano—. Ven, gatito.

El gato alzó la nariz en el aire y estudió a Charlotte, intentando verificar si había algo de interés en su palma.

—Alto, no se te ocurra tocar un animal infestado de bichos —reprendió Eunice—. Dios sabe qué tipo de inmundicias habrá entre su piel.

Charlotte sonrió mientras el gato se acercaba lo bastante como para que ella se arrodillara y le acariciara la cabeza pringosa.

—Pobrecito... tiene que tener hambre.

—Pues si es así, no es asunto nuestro —le informó Eunice, empujando a Charlotte hacia delante—. Ya tenemos bastantes cosas de las que preocuparnos sin necesidad de llevar un animal flacucho infestado de piojos siguiendo nuestros pasos.

Charlotte la miró con aire infeliz.

—Pero si lo dejamos aquí, se va a morir.

—Tonterías —refunfuñó Doreen—. Entre los ratones y la basura, por aquí hay bastante para que se alimente durante un año.

—¿Recuerda todo el mundo el plan? —preguntó Oliver en voz baja.

El pequeño grupo asintió con aire solemne.

—Bien, entonces, manteneos en grupo, y que ninguno de vosotros hable a menos que tenga que hacerlo. Doreen y yo nos encargaremos de decir lo que haga falta. Vamos.

Avanzaron con dificultad por la calle, que ahora estaba cubierta de una nieve fina y arenosa. Notaban el frío glacial a través sus pies calzados burdamente. Todos ellos se habían puesto harapos anónimos, junto con sombreros aplastados y abrigos raídos, y cada uno de ellos llevaba algún tipo de zurrón. La excepción era Genevieve, quien fingía llevar a un bebé en los brazos, y Charlotte, quien renqueaba con la muleta que por norma intentaba no usar. Daban la imagen de una familia indigente moviéndose con dificultad por el frío, buscando con desesperación un lugar donde meterse. No era una situación excepcional en la Guarida del Diablo. Nadie les molestó ni les hizo preguntas. En todo caso, la gente que encontraban por la calle se esforzaba en acelerar el paso y apartar la vista mientras ellos pateaban la calle. A Genevieve se le ocurrió pensar que probablemente temían que fueran a pedirles un mendrugo de pan o un lugar para poder descansar y calentarse.

Una nauseabunda mezcla de olores los asaltó cuando abrieron la puerta del edificio. La pestilencia de fuegos sin consumirse y orinales rebosantes se mezclaba con el hedor inmediato de carnes y verduras chamuscadas. Pero había un olor subyacente, más marcado, que impregnaba las mismísimas paredes y suelos de la casa. Era la sucesión de décadas de cuerpos existiendo sin disfrutar de un baño, un aroma casi asfixiante a sudor, piel y cuero cabelludo, y todos los fluidos corporales acompañantes que se habían filtrado en ropas, colchones y muebles a su alrededor. Era el olor de la pobreza y la miseria, pero también era el olor de la derrota. Jamie arrugó la nariz con disgusto. Ninguno de los demás dio muestras de reaccionar ante ello. Tal vez, reflexionó Genevieve, habían conocido aquel hedor demasiado bien en algún momento de sus vidas como para sentir el mismo desagrado.

—Disculpe, señor —empezó Oliver, dirigiéndose a un joven con mala cara que descendía las escaleras a toda prisa—. Estoy buscando a mi hijo...

—Vete al cuerno. —Pasó apartando al grupo y abrió la puerta de par en par—. ¡Caguen Dios! —maldijo cuando el escuálido gato rayado se lanzó entre sus piernas. Echó el pie hacia atrás para propinarle un empujón, lo que provocó un grito de angustia de Charlotte.

—¡Déjalo en paz! —gruñó Jack, dando un salto hacia delante para recoger al sarnoso animal.

Los ojos del hombre se entrecerraron formando rendijas oscuras.

—¿No se te ocurrirá darme órdenes?

—Vamos, vamos, no queremos problemas —dijo Oliver, interponiendo con destreza su cuerpo delgaducho entre Jack y el indignado vecino—. Es el gato del chico, eso es todo. Un bicho asqueroso, eso sí, pero va bien para los ratones, a fin de cuentas. No querrá deshacerse de un buen cazador de ratones, ¿eh que no?

El hombre se encogió de hombros.

—Pues mantenga a ese enclenque malnacido bien lejos de mí.

—Desde luego que sí —contestó Oliver, sin estar seguro de si el hombre se refería a Jack o al gato.

El inquilino salió ruidosamente por la puerta y la cerró de golpe tras él.

—Toma —dijo Jack, depositando el estremecido gato en los brazos de Annabelle—. Sosténlo por Charlotte.

Los ojos de Annabelle se abrieron de horror mientras se esforzaba por mantener quieto al pequeño animal que no dejaba de retorcerse.

—¡Pero es que está tan sucio!

—Por favor, Annabelle —imploró Charlotte—. Lo aguantaría yo misma, pero no creo que pueda arreglármelas con la muleta.

—Tengo una idea —Simon se quitó la bufanda y envolvió al gato con ella hasta que la criatura pareció una pequeña momia—. Eso impedirá que se mueva por ahí.

—Si hemos acabado de jugar con gatos, ¿podemos continuar? —quiso saber Doreen, cada vez más agitada.

Oliver inspeccionó el vestíbulo con premura y seleccionó un apartamento que estaba situado cerca de las escaleras. Podían oírse al otro lado de la puerta los sonidos de niños gimiendo y peleándose y, en algún lugar más adentro, una mujer que les chillaba para que cerraran el pico de una puñetera vez.

—Por aquí —dijo Oliver, indicando a su maltrecha familia que lo rodeara. Alzó el puño y dio unos golpecitos a la puerta.

—¡No la abráis! —gritó la mujer desde dentro, pero ya era demasiado tarde. La puerta se abrió de par en par y seis rostros pequeños se quedaron mirándoles.

—¡Os he dicho que no abráis, malditos sinvergüenzas!

Una mujer en avanzado estado de gestación apareció andando como un pato, cargando sobre su cadera con un niño de huesos delicados de más o menos un año de edad. Apartó a los críos de un manotazo y luego miró a Oliver y a los otros con hostilidad no disimulada. Tenía ojos pequeños y muy juntos, y la piel que rodeaba uno de ellos lucía el moteado azul y morado de una fea contusión que ya iba perdiendo el color.

—¿Qué queréis? —preguntó con brusquedad.

—Perdónenos la molestia, buena mujer —dijo Oliver, quitándose con cortesía el sombrero—. Mi esposa y yo estamos buscando a uno de mis hijos, sabe…

La puerta se cerró de golpe.

Oliver, sin inmutarse, guió al grupo hasta la siguiente puerta. Esta vez salió una demacrada mujer de unos veinte años. Su cuerpo delgado estaba apretujado dentro de un estrecho corsé de tal manera que sus dos pequeños pechos se hinchaban hacia arriba como dos bolas de masa hervida, y llevaba el lívido rostro profusamente embadurnado de colorete. Se había peinado el pelo grasiento sin demasiada gracia y desprendía un nauseabundo olor dulzón a perfume barato, entremezclado con un perpetuo olor a sudor. Su rostro mostró sorpresa al abrir la puerta. Para Genevieve fue evidente que esperaba a otra persona.

—Discúlpenos por molestarla, señorita —empezó de nuevo Oliver—, pero mi esposa y yo estamos intentando encontrar a nuestro muchacho, y lo último que hemos oído es que está viviendo en este edificio. Tal vez le haya visto —se apresuró a continuar, percibiendo que estaba a punto de cerrar la puerta—. Grande como un barril de cerveza, nuestro Harry, con un nariz aplastada por su afición a las peleas. O tal vez haya visto a sus compañeros: George es un poco bruto, con una barriga como la de un cerdo, pero Ewan es flacucho como un hierbajo, con el pelo del color de un nabo machacado.

Un destello de perspicacia ilumino la mirada cautelosa de la muchacha. Estaba claro que sabía algo sobre los hombres que Oliver acababa de describir.

—Esta es la esposa de Harry y sus pequeños —insistió Oliver, indicando a Genevieve y a los niños—. Este pobre y pequeño sinvergüenza aún no conoce a su padre —añadió, señalando el bulto andrajoso que llevaba ella en los brazos—. Harry no sabía que iba a tener otro cuando se fue —añadió, utilizando un acento escocés más marcado de lo habitual. Sus huesudos hombros estaban encogidos con gesto derrotado al concluir—: Esta vez Harry tiene que venir a casa y ocuparse de ellos.

Los niños la miraban llenos de pesar, a excepción de Jack, cuya hosca indiferencia quedaba totalmente apropiada en un muchacho abandonado de catorce años. Incluso el abigarrado gato soltó un maullido lastimero mientras intentaba librarse del fuerte asimiento de Annabelle.

La joven vaciló, debatiéndose entre si hablar o no De repente, una puerta se abrió ruidosamente en un piso por encima de ellos, provocando un respingo en ella.

—No sé nada —espetó, desplazando la mirada nerviosamente hacia la escalera. Empujó la puerta para cerrarla.

—Sabe dónde están —dijo Jack enfurecido. Alzó el puño para golpear la puerta.

—Sí, por supuesto que lo sabe —susurró una voz inestable.

Un vieja achacosa con un matojo escaso de pelo blanco los escudriñaba intrigada desde una puerta al otro lado del pasillo.

—¡La muy puta conoce todos los pantalones que andan por la Guarida del Diablo! —Se rió mostrando una oscura cavidad de resbaladizas encías grises, como babosas, rematadas de forma intermitente por dientes amarillos.

—Te hinchan la barriga y luego dejan que te pudras, ¿no es así, cielo? —Los ojos lacrimosos de la mujer casi estaban enterrados bajo los pliegues caídos de sus párpados mientras estudiaba a Genevieve—. Pobre mocita. Los jóvenes de hoy no tienen vergüenza. A la que una falda se mueve, ahí están otra vez, sin importarles el destrozo que dejan detrás. Es una desgracia, según mi forma de pensar. ¡Si fuera mi hijo, no se libraría de una buena azotaina! Miró a Doreen, como si la responsabilidad de los pecados de su supuesto hijo recayera sobre ella.

—Y no se librará si es que lo encuentro —le aseguro Doreen con furia—. No sé cómo ha salido así; su padre es el mejor hombre que haya conocido. Antes pasaría hambre que dejar sin comer a uno de estos mocosos. —Dedicó una mirada de cariño a Oliver.

—Claro, hacer el bien siempre da satisfacción. Esa es la verdad de Dios —comentó la mujer con aprobación—. Y en lo que se refiere a su hijo, un lobo se quedará sin dientes, pero no cambiará, o sea que aunque le lleve a rastras a casa, no espere que cambie. —Estudió a Oliver por un momento, reflexionando—. ¿Ha dicho que cree que vive aquí?

—Con unos amigos —explicó Oliver—. Tal vez lo haya visto. Harry es bajo pero fuerte como un buey, con una nariz que ha recibido demasiados porrazos. Luego está George, con el pelo gris y una barriga enorme, y el alto y flacucho Ewan…

—Con pelo naranja y granos rojos. —La vieja asintió—. Sí, los he visto. Por aquí no hay muchas habitaciones ocupadas por tres jóvenes sin muchachas que les calienten la cama. Pero no pasan frío, no con todas las visitas a esa puta de la puerta de enfrente. —Lanzó una mirada de simpatía a Genevieve—. Su esposo no es mejor ni peor que la mayoría, chiquita —la tranquilizó—. Lo único que hacen es dormir, beber y pelearse. Hoy han traído a otro más a casa, tan borracho que no podía ni andar. ¡Y aún era temprano!

El rostro de Genevieve se puso pálido.

—¿Dónde están? —preguntó Jack lacónicamente. Apretó las manos cerrando los puños.

—¿Estás enfadado con tu padre, verdad? Y con razón. —Sus escasa cejas blancas se juntaron formando un ceño mientras estudiaba al muchacho. Luego volvió a mirar a Genevieve—. ¿Empezaste a tener criaturas en cuanto te destetaron, eh?

—Si no le importa, buena mujer, me gustaría encontrar al muchacho y hacerle volver a casa —dijo Oliver, interrumpiendo aquel intento de meter a Genevieve en la conversación.

—Por supuesto que sí —la mujer se avino—. Está en el piso de arriba, a la izquierda, la última puerta al final. Tiene que estar ahí ahora, pues no he oído salir a ninguno de ellos. Estarán durmiendo la mona, eso es lo más probable.

Oliver puso una mano en el hombro de Jack para refrenar al muchacho e impedir que saliera escaleras arriba y echara abajo la puerta.

—Se lo agradezco mucho, buena mujer. Estoy seguro de que Harry estará contento de volver a ver a su familia. Muchísimas gracias.

La vieja pareció dudar.

—No estoy segura de que sea así, con todas esas criaturas que alimentar. ¡Pero seguro que se lleva una sorpresa! se rió socarronamente, y su boca destrozada se abrió exponiendo sus brillantes encías grises una vez más.

—Bien —empezó Oliver en voz baja, esforzándose en ir por delante de Jack mientras abría la marcha del pequeño y desigual grupo por la resquebrajada escalera—. Como en cualquier otro trabajo, lo más importante es trabajar rápido. Entrar, coger a su señoría y salir. Yo y Jack nos encargaremos de arrear cuando haga falta. El resto de vosotros hacerles corretear de un lado a otro mientras liberamos a su señoría. Emplead vuestras armas si es necesario y aseguraos de actuar juntos. Sólo son tres y nosotros somos diez. Si nos movemos deprisa y permanecemos atentos, se verán en el suelo rogando piedad antes de que se den cuenta.

Doreen asintió con aprobación.

—Recordad, lo que importa no es el tamaño del perro en la pelea, sino la pelea que da el perro!

—¡Por todos los santos! —Eunice soltó un jadeo entrecortado, agarrándose a la desvencijada barandilla— ¿Cuántos escalones más quedan?

El corazón de Genevieve empezó a latir desbocadamente contra su caja torácica mientras el grupo se abría camino por el pasillo apenas iluminado. El barullo de hombres y mujeres gritándose unos a otros y de niños chillando era parecido al del piso inferior. Jack tenía razón, comprendió. Las familias atrapadas detrás de esas puertas decrépitas estaban demasiado inmersas en sus vidas miserables como para percatarse de si golpeaban o asesi-

naban a alguien en el apartamento contiguo. De forma inconsciente, apretó con fuerza contra su pecho el bulto que llevaba entre los brazos. Pasara lo que pasara, no podían esperar ayuda de los habitantes de aquel edificio asolado.

Oliver les hizo un gesto para que guardaran silencio. Pegó la oreja a la puerta y escuchó durante un largo minuto. Satisfecho al parecer con lo que oía o no oía, alzó un puño nudoso y dio unos golpes a la madera desgastada.

Un silencio de tensa expectación se hizo entre el grupo. Incluso el gato maltrecho en los brazos de Annabelle dejó de forcejear. Se oyó el sonido de una silla al arrastrarse por el suelo y luego unas botas acercándose hacia ellos.

Luego nada.

Oliver volvió a llamar. Hubo un momento de tenso silencio.

Finalmente un pesado cerrojo chirrió en la madera y la puerta se abrió lentamente con un crujido. Una luz neblinosa procedente del hogar y las lámparas de la habitación iluminaban la forma escuálida y el rostro con granos de Ewan entre sombras fantasmagóricas. Observó al grupo desaliñado con aire confuso y adormilado, sin dar muestras de reconocerlos. Enfundados en sus sombreros raídos, bufandas y pesados abrigos, con los rostros manchados de mugre, la desastrada pandilla no guardaba demasiado parecido con la familia de atuendo impecable cuya casa habían asaltado él y sus cómplices aquella mañana.

—Disculpe, muchacho, estamos aquí para que Harry conozca a su nuevo hijo. —Oliver dio un paso a un lado para indicar el bulto que llevaba Genevieve, al tiempo que se colocaba hábilmente en el umbral de la puerta.

Ewan observó con mirada estúpida el paquete de mantas.

—¿El hijo de Harry?

—Es igual que Harry, vaya que sí —le aseguró Eunice alegre—. Incluso tiene su pequeñita nariz aplastada. Compruébelo usted mismo.

Genevieve alzó levemente su «bebé» para ofrecerle una mejor vista a Ewan. Incapaz de contener la curiosidad, Ewan se inclinó hacia delante para echar un vistazo al vástago de Harry.

Con la rapidez de un látigo, Doreen sacó una pesada plancha de hierro de su bolsa y la estrelló sobre la cabeza del pobre Ewan. El desgarbado muchacho permaneció en pie un instante, en apariencia paralizado, mirando sin dar crédito a los brazos de Genevieve.

Luego entornó los ojos hacia el interior de su cráneo y se desplomó sobre el suelo, obligando a los niños a apartarse para dejar sitio al cuerpo que formó una bola.

—Ese ha sido un buen golpe —dijo Oliver asintiendo a Doreen con aprobación.

Las mejillas arrugadas de Doreen se cubrieron de un sonrojo encantador.

—Vaya, gracias, Ollie. —Se ajusto un mechón de pelo gris que se había escapado de su sombrero como si fuera una jovencita.

—¡Ewan! —gruñó una voz embriagada desde el interior del apartamento—. ¿Qué diablos pasa ahí?

—Vamos, gatito, —susurro Annabelle, destapando al animal que tenía en brazos— ¡vete a buscar un ratón regordete! Dio un empujoncito a la escu-

rridiza criatura, que se plantó más allá de la puerta, y luego entró corriendo tras él, chillando a pleno pulmón—. ¡Vuelve aquí, gatito!

Los demás niños se lanzaron tras ella a través de la puerta formando una turba vociferante, que aullaba y gritaba mientras perseguía al gato completamente agitado.

—¿Qué diantres está pasando aquí? —preguntó Harry, sorprendido por la inesperada invasión. Empujó la silla para levantarse de la mesa en la que estaban cenando él y George con su nariz rota, y se les quedó mirando con confusión beoda.

—Mi gatito —gimió Annabelle, corriendo por delante de los demás niños en un baile frenético alrededor del pequeño y miserable apartamento.

—¡Vuelve aquí, vuelve aquí! —aullaron todos, con lo cual el aterrorizado gato corrió aún más frenéticamente.

—Pero ¿qué es esto? ¡No podéis estar aquí! —el rostro vapuleado de George se crispó con furia mientras Grace y Jamie correteaban debajo de la mesa—. ¡Os digo que salgáis de ahí!

Fingiendo sumisión se levantaron obedientemente, con lo cual la mesa se volcó, lanzando la masa grasienta del guiso de pescado y cerveza caliente sobre el suelo.

—¿En qué estáis pensando, pequeños bribones? —preguntó Eunice, irrumpiendo enfadada en la habitación, con Oliver, Doreen y Genevieve siguiéndola—. Salid de aquí enseguida, puñeteros...

—¡Está debajo de tus faldas! —gritó Simon—. ¡Creo que se ha vuelto loco!

Eunice gritó y empezó a dar vueltas, formando un tornado de enaguas mientras fingía intentar librarse del gato.

—¡Socorro! ¡Socorro! —Echó sus rollizos brazos alrededor del cuello de George y se agarró con fuerza, empleándolo como apoyo mientras se subía pesadamente a una silla—. ¡Sálveme!

—No... puedo... respirar —bramó George, esforzándose por librarse de aquel asimiento que lo estrangulaba.

—¡No, está por allí! —gritó Oliver, indicando detrás de Harry.

Harry abrió los ojos con pánico mientras los niños se abalanzaban hacia él formando una ola embravecida que lo derribó al suelo.

—¡Apartaos de mí, malditos monos! —maldijo mientras intentaba protegerse de los brazos y piernas que no paraban de agitarse.

Con los dos hombres totalmente distraídos por el terrible alboroto, Jack, Genevieve y Oliver corrieron hacia la puerta de la habitación pequeña situada en la parte posterior del miserable apartamento. Jack la abrió de un empujón y encontraron a Haydon tirado en el suelo, atado de pies y manos a una silla volcada, con un trapo manchado de sangre ceñido fuertemente a su boca. Era obvio que intentaba acercarse a unos fragmentos de vidrios rotos que estaban esparcidos en medio de un charco de queroseno, los restos de una lámpara que había conseguido volcar de la mesa. Sus ojos incrédulos observaron con conmoción la entrada del trío desarrapado que se apresuró a su lado.

—Así que aquí es donde se esconde. —Oliver sacó de su bolsillo dos delgados fragmentos alargados de metal y se encorvó para poder alcanzar las esposas que sujetaban las muñecas de Haydon tras su espalda.

—Te he visto con peor aspecto —le aseguró Jack de forma concisa. Sacó una afilada daga de su bota y serró las ligaduras que ataban los tobillos de Haydon.

Genevieve se tragó un sollozo mientras retiraba rápidamente el trapo manchado de sangre de la boca magullada de Haydon. Está vivo, se dijo, conteniendo las lágrimas que nublaban su visión. Golpeado y ensangrentado, pero vivo. Lo único que tenían que hacer ahora era sacarlo de aquí.

—Por el amor de Dios, Genevieve —maldijo Haydon. Su voz era una ronca protesta mientras arrojaba a un lado sus ligaduras raídas—, ¿qué demonios estáis haciendo aquí?

—Bien, muchacho, estaba empeñada en venir a rescatarte, y de ninguna manera íbamos a dejar que viniera sola explicó Oliver alegremente—. Ahora, si no le importa, creo que es mejor que nos ocupemos de Harry y de George para poder largamos…

—¡Os voy a matar! —bramó George y entonces vieron su enorme corpachón bloqueando el umbral de la habitación. Con expresión crispada por su furia enloquecida, saco una daga reluciente del cinturón—. ¡Os voy a matar a todos! —Levantó la daga y salió disparado hacia ellos.

Charlotte apareció de repente y lanzó su muleta entre los tobillos del hombre, provocando que se estrellara sobre el suelo. Jamie entró rápido como un rayo y descargó una cegadora tormenta de harina de su macuto sobre la cabeza de George. El enorme bruto aulló lleno de furia y se volvió a él, lanzándole una mirada fulminante con ojos como nueces negras bajo un aterradora máscara de tiza.

—Estás muerto, pequeño cabroncete de…

Entonces Eunice se abalanzó por la puerta esgrimiendo su rodillo, que aporreo con energía sobre la cabeza empolvada, poniendo fin a las amenazas y al sucio lenguaje del energúmeno.

Una nube harinosa se elevó en el aire cuando George cayó de narices sobre el suelo. Al instante, Jack se arrojó sobre él, conteniéndole contra el suelo con una rodilla mientras le sujetaba toscamente las muñecas con las mismas esposas y la cuerda que habían utilizado para maniatar a Haydon.

—Bien, uno más y ya nos podemos ir todos para casa. —Oliver se frotó sus nudosas manos con expectación, dando la impresión de que estaba pasándoselo en grande.

En la otra habitación, Grace y Simon corrían dando círculos alrededor de Harry, quien tal vez hubiera podido detener su mareante ataque de no ser por la enorme cantidad de cerveza que corría por sus venas. Doreen tenía lista la plancha, preparada para aporrear a Harry en la cabeza en el momento en que se presentara la oportunidad.

—¡Toma ésta, canalla asqueroso! —gritó Simon, pinchando y embistiendo contra Harry con el atizador de bronce que esgrimía como si fuera una espada.

—¡Y ésta, y ésta! —gritó Grace, sacudiéndolo diestramente en el trasero con un calentador de cama también de bronce.

Provocado más allá de lo que podía soportar, Harry soltó un bramido iracundo y arrancó los instrumentos de tortura de las manos de los latosos niños.

—¡Voy a enseñaros una lección que no olvidaréis pronto, puñeteros mocosos! —gritó con furia al tiempo que embestía contra ellos.

—¡Harry, rápido... salva a tu hijito! —Genevieve le lanzó el bulto envuelto en trapos.

Con expresión titubeante, entre el asombro y el pánico, Harry dejó caer el atizador y el calentador al instante para poder alcanzar al bebé que volaba por los aires.

—¡Lo tengo! —aulló triunfante.

La confusión recorrió su rostro mientras miraba las mantas deshilachadas que envolvían con esmero un grueso saco de avena de cinco quilos.

—¿Qué diantres...?

El puño de Haydon le aplastó la mandíbula, provocando un crujido espeluznante cuando sus dientes chocaron. Harry lo observó con mirada borrosa, agarrando todavía con gesto protector la avena envuelta entre las mantas. Haydon le golpeó una vez más, y Harry cayó hacia atrás como un tronco que ha sido empujado, mientras la avena seguía caliente y segura entre sus brazos rollizos.

—Bien, ahora ya está —dijo Oliver, asintiendo con satisfacción—. Estos muchachos dormirán hasta la mañana.

—No olvidéis llevaros las cosas con vosotros, niños —fueron las instrucciones de Doreen mientras metía su fiel plancha de nuevo en la bolsa—. No tiene sentido perder un calentador de cama que aún está en perfecto buen estado.

—¿Dónde está el gato? —preguntó Charlotte, mirando por la habitación llena de basura.

Jamie señaló en dirección a la puerta, donde el pequeño animal traumatizado intentaba escapar subrepticiamente de aquel desastre.

—Está allí.

—Vuelve, gatito —llamó Annabelle, correteando hacia el minino.

El gato maulló como protesta y se lanzó como un rayo al pasillo.

—¡No, gatito... vuelve! —Annabelle abrió más la puerta para ir tras él.

Y se chocó directamente con Vincent.

La visión de Ewan formando un bulto escuálido en el pasillo había alertado al conde de Bothwell de que no todo iba según sus planes. Y por lo tanto, agarró a Annabelle y le puso una pistola con firmeza en la cabeza, decidiendo con gran pragmatismo que tal vez necesitara algún tipo de influencia para tratar con Haydon.

—¡Suélteme! —chillo la niña al tiempo que le propinaba una fuerte patada en la espinilla con su bota gastada.

—¡Estate quieta —siseó Vincent, retorciéndose de dolor— o te abro un agujero en esa bonita cabecita tuya! —Le retorció el brazo detrás de la espalda y la obligó a someterse. Una vez la tuvo subyugada a su gusto, recorrió con su mirada iracunda la congregación que tenía delante.

—Buenas tardes, Haydon —dijo arrastrando las palabras. Su voz sonaba glacialmente formal mientras obligaba a Annabelle a volver a entrar y cerraba la puerta—. Tengo que confesar que no esperaba encontrarte atendiendo a tantos invitados. Hubiera preferido resolver este tema entre nosotros sin tanto público.

Haydon miró a Vincent con un aire de calma cuidadosamente elaborado. No ofreció el menor indicio de preocuparse por el bienestar de Annabelle ni por el de ninguna de las otras personas que en aquel momento abarrotaba la habitación. Hacerlo sólo serviría para incrementar aquel perverso placer que inundaba a Vincent en ese momento y para ponerlos en un peligro aún mayor. Haydon había visto antes esa mirada de satisfacción escalofriante, el día en que había rogado a Vincent que le concediera la custodia de Emmaline.

Se había equivocado al creer que la venganza de Vincent se había limitado a atormentar a Emmaline hasta que ésta no pudiera soportar más la vida. Había pensado que aquello le había bastado: la muerte en terrible soledad de una niña a quien Haydon había querido ayudar tan desesperadamente, y la subsiguiente desintegración de la vida de Haydon en las cenizas del alcohol, la culpabilidad y la vergüenza. Vincent estaba enterado de sus espantosas pérdidas financieras, y su reputación de borracho y camorrista se había vuelto legendaria. Pero en aquel horrible momento detenido en el tiempo, era evidente que para aquel hombre, con cuya esposa se había acostado egoístamente y a la que había dejado embarazada, los sufrimientos de Haydon habían sido del todo insuficientes.

Sólo su muerte podría mitigar la humillación y la traición que Vincent se había visto obligado a soportar.

—Hola, Vincent —dijo Haydon en tono agradable—. Tengo que decir que no esperaba encontrarte en un lugar tan sórdido como éste. ¿Cómo te va?

—El siempre cortés marqués de Redmond. —El tono de Vincent estaba cargado de amargo desprecio—. Por muy desagradable que sea la situación, siempre fuiste proclive a mantener las buenas maneras. Incluso cuando te metías entre los muslos de mi esposa toda la noche bajo mi propio techo, eras de un educado y gracioso excesivo a la mañana siguiente durante el desayuno. Supongo que eso proporcionaba aún más diversión a tu juego, ¿no es cierto?

Haydon no dijo nada. No tenía ganas de enojar más a Vincent. Por otro lado, no había ninguna excusa adecuada para un comportamiento tan despreciable.

—Creo que preferiría que todos vosotros arrojarais al suelo las armas que lleváis encima —ordenó Vincent, pasando la mirada sobre los demás.

Alzó las cejas mientras el rodillo de Eunice, la plancha de Doreen, el atizador de Simon y el calentador de Grace caían pesada y ruidosamente sobre el suelo. Oliver vaciló un momento, luego dejó caer un puñal que llevaba metido debajo del cinturón.

Vincent miró a Haydon y a Jack con expectación.

—Me temo que yo no tengo nada. —Haydon alzó sus manos vacías.

Vincent desplazó su atención a Jack, quien se había deslizado con destreza la daga manga arriba.

—Yo tampoco. —Miró a Vincent con un desprecio apenas contenido.

Vincent entrecerró los ojos.

—Estás mintiendo.

Jack le lanzó una mirada desafiante.

—No, no miento.

—Pues yo creo que sí —afirmó Vincent con calma—. Y a menos que saques el arma en los próximos cinco segundos, me veré obligado a abrirle un agujero a tu guapita amiga que está aquí.

Un leve gemido asustado escapo de la garganta de Annabelle.

Jack, comprendiendo que no tenía otra opción, permitió de mala gana que la daga que había mantenido oculta se deslizara entre sus dedos y repiqueteara sobre en el suelo.

Una sonrisa triunfal elevó las comisuras de los labios de Vincent.

—Muy bien.

—Suéltala, Vincent. —La voz de Haydon sonaba baja y notablemente afable—. Esto es entre nosotros.

—La verdad, me has dado muchas molestias, ¿sabes? —le informó, sin soltar a Annabelle—. Cuando organicé tu pequeño asunto de inversiones aquí, pensé que estos idiotas que había contratado te matarían, y ahí se acabaría todo. En vez de ello, conseguiste matar a uno de ellos y espantar al resto de imbéciles. Tengo que decir que lo encontré bastante enojoso.

—Perdóname por haberte decepcionado —Haydon se disculpo con sequedad—. No tenía ni idea de que te hubieras tomado tantas molestias.

—Después de que te condenaran a la horca, dejó de importarme.

Decidí que verte en el cadalso, colgado del extremo de una cuerda, era infinitamente mejor que una puñalada en el pecho en un oscuro callejón. También existía el disfrute adicional que creaba el escándalo de tu juicio y la fea mancha que aquello incorporaba al nombre Redmond. Era el final más apropiado para lo que, en mi opinión, ha sido una vida perfectamente inútil.

Haydon no objetó nada.

—Por desgracia, tuvo que inmiscuirse ella. —Vincent lanzó una mirada irritada a Genevieve—. Por supuesto, no se le puede culpar del todo por su debilidad femenina, señorita MacPhail. Entiendo que tiene una singular afición a ayudar a delincuentes inútiles, como evidencian los canallas de los que ha elegido rodearse. —Torció el gesto con leve disgusto mientras recorría con la mirada el grupo de desarreglados niños y mayores que llenaban la habitación—. De todos modos, el marqués aquí presente, tiene lo que la guarra de mi esposa se tomó la molestia de describirme un día como habilidades excepcionales en lo que a fornicar se refiere..., como estoy segura de que ya habrá descubierto.

Eunice soltó un resuello de horror.

—¡Contenga esa sucia lengua si no quiere que se la arranque de la boca! —la voz de Oliver temblaba de furia mientras cerraba los puños.

—¿Su madre no le enseñó a hablar delante de los niños? —preguntó Doreen, como si quisiera abofetearle—. ¡No me importaría limpiarle la boca con un buen trozo de jabón desinfectante!

—Perdónenme. —Vincent inclinó la cabeza con gesto de educada disculpa, divertido con la reacción escandalizada del trío de ancianos—. Había olvidado que había niños presentes. Son criaturas misteriosas, frágiles, ¿verdad Haydon? —Ajustó la presión sobre Annabelle, mientras estudiaba los rostros angustiados de Jamie, Grace, Charlotte y Simon. Jack le miraba desafiante con desprecio ponzoñoso—. Aunque sospecho que estos niños no son para nada tan frágiles como la pequeña Emmaline.

Pese a la determinación de Haydon de no enojarlo, se dio cuenta de que no podía quedarse callado.

—Tendrías que saberlo muy bien, Vincent. Al fin y al cabo, la atormentaste hasta provocar su muerte.

—Cierra la boca, maldito hijo de perra —ladró Vincent—. ¡Tú que te metías entre las piernas de mi mujer noche tras noche en una borrachera de lujuria, sin pensar en ningún momento en el hecho de que el resultado de vuestras sórdidas copulaciones pudiera ser una criatura! ¡Una niña que para ti no era más que una eyaculación, y que hiciste pasar por hija mía mientras te burlabas a mi espalda jactándote de lo listo que eras! No tienes derecho a mencionar su nombre, ¿me oyes?

Sus ojos llameaban de ira. Pero había algo más ahí, enterrado muy hondo, oculto dentro de las profundidades vertiginosas de furia y desprecio. Haydon estaba demasiado dominado por su propia cólera y su temor por Annabelle y por los demás como para verlo. Pero Genevieve lo reconoció al instante. Tantos años auxiliando a las almas perdidas y rotas de sus niños, todos ellos cruelmente lastimados antes de acogerse en su hogar, le permitían ver bajo las capas asfixiantes de odio que Vincent mostraba hacia Haydon. Por mucho que ella le despreclara por amenazar a Annabelle y querer matar a Haydon, no podía evitar sentirse cautivada por el dolor en carne viva que veía retorciéndose en la profundidad de las sombras de su mirada.

Ahí había, comprendió con claridad hiriente, un hombre que se ahogaba en su agonía.

—¿Te atreves a pensar que eres mejor que yo, Redmond? —continuó Vincent despiadadamente—. ¿Qué tus actos no merecen reproche? ¿O te has engañado hasta llegar a creer que en cierto modo eres un héroe en todo esto, y que de hecho querías a Emmaline, simplemente porque la engendraste de forma accidental en la matriz de mi esposa?

—La quería lo bastante como para desear salvarla de ti, Vincent —replicó Haydon, encontrando cada vez más difícil mantener la fachada de serenidad—. La quería lo bastante como para desear reconocerla como hija mía, y ocuparme de ella, y mantenerla durante el resto de su vida. Pero tú me lo negaste, no porque Emmaline te importara lo más mínimo, sino porque despreciabas su mismísima existencia y querías castigarla por el hecho de que fuera mía y no tuya.

—¡Nunca fue tuya! —La voz de Vincent sonaba ronca, como el grito de un animal herido—. ¡Me pertenecía!

—Y por eso la trataste con tal crueldad, ¿no es cierto, Vincent? —preguntó Haydon—. Querías demostrar a todo el mundo que la poseías y que podías venerarla o destruirla a tu antojo. Y eso fue exactamente lo que hiciste, maldito hijo de perra cruel. La torturaste negándole incluso los gestos más simples de amabilidad e interés, hasta que finalmente no pudo soportar un momento más tus crueldades. Tú la asesinaste, Vincent, igual que si la hubieras arrojado a aquel estanque y hubieras hundido su cabeza mientras se retorcía buscando aire...

—Basta, Haydon.

La voz de Genevieve sonó aguda e interrumpió su diatriba con la eficacia de una hoja. Haydon se detuvo y la miró lleno de sorpresa. Pero la atención de Genevieve estaba clavada en Vincent, quien ahora apretaba con más

fuerza a Annabelle, como si la necesitara para sostenerse, con la pistola aún colocada de forma peligrosa en su cabecita.

—Perdóneme, lord Bothwell —empezó Genevieve con tono infinitamente amable—. No creo que lord Redmond entienda. Usted amaba muchísimo a Emmaline, ¿no es cierto?

Se hizo un silencio absoluto en la habitación cuando Vincent se quedó mirando a Genevieve completamente estupefacto.

—Se nota —insistió ella en tono tranquilo—. Yo puedo sentirlo. La quería terriblemente y, cuando murió, pensó que no podría soportarlo.

La habitación se quedó congelada en espera de que Vincent respondiera.

—Era... lo era todo —consiguió decir finalmente. Sus palabras salieron de su boca como fragmentos dolorosos, fragmentos hechos añicos.

—Eso es una rematada mentira —rebatió Haydon—. Si la quisieras, nunca la habrías desdeñado de aquella manera.

—Para usted fue terrible enterarse de que no era hija suya, ¿no es verdad? —continuó con voz suave Genevieve y con la mirada centrada en Vincent como si fuera la única persona en la habitación.

Vincent no contestó.

—Y en su rabia y su dolor no podía acercarse a ella, ¿no fue así?

El apretó la boca.

—Y por consiguiente intentó arrancársela del corazón.

Él se la quedó mirando en silencio, luchando contra los demonios que le arañaban el alma. Y entonces se escapo de su garganta un sonido impotente, atormentado, en parte risa, en parte sollozo.

—Mi esposa me lo dijo entre risas. Me dijo que era un necio, y que ella y Redmond pasarían el resto de sus vidas riéndose de mí, porque no había sido capaz de darme cuenta de que la hija que con tal pasión había aceptado como mía durante cinco años en realidad no era mía en absoluto.

—Eso no lo vuelve un necio, lord Bothwell —le dijo Genevieve con firmeza—. La quería. Era su hija.

El sacudió la cabeza.

—Yo no era su padre.

—No era su padre biológico, tal vez. Pero la sangre no es lo que forja los vínculos más fuertes, no es lo que crea una familia. Sólo tiene que preguntar a cualquiera de estos niños.

Miró con gesto impotente a los rostros de los niños que tenía delante.

—Emmaline no era responsable de las circunstancias de su creación, más que cualquiera de nosotros —continuo Genevieve—. Fue un error que la castigara por algo de lo que ella era víctima, igual que usted mismo. Pero no creo que su intención fuera provocarle tal sufrimiento. Creo que el amor que usted sentía por ella le resultaba demasiado doloroso y, por consiguiente alzó un muro e intentó empujarla al otro lado. Y entonces fue ella quien no pudo soportarlo.

—Yo no entendí lo frágil que era ella —confesó él con ojos empañados por el arrepentimiento. Aflojó levemente el asimiento de Annabelle, como si de pronto temiera que también ella pudiera ser más delicada de lo que había imaginado—. Pensé que simplemente prescindiría de ml y centraría su aten-

ción en otras cosas. Me convencí de que era lo mejor, pues temía que algún un día ella se enteraría de la verdad. Pensaba que para ella aquello sería más fácil de soportar si no se pasaba toda la vida colgada de mi mano. Pero en vez de ello, la destruí. —Volvió su mirada a Haydon—. Lo mismo que tú, Redmond. La creaste inconscientemente con una mujer que no era capaz de albergar un solo sentimiento de ternura hacia su propia hija, lo cual hacía inevitable que algún día yo me enterara de que tú la habías engendrado. A Cassandra no le importaba el modo en que esa información afectara a Emmaline. En lugar de quererla y querer protegerla, tenía celos de la relación de su propia hija conmigo. Quería castigarme y quería, también, de una manera despreciable, incomprensible, castigar a Emmaline, supongo que porque le recordaba constantemente a ti. Y la ira me cegó demasiado como para verlo. —Su voz estaba entrecortada por la emoción cuando concluyó—: Ojalá la hubieras agarrado aquel día y te la hubieras llevado contigo. Si lo hubieras hecho, mi preciosa hijita aún estaría viva.

Haydon lo contemplaba lleno de impotencia, sintiéndose de pronto desorientado. Había odiado a Vincent con una intensidad cegadora durante dos largos años. Había alimentado un odio sin restricciones, ya que ayudaba a mitigar la carga aplastante de su parte de responsabilidad en la existencia dolorosa de Emmaline y su trágica muerte. Pero mientras miraba a Vincent en aquel momento, y veía lo destrozado y obsesionado que estaba, descubrió que ya no podía sentir el mismo desprecio que le había inspirado anteriormente. No podía despreciar a un hombre que estaba tan lleno de angustia por la muerte de su única hija. Vincent arremetía contra Haydon porque creía que él era el artífice de su sufrimiento.

Y tenía razón.

—Lo siento, Vincent —empezó a decir. Sus palabras sonaron ásperas a causa del remordimiento—. Le fallé, y siento una profunda vergüenza por ello. Pero Emmaline ya no está aquí, sólo queda su recuerdo. No lo estropeemos con más odio, desgracia y muerte. Pongamos fin a este asunto. —Lentamente dio un paso hacia delante y le tendió la mano—. Dame el arma, Vincent.

Vincent lo miró con indefensión, con aspecto de estar atrapado.

—Me matarás.

—No —le aseguró Haydon con solemnidad—. No lo haré.

—Pero yo he intentado matarte…

—Y no lo has conseguido.

—Entonces me entregarás a las autoridades para que sufra las mismas humillaciones que te has visto obligado a padecer…

—No. No lo haré.

Vincent se quedó mirándolo totalmente aturdido.

—Todo ha acabado, Vincent —le dijo Haydon con tono categórico—. Dejemos descansar en paz a Emmaline. Suelta a Annabelle y dame el arma. Ella no es más que una niña, Vincent. Sé que en realidad no quieres asustarla.

Vincent miró a Annabelle con sorpresa, como si se hubiera olvidado de que aún la sujetaba. La niña tenía los enormes ojos azules muy abiertos a causa del miedo, su rostro resplandecía pálido bajo la suave luz de la lámpara que iluminaba la habitación. Vincent bajó la pistola.

—Emmaline —murmuró mientras ponía su mano con delicadeza sobre la sedosa mata rubia de pelo de Annabelle—. Perdóname. —Se inclinó hacia delante y deposito un tierno beso sobre su frente.

Luego se incorporo, se llevó la pistola a la sien y apretó el gatillo.

Capítulo 15

Cintas de luz cremosa se derramaban desde el enorme fuego que crepitaba en el hogar, ondulando sobre el diseño de la gastada alfombra de lana y enviando cálidas caricias sobre un conjunto de pequeños pies calzados con zapatillas.

—...y por consiguiente, entre la evidencia, las confesiones de los tres hombres, quienes además admitieron su ataque anterior a Haydon en el que un cómplice resultó muerto y el cuerpo de lord Bothwell, el juez comprendió que no tenía otra opción que retirar los cargos de inmediato —explicó Genevieve a la pequeña cuadrilla de niños en pijama que la rodeaban.

Era la noche siguiente. Todos los niños se habían quedado levantado esperando ansiosamente a oír qué había sucedido durante la prolongada visita que ella y Haydon habían realizado aquel día a la prisión y luego al juzgado.

Jack estaba apoyado en la pared, con expresión reservada y el cuerpo tenso, como si aún esperara que las autoridades entraran atropelladamente por la puerta en cualquier momento. Genevieve sospechaba que pasaría mucho tiempo hasta que el muchacho dejara de temer que él o Haydon fueran a ser arrestados.

—¿Por qué iban a tomarse esos tres la molestia de confesar? —quiso saber mirando a Haydon con gesto serio.

—Supongo que porque el agente Drummond les explicó que lo que más les interesaba era contar la verdad. Aquello parecía una manera bastante suave de explicarlo, decidió Haydon.

Estaba sentado en el sofá rodeando con los brazos a Charlotte y a Annabelle, con un abrumador sentimiento protector hacia la familia que se había congregado ante él. Era consciente de que cualquiera de ellos podría haber resultado herido o muerto durante su rescate y se sentía consternado por los riesgos que habían corrido. La visión de Annabelle retenida a la merced de Vincent con una pistola contra su cabeza había desatado en él un temor paralizador, igual que la visión de Emmaline escudriñándolo a través de la barandilla dos años antes. Aunque Annabelle ahora se encontraba a salvo y parecía haberse recuperado de la dura experiencia, Haydon aún sentía la necesidad de permanecer cerca de ella y cerciorarse de que de verdad no había sufrido daño alguno.

—Lo más probable es que el golpe del bastón del agente Drumond sobre sus cogotes les soltara la lengua. —bufó Doreen con satisfacción—. Yo habría hecho lo mismo con mi hierro de haber tenido ocasión.

—Sí, sólo hace falta que un perro suelte un aullido, te sorprenderá lo rápido que los demás empiezan a ladrar —dijo Oliver con una risita.

—Luego viene lo de que cada cual salve el pellejo como pueda. —Eunice pasó el plato de galletas de jengibre—. Uno señala al otro con el dedo y todos acaban en el hoyo, como los huesos en la sopa. Esos rufianes tal vez no vayan a la horca por intentar matar a su señoría aquí presente, pero os aseguro que pasarán un buen tiempo en la prisión, todos ellos. Tiempo suficiente

como para hacerles desear no haber aceptado nunca seguir el plan de asesinato urdido por lord Bothwell, por mucho que les ofreciera como pago.

—Pobre lord Bothwell —murmuró Charlotte con tristeza—. Por supuesto que es terrible lo que hizo —matizó al ver la mirada de incredulidad de Jack—, pero, de todos modos, no puedo evitar sentir lástima por él.

—Habrá echado mucho de menos a su hija —reflexionó Gracepara sentir tanto odio por Haydon.

Annabelle se acurrucó aún más contra Haydon, contrariada por la idea de que alguien lo odiara.

—Si la quería tanto, ¿por qué fue tan cruel con ella?

—A veces la gente se siente confundida por sus sentimientos —comenezó Genevieve, intentando que los niños entendieran. Era consciente de que el tema era extremadamente difícil para Haydon, pero creía que era importante que los niños comprendieran en parte lo que había motivado a Vincent a actuar de aquel modo, y en última instancia, a quitarse la vida—. A lord Bothwell, el amor que sentía por Emmaline le resultaba profundamente doloroso, ya que cuando descubrió que en verdad no era su hija, se sintió terriblemente traicionado o peor, creo que se sintió perdido. A veces intentamos distanciarnos de quienes más queremos, no porque ya no los queramos, sino porque quererles se vuelve algo demasiado doloroso para soportarlo.

—Yo nunca haría eso —declaró Simon con certeza infantil—. Si quisiera a alguien, querría estar a su lado y asegurarme de que es feliz y se encuentra bien.

—Yo también. —Jamie bostezó y se arrimó somnoliento a Genevieve—. ¿Tú no?

—Por supuesto que sí. —Revolvió su pelo de tonos frambuesas con ternura, luego acarició la mejilla llena de pecas de Simon—. Sólo digo que no debemos juzgar a lord Bothwell con demasiada dureza. A algunas personas les lleva mucho tiempo aprender las complejidades del amor. En el caso de lord Bothwell, no lo entendió hasta que ya fue demasiado tarde.

—Hablando de ser tarde, creo que ya es hora jovencitos yjovencitas, de que estéis bien tapados en la cama —dijo Doreen con energía—. Mañana toca colada, y confío en que me ayudéis a seleccionar, lavar y planchar antes de empezar con las lecciones que la señorita Genevieve haya planeado para vosotros.

—Pero no estoy cansada —protestó Annabelle, quien tenía ojeras oscuras de agotamiento debajo de los ojos.

Jamie bostezó y se acurrucó aún más contra Genevieve.

—Yo tampoco —le aseguró con firmeza.

—No hace falta que os pongáis a dormir de inmediato. —Tantos años mandando a la cama a niños cansados le habían enseñado que la forma más segura de despabilarles era insistir en que estaban cansados cuando protestaban diciendo todo lo contrario—. Pero es hora de irse para arriba. Cepillaos los dientes y meteos a la cama y, si os apetece, podéis contaros historias hasta que estéis más cansados... si no olvidáis que tenéis que hablar en susurros.

Apaciguados con aquella concesión y bastante seguros de que podrían permanecer despiertos más de lo que Genevieve preveía, los niños se levan-

taron y se agruparon alrededor de ella para darle un beso de buenas noches. Jack permaneció a un lado, repantingado contra la pared, observando con los brazos cruzados sobre el pecho. Genevieve presentía que pese a su pose de pura apatía, algo del ritual nocturno de los niños le conmovía. Era evidente que se consideraba demasiado mayor para tonterías tan infantiles como abrazos, besos y risitas de buenas noches. Pero se preguntaba si en algún lugar, enterrado bajo la protección malograda de su madurez ganada a pulso, deseaba poder bajar la guardia, sólo por un momento, y permitirse ser un meramente muchacho una vez más.

Mientras los niños daban las buenas noches a Haydon y correteaban escaleras arriba con Oliver, Doreen y Eunice, Genevieve se acercó hasta donde se hallaba Jack.

—Se me ha ocurrido, Jack, que un joven de tu edad no debería tener la misma hora de acostarse que los niños.

El chico alzó una ceja con sorpresa.

—A partir de mañana por la noche, puedes quedarte una hora más si quieres. Será tu horario, y puedes aprovechar el rato como quieras. Hay muchos libros en la biblioteca que disfrutarías mirando. O tal vez quieras reunirte con Oliver, Eunice y Doreen en la cocina para tomar una taza de té; estoy segura de que a ellos les encantará disfrutar de tu compañía. El tiempo es tuyo completamente para hacer lo que quieras.

Jack se enderezó, complacido claramente por el hecho de que reconocieran su madurez concediéndole tal privilegio.

—Muy bien. —En el último momento se le ocurrió decir con torpeza—: Gracias.

Genevieve vaciló.

—Me estaba preguntando, Jack —aventuro con tranquilidad—, ¿vas a quedarte?

Entrecerró levemente los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que eres suficientemente capaz de ocuparte de ti mismo, como has hecho durante tantos años antes de venir aquí —explicó—. Y también soy consciente de que a veces piensas que preferirías volver a montártelo por tu cuenta.

Jack permaneció callado, sin confirmar ni negar las conjeturas de Genevieve.

—La cuestión es que me temo que estoy encontrando un poco difícil la gestión de esta casa —continuó con un suspiro—. Con todos los cuadros que tengo que pintar próximamente para mi futura exposición, no sé cómo voy a ser capaz de cumplir con todo lo demás. Oliver, Eunice y Doreen ya se ocupan de cientos de distintas tareas. No puedo esperar que uno de ellos acepte un reto como mantener mis cuentas financieras, por ejemplo, que requiere mucha concentración y atención al detalle.

Jack la miró lleno de asombro.

—¿Quieres que te lleve los libros de cuentas?

—Por supuesto, empezarías con operaciones sencillas, y yo supervisaría tu trabajo una vez acabado —le tranquilizó Genevieve—. Pero estoy segura de que finalmente serás capaz de encargarte de esa tarea totalmente solo, ya que has demostrado una mente rápida para el cálculo.

Un fino rayo de orgullo encendió el rostro de Jack.

—Hay muchas otras responsabilidades que podría proponerte, si estuvieras dispuesto a aceptarlas —continuó—. Está claro que eres lo bastante mayor, y no cabe duda de que cuentas con inteligencia y madurez suficiente para ocuparte de ellas. Sería de gran ayuda para mí que asumieras alguna de mis obligaciones, pero las delegaría en ti sólo si supiera que vas a quedarte.

Jack se movió con incomodidad y apartó la vista. Estaba claro que no tenía ganas de mentirle.

Una amarga decepción inundó a Genevieve. Había rogado para que Jack se alegrara de la confianza depositada en él y aceptara su propuesta al instante. Evidentemente era esperar demasiado.

—No tienes que contestarme esta noche —le dijo, consiguiendo de algún modo no sonar totalmente frustrada—. No querría que te comprometieras a algo que más adelante no te vieras capaz de cumplir. Lo único que pido, Jack concluyó con seriedad— es que al menos lo consideres.

—Bien.

Genevieve lo miró con incertidumbre.

—¿Quieres decir que lo considerarás?

—No, quiero decir que me quedare.

Un sonrisa vacilante fue dibujándose en el rostro de ella.

—¿Estás seguro?

—No para siempre —matizó rápidamente.

No quería que Genevieve pensara que planeaba pasar el resto de su vida viviendo de su caridad. Pero, para ser honesto consigo mismo, una parte de él quería desesperadamente quedarse allí. Por supuesto que le desagradaba que le dijeran qué tenía que hacer a todas horas y detestaba pelar las puñeteras patatas, cortar apestosos pescados y fregar platos. Y le irritaba no estar autorizado a ir y venir a su gusto. Peor todavía, nunca entendería la obsesión exasperante de Genevieve por el aseo, los modales y todo eso. Pero a pesar de estas cosas, encontraba que de hecho le gustaba vivir con esta singular familia de ladrones y marginados. Por primera vez en su vida, se sentía aceptado exactamente por lo que era, más aún, se sentía querido. Y por encima de todo, estaba Charlotte. Una terrible sensación de rabia impotente le llenaba cada vez que la veía cojear con torpeza por la habitación o cuando se aupaba la pierna para intentar aliviar con fricciones el dolor que la asolaba constantemente. No podía soportar la idea de dejarla... todavía no, al menos.

Charlotte lo necesitaba para que cuidara de ella.

—Me quedare durante dos años, lo que dure mi condena. De ese modo no se buscará ningún problema con el director cuando yo me vaya. —No había olvidado el nerviosismo mostrado por los niños cuando les dijo que iba a marcharse a Glasgow—. Siempre que pienses que puedo ser de ayuda. —Quería dejar claro que intentaba ganarse su manutención.

El alivio de Genevieve fue tan grande que lo rodeó con los brazos y le dio un abrazo largo e impetuoso. Jack se quedó inmóvil, sin saber cómo responder. Su olor era fresco y limpio, como un campo de hierba empapado por la lluvia, por completo diferente a los recuerdos diáfanos de su madre, que ahora le parecían perfume barato y lana sucia. Cerró los ojos y se apoyó en ella. Era como si de pronto los años se fundieran hasta desaparecer y él fue-

ra un muchacho aferrado a su madre, suplicando lloroso que no lo dejara. Pero Genevieve no iba a dejarle. Una tímida ráfaga de felicidad se filtró en él, tan nueva y poco familiar que apenas sabía lo que era. Genevieve le estaba pidiendo a él que no la dejara.

Levantó los brazos y la rodeó, devolviéndole con cierta torpeza el abrazo.

—Gracias, Genevieve, —susurró de corazón— por sacarme de la prisión y traerme aquí. —Bajó los brazos y se aclaró la garganta, azorado de pronto por su emotividad. —Buenas noches —dijo, lanzando una rápida mirada en dirección a Haydon antes de salir como si tal cosa del salón.

—Buenas noches, Jack —contestó Genevieve, sonriéndole mientras cerraba las puertas.

Haydon se levantó del sofá y fue hasta la chimenea, turbado de pronto ahora que él y Genevieve se quedaban finalmente a solas. Cogió el atizador y pinchó los leños apilados en el hogar, que ardían perfectamente sin necesidad de ningún tipo de ajuste. Luego seleccionó cuidadosamente otro trozo de madera y lo añadió a la pila, observando las llamas que lamían vorazmente la madera seca. Sin saber qué hacer a continuación, apoyó un brazo en la repisa y se quedó mirando las llamas, sintiéndose completamente perdido.

De la misma forma abrupta en que le habían arrebatado su vida, le había sido devuelta, de manera igualmente inesperada. Volvía a ser el marqués de Redmond, un hombre libre, con su nombre limpio, aparte de la distinción de un sórdido pasado y el escándalo recién aireado de sus recientes problemas. Eso debería alimentar de forma suficiente los chismorreos durante los años venideros; o al menos hasta que algún otro suceso deliciosamente impactante pudiera eclipsarlo. Su legado era tan sórdido y despreciable como había predicho su padre en el pasado, aunque el viejo cabrón nunca se había imaginado que Haydon de hecho ostentaría el título de Redmond al tiempo que arrastraba el nombre de su familia por el fango.

A Haydon nunca le había importado un comino su reputación ni lo sagrado de su pedigrí familiar. Pero tampoco había imaginado que se preocuparía por una mujer con el espíritu e implacables principios de Genevieve MacPhail. No era el tipo de moralidad que se deleitaba píamente juzgando al resto del mundo según los dictados limitados de su religión y ley, tal y como hacían personas como la esposa del director Thomson y el agente Drummond. No, los principios que seguía Genevieve eran la moralidad inherente a una generosa compasión y abnegación.

Desde el momento en que sacrificó por propia voluntad su posición en la sociedad a la vez que cualquier esperanza de una vida holgada como esposa del conde de Linton, por muy necio y pomposo que fuera Charles, se había distanciado del mundo enrarecido del privilegio y la aprobación que siempre había conocido. Todo por rescatar al hijo bastardo de una doncella muerta, mientras cualquier otra mujer de su posición y educación hubiera preferido ver cómo se lo llevaban al orfanato, donde languidecería por un tiempo y luego moriría.

Pero Genevieve no se parecía a ninguna otra mujer, comprendió, admirado con humildad ante ella. Desprendía un destello magnífico que eludía cualquier análisis, como el brillo plateado de una estrella remota. A la joven edad de dieciocho años había elegido salir del camino de la familiaridad y el bienestar que habían dispuesto ante ella para luchar y sobrevivir por sí sola, no porque lo quisiera, sino porque había un niño indefenso que la necesitaba. No tardó en ser rechazada por el hombre que le había prometido hacerla

su esposa, y luego repudiada por la misma sociedad que en otro tiempo la había loado por su juventud, encanto y primor.

Lo que aquella sociedad no sería capaz de aceptar eran sus atributos de mujer profundamente ética, generosa y humana, cualidades que no podían superarse con hogares suntuosos, joyas caras y gestos superficiales de generosidad cuidadosamente calculada. En vez de ensalzarla por su abnegación y decisión, le habían hecho el vacío y calificado de loca, como si fuera inconcebible que una mujer joven, eminentemente deseable, pudiera elegir salvar la vida de un niño bastardo antes que convertirse en una esposa mimada y condesa. Y luego, cuando su tierno espíritu encontró verdadero regocijo en ayudar a los niños, quien sin duda eran los miembros más vulnerables de la sociedad, continuó adelante y rescató a cinco más. No porque la impulsara una necesidad inocentona de complacer a Dios, de ganarse un buen sitio en el cielo o de sentirse moralmente superior al resto del mundo. Genevieve ayudaba a los demás porque en su pecho latía un corazón noble y humanitario, que le impedía de pasar por alto el dolor de otra persona que sufría.

Incluso del asesino brutal, condenado a la horca, en la víspera de su ejecución.

Siempre había sabido que no era digno de ella. El, que de forma tan indiferente había destruido la existencia no sólo de una persona, sino de dos, quienes al final se habían quitado la vida. Pero nunca se había imaginado que acabaría por quererla tan profundamente como para renunciar de buena gana a cualquier cosa por el simple privilegio de ser el hombre con quien ella compartía la vida. Lo que no podía hacer, por mucho que lo deseara, era eludir las feas manchas que ennegrecían su alma. Le atormentarían para siempre: el recuerdo de una niña inocente sufriendo y la angustia insoportable de un padre traicionado. ¿Cómo una mujer del talante de Genevieve, quien había consagrado su vida a aliviar las desgracias de los demás, podría aceptar a un malnacido insensible y egoísta como él en calidad de marido y padre de sus estimados hijos?

Genevieve observaba a Haydon con inquietud, temiendo lo que él luchaba por decirle. Atrapada en la vorágine de los acontecimientos que la habían consumido de forma tan absoluta durante los últimos dos días, no se había permitido considerar qué iba a pasar con ellos. Pero al ver a Haydon rígido de pie ante el fuego, con el rostro contraído en una mezcla de culpabilidad y remordimiento, sabía lo que estaba a punto de decir.

—Vas a marcharte —fue la conclusión a la que llegó sin mucho ánimo.

Él asintió, sin volverse para mirarla.

—Mañana por la mañana. Voy a llevar el ataúd de Vincent a Oban. Desde allí, he hecho los preparativos para que un barco nos lleve al norte, a Inverness. —Su voz sonaba ahogada cuando acabó—: Quiero asegurarme de que lo entierran junto a Emmaline.

Por supuesto. Le habían devuelto el título y su nombre había quedado limpio. ¿Qué se había pensado que haría?, se preguntó Genevieve. ¿Se había creído que tal vez se quedara con ella y...? ¿Qué? ¿Casarse con ella? Una soltera marginada viviendo en una destartalada casa vieja, cargada de deudas, con su excéntrica prole de ladrones de avanzada edad y pilluelos rehabilitados sólo a medias? La idea era ridícula. Lo veía ahora tan claramente como los demás. Algo en su interior empezó a resquebrajarse, como una delgada capa de hielo bajo la rueda aplastante de un carro. Se agarró al brazo gastado del sofá, luchando por mantener cierto semblante de dignidad. El

anillo de oro que Haydon le había entregado en Glasgow relucía sobre su dedo, un recordatorio ridículo de su farsa como marido y mujer. Durante un momento dulce y reluciente, se había permitido neciamente olvidarse de que aquello no era más que una simulación. En algún punto de la noche en que sintió el corazón de él latiendo intensamente contra ella mientras unían sus cuerpos y almas, con la agonía de creer que lo había perdido para siempre, había olvidado que no estaban casados de verdad. Y no lo estaban, y nunca lo estarían. Era tan simple y desgarrador como eso.

Reafirmo las profundidades de su compostura y se esforzó por proteger sus sentimientos. Percatándose de lo terriblemente difícil que tenía que resultarle a él la tarea de llevarse el cuerpo de Vincent de regreso a Inverness, encontró el aplomo para comentar con tranquilidad:

—Estoy segura de que Vincent hubiera apreciado las molestias que te tomas por él, Haydon.

Una risa áspera y seca salió de su garganta.

—Lo dudo. Vincent me despreciaba y estaba perfectamente en su derecho. —Se aparto del fuego con el rostro ensombrecido por el tormento—. Lo maté Genevieve, igual que si hubiera sido yo quien sostuviera esa maldita pistola.

—No creo que sea así, y tú tampoco deberías creerlo. —Su actitud protectora hacia él superó al instante sus propios sentimientos de angustia—. Vincent iba a matarte, Haydon; lo había planeado durante meses o tal vez incluso años. Pero cuando comprendió que no eras el monstruo que había imaginado que eras, no pudo hacerlo…

—Y entonces se mató a sí mismo —concluyó Haydon con aspereza— porque yo había destruido su vida. —Las palabras sonaban cortantes, cargadas de autodesprecio.

—Le hiciste un daño terrible al engendrar un hijo que Cassandra le hizo creer que era suyo —reconoció Genevieve—. Pero no lo destruiste, Haydon, y ciertamente no lo obligaste a quitarse la vida. Fue elección de Vincent erigir un muro entre él y Emmaline. Tal vez en aquel momento sintió que no tenía otra opción, pero creo que sí la tenía. No podemos controlar buena parte de lo que sucede en nuestras vidas, sólo podemos controlar la manera en que nos permitimos reaccionar a ello. —Su voz se suavizó para continuar—. Vincent se quedó deshecho al enterarse de que Emmaline no era su hija biológica, pero nadie le obligó a retirarle todo su amor. Fue decisión propia. Y las consecuencias de esa elección fueron insufribles, tanto para Emmaline como para él.

Haydon sacudió la cabeza, poco convencido.

—Si yo nunca la hubiera engendrado…

—Si nunca la hubieras engendrado, Vincent nunca hubiera conocido el precioso amor que experimentó por ella durante esos primeros cinco años —apuntó— y el amor que seguía sintiendo hacia ella después. O Cassandra se habría quedado embarazada de cualquier otro de sus amantes y esa criatura le habría sido presentada a Vincent como suya. Es imposible especular sobre qué podría haber sucedido, Haydon. Nuestras vidas se han desarrollado de este modo, y ambos hemos tomado decisiones en respuesta a las situaciones a las que nos enfrentábamos. Cuando Jamie nació y su madre murió, me rebelé contra Dios por crearle, porque me presentaba la opción imposible de tener que hacerme responsable de él o cerrar los ojos y darme media vuelta.

—Pero no te diste la media vuelta, Genevieve.

—No, no lo hice. Y todo lo que ha sucedido en mi vida desde entonces ha estado vinculado inextricablemente a la opción por la que me incliné aquel día. Me hizo abrir los ojos a la difícil situación de los niños no deseados que viven de forma tan precaria en los rincones oscuros de nuestra sociedad. Me trajo a mis niños y a Oliver, Eunice y Doreen, quienes se han convertido en mi familia y han llenado mi vida de una alegría sin parangón. Y finalmente, por increíble que parezca, —concluyó, mientras su voz empezaba a desgarrarse— me ha traído a ti.

Se detuvo abruptamente. No soportaba la idea de dejarle saber cuánto significaba para ella. No ahora que iba a dejarla. Podría sufrir cualquier cosa, pero no podría soportar su compasión.

Haydon la miró con sorpresa. Ella aparto la vista, evitando la mirada de él agarrándose desesperadamente al brazo del sofá. En el lapso de un latido de corazón había pasado de ser fuerte y segura, llena de pasión en su defensa de la vida y las acciones de él, a sentir una fragilidad e incertidumbre dolorosas.

Y finalmente, increíblemente, me ha traído a ti...

Haydon cubrió la distancia que les separaba en dos zancadas. Arrodillándose, tomó su barbilla entre sus dedos y alzó con suavidad el rostro de ella. Los ojos de Genevieve brillaba lacrimosos mientras lo miraba fijamente, con un vidriado que a él le perforó el alma. Lentamente, con vacilación, ella tomó la mano de Haydon y la sostuvo contra su corazón.

Y luego empezaron a caer las lágrimas, relucientes como diamantes sobre sus mejillas.

Haydon la miró fijamente con sobrecogimiento, sintiendo la cálida suavidad de su corazón latiendo con rapidez contra la palma de la mano de él. Y de repente comprendió. Genevieve no lo condenaba por el oscuro pecado de su pasado, más de lo que condenaba a alguno de sus niños por las vidas que habían llevado antes de llegar al santuario de su hogar. De algún modo, creía que en lo más profundo de él, de hecho, existía algo bueno. Ese era el motivo de que lo hubiera ayudado a escapar de la prisión y de que luego lo hubiera arriesgado todo por protegerle de las autoridades y de sus secuestradores. También a esto se debía que le hubiera permitido formar parte de su mimada familia. Pero ése no era el motivo de que se hubiera entregado a él, compartiendo una pasión magnífica, imprudente, que no había conocido antes con ninguna otra mujer. Ni era el motivo de que ahora estuviera sentada, hundida en su dolor, sujetando con fuerza su propia mano contra su corazón. El motivo de aquello era mucho más desconcertante y glorioso.

Lo quería.

Un brillante rayo de júbilo centelleo a través de él, borrando las sombras plomizas de su torturado pasado, reemplazándolas por una luz sanadora.

—Te quiero, Genevieve —consiguió decir con aspereza, inclinándose hasta que sus labios estuvieron a tan sólo un suspiro de ella—. Más que a la vida misma. Te he querido desde el momento en que te vi por primera vez en la lóbrega celda de la prisión y he acabado por quererte más cada día desde entonces. Y si me dieras la ocasión, pasaría el resto de mi vida rodeándote de ese amor.

Genevieve lo miró en silencio, incapaz de aceptar lo que le estaba diciendo.

—También cuidaré y llevaré a cada uno de nuestros niños en lo más profundo de mi alma —prometió Haydon deseando que ella entendiera que nunca volvería a fallar a un niño de la manera que había hecho en el pasado—. Y acogeré con beneplácito a cualquier otro niño que traigas a nuestras vidas, de la prisión o de la calle, o como resultado de nuestra devoción mutua.

—Pero... eres un marqués —protestó ella llorosa, sujetando aún con fuerza la mano de él contra su corazón.

—Esperaba que no lo tuvieras en cuenta para rechazarme.

—Podrías casarte con cualquiera —aclaró Genevieve.

—Me halaga que pienses así. ¿Debo tomar entonces tu respuesta como un «sí»?

Ella sacudió la cabeza llena de desconsuelo.

—No es posible que quieras casarte conmigo, Haydon —le dijo con dolorosa certidumbre—. Sólo crees que es lo que deseas porque has estado lejos de tu casa durante mucho tiempo. Mis niños y yo no pertenecemos a la sociedad en la que tú vives, estoy segura de que te das cuenta de eso. Nunca serían aceptados por tus amigos ni por tu familia más de lo que han sido aceptados aquí por los que en otro tiempo me recibían encantados en sus casas como invitada y como igual. —Sintiendo que se arrancaba su propio corazón, soltó lentamente la mano de él—. No podría soportar verte menospreciado por mi causa o por causa de los niños, Haydon, igual que no podría soportar ver a mis niños despreciados por gente intolerante, cegada por las trampas de sus títulos y su riqueza.

—Entonces renunciaré al puñetero título —juró con vehemencia—. Venderé la propiedad y la casa en Inverness parar que ninguno de los niños tenga que ir allí y ser víctima de chismorreos inútiles. Podemos vivir aquí o trasladamos a cualquier otro sitio que elijamos y empezar de nuevo. No me importa lo más mínimo todo aquello, Genevieve le aseguró de modo tajante y definitivo—. Ni me importa en absoluto el título, ni las propiedades, ni lo que piensen otras personas sobre la elección de mi esposa. Lo único que me importa es que estemos juntos, como una familia. Cásate conmigo, Genevieve —concluyó con voz sentida, suplicante—. Cásate conmigo y permíteme pasar el resto de la vida queriéndote. —Le apartó un mechón de pelo sedoso de la cara y al hacerlo atrapó con su mano una lágrima plateada—. Por favor.

Genevieve se mordió su labio tembloroso, mirándolo fijamente, llena de sobrecogimiento. La luz del fuego jugueteaba sobre los planos cincelados del rostro de Haydon, tallaba su grave expresión con sombras de oro. Había decisión en sus ojos, la firmeza dura como el granito de un hombre acostumbrado a que las cosas salieran a su manera en prácticamente todos los retos que asumía. Pero también había miedo. Y su alma parecía brotar por aquel corte irregular, sangrante, mientras esperaba con tensión su respuesta.

Y de repente, Genevieve supo que nunca podría dejarlo marchar de su lado.

Con un grito lo rodeó con los brazos y unió sus labios a los de él. Lo besó profundamente mientras se ponía también de rodillas en el suelo y se apretaba contra él.

—Sí —musitó, sintiendo un enorme regocijo que la invadía y borraba todo temor al tiempo que la llenaba de una fuerza recién descubierta. Y luego, puesto que no había nada más lejos de su intención que obligarle a renunciar a su título ni volver la espalda a su familia y a su herencia para poder conseguir su mano, añadió con un esbozo de picardía—. Supongo que, sí, me casaré con usted, lord Redmond.

El se rió y la besó con ansia, acunándola contra su cuerpo mientras la bajaba sobre la alfombra delante de la chimenea. Le soltó las horquillas y dejó que el cabello se derramara en ondas sedosas a su alrededor, fascinado con el baile de luz coral en contraste con la piel cremosa que aparecía sobre el escote del vestido.

—Hay algo que creo que tengo que comunicarte —murmuró, acariciando con su rostro el tierno hueco de la garganta de Genevieve mientras recorría con sus manos las exuberantes elevaciones y valles de sus pechos. Los pequeños botones del vestido se soltaron con rapidez, permitiéndole a ella liberarse de las limitaciones del corsé. Haydon pasó la lengua sobre la punta granate de su pecho antes de hundirla en su boca.

Genevieve suspiró y entrelazó sus brazos alrededor de sus fuertes hombros, disfrutando de la dureza de su erección apretada contra ella mientras Haydon la adoraba. Un calor meloso empezó a correr por sus venas, obligándola a moverse inquieta debajo de él. Haydon desplazó su mano por los largos muslos hasta la abertura de la ropa interior.

—¿Me has oído, Genevieve? —preguntó, deslizando sus dedos dentro de ella.

—¡Sí! —dijo con un jadeo.

—Dada tu afición a rescatar pilluelos —reflexionó Haydon, acariciándola lánguidamente mientras cubría de besos el cálido satén de su piel— y la cantidad de tiempo que pretendo dedicar a demostrarte cuánto te amo, es posible que tengamos un familia exageradamente numerosa. —Hizo una pausa en sus atenciones y le dedicó una mueca burlona.

—Por suerte, adoro las familias numerosas —respondió Genevieve mientras le soltaba los pantalones. Los fue bajando sobre los músculos esculpidos de sus piernas, y luego se desprendió de sus enaguas, de su miriñaque y sus calzas antes de volver a tumbarse delante del fuego—. ¿Tiene tu propiedad un buen número de dormitorios?

Haydon se sacó la casaca y la camisa, y se estiró desnudo encima de ella. Le levantó la parte delantera de las faldas hasta las caderas mientras se colocaba entre sus piernas.

—Creo que tiene bastantes por el momento, si decidieras vivir allí. Una vez las hayamos llenado, siempre podemos buscar algo más grande.

—¿Cuántos dormitorios tiene?

—Dieciocho. —Le sonrió, mientras ella abría los ojos de asombro—. Treinta y cuatro si cuentas las habitaciones de los criados. ¿Crees que podrás llenarlas todas?

—Sin duda puedo intentarlo. —Alzó las caderas y atrajo a Haydon hacia sí para que entrara en su cuerpo, atrapándole estrechamente dentro de ella.

—Jesús. —El rostro de Haydon se contrajo mientras se esforzaba por mantener el control.

—Vamos, milord —dijo Genevieve, doblándose con impaciencia debajo de él—. Creo que tengo que requerir su ayuda en este asunto.

Haydon consiguió contener una risa.

—Como desees, amor mío. Soy, y siempre lo seré, tu prisionero.

Bajó la cabeza y la besó profundamente, sintiendo que su corazón se recuperaba enteramente y las cicatrices del pasado se difuminaban mientras latían juntos bajo el fulgor del fuego.